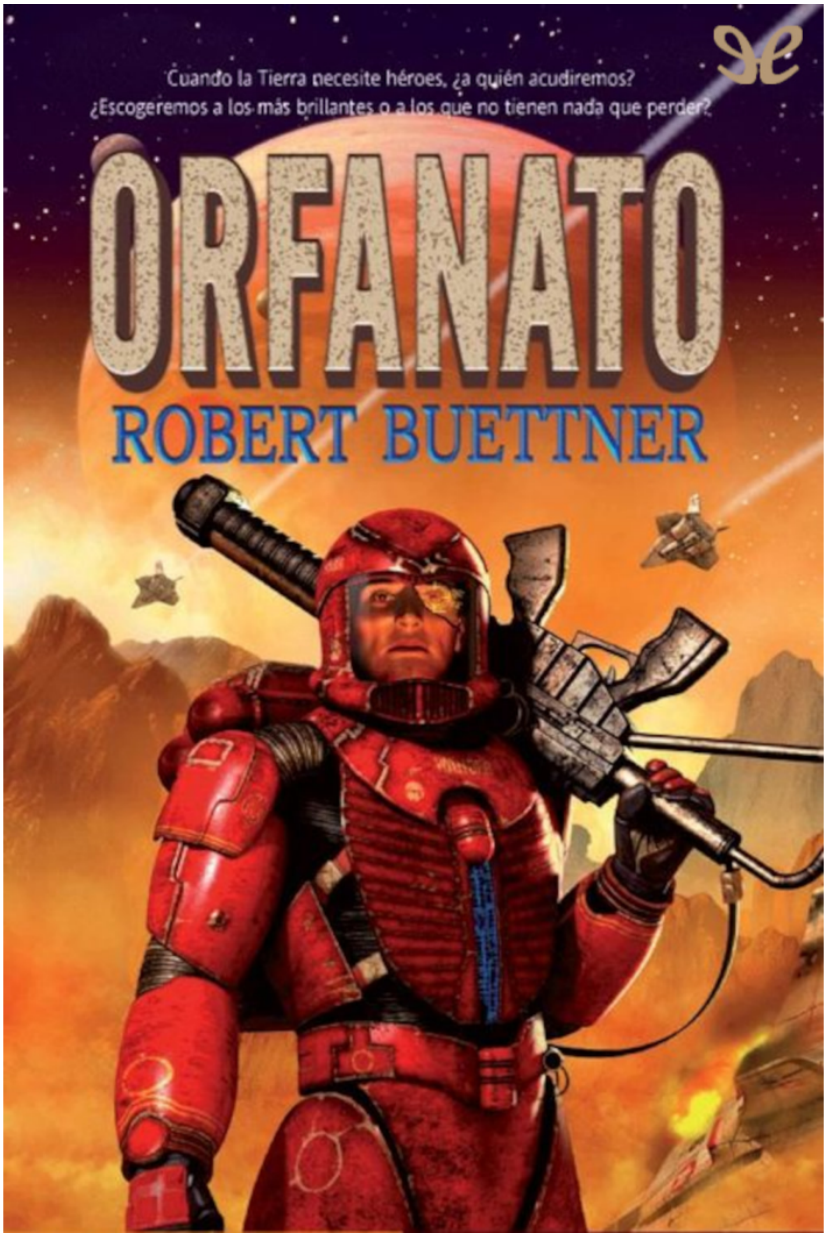
Cuando la Tierra necesite héroes, ¿a quién acudiremos?
¿Escogeremos a los más brillantes o a los que no tienen nada que perder?
ORFANATO
ROBERT BUETTNER

El autor nos sumerge en una misión espacial trepidante, repleta de acción y aventuras, en la que el fracaso significa la extinción de la humanidad. Unos proyectiles disparados desde Ganímedes, una de las lunas de Júpiter, caen sobre la Tierra y pulverizan ciudades enteras. La Humanidad se juega el todo por el todo en un ataque desesperado. A bordo de una nave espacial construida con chatarra y equipada con armamento de la época de la guerra de Vietnam, unos huérfanos a los que nadie echará de menos deberán embarcarse en el primer viaje interplanetario del hombre con el objetivo de invadir Ganímedes. Solo tienen una oportunidad para atacar y una nave para hacerlo. Si fracasan, la Humanidad se verá abocada a la extinción.

Robert Buettner

Orfanato

Jason Wander - 1

ePub r1.0
Titivillus 30.07.2023

Título original: *Orphanage*
Robert Buettner, 2004
Traducción: Antonio Calvario

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para el sargento instructor DeArthur Burgess,
dondequiera que lo hayan llevado los
vientos de la guerra, y para todas
las demás personas especiales.

Por la oportunidad y por su sabiduría y su entusiasmo, quiero dar las gracias a mi editor, Devi Pillai, y al director editorial Jaime Levine. Gracias, por la perfección, a Anna Maria Piluso; por una estelar dirección artística a Don Puckey; a Joey Severiano por contar el mundo; a Sara Schweger por la corrección y a todos los demás de la editorial Warner que han contribuido tanto al proyecto.

Gracias a la mejor representante que hay entre las órbitas de Mercurio y Júpiter, Winifred Golden, por todo eso y mucho más; y al mejor dibujante de portadas de todos cuantos viven en este planeta, Fred Gambino.

A los prudentes amigos del ejército y la NASA, que me han ayudado a mentenerme dentro de los límites de la tecnología, muchas gracias. Vosotros sabéis quiénes sois.

A la banda de Capitol Hill y el Boulder Bunch, miembros pasados y presentes, cuyas afiladas críticas han ayudado a hacer este libro, gracias. Os llega vuestro turno.

Mi eterna gratitud para Robert A. Heinlein por su inspiración, y para Joe Haldeman por eso y por su generosa humanidad.

Y lo más importante de todo, a Mary Beth, gracias por todo lo de arriba y por todas las demás cosas que importan.

Marineamos hombro con hombro por las redes de carga hasta las lanchas de desembarco que cabeceaban en las aguas del Canal. Las botas de cada soldado, empapadas de salitre y agua de mar, chorreaban sobre el compañero que iba debajo. En ese momento me di cuenta de que no luchamos por banderas ni contra tiranos, sino por nuestros compañeros. En lo que me quede de vida, aquellos casi desconocidos que se encontraban a mi alrededor serán mi única familia. Quita la política y, sea donde sea, o sea cuando sea, la guerra es un orfanato.

—Fragmento de una carta anónima recuperada
en la playa de Omaha,
Normandía, junio de 1944

1

—El sol saldrá… mañana… —dice nuestra piloto por el micrófono para hacerse oír en la cabina a diecisiete grados bajo cero, cuyo aire está enturbiado por el aliento de cuatrocientos soldados de infantería. Y por los olores del aceite para las armas, el vómito y el miedo. El sol no llega hasta aquí. En la órbita de Júpiter no es más que un pálido puntito. La broma es lo bastante graciosa como para hacerme sonreír mientras mis manos tiemblan en el rifle que tengo apoyado en las rodillas. Soy el especialista de cuarta categoría Jason Wander, uno de los afortunados huérfanos que dentro de una hora van a salvar a la raza humana o a morir intentándolo.

Estamos sentados con el casco puesto, en filas enfrentadas, cara a cara, de forma que las luces rojas de la cabina nos iluminan como si fuéramos huevos colocados en la incubadora del diablo. Los uniformes calentados con baterías de eternad nos protegen en una cabina que se ha enfriado hasta la temperatura de superficie, generada por nuestros enemigos ciento cincuenta kilómetros por debajo de nosotros.

Nuestras espaldas se adaptan al casco presurizado de la «nave» que mantiene fuera el vacío. ¿Nave? Y una mierda. Es el fuselaje de un Boeing 767, recuperado de un accidente en el desierto de Arizona y pegado a un paracaídas aerodinámico reforzado para llevarnos desde la nave nodriza hasta la superficie. Al igual que la mayoría de las antiguallas del siglo XX con las que contamos para combatir en esta guerra del 2040, se construyó cuando Annie todavía era un musical que se representaba en vivo, antes del cambio de milenio.

La luz roja de la cabina nos ayuda a conservar la visión nocturna. Ciento cincuenta kilómetros por debajo de nuestra órbita, siempre es de noche en Ganímedes. O al menos eso dicen los astrónomos.

Seremos los primeros humanos en verlo. Si es que este casco maltrecho no revienta en el vacío o se funde cuando atravesemos la

atmósfera artificial que las babosas han instalado en la roca de abajo. Si es que no nos estrellamos contra Ganímedes como maniquíes de pruebas de accidentes. Si es que nuestras armas pueden matar a las babosas que nos esperan allí abajo.

¿Y quién puede saberlo, si yo soy el único que ha visto babosas vivas?

Siento el calor y los temblores de mi artillera, que está sentada a mi lado con su rosario musulmán, rezando como si le fuera la vida en ello. Sí. Mi superior inmediata es una chiquilla egipcia de metro cincuenta. Pero sabe disparar.

Me rechinan los dientes. Cierro mi mano sobre el rosario y este deja de tintinear. Es improbable que un agnóstico como yo reciba ayuda divina. Supongo que tan improbable como que unas babosas pseudocefalópodas de fuera del sistema solar acampen en la mayor de las lunas de Júpiter y empiecen a matar a millones de personas bombardeando la Tierra desde allí.

Dicen que la vida de un soldado de infantería es un aburrimiento interrumpido por breves períodos de puro terror. Después de seiscientos días viajando en el tubo de metal de más de un kilómetro de la nave nodriza, estar por fin en la nave de desembarco me suelta las tripas a pesar de que yo mismo he pedido estar aquí.

Todos lo hemos pedido. Hubo tantos voluntarios para la Fuerza Expedicionaria Ganímedes que solo aceptaron a diez mil soldados que habían perdido a toda su familia. Munchkin, mi artillera, perdió a sus padres y a sus seis hermanas por culpa del proyectil que alcanzó El Cairo. Yo soy hijo único y el proyectil de Indianápolis se llevó a mi único progenitor vivo. Cosas así se consideran afortunadas hoy en día.

Así que los medios de comunicación nos llaman la Cruzada de los Huérfanos.

Munchkin odia la palabra «cruzada» por sus connotaciones para los musulmanes como ella. Así que nos llama «la última esperanza de la humanidad».

El sargento de nuestro pelotón tiene experiencia de combate, por eso nos llama «carne». Dice que lo de orfanato es verdad porque en combate tu única familia son estos extraños que te ha asignado el Gobierno.

Los intercomunicadores chirrían con la estática.

—Inicio de secuencia de lanzamiento a mi señal… ¡Ya!

Alguien solloza.

La nave nodriza libera las veinte naves de desembarco como si fueran semillas de diente de león. Las luces rojas parpadean por espacio de un latido, cuando pasamos a electricidad interna. El cordón umbilical araña el casco como unos grilletes abiertos.

Del mismo modo que empezó esta historia para mí, una semana después de mi decimoctavo cumpleaños.

2

—Al juez no le gustan las esposas en su despacho.

El alguacil del tribunal de menores de la ciudad y condado de Denver se inclinó y me quitó los grilletes metálicos de las muñecas. Me miró fijamente, sobre todo la sangre seca que tenía en el labio donde había recibido el codazo.

—Estoy tranquilo. —Ya no me tenía ganas de pegar a nadie, pero tampoco estaba tranquilo.

Aquella mañana me habían retirado los sedantes, excepto el Prozac II, por supuesto, para ponerme a tono para la vista. Hacía dos semanas que mi madre, de visita en Indianápolis, había muerto cuando la ciudad voló por los aires. También hacía dos semanas que le había zurrado a mi profesora. Los servicios sociales, perceptivos como linces, llegaron a la conclusión de que quizá mi pérdida y la paliza estuvieran relacionadas.

El alguacil llamó, abrió la puerta y me hizo pasar. Así conocí al honorable Dickie Rosewood March. En la oficina solo estábamos el juez y yo. Él llevaba un traje gris a juego con su pelo, estirado sobre unos hombros de boxeador. Nada de togas. El mobiliario era antiguo. Incluso tenía un ordenador con una de esas cajas con pantalla de televisión y un teclado. Aquello tenía que ser la leche para él, porque tenía la manga derecha cogida al hombro con un alfiler. En la mano que le quedaba tenía una carpetilla con papeles. ¿Mi ficha?

La silla crujió cuando levantó la vista.

—Señor Wander.

—¿Señor?

—¿Te burlas de mí?

—¿Señor?

—Los de tu generación nunca llaman «señor» a los veteranos.

—Yo llamaba «señor» a mi padre, señor.

Si el efecto de los medicamentos se me hubiera pasado realmente, aquello me habría hecho llorar. Aunque mi padre

llevaba diez años muerto.

Volvió a mirar mi expediente.

—Lo siento. Tu cortesía resulta apropiada, hasta generosa, considerando las circunstancias.

—¿Cuánto tiempo me han tenido sedado?

—Dos semanas. Dos semanas desde que el primer proyectil cayó en Indianápolis. ¿Por qué demonios fuiste a la escuela al día siguiente? Estarías conmocionado.

Me encogí de hombros.

—Mi madre me dijo que no se me ocurriera faltar a clase mientras ella estaba fuera. ¿A qué se refiere con «primer proyectil»?

—Jason, desde el incidente con tu profesora nos encontramos en guerra. Nueva Orleans, Phoenix, El Cairo y Yakarta también han sido destruidas. Aplastadas por proyectiles del tamaño del edificio Chrysler. Bombas nucleares no. Al principio todo el mundo pensó que se trataba de una bomba. Terrorismo antiamericano.

—Eso fue lo que dijo mi profesora. Que los americanos de Indianápolis merecían morir por cómo tratábamos al Tercer Mundo. Entonces fue cuando le aticé.

El juez resopló.

—Yo también le habría atizado. Esos proyectiles venían del espacio. Júpiter. Y vienen más. —El anciano se atragantó y sacudió la cabeza—. Veinte millones de muertos. —Se quitó las gafas y se enjugó las lágrimas con la mano.

¿Veinte millones? Yo solo conocía a una, pero también se me saltaron las lágrimas.

Su mirada se suavizó.

—Hijo, tus problemas son una gota en el océano. Pero nos corresponde a ti y a mí ocuparnos de ellos. —Se aferró a mi expediente como si fuera un salvavidas y suspiró—. Tienes edad suficiente para que se te presenten cargos por agresión como adulto. Pero tus circunstancias personales son atenuantes. Tu casa estaba apercibida de desahucio antes incluso de que yo oyera hablar de ti. El proceso ya se ha ejecutado. Desahucio por impago.

Me sentí mareado.

—¿No tengo casa?

—Vuestros efectos personales han sido almacenados. ¿Tienes algún pariente con el que vivir?

La tía abuela de mamá nos mandaba una felicitación todas las navidades, de esas antiguas en papel, con algún mensaje chistoso impreso. La del año pasado venía con el remite de un asilo de ancianos. Negué con la cabeza.

Se pasó la enorme mano por delante del torso y agarró con fuerza la manga suelta que llevaba prendida al hombro con un alfiler. Me miró fijamente.

—¿Sabes cómo perdí este brazo?

Me quedé helado. ¿Dando una paliza a algún abogado defensor? Me di cuenta de que no esperaba que yo conociera la respuesta. Me relajé.

—No, señor.

—La segunda guerra afgana. El ejército podría canalizar tu ira, y la disciplina tampoco te vendría mal. El tribunal tiene amplios poderes a la hora de dictar sentencia. Y esta es una guerra justa. ¿Has pensado en alistarte?

Se recostó en el asiento y tamborileó con los dedos sobre un pisapapeles. Era algo parecido a una bala. Puede que fuese un diente de dinosaurio. Hacía ya años que el ejército se había convertido en algo así como una tubería de desagüe. Necesario, desagradable y fuera de la vista. Y no es que se pudiera culpar a la gente. Los años de terrorismo habían dado paso a la Pax Americana. Todo el mundo quería comprarse holovisores nuevos, viajar en avión con tarifas baratas y que los dejaran en paz. En la lucha entre los cañones y la mantequilla había ganado la mantequilla. ¿El ejército? No era para mí.

—¿Qué opinas, Jason?

Entorné los ojos. Desde que se inventaron las prótesis orgánicas, nadie tenía que exhibir un muñón. ¿El juez March sería un agente de reclutamiento o una oportunidad?

—Opino que no quiero ir a la cárcel.

—Tomaré eso como una negativa al alistamiento. ¿Crees que se han acabado ya tus episodios violentos, Jason?

—No lo sé. Ahora mismo no siento ganas de golpear a nadie. —Estaba embotado por el Prozac II y todo lo demás que me habían metido. O lo estaba por lo que me había dicho.

Él asintió.

—Tu ficha dice que nunca te habías metido en líos. ¿Es eso

cierto?

Supuse que se refería a cosas como robo a mano armada, no a lo de la tarta en la cafetería con Metzger. Asentí.

—Jason, voy a sobreseer el asunto. Eres demasiado mayor para ir a un hogar de acogida, pero alteraré la fecha de los documentos y te colaré con una familia. Al menos tendrás un techo sobre la cabeza.

Me encogí de hombros mientras escribía en mi ficha con un bolígrafo.

Tocó un timbre y el alguacil volvió para hacerme salir. Cuando cruzaba la puerta, el juez March me dijo:

—Buena suerte y que Dios te bendiga, Jason. No quiero volver a verte.

Tres semanas más tarde, el juez March volvió a verme y no precisamente porque yo quisiera. Esta vez no fue una visita a su oficina. El alguacil hizo la llamada para que todo el mundo se levantara cuando el juez March entró con su toga ondeando en el juzgado. Se sentó entre dos banderas americanas y me miró a través de las gafas con una mueca de disgusto.

Yo miré por la ventana y vi los árboles sin hojas. Hacía unas semanas, la diferencia entre el día y la noche eran el azul y el negro del cielo. Ahora, los proyectiles habían vomitado el polvo del impacto a la estratosfera y el día y la noche no eran más que tonalidades distintas de gris. Se decía que la lluvia y las cosechas desaparecerían durante años. La gente empezaba a almacenar brécoles.

Estábamos en guerra con alguien que no conocíamos, que quería matarnos por unos motivos que no entendíamos, y lo único que podíamos hacer era retrasar el fin del mundo. Y aferrarnos a los estúpidos rituales de la sociedad.

—¿Rompió las ventanas de la casa de acogida con un bate de béisbol y agredió al agente que intentaba detenerle?

—El mundo es una mierda.

El juez March miró al techo.

—Igual que una celda en Canon City, señor Wander.

Señor Wander. ¿Qué había pasado con Jason, el colega del juez? Tragué saliva.

La puerta de la sala se abrió y se cerró a mis espaldas, y yo me

di la vuelta para ver quién había entrado. En el pasillo entre los bancos había un tipo vestido con un uniforme verde, cuya barbilla y cuero cabelludo habían sido afeitados tan a conciencia que tenían un aspecto azulado. Estaba en posición de firmes y llevaba bajo el brazo un folleto de reclutamiento.

El juez March me miró desde el estrado.

—Tú decides, hijo.

3

El juez estuvo cinco minutos asegurándome que si decidía alistarme y dejaba el ejército al poco tiempo, me iría muy mal.

Luego, el sargento de reclutamiento y yo nos sentamos en un banco, en un pasillo del tribunal que olía a desinfectante. Tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima del eco de las quejas de los yonquis esposados que retumbaban en las paredes de mármol de color rosa vómito.

—Firma aquí, aquí y aquí, Jason. Luego hablaremos de qué arma prefieres.

Arma. Y una leche. Lo que yo prefería era que el juez March no me encarcelase con tipos que habían violado a sus madres y parricidas y luego tirase la llave. Cogí el bolígrafo, firmé y eché una ojeada al pecho del sargento. Cintas de medalla, alas de paracaidista. Me pareció que tenía un aspecto bastante chulo.

Señalé con el bolígrafo una de las insignias, larga y delgada, de color azul, con un mosquete antiguo bordado en el centro.

—¿Esa cuál es?

—La única que importa. ICI. Insignia de combate de la infantería. Significa que has entrado en combate.

—¿Hay que pertenecer a la infantería para conseguir una de esas?

Negó con la cabeza.

—Hay que entrar en combate. Pero la mejor forma de conseguirlo es pertenecer a la infantería.

—¿Pero eso no consiste en hacer marchas y tal?

—Todo el mundo hace marchas. La infantería marcha por un motivo. Es el arma a la que yo pertenezco. La reina del campo de batalla.

Realmente tenía un aspecto muy chulo, con la boina metida debajo del portagalones. A menos que el ejército tuviera un arma de sexo y rock and roll, a mí me parecía todo el mismo verde oliva. Y, como a cualquier nativo de Colorado, me gustaba pasear por el

campo. Marqué la casilla de «Infantería» y el sargento, la reina y yo compartimos un momento especial. El momento duró justo el tiempo que a él le hizo falta para despegar y doblar las copias amarillas de mi documento de alistamiento.

Me quedaba todo un mes para cascármela antes de que, según mis órdenes, me tocara presentarme para la instrucción básica. La única familia de acogida que me aceptó fueron los Ryan. El señor Ryan se pasaba las horas muertas en el jardín viendo sus árboles. Los había plantado en el cambio de siglo y se habían vuelto tan viejos y frágiles como él. Se les cayeron las hojas cuando el polvo oscureció el cielo.

Todos los domingos por la mañana, la señora Ryan se iba a la iglesia caminando a paso vivo mientras el señor Ryan se quedaba en el salón enganchado al previo del partido. Parecían muy normales.

La señora Ryan me acercó un cuenco estilo fin de siglo, probablemente de plástico, desde el otro lado de la mesa de la cocina.

—¿Más guisantes, Jason? Son los últimos frescos que nos quedan. A partir de mañana serán congelados. —Frunció el ceño—. Después de eso ya no sé.

Yo negué con la cabeza. Ella ofreció los guisantes al señor Ryan.

Este gruñó y siguió viendo la tele. Sí, la tele. El polvo en la atmósfera arruinaba las señales de holovisión, pero el tendido de los tiempos de la televisión por cable seguía enterrado en su sitio. Así que si tenías un televisor antiguo con su tubo de rayos catódicos —y los que los Ryan no tuvieran solo se podían encontrar en el Instituto Smithsonian— podías seguir viendo las noticias.

La tele es como la holovisión, pero plana. Uno se acostumbra pronto.

El presentador le preguntó a un científico:

—¿Ganímedes?

El profesor señaló con un puntero a un holograma que flotaba entre ambos sobre la mesa del estudio, una roca que giraba lentamente.

—La luna más grande de Júpiter. Más grande que nuestra Luna pero aun así con una gravedad inferior a la de la Tierra. El único otro sitio del sistema solar con presencia de agua líquida. Por supuesto, en Ganímedes se encuentra a gran profundidad. Esta

imagen fue obtenida por la sonda Galileo hace treinta y siete años, en el año 2000. Ganímedes se ve nítidamente. Entonces no estaba rodeada de un halo. No había atmósfera, simplemente hilillos de ozono y oxígeno. —Hizo girar la silla y señaló una imagen gemela que había al lado de la primera. Esta tenía los contornos difusos—. La segunda imagen, tomada por un telescopio, tiene una semana de antigüedad. ¡Voilà! ¡Atmósfera!

—¿Y eso significa, doctor?

—Que esos extraterrestres han establecido una base avanzada en Ganímedes. Han generado una atmósfera planetaria completa.

—¿Y qué quiere decir eso? —El presentador frunció el ceño.

—Que desean un mundo con agua y atmósfera. Y ese es el motivo de que nos ataquen con proyectiles no nucleares. Son lo bastante grandes como para destruirnos lentamente, pero lo bastante limpios y pequeños para permitir que la Tierra se libre de un verdadero «invierno nuclear».

—¿No desean un artículo deteriorado permanentemente?

El científico de la tele asintió.

El señor Ryan movió el tenedor en el aire.

—¡Pues que manden a los marines allá arriba! ¡Ellos sí que iban a deteriorar más de un artículo!

El señor Ryan estaba muy molesto por lo de sus árboles. Pero la raza humana no podía mandar ni un hámster a Júpiter. No habíamos tenido el material necesario ni las ganas de mandar a una persona más allá de la Luna desde los años setenta del siglo XX, así que atacar a una raza capaz de poner aire acondicionado a un planeta entero era una absoluta utopía.

—Walter, una maldad no cancela otra. —La señora Ryan estaba metiendo los guisantes en una fiambrera uno a uno, como si fueran perlas.

El señor Ryan apretó la mandíbula como llevaba haciendo toda la vida.

El presentador miró a la cámara.

—Y después de la publicidad: la falta de preparación militar. ¿Peor que en Pearl Harbour?

El señor Ryan apagó el televisor.

—Prefiero leer el periódico.

La publicación de las noticias diarias en papel se había

reanudado. Los ecologistas no incordiaban porque los árboles estaban muriendo de todas formas.

El señor Ryan se volvió hacia mí.

—¿Qué arma has elegido?

—La reina del campo de batalla. —Sonaba guay.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿La infantería?

Oh, oh.

—Me lo recomendó el sargento. Yo no tenía ni idea. Fue lo primero que se me ocurrió. Además, si vamos a ganar esta guerra, serán los pilotos quienes lo hagan.

De hecho, yo ya lo había pensado. Las Naciones Unidas habían empezado a organizar una Fuerza Espacial. Pero había que ser un genio de las matemáticas como Metzger para que te dejaran entrar. Mis notas en los exámenes de letras eran lo suficientemente altas como para no tener que ir a diario al orientador para que me hablara de la tragedia del fracaso escolar, pero en matemáticas apenas llegaba al mínimo y había tenido que matricularme en una optativa de reparación básica de ordenadores. De hecho, las matemáticas eran lo primero que nos separaba a Metzger y a mí desde tercero.

El señor Ryan sacudió la cabeza.

—Infantería. Más te vale pasarte el mes que te queda poniéndote en forma.

Me pasé el mes siguiente engullendo Prozac para olvidarme de mamá, bebiéndome la prima de reclutamiento con un carné falso, durmiendo y descargando pornografía de Internet. El resto del tiempo lo perdí.

El día antes de partir fui hasta la oficina de reclutamiento para recoger el pasaporte militar. En ese momento, salía de allí un tipo vestido con un uniforme de cadete de la Fuerza Espacial. Mono caqui, botas altas y bufanda azul real. A pesar de la penumbra, molaba de verdad.

—¡Wander! —Era Metzger. Se sonrojó—. He oído que… esto… que te alistaste después de…

Metzger era algo así como mi mejor amigo, pero no habíamos hablado desde mi expulsión, cuando agredí al agente.

—No pasa nada. —Me encogí de hombros. ¿Qué podía decir él? No era culpa suya tener todavía padres y una vida. No sé si yo lo

hubiera llamado de haber sido al revés. Mamá me habría dicho que los varones adolescentes forman amistades disfuncionales y que me olvidara de todo—. ¡Fíjate! Yo pensaba que solo los delincuentes con un mandato oficial podían alistarse sin haberse graduado.

—Si tienes las notas lo bastante altas y tus padres te autorizan puedes entrar en la academia de Oficiales de la Reserva mientras acabas el instituto. Después de la graduación… —Unió las manos e hizo el gesto de volar al cielo.

El ejército ya estaba disparando misiles desde la Tierra e interceptando algunos proyectiles. Pero en cuestión de meses habría interceptores, en realidad transbordadores espaciales adaptados, patrullando el espacio entre la Luna y nosotros. Iba a ser una holofantasía hecha realidad. Metzger tenía éxito en todo, pero en los holojuegos era el mejor que nadie hubiera visto. Decían que los buenos reflejos en los holojuegos presagiaban a un buen piloto de interceptor.

—¿Y qué has escogido, Wander? ¿Piloto de helicóptero?

A veces Metzger actuaba como un adulto. Con tacto. Los dos sabíamos que yo no llegaba al nivel de matemáticas para estar a su lado. Los helicópteros de ataque eran lo segundo mejor.

Le di con un dedo a su cordón trenzado azul.

—La escuela de pilotos es para maricas.

—¿Y? ¿Entonces, qué?

Dos chicas pasaron junto a nosotros. La rubia miró a Metzger de arriba abajo y le susurró algo al oído a su amiga.

Él sonrió ampliamente. Las chicas siempre miraban así a Metzger. Y ahora además era como Luke Skywalker. Puse los ojos en blanco, y luego miré con ojos entornados el sol gris.

—Infantería.

—Infantería. —Parpadeó—. Está muy bien. De verdad. —Miró los árboles desnudos—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana por la mañana.

—Supongo que habrás estado poniéndote en forma.

—Naturalmente.

—Esta noche tenemos que emborracharnos.

En la oscuridad de la mañana siguiente yo estaba despatarrado, con resaca, en la terminal del aeropuerto, observando por la cristalera el transporte que había aparcado fuera. Tenía el tren de aterrizaje

bajado y estaba pintado de un gris como el de todos los amaneceres que había habido desde el comienzo de la guerra.

Yo nunca había visto un avión de hélice fuera de un museo. Pero los motores a reacción absorbían tanto polvo ambiental que reventaban por dentro. Ya se habían estrellado dos Jumbos, así que la flota comercial dejó de funcionar y se convirtió en chatarra de aluminio. Ahora, todos los aeropuertos eran militares.

El polvo también se comía los motores de hélice, pero los ingenieros habían adaptado filtros para que las viejas cafeteras que estaban almacenadas por ahí pudieran funcionar. Debajo de las góndolas de los cuatro motores colgaban unas bolsas parecidas a ubres.

Me froté las sienes, que me dolían muchísimo. Metzger y yo habíamos comprado cerveza, ido en coche al campo y secuestrado una cabra, que luego habíamos soltado en el comedor de la escuela. Idea de Metzger, como siempre. El atrevimiento aventurero era otro rasgo valorado positivamente en los pilotos de caza.

Me volví hacia el tipo que estaba a mi lado, con pinta de tener una resaca como la mía.

—¿Crees que esa vieja cafetera es segura para volar?

Grande y negro, estaba despatarrado como los otros cincuenta de nosotros, en una silla de la sala de espera.

Puso mala cara.

—¿Cafetera? ¿Un Hércules? ¡En sus tiempos el C-130 era un avión magnífico!

Otro flipado de los nombrecitos y las cifras. Esos reclutas querían alistarse de verdad. Yo era el único cuerdo.

—¡Recoged los petates, señoritas! —El cabo del avión era más fanático que los reclutas. Los cincuenta nos pusimos en pie, nos desperezamos, gruñimos y babeamos. Si estar apiñados como un rebaño servía para ganar la guerra, íbamos a armarla de verdad.

Subimos a bordo y despegamos. Lo bueno del Hércules, aparte de que no se estrelló, era que hacía tanto ruido como un cubo de basura rodando por una calle empedrada. Ninguno de los flipados me molestó en mi desgracia. Aterrizamos dos veces para cambiar las bolsas de los filtros y dimos contra la pista de aterrizaje —y no lo digo metafóricamente— por última vez a eso del mediodía, hora local. Dondequiera que fuese.

—¡Recoged los petates, señoritas! ¡Bienvenidos a Indiantown Gap, Pensilvania!

Aquello sonaba a civilización. No era Groenlandia, la jungla o ningún otro sitio raro.

La rampa trasera del avión se abrió y la Antártida entró silbando. Para cuando nos hicieron bajar la rampa y nos alinearon en cuatro filas en el agrietado asfalto lleno de hierbajos de la pista de aterrizaje, mis dientes castañeteaban con tanta fuerza que me temblaban los ojos. Pensilvania no era tan civilizada.

—¡Pelotón! ¡Fi-irmes!

Yo había visto suficientes películas de guerra remasterizadas a holo para saber que aquello significaba estarse erguido y quieto. Como cuando tu madre te apoyaba contra la puerta para marcar tu altura con un lápiz. Menuda mierda.

El viento hizo revolotear unas hojas resecas sobre la nieve mientras se llevaba los últimos gases de los tubos de escape del Hércules. Alguien tosió.

Yo miraba al frente. Indiantown Gap se componía de colinas cubiertas de nieve y alfombradas con esos bosques grisáceos de árboles de hoja caduca que alguien de Colorado, acostumbrado a oler pinos, rara vez veía.

—Deberíamos habernos unido al ejército hawaiano —le dije al grandullón negro del aeropuerto.

Se echó a reír.

No era mi mejor chiste. Una vez hice que Metzger echara la leche por la nariz mientras almorzaba con una animadora.

—¿Cómo se llama, recluta? —La voz tronó detrás de mí y me puso el vello de la nuca de punta.

—¿Yo, señor?

—¿Señor? ¡Es a los oficiales a quienes hay que dirigirse como «señor»!

Se puso delante de mí y me miró a los ojos tan de cerca que pensé que me iba a dar en la frente con el ala de aquel sombrero marrón de boy scout. Tenía el rostro curtido y era tan viejo que tenía canas hasta en la pelusilla de las orejas. Sus ojos eran grises y más fríos que Indiantown Gap.

—¡Soy el sargento instructor Ord y así es como se dirigirá usted a mí! ¿Nombre?

Se le escapó una salivilla de la boca, que se congeló antes de dar contra mi mejilla y rebotar.

—¡W-Wander, sargento instructor!

—Recluta Wander. —Hizo una pausa. Estaba hablando a gritos para que todo el mundo pudiera oírlo, a pesar del viento.

Me apuesto a que seguía esta rutina con todos los grupos que llegaban. Y a algún pobre pringado —yo en este caso— le tocaba servir de ejemplo. Quizá volví los ojos al pensar eso.

—¡En posición de firmes se puede parpadear, tragar y respirar! ¡No se pueden hacer chistes, volver los ojos, ni bailar la Macarena!

¿La qué? Con aquel viento yo temblaba como un Pontiac mal ajustado.

Se apartó y cruzó las manos en la espalda.

—El pelotón se pondrá a cubierto de esta leve brisa tan pronto como usted asuma correctamente la posición de firmes, Wander.

Pude sentir el odio de todas las personas que estaban heladas sobre aquel asfalto. Era muy injusto. No podía estarme quieto. El temblor era un reflejo involuntario. Yo no había hecho nada. Bueno, igual tendría que haberme callado.

Me estaba congelando dentro de mi forro polar. El sargento instructor Ord solo llevaba la camisa de algodón del uniforme —verde oliva con manchas de camuflaje—, y unos pantalones sin remeter en unas botas con cordones que brillaban como el cristal. Y aquel estúpido sombrero. Pero iba y venía como si estuviera en la piscina.

Probablemente fueron tres minutos, pero a mí me parecieron treinta hasta que el cuerpo se me embotó de frío y dejó de temblar.

Ord nos miró con las manos a la espalda y se balanceó sobre sus botas.

—Muy bien. Cuando dé orden de romper filas, se echarán los petates al hombro, se volverán hacia la derecha e irán a paso ligero hasta el edificio de intendencia. —Señaló un cobertizo pintado de blanco que se veía en el horizonte. No estaría a más de cuatrocientos metros, pero parecía como si se encontrara en otro estado.

Alguien gimió.

—Allí recibirán una comida caliente y se les entregarán sus uniformes, chaquetones incluidos. Descubrirán que son la mejor

protección contra el frío jamás inventada.

—Por Dios, vamos ya —susurró alguien.

Ord se hizo el sordo.

—A los contribuyentes de este país, a quienes tenéis el privilegio de defender, no les han salido baratos.

El viento aulló.

Alguien gimoteó con los dientes apretados.

—Si no se me hubiera helado la churra me estaría meando en los pantalones.

De haberlo hecho, todos estaríamos tratando de calentarnos las manos en el chorro.

Ord ignoró aquel y todos los demás susurros. Me apuesto a que los contribuyentes se enfadarían al saber que le estaban pagando a Ord para que la tomara con un huérfano al que habían obligado a alistarse en el ejército.

—¡Rompan filas!

Evidentemente, en jerga militar «a paso ligero» significaba «en estampida». De haber sabido lo que venía a partir de entonces, hubiese corrido en dirección opuesta.

4

Entramos en tromba en el edificio de intendencia, como si fuéramos a tomar la playa de Omaha. Era un cobertizo de una sola habitación dividida a lo largo por un mostrador que nos llegaba hasta la cintura. Tras él se movían hombres de ojos vacíos vestidos con uniformes pardos y detrás de estos había estanterías combadas bajo el peso de uniformes y equipos igualmente poco coloridos.

Nos pusimos en cola y, uno tras otro, nos cargaron hasta la barbilla de ropas que olían al armario de la abuela.

—¡Esta ropa está usada! —le dije al negro del aeropuerto.

—No desde la guerra.

—¿La segunda de Afganistán?

—La Segunda Guerra Mundial.

Me reí.

—En serio. —Señaló con el pulgar una de las paredes de madera basta pintadas de blanco—. El ejército está saturado. La última vez que Indiantown Gap estuvo abierto fue durante la guerra de Vietnam.

Detrás del mostrador, un aburrido funcionario rompió el plástico de otro paquete de chaquetas. Las bolas de naftalina se desparramaron sobre la mesa.

Yo le tendí la mano al tipo negro.

—Jason Wander.

—Druwan Parker. —Su mano se tragó la mía.

—¿Cómo es que sabes tanto, Parker?

—Siempre quise alistarme. Mi tío es general. Estado Mayor de la defensa.

¡Y había escogido infantería! Así que al parecer mi elección había sido buena.

—Dice que tengo que pasar una temporada en el infierno antes de que me consiga un traslado al Estado Mayor. Así que voy a empezar en infantería.

Se me cayó el alma a los pies, pero enseguida me animé.

—¿Un traslado?

Él negó con la cabeza.

—A menos que tengas contactos es imposible en tiempo de guerra. La mayoría de los que están aquí serán de la infantería hasta la muerte.

—Quien está en guerra es la Fuerza Espacial. La guerra es a la altura de la Luna.

—Esa no es la cuestión. La economía está por los suelos. Las cifras de desempleo son las más altas en un siglo. El ejército es la sopa boba de América. Están sacando del retiro cuarteles como este y equipo viejo para entrenarnos a todos.

—¿Entrenarnos para qué?

Se encogió de hombros.

—Limpiar los cráteres que antes eran ciudades. Evacuar los nuevos objetivos. Disparar contra la turba cuando se acabe la comida. ¿Es que no ves las noticias?

¿Para qué, si podía obtener de Parker la versión resumida? Era un buen chaval y bastante inteligente.

Con un gemido, una puerta de tamaño garaje, situada en uno de los extremos del edificio, se hizo a un lado para dejar pasar el invierno. La nieve voló contra nosotros en horizontal. Un camión con toldo de lona dio marcha atrás y tapó la entrada. En la caja se veía un tipo con uniforme blanco y las manos apoyadas en las caderas. El humo entraba en el edificio. El ejército estaba autorizado a seguir usando motores diésel.

Yo nunca me había creído lo de que antes del cambio de siglo los coches con motor de combustión interna rugían por las carreteras como una estampida de búfalos, volviendo marrón el aire. Hasta ahora.

Tosí.

—Esto no me gusta.

—¡Pues a mí sí! —Parker se levantó y tiró de mí hacia el camión —. Es el camión del rancho.

La rápida reacción de Parker nos colocó cuartos en una cola de cincuenta. Estaba claro que era una relación que había que cultivar.

El cocinero del traje blanco no arrojó a cada uno de nosotros una caja de cartón de unos veinte por doce centímetros y volvimos a nuestra mesa.

—¡Botulismo envasado! —murmuró Parker.

—¿Eh?

Abrió su caja y dejó caer una serie de pequeñas latas verdes y sobres de papel de aluminio marrón.

—Raciones de combate. Cada lata es un plato, y luego está el postre y otras cosas. ¡Estas llevan almacenadas desde Vietnam! El ejército nunca tira nada a la basura. —Se encogió de hombros y leyó una de sus latas—. Algunos de los platos son potables. Como este. «Estofado de ternera».

Yo abrí mi caja, miré dentro y vi la tapa de una lata con el siguiente mensaje estarcido: «Alubias con jamón».

—Pero —dijo él— hay otras, como las alubias con jamón, que son vómito reciclado.

—¿Me cambias la caja, Druwan?

Quince minutos después estaba en una cola tragando alubias, consciente de que Parker era más listo de lo que yo pensaba, y empujando mi bolsa de viaje civil con el pie. En la cabeza de la cola estaba el sargento instructor Ord, sentado a una mesa mientras cada uno de nosotros vaciaba sus trastos para que él los examinara.

Ord no levantó la vista cuando solté mis cosas en la mesa.

—¿Ya estamos calentitos, Wander?

—Sí, sargento instructor.

Echó mi PDA en una gran bolsa de plástico verde que estaba etiquetada con mi nombre.

—La recuperarás cuando acabes la instrucción.

—¿Y cómo se supone que voy a escribirme con la gente?

Levantó la cabeza bruscamente.

—Sargento instructor —añadí.

Él asintió.

Ya me había dado cuenta. Solo había que usar aquellas coletillas.

—Usted ya sabe que los satélites no reciben señal, recluta. Y en estas colinas no hay repetidores terrestres. Así que aquí su pequeño asistente personal solo le sirve para el porno y los holojuegos que tenga almacenados. Y va estar demasiado ocupado para ambas cosas. —Metió la mano en una caja y sacó una anticuada agenda electrónica, con teclado y todo, color verde oscuro—. Esto es para usted.

—¡Vaya negocio! Excedentes militares con los que nadie ha escrito desde que los Broncos de Denver ganaron la Superbowl.

—El ejército le anima a escribir a casa, recluta. —Se me hizo un nudo en la garganta. El muy bastardo probablemente sabía que yo no tenía a nadie a quien escribir. Registró mi neceser y sacó el frasco de espuma de afeitar—. Se afeitará a diario, pero con esta crema. —Metió un anticuado tubo de pomada en el neceser.

Yo era huérfano. La guerra se había llevado a mi madre. La guerra se había llevado mi casa. ¿Es que este matón enamorado de la guerra no tenía otra cosa que hacer que llevarse mi espuma de afeitar?

Mi rabia se desbordó. Levanté la voz para hacerme oír por encima sobre el ruido, el movimiento y los murmullos que había tras de mi.

—Con el debido respeto, sargento instructor. ¿Por qué nos está incordiando con estas chorradas en vez de enseñarnos cosas que pudieran salvarnos la vida?

La sala se quedó en silencio como un depósito de cadáveres.

—Joder —susurró alguien.

Ord me miró fijamente y levantó las cejas un milímetro.

—Buena pregunta. Y la ha realizado con la apropiada cortesía militar, recluta Wander. —Se puso en pie, apoyó las manos en las caderas y se dirigió a la multitud reunida—. Muchos de los sistemas de control de armas, vehículos y demás equipos con los que entrenarán ustedes fueron diseñados antes de la popularización de tecnologías de reconocimiento de voz fiables. La práctica con el teclado les ayudará a refinar o desarrollar las capacidades de mecanografía y trabajo manual de las que carece la generación actual. Puede que eso salve sus vidas o las de sus compañeros. —Levantó mi tarro de espuma de afeitar—. Esta unidad puede ser trasladada en cualquier momento a cualquier parte del mundo a bordo de aeronaves con cabina no presurizada, o que puede despresurizarse de forma inesperada. Los aerosoles presurizados pueden convertirse en bombas que, como mínimo, destrozarían su equipo y como máximo podrían derribar la aeronave. En todo momento estarán perfectamente afeitados porque la máscara antigás no se sella herméticamente sobre una barba. ¿Alguna pregunta más?

Sonreí para mis adentros. La «cortesía militar» significaba que podías hacerte el listillo sin meterte en problemas.

—Recluta Wander, su pregunta indica que usted cree saber mejor que la estructura de mando lo que es mejor para su unidad.

Vaya.

—No, sargento instructor.

—¿Tiene frío?

¿Había una respuesta correcta?

—Hace algo de fresco, sargento instructor.

Ord casi sonrió al asentir.

—¡Entonces a calentarse! ¡Pelotón, cincuenta flexiones!

Hubo gruñidos anónimos cuando cincuenta barrigas dieron contra el suelo. Supongo que si hubiera dicho que no hacía frío Ord habría dicho que la temperatura era perfecta para hacer ejercicio. Hubiéramos acabado haciendo flexiones de todos modos. ¿Podía ser Ord más capullo?

—No, Wander, tú no. Te has ganado una oportunidad de liderar al grupo. Tú te quedarás de pie a marcar el ritmo.

Sí que podía ser más capullo. Me levanté.

—¡Uno!

—Gilipollas —siseó alguien, y no se refería a Ord.

Cuando acabaron, lo único que yo quería era esconderme en un agujero lo más lejos posible del sargento instructor Ord. No hubo suerte. Me mostró mi tarro de pastillas y levantó las cejas.

—Solo es Prozac II, sargento instructor.

Fue a la bolsa verde. ¿Qué demonios? O sea, yo no soy ningún enganchado al Prozac. Me tomaba un par si los Broncos perdían o algo así, ¿y quién no? Llevaba años en el mercado. Decían que el Prozac II era muchísimo más fuerte que el viejo. Quizá desde la muerte de mamá hubiese tomado demasiado. ¿Quién no lo habría hecho?

Ord volvió a ponerse en pie.

—¡Caballeros, hay una cosa que puede sacarlos del ejército o meterlos en prisión en un segundo! Y esa cosa es el consumo de drogas. Las facultades alteradas pueden causar la muerte de sus compañeros. Si los hieren en combate, el médico carece del tiempo, los conocimientos y el material necesarios para estudiar las posibles interacciones de la medicación con las drogas que hayan

consumido. Y en ese caso el consumo de drogas puede matarlos a ustedes. Los antidepresivos que se venden sin receta tienen la misma consideración que la cocaína. Si tienen alguno, lo empaquetaremos ahora mismo sin hacer preguntas. Si se los encuentran más tarde, los empaquetados serán ustedes. ¿Está claro?

—¡Sí, sargento instructor! —Cincuenta voces al unísono.

Después de una conferencia de orientación que duró una hora, llegamos a duras penas al barracón del tercer pelotón, que no era más que una habitación larga con las paredes pintadas de blanco e iluminada por ventanas dobles. Una compañía normal de infantería se componía de cuatro pelotones de cincuenta soldados cada uno. Una compañía de instrucción era igual, salvo que los pelotones no tenían oficial al mando, solo un sargento instructor que vivía en una oficina al fondo del barracón del pelotón y se dedicaba a darle por el saco a todo el mundo. Se suponía que el sargento instructor del tercer pelotón era un tipo llamado Brock. Parker me dijo que había oído que Brock era blando para ser sargento instructor. Buena cosa para nosotros. Probablemente Parker pensara que los resfriados eran buenos porque creaban empleos para los gérmenes.

A lo largo de la habitación había un pasillo central flanqueado por dos pilas de literas con los colchones enrollados. A cada pareja de literas le correspondía un par de taquillas clavadas a la pared, hecha de tablones pintados de blanco. Dos o tres centímetros de madera entre nosotros y el invierno de Pensilvania. Druwan Parker echó sus cosas en una de las literas superiores.

Yo puse las mías en la de abajo.

—A menos que quieras la de abajo.

Él negó con la cabeza.

—Nunca he dormido en la de arriba. —Sonrió ampliamente—. No es un trabajo, es una aventura. —El vapor de su aliento se arremolinó, blanco como el algodón, frente a sus mejillas.

Yo me quité el chaquetón y tuve un escalofrío. Ya estaban tardando en poner la calefacción. El chaquetón pesaba como el plomo, pero protegía del viento y el frío, tal y como había dicho Ord. Lo malo del sargento instructor Ord era que siempre tenía razón. Lo bueno era que al ser el sargento mayor de una compañía de cuatro pelotones no lo íbamos a ver demasiado.

—¡Caballeros!

La voz de Ord congeló todo sonido y movimiento.

Sus botas recorrieron el pasillo central.

—Sigan. No se les ha ordenado ponerse firmes. —Seguimos desempacando—. Me entristece decirles que el sargento instructor Brock ha sido trasladado a un nuevo destino. Es uno de los mejores suboficiales de este ejército. Habría sido un gran privilegio para ustedes el ser entrenados por él. No obstante, me alegra comunicarles que yo asumiré sus responsabilidades para este ciclo de instrucción además de las mías como sargento mayor. Por lo tanto, me alojaré en la oficina del suboficial que hay al fondo de este barracón. Tendré el placer de llegar a conocer a cada uno de ustedes los del tercer pelotón, y compartir con ustedes las veinticuatro horas del día.

Qué suerte.

—¿Alguna pregunta?

Alguien —gracias a Dios, no yo— habló:

—¿Dónde está el termostato, sargento instructor?

Ord se detuvo al principio del pasillo central y juntó las manos a la espalda.

—La calefacción de estos barracones se genera mediante una caldera de carbón. Como sabrán, el uso y la minería del combustible de carbón cesaron en este país antes de que algunos de ustedes nacieran. Estamos importando suministros desde Rusia. Se espera su llegada en cualquier momento.

En cualquier momento resultó ser después de que hubiera que apagar las luces, a las diez en punto de la noche.

Antes de acostarnos, Parker me había mostrado cómo sacar brillo a las botas, ordenar la taquilla y hacer la cama. La única cosa que había hecho bien en todo el día era escoger un compañero de litera que sabía de qué iba el tema. Entretanto, algunos reclutas incluso encontraron tiempo para escribir cartas a casa en sus agendas con teclado, tal y como había sugerido Ord. En un extremo del barracón había una vieja máquina donde podías conectar la agenda e imprimir la carta en papel de verdad, para luego meterla en un sobre y mandarla por correo. A Ord se le ocurrió alguna chorrada acerca de cómo debíamos ablandar las botas, como si aún no hubiera inventado suficientes tareas. La caminata del día siguiente ya se encargaría de ir ablandándolas.

Todos nos acostamos bajo mantas bastas, con los chaquetones, los calzoncillos largos y tres pares de calcetines de lana. Nos envolvimos el cuello en toallas a modo de bufandas.

En el bolsillo me quemaban dos tabletas olvidadas de Prozac II. Me aterrorizaba tanto tomármelas como que me cogieran tirándolas por el retrete. No me había tomado ni una sola en todo el día.

Miré fijamente el colchón que había sobre mí, hundido bajo el peso de Parker mientras cincuenta extraños roncaban, se rascaban y se tiraban pedos.

Fue la primera vez desde la muerte de mamá que pensé realmente en ella sin el cálido colchón de las drogas. Se había ido. No durante el fin de semana ni al cine. Para siempre. En una habitación llena de gente me encontré completamente solo por primera vez en toda mi vida. Sollocé hasta que el somier empezó a temblar.

Finalmente cerré los ojos.

—¡Las cuatro en punto! ¡Arriba, caballeros!

No podían ser las cuatro en punto de la mañana. Acababa de cerrar los ojos. Las lámparas del techo me quemaron los ojos. Un estruendo metálico hacía estremecer el barracón. Ord estaba en el pasillo central, golpeando un cubo de basura de chapa con un palo. Su uniforme estaba impecable. El rostro le brillaba. Los pies y los cuerpos empezaron a caer sobre el suelo de baldosas.

—¡Hunnh!

Parker despertó en la litera de arriba. El colchón se movió mientras rodaba hasta caer por el borde de la litera, no encontraba el suelo donde esperaba y se golpeaba violentamente. Gritó y se agarró la pierna. Miré, y tuve que apartar la mirada y reprimir las arcadas. Bajo los calzoncillos largos, la pantorrilla de mi amigo estaba doblada, pero por donde no había rodilla.

Parker fue nuestra primera baja durante la instrucción. Si hubiera sido la última, la historia de la humanidad habría sido muy diferente.

5

Ord les mostró a dos tipos cómo entrelazar los brazos para hacer una litera en la que Parker pudiera sentarse y sujetarse rodeándoles los cuellos con los brazos. Lo llevaron a la enfermería mientras el color de su tez pasaba del ébano a la mantequilla. Apretó los dientes, pero no dijo ni palabra mientras el pelotón formaba en posición de firmes en el suelo helado frente al barracón.

Ord nos miró.

—¡Buenos días, tercer pelotón!

—¡Buenos días, sargento instructor! —Cuarenta y nueve voces fingieron entusiasmo.

—¿Les gustaría dar una vuelta por las instalaciones?

Tanto como una aguja clavada en el ojo.

—¡Sí, sargento instructor!

—La preparación física suele efectuarse en chándal y zapatillas deportivas. Esperamos que tales elementos lleguen de un momento a otro.

Sin duda venían importadas de Rusia en el mismo barco que el carbón.

—Por lo tanto, llevaremos a cabo la preparación física con el uniforme de faena. Estoy seguro de que todos ustedes siguieron mis instrucciones de anoche para ablandar las botas de combate.

Ay, Dios. Ord nos ordenó variación derecha, lo que hizo que nuestras cuatro escuadras pasaran a ser columnas en vez de filas, nos hizo avanzar y luego nos puso al trote. Él trotaba a nuestro lado, marcando el ritmo sin que le faltara el aliento. Uno habría esperado que el bastardo dijera algo agradable acerca de Parker. O bien lo licenciarían o bien lo reciclarían y tendría que comenzar la instrucción de nuevo cuando se le curara la pierna. Me había quedado sin compañero de litera.

Después de cuatrocientos metros empecé a sudar y el roce de las rígidas botas me calentó los talones. Pronto tendríamos que detenernos.

Para cuando llegamos al borde del conjunto de edificios de madera que componía las instalaciones, el sudor me escocía en los ojos y estaba jadeando. Me ardían los talones. Miré de soslayo a Ord. Sus botas volaban sobre el suelo mientras marcaba el ritmo. En cualquier momento daríamos la vuelta.

—¿Hay alguien que no desee prolongar nuestro recorrido hasta el campo de tiro?

Quizá todos habían perdido el aliento como yo. Quizá eran unos cobardes. Nadie habló.

—¡Per-fec-to! ¡Hace un día maravilloso para correr!

Seguimos adelante.

Para cuando dimos la vuelta a la altura del campo de tiro, que estaba en algún punto cercano a Los Ángeles, yo iba unos cincuenta metros rezagado con respecto al grupo. El problema tenía que estar en las botas altas y la chaqueta. Yo era una gacela durante la temporada de fútbol. Vale, quizá hubiese debido pasar algún tiempo poniéndome en forma como todo el mundo me había aconsejado.

A mi izquierda se oía un resuello como el de un moribundo. Miré hacia atrás. El tipo avanzaba a trompicones y la cabeza salía del cuello de su chaquetón como la de una tortuga con gafas de su concha. Por lo menos yo no era el último. Las gafas botaban sobre su nariz. Gimió y miró delante de nosotros.

—Ay, Dios.

Yo reservé el aliento. Supuse que se quejaba por las ampollas o el cansancio hasta que miré en la misma dirección que él. Ord se había separado del grupo y venía hacia nosotros como un buitre. Yo mismo casi me puse a gemir.

—¿Algún problema, reclutas?

La tortuga movió la cabeza sobre un cuello delgaducho.

Ord sonrió.

—Ese es el espíritu, Lorenzen. El recluta Wander busca un nuevo compañero de litera. Creo que ustedes dos forman la pareja perfecta.

¡Ord me estaba cargando con aquel mamarracho! Yo no era un empollón de mierda. Solo estaba un poco fuera de forma. No solo había perdido a Parker, que sabía moverse en aquel elemento, sino que ahora tenía que hacer de niñera de aquel pringado.

Ord aceleró y empezó a dar vueltas alrededor del cuerpo

principal del pelotón como un gran tiburón blanco, mientras los demás lo seguían.

El pringado jadeó.

—Parece. Que el sargento. Quiere que lleguemos. A conocernos bien. Walter Lorenzen.

Trató de extender la mano mientas avanzábamos el uno junto al otro, pero se le quedó temblando como un pañuelo de papel en el aire.

—Jason Wander, Walter. —Apreté los dientes tanto por la idea de nuestra futura relación como por las ampollas.

Cuando logramos llegar hasta el espacio situado frente al barracón, Ord nos puso a ordenar los barracones para que nos enfriáramos antes de desayunar. Si la caminata hasta el comedor con los pies llenos de ampollas nos enfriaba solo un poco más, nos convertiríamos en estatuas de hielo. Una columna blanca salía de la chimenea que sobresalía del techo de tejas verdes del barracón. El corazón me dio un vuelco. Donde hay humo…

Entre nosotros y el calor y la comida había unas escaleras horizontales colgadas a la altura de una canasta de baloncesto. Los primeros dos tipos de la cola se quitaron los guantes, subieron unos peldaños de madera que había a un extremo y atravesaron entre vítores las escaleras balanceándose como chimpancés. Luego corrieron escalones arriba hasta el calor y la comida del comedor. La pareja que iba tras ellos los siguió.

Lorenzen y yo subimos. El acero helado me pinchó las manos mientras avanzaba por la escalera. Siempre he tenido los brazos fuertes. A medio camino miré atrás. Lorenzen colgaba de un brazo en la segunda barra de su escalera como una pera color verde oliva.

—Suéltense y vuelvan al final de la cola.

Nos soltamos mientras Ord indicaba con un gesto a la siguiente pareja que subiera.

—Lo siento, Jason —susurró Lorenzen mientras saltábamos arriba y abajo en el final de la cola.

—No importa. —Me soplé en los puños.

En la parte trasera del edificio, cerca de nosotros por culpa de nuestra posición de últimos de la fila, algún idiota había plantado un arbolillo de metro ochenta. Un cuadrado de piedras lo convertía en la raquítica pieza central de un jardín que esperaba con

impaciencia la primavera.

Alguien tenía que avisar al ejército de que, mientras del cielo solo lloviera polvo, no iba a haber primavera.

Después de tres intentos y tres fracasos fuimos los últimos en entrar en el comedor. Walter no había llegado a pasar de la segunda barra. Se frotaba las manos llenas de llagas. Algunos de los tipos que estaban sentados nos miraron y sonrieron sarcásticamente. Nos acurrucamos en una mesa como leprosos.

Miré a las demás mesas mientras la circulación volvía a las extremidades. Brotaba vapor de tortitas, huevos fritos y beicon apilados en bandejas de plástico con compartimentos. El aroma del beicon me hizo la boca agua.

—Bien, no hay MET —dijo Lorenzen.

—¿Eh?

—Que no hay mierda en la teja para desayunar. Es carne picada con bechamel sobre una tostada. Al parecer es asquerosa. Mi abuelo fue soldado y siempre se quejaba de eso. Ganó la Medalla de Honor.

—¿Por comérsela?

—Muy bueno, Jason. —Sonrió ampliamente.

Sí que lo era. Le devolví la sonrisa y me erguí un poco en la silla.

Los siguientes días de instrucción son un recuerdo borroso de frío, sudor y agotamiento. Todo consistía en chorradas como marchar en formación, conocer protocolo y aprender a hervir el agua para no ponerse enfermo. La única cosa medio interesante que llegamos a hacer fue una demostración de explosivo plástico que me metió el miedo en el cuerpo. Los explosivos me aterrorizaban desde que tenía diez años, cuando Arnold Rudawitz se arrancó la uña del dedo con un petardo el 4 de julio. Nos dijeron que antes de graduarnos tendríamos que lanzar una granada de verdad. Ese día iba a tener que ponerme enfermo.

Pero los rifles me gustaban. Nos dieron M-16 un par de semanas después. Antiguos, pero mortíferos.

En el edificio donde dábamos clase, los habían colado en las mesas, sobre telas con el diagrama de montaje estarcido. Primero el ejército te enseña a desmontar el arma y volver a montarla, a limpiarla y cuidar de ella como si fuera tu cachorrillo. Luego te enseñan a matar con ella.

Estábamos en posición de firmes, cada hombre detrás de su silla y de su arma, los cuatro pelotones de la compañía al completo.

La excitación se palpaba en el ambiente. No es que a los varones les guste matar cosas vivas con armas de fuego. Es que rociar a un blanco con un M-16 en posición de ráfaga es la prolongación definitiva de escribir tu nombre en la nieve con orina.

El capitán Jacowicz, comandante de la compañía, subió al estrado de treinta centímetros de alto con que contaba la habitación. Se produjo el habitual barullo previo a la clase en el que cada pelotón demostró su sanguinario esprit de corps entonando pamplinas acerca de lo superiores que eran a todos los demás pelotones del ejército. El tercer pelotón gritaba «¡NOCEM! ¡NOCEM!». Abreviatura de «nos comemos esta mierda». Luego el silencio.

—¡Tomen asiento!

Se produjo una breve sinfonía de patas metálicas arañando el suelo mientras nos sentamos, seguida de un nuevo silencio. Con los brazos cruzados, levantamos la mirada. No pocos dedos rozaron los rifles que tenían ante ellos.

—Caballeros. —Jacowicz comenzó dirigiéndose a nosotros con aquella patente mentira—. La guerra va bien.

Pero sus labios apretados decían que iba mal. Y no es que a ninguno de nosotros le quedara ánimo ni tiempo suficientes para que le importara. Las victorias de nuestra vida consistían en conseguir una o dos horas más de sueño o una ducha caliente.

Sin comunicadores personales, ni siquiera televisión, lo único que sabíamos del mundo exterior era lo que contaban los que recibían correspondencia. Se decía que las lanzaderas convertidas en interceptores ya volaban y desviaban los proyectiles, aunque su eficacia aún tenía que mejorar. Cada fallo significaba que moría gente a millones. Yo me preguntaba si Metzger estaba entre los pilotos. Y si los proyectiles devolvían el fuego.

El capitán Jacowicz se aclaró la garganta. Raras veces lo veíamos, salvo cuando observaba el entrenamiento desde lejos con los brazos cruzados. Era poco mayor que nosotros. Decían que se había graduado en West Point. Su uniforme llevaba la raya del planchado más marcada incluso que el de Ord, si es que aquello era posible, y la barba afeitada incluso más apurada. No llevaba la Insignia de Combate de Infantería. Incluso entre los instructores,

solo Ord había participado en combate.

Ya nos había hablado antes una vez en aquel aula. Una conferencia acerca de que la Convención de Ginebra prohibía el maltrato a los prisioneros. Considerando que cualquier posible enemigo prisionero se encontraba a muchos millones de kilómetros de distancia, yo me la pasé casi toda durmiendo.

—Hoy vuestro entrenamiento entra en una fase peligrosa y que supone un reto. Esta compañía nunca ha sufrido una baja en el campo de tiro. Con cuidado y atención, vamos a mantener el siguiente registro. ¡Luces!

Se echó a un lado mientras las luces se apagaban y una pantalla descendía desde el techo. El título del taquillazo de hoy apareció en la pantalla. «Introducción a la seguridad con armas de fuego».

Nadie podía aguantar muy bien con seis horas de sueño que realmente eran cuatro. Así que todo el mundo daba cabezadas cada vez que se apagaban las luces para algún holo o un vídeo. Los instructores tenían que saberlo. Y desde que había llegado el carbón ruso, los edificios donde se impartían las clases eran verdaderas saunas. El guiso del almuerzo daba vueltas en mi estómago como una pelota de fútbol. Se me caían los párpados.

Nuestros uniformes eran tan anticuados que tenían insignias de latón en el cuello. El truco para mantenerse despierto tan pronto como uno se notaba somnoliento era sacar la insignia y apoyar el alfiler en la barbilla con el pulgar. Cuando dabas la cabezada, recibías un pinchazo de aviso y solo perdías un poco de sangre. Era un ritual estúpido, pero había que hacerlo, porque si un instructor te pillaba durmiendo se te caía el pelo.

Yo estaba intentando apuntarme a la barbilla con el alfiler de la insignia, lo juro.

Crash.

Mi cabeza estaba sobre la tela con el rompecabezas del rifle, en medio de un charco de babilla. Mi M-16 cayó al suelo.

—¡Soldado! —Las luces se encendieron de repente y el capitán se acercó a mí. Yo me incorporé en mi asiento.

—¡Señor!

—¿Le aburre la seguridad con las armas de fuego?

—¡Señor, no, señor!

—¿Respeta usted su arma?

—¡Señor, sí, señor!

—¡Entonces recójala! —Lo hice. Maldita sea. Todo el mundo se dormía durante los documentales—. ¡Sargento Ord! —dijo secamente Jacowicz. El Altísimo apareció a su lado. Una estatua en posición de firmes—. ¿El recluta… —el capitán miró el parche con mi nombre— Wander pertenece al tercer pelotón?

—Sí, señor.

Supuse que no habría nada que le gustara menos a un sargento instructor que uno de los suyos la jodiera tan completamente delante del oficial al mando.

—Encárguese de que el tercer pelotón aprenda a apreciar sus armas.

El capitán Jacowicz dio una media vuelta que habría hecho enorgullecerse a West Point, volvió a subir al estrado y la película continuó. Yo me mantuve despierto hasta el final.

Aquella noche, después de cenar, tuvimos que desmontar, limpiar y volver a montar nuestros M-16 seis veces antes de devolvérselos al armero de la compañía. Además de ordenar los barracones, sacar brillo a las botas y las chorradas habituales. El sargento instructor Ord nos concedió cuatro gloriosas horas de sueño manteniendo generosamente las luces encendidas hasta media noche.

Cuando finalmente las luces se apagaron, Ord cerró la puerta de su oficina y desapareció. Mis cuarenta y nueve compañeros de habitación se mantuvieron en silencio hasta que alguien siseó:

—¡Serás gilipollas, Wander! ¡Tendrían que pegarte un tiro!

Esperé en vano a que alguien emitiera una opinión opuesta.

Dentro de cuatro horas despertaríamos y marcharíamos hasta el campo de tiro, donde cada uno de aquellos tipos estaría armado con un fusil de asalto cargado con munición auténtica.

6

El día siguiente comenzó de forma bastante normal.

—La chica con la que me case tiene que ser… —El recluta Sparrow medía un metro noventa y cinco y pesaba ochenta kilos sin la mochila. Pero Ord lo había designado para marcar el ritmo porque aún cantaba como el chico negro de coro que había sido.

—Paraca, comando o infante, ya lo ves —cantó en respuesta el tercer pelotón mientras marchábamos en dirección al campo de tiro con los fusiles al hombro bajo una mañana gris. En nombre de la igualdad de desgracias, la mujer llevaba décadas sirviendo en unidades de combate (infantería, blindados y artillería de campaña), aunque la instrucción la hacía por separado. Pero aquella letra seguía siendo mítica. De hecho, las mujeres nos parecían algo mítico.

Me imaginé a Metzger echado en una tumbona junto a la piscina, en bañador y con dos rubias —bueno, una morena y una rubia—, cuidándose el dedo hinchado con el que apretaba el gatillo, y sufriendo mucho cada vez que volaba por el espacio exterior y salvaba millones de vidas cada semana. Aquí en Indiantown Gap, mi idea de pegarse la gran vida era poder repetir un plato de algo que el ejército llamaba tarta de manzana.

Aquel era lo que, desde el inicio de la guerra, se podía llamar un buen día. La neblina casi estaba despejada, no había viento y estaríamos a unos cinco grados. Entonces pasó algo raro en el aire.

Por supuesto, era un aumento de la presión. Como todo el mundo sabe ahora, un proyectil es tan grande que desplaza y acumula aire delante de sí mientras penetra en la atmósfera a 45.000 kilómetros por hora.

Walter volvió la cabeza hacia mí, con el ceño fruncido bajo el casco de kevlar.

—No notas…

Lo vimos antes de oírlo. No quiero volver a verlo nunca.

Una luz tan brillante como la del sol brotó en una franja que

parecía ser tan ancha como el cielo y encontrarse a treinta metros sobre nosotros. De hecho estaba a treinta kilómetros de altura. El ruido y la onda expansiva nos derribaron a todos. Luego el fogonazo del impacto me cegó como el flash de una de esas viejas cámaras con película.

El suelo se onduló bajo nosotros como la sábana cuando se pone sobre el colchón y caímos rodando hasta el camino. La detonación me dejó sin aliento y empecé a ver las estrellas.

—¡Joder! —dijo alguien.

Entonces el viento provocado por el impacto pasó entre nosotros, haciendo que los árboles, altos como casas, se balancearan como florecillas en la brisa.

Durante mucho tiempo nadie se movió. Nos limitamos a permanecer tumbados y respirar.

Ord fue el primero en levantarse. Era la primera vez que lo veía siquiera un poco impresionado. Sus ojos parecían desorbitados y estaba lo bastante cerca de mí para que le oyera decir:

—¡Santa madre de Dios! —Se sacudió el uniforme, se puso bien el sombrero y gritó—. ¡De pie! ¡Tercer pelotón, a numerarse!

Todo el mundo se levantó y nos apresuramos a numerarnos por escuadras. Nadie admitió estar herido. Nos hizo ponernos en marcha antes de que pudiéramos pensar.

Todos mirábamos fijamente al oeste, hacia el destello del impacto.

—¿Qué hay por ahí? —susurró alguien.

—Pittsburgh. Había.

Se me saltaron las lágrimas y sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

Había pensado que Ord cancelaría la práctica del día. Acabábamos de ser testigos de un genocidio. De forma impactante. Horrible. En masa. Pero él siguió marchando como si no importara nada más. Nadie cantó durante el resto del camino hasta el campo de tiro.

El M-16 no es un rifle de precisión. Tiene el cañón corto. La bala sigue una trayectoria errática, para desgarrar mejor la carne cuando impacta. La bala es pequeña, para que un soldado pueda llevar más munición. Pero todas esas características reducen la precisión. Sin mira telescópica, por encima de los trescientos metros, es igual de

eficaz que tirar piedras al blanco. Lo que no había impedido que el ejército, en su sabiduría, situara la fila más lejana de blancos a 460 metros.

Lorenzen estaba metido hasta el pecho en uno de los pozos de tirador que había en hilera, disparando con el M-16. Yo estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, a su lado. Era su «supervisor» y me encargaba de anotar sus dianas. El emparejamiento de tirador y supervisor se repetía a lo largo de toda la fila. Yo anotaba los impactos usando una antigualla de lapicero, mientras olía la cordita.

—¿Le he dado al último, Jason?

¿Cómo demonios iba yo a saberlo? A los blancos más cercanos era fácil dispararles, pero en el crepúsculo acentuado por la bruma de polvo ni siquiera llegaba a ver la última fila. Marqué la tarjeta de Walter.

—¡Le has dado de lleno al cabrito!

—¡Vaya! ¡Puntuación perfecta!

Nadie lo decía abiertamente, pero si un soldado sacaba una puntuación inferior a «experto», lo que fallaba no era su puntería, sino el lápiz de su supervisor.

Todo el mundo cambió de sitio y los demás supervisores y yo nos metimos en los pozos de tirador y empezamos a disparar. Destrocé los blancos más próximos y luego apunté a la hilera más lejana.

Walter miraba al fondo del campo de tiro con los ojos entrecerrados.

—Creo que esa la has fallado, Jason.

—No.

Walter negó con la cabeza.

—Creo que tienes que cargar más el peso hacia delante, como he hecho yo.

Yo exhalé.

—¡Por Dios, Walter! ¡Márcalos como impactos!

Él volvió a negar con la cabeza. El casco le quedaba tan grande que se mantuvo inmóvil mientras su cabeza se movía.

—Eso sería hacer trampa.

Ord pasó por detrás de nosotros. Cerré el pico y seguí disparando.

Más tarde los instructores estaban sentados a una mesa plegable de madera sumando las puntuaciones de tiro mientras los demás curioseábamos tres camiones de dos toneladas y media que había aparcados tras ellos. De los antiguos con motor de combustión interna diésel. Eran tan pesados que no podían usar baterías eléctricas. Uno de los camiones tenía camillas y un médico a bordo. Una ambulancia improvisada. Siempre que practicábamos con fuego real, el ejército se aseguraba de que cerca hubiera tiritas de sobra.

Aquella imagen me hizo llorar. No de la emoción ante la preocupación del ejército por nuestra seguridad, sino al darme cuenta de que había tres camiones. Cuatro pelotones. El pelotón que obtuviera puntuaciones más bajas andaría los nueve kilómetros hasta el cuartel con la impedimenta completa.

Ord se puso en pie y leyó de una PDA.

—En primer lugar, el segundo pelotón.

Los muy capullos vitorearon y se subieron a un camión.

Ord los vio irse antes de seguir hablando.

—El primer pelotón también ha obtenido una puntuación perfecta. ¡Impresionante!

¿Todo el mundo perfecto? Empecé a tener una mala sensación. Puede que los demás sargentos instructores hubiesen dado pistas a sus respectivos pelotones sobre el sistema de puntuación creativa. Ord nos había dejado que lo dedujéramos por nosotros mismos, y al menos Walter no lo había conseguido. Estábamos jodidos.

Quince minutos después el tercer pelotón avanzaba pesadamente hacia los barracones, a nueve kilómetros de distancia. Delante de nosotros desapareció el último camión, dejándonos para que nos comiéramos el polvo del cuarto pelotón. Al menos ya no teníamos que escucharlos burlándose y riéndose desde la trasera del camión.

—¡Buen trabajo, Wander! ¡El único tío de la compañía que no las ha acertado todas!

Si yo decía una palabra acerca de cómo había sucedido, el tercer pelotón habría matado a Walter. Incluso la tensión de desmontar el rifle en el campo hacía que le temblaran las manos. Si los demás se le echaban encima por esto, se derrumbaría. A mí ya me odiaban. Podía soportarlo.

Pero a pesar de todo, mientras marchaba junto a Walter, lo injusto de todo aquello hacía que me temblara la mano que sujetaba

la correa del rifle.

—Vaya, Jason. Si me lo hubieras pedido te habría ayudado a practicar. Me apuesto a que podrías aprender a disparar tan bien como yo.

No sé lo que pasó. Tal vez fuera por lo de Pittsburgh. Tal vez por Ord y el estúpido e insensible ejército, que nos hicieron seguir con las prácticas de tiro cuando toda esa gente acababa de morir. Cogí al cretino de Walter por el puñetero cuello y empecé a estrangularlo. El casco se le cayó y rodó por el suelo.

—¡Ignorante sapo cuatro ojos! ¡A ver si te enteras!

Caímos y rodamos por el suelo mientras el resto del pelotón nos contemplaba con la boca abierta.

—¡Deees-cansen!

Mi puño se detuvo a medio camino de la nariz de Walter. La voz de Ord podía detener la caída de un piano desde treinta pisos de altura. Nos cogió por el cuello de las chaquetas y nos puso en pie.

De la fosa nasal izquierda de Walter salía un hilillo de sangre. Me miraba a través de las gafas rotas, con ojos de cachorrillo lastimado.

Ord me miró con el ceño fruncido.

—¿Cuándo aprenderás que saldréis de esta todos juntos o fracasaréis por separado, Wander?

¿Yo? Pero si yo era el señor Trabajo en Equipo en persona. El problema eran los demás gilipollas.

Ord volvió a poner al pelotón en movimiento y, mientras marchábamos, se puso a mi altura.

—Wander, después de que haya limpiado su arma, la haya devuelto al armero, haya preparado el uniforme para mañana y haya cumplido el resto de sus deberes, se presentará en mi despacho.

—Sí, sargento instructor.

Se me cayó el alma a los pies. Pero al menos no iba a joder al resto del pelotón por mi cagada.

—Muy bien. Tengo que asegurarme de que llegue a tiempo para hacerlo todo, Wander.

Cuarenta y nueve pares de botas pisoteaban la tierra helada de Pensilvania. ¿Qué podía ser peor que nueve kilómetros de marcha con impedimenta completa?

—¡Pelotón, tercien armas!

El corazón trató de salírseme por la boca. Cuando caminas con un rifle lo llevas colgado del hombro por la cincha. Lo llevas terciado, cruzado delante del cuerpo, cuando haces paso ligero.

Ord iba a hacernos recorrer los nueve kilómetros hasta el campamento a paso ligero. Como favor personal hacia mí.

Tendría que cambiarme el nombre de señor Trabajo en Equipo a señor Popularidad. A nadie le quedó aliento para maldecirme, así que fueron unos nueve kilómetros bastante tranquilos.

Las luces se habían apagado cuando me dirigí hacia la cuña de luz que salía de la puerta abierta del despacho de Ord. Estaba sentado detrás de un escritorio metálico gris, con el sombrero sobre la mesa. Cómo era posible que su uniforme pareciera recién descolgado de la percha por la mañana, a pesar de ser las diez de la noche, es algo que se me escapaba por completo. Di unos golpecitos en el marco de la puerta.

No levantó la vista.

—¡Entre! Y cierre la puerta.

Ay, Dios. Me planté delante del escritorio en posición de firmes.

—Se presenta el recluta Wander, sargento instructor.

Estaba leyendo una vieja tarjeta de felicitación de papel. La deslizó junto con el sobre bajo su sombrero mientras yo tragaba, parpadeaba y tomaba aire.

Yo había superado más de un examen sorpresa leyendo bocabajo el examen de algún compañero. En la tarjeta de Ord decía «Feliz cumpleaños, hijo».

El remite del sobre era una dirección de Pittsburgh.

Dios mío. Ord acababa de perder a su madre. Cuando yo perdí a mamá empecé a pegarme con todo el que se cruzaba en mi camino. Y allí estaba yo delante de él. Apreté los dientes y me preparé para lo peor.

Por fin, tragó saliva y levantó la vista.

—¿Por qué estás aquí, Wander?

¿Sería una pregunta trampa?

—Porque el sargento instructor me lo ordenó.

—Me refiero al ejército.

Porque si no estaba allí, el juez March me encerraría con la escoria de la Tierra hasta que fuera tan viejo que me crujiera todo

el cuerpo.

—¡Quiero pertenecer a la infantería porque la infantería abre el camino, sargento instructor!

—No me refiero a esa chorrada de respuesta. Sé como te alistaste. Sé lo de tu madre. Y lo siento de verdad. —Se le ablandaron los ojos. Estuvo a punto de llorar.

Quería decirle que lo sabía. Que conocía su pérdida. Que sabía lo que estaba sufriendo. Pero los soldados no hacen eso, pensé.

—Entonces no lo sé.

—Hijo. —Ahí había una palabra que hasta este momento yo había pensado que estaba fuera del vocabulario de Ord. Empezó a mecerse en la silla—. No estoy seguro de que pertenezcas aquí. Esto realmente consiste en trabajar juntos, por muchos cínicos que piensen lo contrario.

—¿Juntos? ¡Los demás gilipollas hicieron trampas en la pista de tiro!

Él asintió.

—Lorenzen te anotó honradamente setenta y ocho puntos sobre ochenta. Dudo que nadie más de la compañía haya pasado de sesenta. He visto muchísimas puntuaciones perfectas, pero solo dos reclutas han alcanzado realmente setenta y ocho puntos en diez años.

Abrí la boca de par en par. Debería haberme dado cuenta de que Ord sabría lo de la puntuación. Ord sabía todo. Y saqué un poco de pecho por aquel setenta y ocho.

—Wander, la nota de tu prueba de acceso al ejército en el examen de matemáticas fue mediocre, pero tus puntuaciones en lengua y ciencias sociales fueron tan altas que tu media supera incluso la del capitán Jacowicz. ¡Y él fue a West Point! La infantería te parece que no está a la altura de un tipo inteligente como tú, ¿no?

Otra conferencia sobre el esfuerzo personal. Suspiré con tanta fuerza que Ord lo oyó.

—Búrlate de la infantería si quieres. Pero realmente es una de las cosas más duras que los hombres pueden obligarse a superar mediante la disciplina.

Tragué saliva. No me estaba burlando. Comprendía la disciplina que había permitido a Ord llevar a cabo la práctica programada

aunque acabara de ver morir a su madre.

No era la falta de respeto, sino el asombro, lo que me había llevado a volver los ojos.

Pero Ord no sabía que yo lo sabía, no sabía que yo lo entendía. La blandura de sus ojos desapareció.

—El mundo está muriéndose, Wander. No sé si la infantería está destinada a impedirlo. Pero sé que es mi trabajo asegurarme de que cada soldado que yo entrene esté preparado si lo llama el destino. Un infante que no forma parte del equipo es un grano en el culo. Es peligroso para sí mismo y para los demás soldados. ¿Le gustaría renunciar?

¿Gustarme? Me encantaría. Pero no podía, o iría a la cárcel. Negué con la cabeza.

Él suspiró.

—No puedo ordenarle que renuncie. Pero puede hacerle reflexionar sobre sus ganas de quedarse.

Tragué saliva. Yo no quería quedarme.

Se inclinó, metió la mano en un cajón del escritorio y sacó una bolsa de plástico. De ella sacó un objeto del tamaño de un lápiz de color morado, que me enseñó sosteniéndolo entre el pulgar y el índice. Un cepillo de dientes manual colgado de un cordón.

—¿Sabe usted lo que está contemplando, Wander?

Entrecerré los ojos.

—¿Un cepillo de dientes?

Estaba manchado de tal forma que mamá habría dicho que a saber dónde habría estado.

—¿Un cepillo de dientes? —bramó él.

Yo me puse rígido.

—¡Un cepillo de dientes, sargento instructor!

Él sonrió, se levantó de la silla y rodeó la mesa hasta colocarse delante de mí.

—No. No, no, no, recluta Wander. Está usted contemplando el Adminículo Oficial para Higiene Nocturna del Tercer Pelotón.

—Tonto de mí. —¿Se me había ido la cabeza?

Ord siguió sonriendo. Apartó las manos para dejar el cepillo colgando del cordel.

—Una vez cada varios ciclos de instrucción, un recluta muy especial se lo gana.

Pasó las manos sobre mi cabeza y me puso el pequeño collar. El cepillo rozó mi nariz y supe exactamente dónde había estado.

Era medianoche y yo avanzaba de costado hacia la tercera de seis letrinas para seguir frotando y maldiciendo. Ord me había dicho que ese sería mi ejercicio nocturno. Que tendría que llevar el cepillo al cuello todo el tiempo. Dijo que era para hacerme reflexionar sobre mi futuro.

Vale. Cuando uno no estaba en turno de cocina, de guardia o de imaginaria, podía dormir. Ord me estaba jodiendo para obligarme a renunciar.

Que lo jodieran a él. Froté con más fuerza.

Si cincuenta tíos en un barracón suponían falta de intimidad, las letrinas eran la encarnación física de una violación de la cuarta enmienda. Los retretes estaban en una fila, justo enfrente de los lavabos, que estaban a dos metros. Las duchas estaban al fondo de la habitación, también totalmente abiertas.

Si se hubiera tratado de una prisión habrían tenido que indultarnos a todos como víctimas de torturas crueles e inusuales.

Las primeras semanas, la gente estaba tan cohibida que nos levantábamos en mitad de la noche para cagar en relativa intimidad. Gradualmente, la mayoría de nosotros fuimos insensibilizándonos. Pero no todos.

—Siento que tengas que hacer eso, Jason.

Levanté la mirada. Walter temblaba con la guerrera; sus desnudas y pálidas piernas, terminadas en unos pies cubiertos por varios pares de calcetines, asomaban por debajo del dobladillo, de forma que Walter parecía balancearse sobre un par de bastoncillos de algodón de los de limpiarse los oídos.

—¿Has venido a cagar o a charlar?

—¿Realmente parezco un sapo, Jason?

—No. —Por supuesto que lo parecía. Miré al suelo para que no pudiera ver mi sonrisa.

Él sonrió y luego frunció el ceño.

—Yo soy el que tendría que estar aquí frotando. Yo soy el metepatas del pelotón.

—No. —Por supuesto que lo era—. Lo que pasa es que el ejército no es para ti.

—Pues tiene que serlo.

Yo avancé agachado de costado y me puse a frotar el siguiente trono de marfil.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas que te dije que mi abuelo había ganado la Medalla de Honor? Fue porque salvó una vida. Todo el mundo en mi familia ha servido en el ejército. Mi madre no se sentirá orgullosa de mí a menos que gane una medalla.

—Eso es una chorrada, Walter. A la gente le dan medallas cuando las cosas salen mal. Las medallas son la forma que tienen los ejércitos de tapar sus errores. Nadie de mi familia sirvió nunca en el ejército. Y ahora no pueden. —Las lágrimas me empañaron la visión y froté más fuerte. El ejército de alguien había matado a mamá, por el delito de hacer un viaje a Indianápolis. Había matado a todo el mundo en Pittsburgh. Incluso había matado a la madre de Ord—. Nunca se acaba. No está bien. ¿Y para qué sirve todo esto?

—Mi abuelo tenía cien años cuando murió. Había luchado en la Segunda Guerra Mundial. Él decía que el objetivo era parar todo aquello.

Cargaba el peso de un calcetín a otro y los intestinos le retumbaban. Walter necesitaba intimidad. Pronto. Pero seguía siendo demasiado tímido para pedirlo, ni siquiera a mí. Me levanté y me desperecé.

—Necesito un descanso. Voy a salir un minuto.

Salí a la fría oscuridad y miré al cielo. Más allá del polvo seguían brillando las constelaciones. En alguna parte de ahí arriba, pilotos espaciales como Metzger luchaban por salvar a la raza humana. Aquel día había visto morir a un millón de personas en Pittsburgh. ¿Realmente lo que yo quería ser era un listillo que limpiaba retretes con un cepillo de dientes?

No sabía qué o quién me había quitado mi vida y a mamá. Realmente no quería vengarme, porque eso no me devolvería mi antigua vida. Pero si podía ayudar a parar aquello, eso representaría todo para mí.

Walter saco la aliviada cabeza al frío por la puerta y sonrió.

—Gracias, Jason. Eres un buen tipo.

Mi aliento dibujaba volutas en la oscuridad. No, no lo era. Pero podía serlo.

7

A la mañana siguiente recogimos nuestros M-16 de la armería y fuimos derechos al infierno.

No solo el tercer pelotón, sino el batallón de instrucción al completo, ochocientos hombres, subió a un convoy de antiguos camiones de dos toneladas y media color verde oliva que vomitaban una cantidad de polución diésel nunca vista desde que los coches eléctricos se impusieran hace años. Avanzamos hacia el oeste en dirección a las ruinas de Pittsburgh bajo una nube de polvo que el día anterior había sido un conjunto de centros comerciales, rascacielos y niños. El humo de los tubos de escape parecía irrelevante.

Bajo la lona de los camiones, nuestros cuerpos se balanceaban y temblaban.

—¿Por qué hemos cogido las armas? —preguntó alguien—. ¿Es que esta vez han aterrizado los putos extraterrestres?

—Saqueadores.

—¡Joder! No pienso disparar a los hermanos.

—¡Los hermanos han desaparecido, tío! Igual que el botín.

—Vamos a alimentar a los jodidos civiles.

Las charlas en la trasera del camión de transporte no son precisamente como los debates en la Cámara de los Lores.

La Pensilvania rural se fue abriendo al otro lado de la portezuela trasera. Al principio veíamos alguna que otra vaca tratando de pastar en un campo helado. Más cerca de Pittsburgh las vacas se movían de forma errática, sordas y desorientadas por la onda expansiva y el exceso de presión atmosférica incluso un día después.

Los camiones aminoraron en la penumbra conforme nos aproximamos a la ciudad. La carretera estaba llena de civiles que se alejaban de la nube de polvo. Los coches iban cargados, pero también se veía gente bien vestida empujando carritos de supermercado rebosantes de bolsas de plástico. Los padres caminaban y llevaban a sus hijos en cochecitos o incluso carretillas

de jardín.

Algunos niños saludaban. Sus padres les protegieron los ojos de las luces del convoy y nos miraron fijamente como si estuviéramos locos. O como si lo estuvieran ellos.

Ya había oscurecido cuando llegamos lo bastante cerca para olerlo.

Edificios destruidos y carne carbonizada. «Oscurecido» es un término impreciso. Pittsburgh seguía ardiendo y el resplandor rojizo reflejado en las nubes bajas iluminaba nuestros rostros. Desmontamos de los camiones, agradecidos por la posibilidad de estirar las piernas, y formamos.

Las calles residenciales que teníamos a nuestro alrededor formaban un vecindario de viviendas unifamiliares de dos plantas que no había resultado arrasado. Las casas eran lo bastante antiguas para que los árboles de los jardines, ahora muertos, hubieran crecido hasta tener el mismo diámetro de mi pierna. Una capa de hollín de varios centímetros lo cubría todo y seguía cayendo.

El capitán Jacowicz se dirigió a la compañía. El hollín que caía le manchó el pelo de gris y le hizo toser a pesar de la mascarilla de papel reglamentaria.

Apoyó las manos en las caderas.

—Ya sabéis lo que ha pasado aquí. Nos han sacado de la instrucción para ayudar. Buscaremos supervivientes, defenderemos la propiedad contra los saqueadores, ayudaremos a los refugiados civiles y prestaremos asistencia a los equipos de IM.

Nuestro cónclave de la parte trasera del camión había estado casi en lo cierto acerca de nuestra misión. Pero ¿equipos de IM? IM significaba Inteligencia Militar. ¿De qué iba todo aquello?

Nos mantuvimos a la espera bajo el frío durante una hora, mientras nevaba ceniza y Jacowicz hablaba por la radio. Las ventanas de las casas que nos rodeaban estaban iluminadas por velas o linternas. En ella se veían las siluetas de cabezas curiosas; adultos y niños que observaban por entre las cortinas. Eran los afortunados supervivientes. Pero carecían de electricidad, agua, calor y alimentos.

Llegó un camión más pequeño, abrió la portezuela trasera y nos pusimos a descargar cajas. Raciones C. Ahora la población civil iba a descubrir por qué la guerra es el infierno. Al menos, si nuestra

misión era repartir comida por allí, correríamos menos peligro que en el centro de la ciudad, que seguía ardiendo.

Cuando se vació el camión, un sargento instructor me hizo un gesto para que volviera a subir.

—¿Qué ordena, sargento instructor?

Se encogió de hombros.

—Los cerebritos necesitan alguien. Te acabas de presentar voluntario, Wander.

Cerebritos. ¿Para qué necesitaría la Inteligencia Militar un recluta sin la instrucción terminada? Me subí al camión mientras este se alejaba a trompicones de Walter y del resto del tercer pelotón. Cuando desaparecieron tras la cortina de cenizas se me hizo un nudo en la garganta. No era justo. No es que fueran gran cosa como familia, pero eran lo único que tenía y los estaba perdiendo.

Avanzamos a saltos durante un rato, tiempo que dediqué a compadecerme de mí mismo hasta que me di cuenta de que la luz se hacía más rojiza y de que ya no temblaba. El olor fue empeorando y el fuego rugía cada vez con más fuerza.

Levanté uno de los laterales de lona. Los postes del tendido eléctrico, envueltos en cable negro, convertían las calles en pistas de obstáculos. Los coches estaban volcados. Las ventanas de las casas eran orificios negros.

El camión se detuvo y yo me bajé de nuevo. ¡Más cerca del punto de impacto!

El calor del fuego me quemó las mejillas. El lugar atraía el aire, provocando un viento que hacía aletear las mangas de mi uniforme. Supuse que estaría a dos o tres kilómetros del casco urbano, si el proyectil había dado justo en el centro. Aquel vecindario seguía siendo reconocible, almacenes y viejas oficinas de ladrillo parcialmente derruidas. Incluso después de un día, las llamas del centro de la ciudad ascendían más de setecientos metros de altura. Su rugido hacía temblar la calle de forma que los cristales rotos que la pavimentaban centelleaban al reflejar la tormenta de fuego naranja. El camión se fue antes de que yo pudiera parpadear.

A unos quince metros de distancia se recortaba contra el fuego la silueta de un capitán de mediana edad. Estaba de pie junto a una mesa plegable y sobre él se levantaba un toldo de lona cubierto de

cenizas. El toldo cubría tres de los lados de un cuadrado formados por camiones con remolque color verde oliva. Unos focos sobre postes iluminaban el toldo y en algún sitio zumbaba un generador portátil.

El hombre me gritó haciendo bocina con las manos.

—No estás en el infierno, pero puedes verlo desde aquí.

Yo le hice el saludo reglamentario. En vez de devolvérmelo, el capitán me indicó que me acercara haciendo un gesto de cansancio que no estaba contemplado en el manual FM 22-5, sección Protocolo y Ceremonia.

Me miró de arriba abajo, con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Has tenido alguna experiencia con extraterrestres?

Esbocé una sonrisa irónica.

—Mi sargento instructor es bastante raro.

Él suspiró.

—Bueno, lo único que les dije es que necesitaba una espalda fuerte. ¿Café? —Señaló una cafetera de aluminio y unas tazas que había sobre la mesa—. Me llamo Howard Hibble.

Nos dimos la mano. Era tan delgada que le resultaría imposible hacer una flexión. Su uniforme era un traje mimético moderno, no como nuestros trajes de faena del siglo pasado. Llevaba la insignia de capitán en una de las solapas del cuello de la camisa, torcida, y el distintivo de la brújula, la rosa y la daga en el otro.

Se pasó una delgada mano sobre el pelo gris cortado a cepillo y dio una calada a un cigarrillo.

—No esperes chorradas de sargento instructor de mi parte. Probablemente tú llevas más tiempo en el ejército que yo. Hasta el mes pasado era profesor asociado de Estudios sobre Inteligencia Extraterrestre en la Universidad de Nevada. Lo creas o no.

Lo creía. Se notaba que nunca había pasado tiempo con gente como el sargento instructor Ord. Llevaba el uniforme colgado sobre una osamenta de espantapájaros, tan arrugado como la piel de su rostro. Sus botas tenían el mismo aspecto que si las hubiera abrillantado con una chocolatina.

—Toda mi vida había tenido la esperanza de que no estuviéramos solos en el universo. —Tosió y miró a su alrededor a las llamas—. Ahora desearía que lo estuviéramos.

—¿Qué hago aquí, señor?

—Por ahora, descansa en ese camión de ahí. Soy el único de este circo que sigue despierto. Entraremos cuando se haya enfriado y tengamos más luz.

Llevaba desde antes del amanecer botando en un camión de dos toneladas y media. El comentario sobre los «extraterrestres» me sonó amenazante, pero lo de «descansa» fue como música para mis oídos.

Por la mañana, el incendio ya se había extinguido. El viento había cesado y solo parpadeaban algunos fuegos dispersos. Salí a la luz rascándome y me dirigí hacia las letrinas.

Otros soldados se movían por el cuadrángulo formado por los camiones remolque. Y uso el término «soldado» en el sentido más amplio de la palabra. Por todas partes había botas desabrochadas y barbas sin afeitar. Ord hubiese explotado de haber visto esta panda. Todos los de la unidad tenían que ser mequetrefes de Inteligencia. Había oído que existían unidades como aquella. Grupos «no convencionales» de empollones y rarezas varias. Pude escuchar varios retazos de conversaciones entre bostezos. El pelotón incluía ingenieros aeroespaciales, biólogos e incluso psíquicos y zahoríes aborígenes. Los humanos, como raza, nos aferrábamos a un clavo ardiendo en la búsqueda de respuestas.

Bajo el toldo central, Hibble rebuscaba en una caja de cartón llena de rosquillas. Se apartó masticando, mientras el azúcar glas le manchaba la pechera.

—Sírvete. Luego tú y yo vamos a entrar en el centro de la ciudad en busca de fragmentos del proyectil.

Escupí migas.

—¿Allí dentro?

El centro de la ciudad seguía siendo un pozo incandescente y naranja.

—Con trajes protectores.

—¿Protectores? Pero los fragmentos…

—No son radiactivos —asintió—. Ni siquiera explosivos. Esas cosas no son más que grandes masas que se desplazan a gran velocidad. Suficiente energía cinética para incinerar una ciudad. El siglo pasado la humanidad bombardeó con bombas incendiarias Tokio y Dresde hasta convertirlas en infiernos. Pero los meteoritos también sirven. Pregunta a los dinosaurios.

—¿Por qué buscar fragmentos?

Él volvió los ojos.

—¿Qué otra cosa tenemos que estudiar? Pero así descubrimos que nuestro enemigo venía de fuera de nuestro sistema solar. Los metales eran demasiado exóticos para nuestro vecindario.

Tuve la sensación de que el vecindario de Howard y el mío estaban a años luz de distancia. Me colocó una máscara respiradora de goma con lentes. Uno de esos aparatos como los de los bomberos, con un pequeño equipo generador de oxígeno. Sobre los uniformes llevábamos monos ignífugos y fundas para las botas. Además, yo llevaba una mochila vacía.

Fuimos en coche hacia el centro de la ciudad, hasta que la cantidad de escombros nos obligó a dejar el vehículo viejo, llamado «jeep» por el capitán, y seguir andando.

No se veía más que humo, luz de llamas y, a través de mis gafas empañadas, paredes de ladrillo que se cernían sobre nosotros, listas para aplastarnos en cualquier momento.

El corazón se me había desbocado. Recorrí los escombros con la vista, esperando encontrar un brazo arrancado y ensangrentado o un cuerpo quemado debajo de cada pila de escombros.

—Jason, no creas que esto va a ser una misión de identificar cadáveres.

—¿Qué?

—No veremos muchos restos reconocibles. Cuando un rascacielos se derrumba sobre un cuerpo, la persona desaparece.

Apreté los ojos ante la idea. Con respirador o sin él, tomaba aire por la boca y seguía oliendo a carne quemada.

Utilizando su bastón de aluminio para equilibrarse, Howard cruzó a paso rápido una viga metálica ennegrecida que servía de puente entre unas pilas de ladrillos. Yo lo seguí con las rodillas temblando. Me uní a él en el otro lado mientras la viga gruñía, se rompía y una tonelada de ladrillos pasaba en cascada junto a Howard.

—¡Cuidado!

Él me hizo un gesto con el bastón.

—Ya te acostumbrarás.

A pesar del traje aislante, el sudor me chorreaba por la cara debajo de la máscara. Se me empañaban las lentes. A medida que

nos acercábamos al punto cero, los edificios individualizados desaparecieron. Solo pude reconocer algún portal ocasional o una pared empapelada. El parachoques enroscado de una furgoneta electrónica lucía una pegatina chamuscada: «Estudiante de honor de Mt. Líbano». Tragué saliva.

—¿Cómo te orientas en medio de este caos, Howard?

Él se encogió de hombros.

—Práctica. E instinto. Mi abuelo era prospector. —Hizo una pausa—. ¿Has perdido familia en esto, Jason? —Su voz zumbó a través de mi respirador.

—Toda. Mi madre. En Indianápolis.

Se detuvo.

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—¿Y tú?

—Mi único pariente vivo era un tío que vivía en Phoenix.

—Así que ambos somos huérfanos.

—Pasa mucho últimamente. —Se agachó para pasar por debajo de una viga de madera ennegrecida que descansaba sobre dos pilas de escombros.

—¡Howard! ¡Eso no parece muy seguro!

—Tengo olfato para esas cosas. —Me hizo un gesto con la mano sin darse la vuelta, y luego empezó a tantear las cenizas con el bastón—. ¡Cáscaras!

Definitivamente era un cretino de Inteligencia. Cualquier soldado de infantería que se preciara habría dicho «¡Joder!».

Se inclinó y tiró de algo.

—Jason, ven aquí…

El montón de escombros que soportaba uno de los extremos de la viga se estremeció. Unos guijarros de ladrillo pulverizado cayeron en cascada.

La viga que había sobre él se movió.

Salté hacia delante.

—¡Howard!

¡Zas!

Un remolino de polvo. Donde había estado Howard, ahora había una pila de escombros y vigas de madera carbonizadas.

—¡Howard!

No hubo más respuesta que el rugido del fuego.

Me había caído bien Howard. Era tan pringado como Walter Lorenzen, pero igual de auténtico.

Cavé, echando a un lado tablas y trozos de yeso hasta encontrar una bota, una pernera del pantalón, y luego a Howard entero. La viga le había aprisionado el pecho.

Le limpié de polvo las lentes de la máscara.

—¿Howard?

Abrió los ojos y jadeó.

—¡Cáscaras!

La superficie carbonizada de la viga se desmenuzó en mi mano, pero al segundo intento logré levantarla y él pudo salir de debajo.

Solté la viga, lo que provocó una nube de cenizas, antes de volverme hacia él.

Estaba de pie, examinando un objeto al que daba vueltas entre las manos enguantadas.

—¿Estás bien, Howard?

—Perfecto. Gracias, Jason. Me has salvado la vida. Y lo más importante, has salvado esto.

—¿Qué es?

—No estoy seguro, pero es extraterrestre. —Sostenía un trozo de metal retorcido del tamaño de una ciruela, tan caliente que el guante aislante echaba humo—. Este azul iridiscente es característico del casco de los proyectiles. Es parecido al titanio, pero tiene trazas de elementos muy raros en el sistema solar.

—¿Merece la pena que te maten por él?

Frunció el ceño debajo de la máscara.

—No sé, esta metralla es lo único que encontramos. —Señaló las ruinas con un barrido de la mano—. No tenemos ni idea de dónde buscar algo más grande. Ya hemos probado todos los medios de detección y los sistemas de catalogación posibles.

Íbamos andando mientras él hablaba.

Yo señalé unos escombros. Parecían… diferentes.

—¿Qué tal ahí?

Howard se dio la vuelta.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Hay algo.

Howard se encogió de hombros y nos pusimos a cavar.

Dos minutos después, lo toqué. El vello de la nuca se me puso de punta.

—Howard…

Agarré algo curvo con mis dedos enguantados y tiré.

Se soltó y yo caí hacia atrás.

La cosa que sostenía era de un metal azul iridiscente, tenía el tamaño de un plato sopero y estaba tan caliente que podía sentirlo en mi piel a través de los guantes.

Howard vino corriendo desde donde había estado excavando y me la arrancó de las manos, murmurando:

—Cáscaras. Cáscaras.

Empezó a dar vueltas al fragmento. La parte convexa estaba chamuscada, ennegrecida.

—Esta era la superficie exterior. Estaba cubierta con una cerámica que la fricción fue quemando mientras el proyectil entraba en nuestra atmósfera.

—¿Es importante?

—Es el fragmento más grande que hemos encontrado hasta ahora. La mayor parte del proyectil se vaporiza. —Pasó el dedo por uno de los lados del fragmento. Tenía el borde redondeado, como si alguien le hubiera dado un mordisco, y era de color plateado—. Pero esta parte de aquí es el premio gordo.

—¿Qué?

—Mi suposición, y el ejército me soporta porque hago suposiciones acertadas, es que esto es el borde de la tobera de un cohete.

—¿Y?

Pulsó un botón en un dispositivo GPS portátil y este empezó a pitar. Supongo que estaba marcando la ubicación donde habíamos encontrado el pequeño tesoro. Me hizo dar la vuelta, abrió mi mochila, metió el fragmento en una bolsa hermética y lo depositó en ella. Mi mochila cada vez pesaba más. Ahora comprendí el motivo de que Howard hubiera pedido un soldado de infantería. Necesitaba una mula de carga.

—El radio de esta tobera es demasiado pequeño para pertenecer al sistema de propulsión principal de un vehículo que es tan grande como un edificio. Es un cohete de maniobra. Hay dos escuelas en lo

tocante al motivo de la enorme precisión de estos vehículos. Una dice que son balísticos. Disparas y te olvidas, como una bala. Pero tratándose de un alcance de cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros a algunos de nosotros eso nos parecía poco probable. Esto confirma que hacen correcciones a lo largo de la trayectoria.

—¿Cómo? ¿Por control remoto?

Él negó con la cabeza.

—Eso es lo que ahora dirán los otros. Pero ni la radioastronomía ni ningún otro sistema han detectado señales dirigidas a los proyectiles o procedentes de ellos. Y te aseguro que las hemos estado buscando.

—¿Qué piensas, Howard?

Se aseguró de que mi mochila estuviera bien cerrada, me dio la vuelta y reanudamos nuestro periplo entre los escombros.

—Dímelo tú, Jason.

Profesores. El método socrático. Estaba empezando a gustarme el ejército. Allí se limitaban a decirte lo que había que hacer.

Me eché el casco atrás y me rasqué la cabeza a través del traje aislante.

—No lo sé. A mí me cuesta bastante darle a un blanco con una bala de rifle a más de trescientos metros, así que no digamos a cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros. Creo que los proyectiles tienen que ser guiados, pero yo no lo haría por control remoto. Una vez tuve un coche teledirigido, con uno de esos mandos con antena. Cada vez que nuestro vecino abría la puerta automática del garaje mi coche giraba a la izquierda.

Howard saltó una farola tumbada.

—Las grandes mentes piensan de forma parecida. ¿Para qué iban a arriesgarse esos extraterrestres con unas señales que pudiéramos interferir?

Pues muy bien. ¿Cómo pensaba entonces Howard que dirigían esas cosas? Me estremecí.

—¿Pilotos?

Él asintió.

—Kamikazes.

Volví a estremecerme.

—¿Estamos buscando cuerpos de extraterrestres?

—Las posibilidades de encontrar uno después de un impacto así

son infinitesimales. Pero un cadáver extraterrestre podría enseñarnos lo suficiente para cambiar el signo de esta guerra.

—Como por qué nos odian tanto como para querer exterminarnos.

Él estaba removiendo unos ladrillos con el bastón.

—¿Odiarnos? Nosotros no odiábamos al virus del sida. Pero lo erradicamos porque nos estaba matando. Quizá las continuas reposiciones de El Príncipe de Bel-Air que estuvimos emitiendo el siglo pasado al espacio provocaron defectos de nacimiento en sus jóvenes.

Pasé las siguientes seis horas saltando cada vez que Howard removía los escombros con su bastón, esperando ver el cuerpo carbonizado de ET. No tuvimos más derrumbamientos por los pelos. No hicimos más descubrimientos merecedores de un «cáscaras». Pero reunimos chatarra suficiente para restaurar un Buick de los antiguos. La mochila tintineaba a cada paso.

Caía la noche cuando llegamos de vuelta al campamento de los cerebritos. Howard iba silbando debajo de la máscara, satisfecho con el botín del día. Por supuesto, él no era quien llevaba el Buick a cuestas.

En uno de los remolques, me ayudó a desprenderme de la mochila.

—¿Por qué cavaste allí, Jason? Donde encontramos el fragmento grande.

Yo me encogí de hombros.

—Me pareció lo más apropiado.

—Muy apropiado.

Nos quitamos los trajes protectores, ahora ennegrecidos por el hollín. Se le enredó un pie en una de las perneras. Mientras daba saltitos para no perder el equilibrio, me preguntó:

—Ahora estás haciendo la instrucción, ¿no?

Asentí.

Miró mi mochila, que estaba en el suelo del camión.

—¿Tienes ya asignado destino para cuando acabes?

—Si acabo. Soy una especie de metepatas.

Ya se había pasado la hora de cenar cuando los cerebritos me devolvieron al tercer pelotón. Los civiles se iban con las últimas raciones C distribuidas.

—¿Qué has estado haciendo, Jason? —preguntó Walter.

—Lo de siempre, lo de siempre. —Me encogí de hombros. La última cosa que había pasado antes de que Howard me dejara ir fue que un mayor del JAG, el cuerpo judicial de las fuerzas armadas, me hizo firmar por triplicado un papel que decía que yo nunca hablaría de la existencia de la unidad de Howard. Demonios, después de leerlo ni siquiera estaba seguro de poder admitir que Pittsburgh había existido, o que yo mismo existía.

Walter me había conseguido una ración C de huevos con beicon e incluso un botellín de Coca-Cola. Se me hizo la boca agua, a pesar de que se trataba de raciones C.

Me dolía la espalda de cargar los souvenirs de guerra de Hibble y tenía ampollas en las partes del rostro que la máscara no me había tapado. Comí con la espalda apoyada en la rueda de uno de los camiones de dos toneladas y media. El día que había pasado con Howard Hibble me había enseñado que, aunque en silencio, la humanidad no había renunciado. Si yo persistía y seguía en el ejército, quizá pudiéramos marcar la diferencia.

8

Después de que nuestro convoy volviera de Pittsburgh, el comandante del batallón nos dio un día libre. La mayoría de la gente se quedó durmiendo. Yo fui a la sala de estar y descubrí los libros. No los librochips. Los libros de papel.

Las dependencias de cada compañía incluyen una sala de estar. Es un salón para que los soldados pasen el tiempo libre. Algo que no suele haber en la instrucción. Creo que el ejército le puso ese nombre porque allí es donde quisiera estar la gente.

La nuestra tenía un futbolín manual con uno de los muñequitos roto, una bandeja de galletas del día antes, café y un mobiliario antiquísimo tapizado con la piel de animales extintos hace tanto tiempo que yo ni siquiera había oído hablar de ellos. En serio. Leí las etiquetas. «Vinilo».

Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros, como las bibliotecas de antes. Por supuesto, no es que fueran la lista de los más descargados de The New York Times. Había manuales de campaña amarilleados, desde primeros auxilios hasta el popular FM-22-5, Protocolo y Ceremonia. Los mejores eran El arte de la guerra, de Sun Tzu, y la Cruzada en Europa, del general Eisenhower. Había estanterías enteras con relatos de las campañas de Napoleón, Robert E. Lee y Alejandro Magno, incluso con mapas desplegables que eran como una pantalla panorámica, solo que se podían tocar.

Los libros no son como los chips. Uno puede sentirlos y oler su edad.

Algunos tenían vida propia. Dentro de las tapas de uno, alguien había escrito: «DaNang, Vietnam, 2 de mayo de 1966, a un jovencito que ya no que tendrá que estudiar más la guerra». En otro decía: «Dedicado al capitán A. R. Johns, muerto en combate en Normandía, Francia, el 9 de julio de 1944». No decía si había tenido una familia. Puede que fuese huérfano, como yo. Pero tendría una unidad por siempre. La Primera División de Infantería.

Devoré los libros estantería por estantería y llegué por los pelos al barracón a la hora de apagar las luces. Me persuadí a mí mismo de que mi obsesión se debía simplemente a que estaba hambriento de estimulación intelectual tras el estéril fango de la instrucción. La alternativa era que Ord y el juez March hubieran tenido la premonición de que el ejército y yo éramos un matrimonio predestinado, una idea demasiado retorcida y espinosa como para creerla. Me llevé con discreción El conflicto chino-indio: la campaña de invierno del 2022, de Benton, y lo estuve leyendo mientras, con la otra mano y el cepillo de Ord, frotaba los retretes.

Las noches que siguieron fueron para mí momentos robados para leer en la biblioteca de la sala de estar. Los días los pasábamos en el bosque aprendiendo tácticas de pequeñas unidades.

Mi nuevo yo disfrutaba con las tácticas de pequeñas unidades.

Veréis, un soldado con un rifle no es más que un asesino en serie con licencia de caza. Pero incluso un pelotón de doce puede multiplicar su potencia de fuego si está adecuadamente armada y coordinada. La misión tiene éxito y los soldados que vuelven a casa en bolsas de plástico son menos.

Nuestros instructores decían cosas como: «Hoy se familiarizarán con la capacidad multiplicadora de la potencia de fuego de las armas de apoyo integrales del pelotón». En otras palabras, por qué una ametralladora era buena aunque hicieran falta dos hombres para llevarla.

Nuestro entrenamiento ahora incluía más maniobras de campo y familiarización con armamento especializado. Disparar con la M-60 modelo 2017 era mucho mejor que cargar sus veintidós kilos por el campo. Y el cargador lo tenía peor, porque la munición pesa incluso más. Durante el resto del entrenamiento táctico fui yo quien cargó con la ametralladora. Mis ofrecimientos a dejar que los demás participaran en la diversión cayeron en saco roto. El esprit de corps tenía sus límites. Así que me callé y me acostumbré.

Pasadas unas semanas, Walter me susurró durante el rancho del mediodía:

—Uno de los chicos ha dicho que eres un buen tipo, Jason.

Estábamos comiendo en el campo, con la espalda apoyada en los árboles entre pilas de hojas muertas bajo el perpetuo crepúsculo de polvo estratosférico que cubría Pensilvania y la Tierra entera. Según

el calendario estábamos en verano, pero parecía un invierno seco. Echaba de menos las hojas verdes.

Apreté el tubo de pasta hasta que un pegote marrón cayó en mi boca y me lo tragué. Las sucesoras de las raciones C eran las CLC, «Comidas Listas para Comer». Tres mentiras por el precio de una.

—Ya sé que soy un buen tipo, Walter.

—Pero es la primera vez que oigo a alguien más decirlo. Creo que eso está bien.

Y yo también lo creía. Pero estuviera bien o no, el mundo iba a peor.

La bolsa estaba estancada como un charco, de modo que los jubilados como mis padres de acogida, los Ryan, no podían vivir de sus inversiones. Las fuerzas armadas crecieron enormemente al admitir nuevos reclutas como nosotros. Pero había un límite al trabajo que se podía dar a tanto soldado.

A pesar de nuestras quejas, los soldados comíamos bien y el enemigo había dejado a la humanidad con menos bocas que alimentar. Los civiles tenían racionada la comida fresca, los precios de los supermercados estaban por las nubes (y subiendo) y había un activo mercado negro en cosas como manzanas y café. Incluso en sitios que no habían sufrido como Pittsburgh.

Parecía que la utilidad principal de mi ametralladora después de que acabara la instrucción iba a ser dispersar disturbios motivados por la falta de víveres. Una M-60 modelo 2017 era un trabuco de la era de la guerra de Vietnam envuelto en neoplástico posterior a la guerra afgana. Pero podía convertir a una turba en un amasijo de casquería. La idea de apretar ese gatillo me resultaba insoportable.

Con todo, tenía la intención de graduarme en dos semanas. Nos habían dado a cada uno de nosotros un paquete de anticuadas postales de correos con el escudo de la Infantería. Invitaciones para la ceremonia de graduación. Inmediatamente después se serviría un ágape en el comedor. Era posible que los canapés fuesen de alubias con jamón y que las madres de la gente tuviesen que subir por las escalerillas para poder entrar.

Al principio lloré, porque andaba corto de seres queridos. Luego me jodí y le mandé una postal a Druwan Parker. Solo lo había tratado un día antes de que se rompiera la pierna, pero era lo más parecido que tenía a familia. Le mandé una a Metzger, de puro

cachondeo. Había llegado a capitán y desviado dos proyectiles entre la Luna y la Tierra. Su rostro sonriente y su pecho cubierto de medallas había sido portada de la revista virtual People. Le envié una tercera invitación al juez March. Supuse que haría sonreír al vejete antes de meter a otro delincuente entre rejas.

Como ametrallador de la M-60 —donde ponía el ojo ponía la bala— mi graduación era especialista de cuarta. Después de la instrucción se me destinaría a una unidad de línea.

Puede que incluso tuviera una camareta con un compañero, calefacción y un retrete con puerta. Después de la instrucción aquello me sonaba como un ascenso a jefe del Estado Mayor.

Meses atrás, era un huérfano sin casa que se enfrentaba a la cárcel. Hoy recogía una nómina que no tenía tiempo de gastar y aprendía cosas que no sabía siquiera que existían. Tenía tres comidas calientes al día, una cama y pertenecía a una familia tan grande como el ejército de los Estados Unidos.

La vida me iba bien.

O eso pensaba yo.

9

No deberíamos haber ido al campo de tiro con granada el último día de instrucción. Pero allí estábamos, sentados en los bancos mientras Ord nos sermoneaba. Y tras él había un laberinto de trincheras que discurrían en zigzag hasta una hilera de cuatro puestos reforzados con sacos de arena.

Pronto tendríamos que avanzar por aquellas trincheras hasta los puestos, desde los cuales íbamos a arrojar granadas de verdad. A unos diez metros de los puestos se alzaban los troncos astillados de varios árboles muertos. Cuando una granada explota se convierte en cuatrocientos fragmentos de metralla metálica. Si los árboles no eran recordatorio suficiente de que se trataba de fuego real, a nuestra espalda había una ambulancia con médicos sentados en la parte trasera.

¿Me darían oxígeno los médicos si les decía que no podía respirar? Todos nosotros estábamos nerviosos acerca de esto. Pero para mí era peor. Lo único que podía ver era la uña ensangrentada de Arnold Rudawitz, arrancada por el petardo y colgando de su dedo índice mientras él corría hacia su madre, que estaba en la barbacoa preparando el pollo para el cuatro de julio.

Normalmente la instrucción finalizaba con un par de días de maniobras en el monte, en los que se dormía en tiendas de campaña y pozos de tirador, y se comían solo las raciones que llevábamos. Una especie de tesis doctoral sobre revolcarse por la tierra.

Pero uno de los ritos iniciáticos de la instrucción es arrojar una granada de mano real. Y nosotros no lo habíamos hecho. Se suponía que el ejército debía haber enviado granadas reales a Indiantown Gap hacía ya mucho. Durante tres semanas estuvimos esperando la llegada de las granadas en cualquier momento, igual que el carbón ruso que llegó tarde y las zapatillas deportivas que nunca llegaron.

Así que ya habíamos completado las maniobras y teníamos los últimos días para matar el tiempo. (No me creo que acabe de escribir eso).

Todo el mundo llevaba el casco, excepto los instructores, por supuesto. Ellos iban por ahí con sus gorritos de boy scout, como si un sombrero de fieltro pudiera intimidar a una granada con la espoleta defectuosa. Llevaron cajas de madera con asas de cuerda llenas de granadas hasta los puestos y volvieron.

—A un tipo del ciclo de instrucción anterior le tocó una con la espoleta en mal estado —me susurró Walter—. Tuvo suerte. Solo le arrancó el brazo.

—Pues yo he oído que los fulminantes son tan viejos que ocurren muchos accidentes de esos —dijo un tipo que estaba detrás de nosotros.

El corazón se me quería salir del pecho mientras volvía a ver el dedo ensangrentado de Rudawitz.

Sentí el calor del hombro de Walter pegado contra el mío. Por muy pringado que fuera, había llegado a depender de Walter. Siempre estaba allí y yo siempre sabía lo que pensaba, igual que con Metzger. Supongo que a la gente que ha crecido con hermanos eso le parecerá normal. A mí me resultaba asombroso.

Uno de los instructores nos hizo una demostración de cómo se arrojaba la granada. La parte superior del proyectil tiene un percutor con un muelle que está retenido por una palanca que se curva a lo largo del cuerpo de la granada. Un pasador mantiene en su sitio la palanca. Hay que tirar del pasador mientras se aguanta la palanca con el pulgar. Al arrojarla, la palanca se suelta, el percutor se acciona como una trampa para ratones y provoca la ignición del fulminante. Más o menos cuatro segundos después, el fulminante hace detonar el explosivo principal. El alambre que hay enrollado dentro y la misma carcasa metálica redonda saltan en pedazos. Lo destrozan todo en un radio de cinco metros.

Se me nubló la vista. Lo único que lograba ver era sangre y uñas arrancadas.

En la instrucción había hecho muchas cosas nuevas y terribles. Pero no era capaz de arrojar una granada. Pero si no lo hacía, no me graduaría.

—Jason, estás temblando. ¿Te encuentras bien?

—Sí. —Hasta que pasara un minuto, cuando me pusiera a vomitar.

Walter temblaba a mi lado.

—Sé cómo te sientes. Y lo bien que estaría tener ahora un Prozac.

Sí. Me metí las manos en el bolsillo del pantalón y toqué dos capsulitas. Era el mismo uniforme que llevaba el primer día. Los dos Prozac II que me quedaban estaban allí. Los toqué con los dedos. Estaban aplastados por incontables lavados, pero seguían manteniendo su potencia dentro de su indestructible envoltorio de plástico. Y representaban un desafío a la prohibición del consumo de drogas.

Las manos me temblaban. Iba a tirarme la granada a los pies. Con que las manos dejaran de temblarme veinte minutos la cosa sería perfecta. Avanzaría ágilmente por las trincheras hasta el puesto de lanzamiento y volvería al barracón a plancharme el uniforme de gala para la graduación.

El instructor nos mostró en qué consistía el ejercicio mientras la brisa hacía aletear el ala de su sombrero. Sostuvo la granada en una mano apretando la palanca con el pulgar como si le fuera en ello la vida. Porque le iba.

Pasó el dedo por la anilla del pasador que retenía la palanca.

—Las espoletas defectuosas son extremadamente raras —dijo el instructor—. El principal problema son los reclutas que dejan caer el arma. ¡No lo hagáis!

Para él era muy fácil decirlo. Yo de verdad que no podía respirar. El sargento se puso en uno de los puestos de lanzamiento y tiró de la anilla.

Mientras todo el mundo se concentraba en él, yo quité el plástico a las pastillas de Prozac y me pasé la mano por la cara. Me las tragué en seco.

El instructor la arrojó. Todos nos agachamos y nos pusimos a cubierto mientras él saltaba detrás de los sacos terreros.

No pasó nada.

Bueno, no pasó nada durante los cuatro segundos más largos que he vivido.

¡Boom!

Sobre los que estábamos más adelantados en la trinchera llovieron tierra y restos de metralla sin fuerza.

Un poco más allá, el instructor se había incorporado y se sacudía el polvo.

Yo sonreí mientras la reconfortante calidez del Prozac recorría mi cuerpo.

El primer recluta de la fila avanzó hasta el puesto seguido de otro instructor. Este sacó una granada de un envoltorio de cartón, repitió las instrucciones mirando al recluta a los ojos y le entregó la granada.

Alguien detrás de nosotros gritó.

—¡A cubierto! ¡A cubierto! ¡A cubierto!

Todos nos agachamos y nos ocultamos en la trinchera.

Me sentí respirar bien y con tranquilidad. Detrás de mí, Walter aún parecía nervioso.

—Pan comido —susurré.

—Claro.

¡Boom!

Llovió tierra. Todos levantamos la mirada y vimos que el recluta y el instructor se levantaban sacudiéndose el polvo.

El procedimiento era que el instructor empujaba inmediatamente al lanzador después de que la granada dejara la mano del recluta y lo derribaba detrás de los sacos de arena. Evidentemente, la gente tenía cierta tendencia a observar cómo volaba la granada. Nadie entendía por qué lo hacía, ya que no se daban puntos por distancia ni precisión.

Así que, a menos que te tocara una espoleta defectuosa, solo con que la granada cayera a más de medio metro fuera de los sacos de arena, nadie salía herido. Hasta tu tía Minnie podía tirarla lo bastante lejos.

Avanzamos.

Yo no es que estuviera exactamente sonriendo, pero con el Prozac II ya podía hacerlo. El recluta que iba delante de mí entró al puesto con el instructor. Volví la vista atrás para ver a Walter, agazapado a unos siete metros. Tenía los ojos desencajados. Le hice el signo del pulgar hacia arriba y él se obligó a sonreír.

Con Prozac o sin él, tenía el corazón desbocado.

El instructor del segundo pelotón me cogió del codo.

—Nuestro turno, Wander.

El último lanzador pasó junto a mí en su camino de vuelta. Sonriendo y moviendo la quijada para sacudirse el retumbar de los oídos.

En unos segundos, ese sería yo.

Entramos en el puesto reforzado con sacos de arena. Podía sentir la presencia de Walter a unos metros de distancia detrás de mí, en el sitio que yo acababa de dejar vacante.

Se me heló la sangre. ¿Y si él la jodía? Walter siempre la jodía. ¿Y si me pasaba y Walter saltaba en pedazos?

Hice ademán de mirar hacia atrás.

El sargento me cogió de los hombros y me miró a los ojos.

—¿Wander? ¡Escucha!

—Sí, sargento instructor.

Repitió la explicación y me dijo algo. Si le pasaba algo a Walter sería como volver a perder a mamá. Walter era mi hermano pequeño.

—¿Entendido?

Sentí que asentía y luego me colocaban algo pesado en la mano. Con Prozac o sin él, me eché a temblar.

Todo iba a salir bien. ¿Qué iba a salir bien? No lo sabía, ni me importaba. Solo quería que todo acabara.

—¡Arrójala, Wander!

Miré mi mano. La granada temblaba allí, pero parecía diferente. Podía ver el pequeño percutor con claridad. No había palanca. Esta volaba por el aire y dio contra uno de los sacos. Yo había tirado de la anilla y soltado la palanca, y la granada seguía allí. Qué interesante.

—¡Joder!

El instructor me agarró de la muñeca y la granada cayó de mis dedos lacios.

No voló.

Cayó. A mis pies. Se quedó allí, meciéndose en el suelo, emitiendo un humillo blanquecino de la parte superior. El fulminante había detonado.

Había soltado la granada con nosotros dentro del puesto. En apenas cuatro segundos moriría.

El instructor se lanzó contra mi pecho y me agarró como un jugador de rugby. Mis muslos golpearon contra los sacos de arena y ambos caímos al otro lado de los sacos de arena y fuera del puesto de tiro.

Dos pensamientos cruzaron mi mente.

Así que esto era lo que pasaba si un recluta dejaba caer una granada. El instructor se lanzaba con él fuera de los sacos terreros. Mientras la granada y la gente acabaran en lados opuestos de los sacos de arena, nadie salía herido. Iba a vivir.

El segundo pensamiento fue que Walter venía corriendo hacia mí, con la boca abierta, gritando.

—¡Jason!

Tras él, el siguiente de la cola avanzó hasta la posición donde antes había estado Walter.

Walter se tiró en plancha, con los brazos extendidos como Superman.

Vi sus ojos, aterrorizados y orgullosos al mismo tiempo cuando su torso cayó sobre la granada.

En ese momento el impulso del instructor nos hizo caer al otro lado de la barricada de sacos terreros, y solo vi la silueta de mis botas recortada contra la mortaja gris del cielo.

Mi espalda golpeó el suelo, el codo del instructor se me clavó en el pecho y vi las estrellas.

10

El aliento salió de mi cuerpo como una granada al explotar. Me quedé paralizado y traté de tomar aire. La granada no había detonado, gracias a Dios.

Ploc, ploc, ploc. Tierra y piedras cayeron sobre mí. Una me dio en la mejilla. La granada no había fallado. Había explotado. El instructor estaba sobre mí, tan pesado que sentía el palpitar de su corazón en mis costillas.

La tierra que había caído sobre mis mejillas estaba caliente. Me limpié la cara y me miré los dedos. Chorreaba rojo. Carne.

Traté de gritar, pero seguía sin aliento. Tampoco podía oír. ¿Tímpanos reventados?

Una silueta en el cielo. Un sombrero de boy scout. El instructor del cuarto pelotón había saltado los sacos de arena y estaba con nosotros.

—Jesús, joder.

Parecía que estuviera hablando a través de una almohada.

—¡Médico! —gritó—. ¡Que venga el puto médico!

¡Walter! Me sacudí al instructor de encima, me senté y me puse de rodillas. Al otro lado de los sacos de arena se veían cabezas que se movían. Me puse en pie a duras penas, me apoyé en los sacos y miré al interior del puesto de tiro.

El humo se arremolinaba alrededor de las personas que había allí arrodilladas junto a Walter. Estaba tumbado boca abajo donde había caído, con los brazos aún extendidos. Su pecho descansaba sobre la tierra y tenía los ojos abiertos. Tenía buen aspecto, aunque llevaba las gafas torcidas como siempre, a pesar de la banda elástica con la que se las sujetaba.

Solo que por debajo del cinturón había desaparecido.

Simplemente desaparecido. No era más que una cabeza y un torso. Como un muñeco GI Joe tirado a la basura.

Había alguien que no paraba de gritar. Era yo.

11

El médico se arrodilló a mi lado y me empujó contra los sacos de arena.

—Tranquilo, hombre. Estás bien.

Me examinó. Otra persona estaba examinando a su vez al instructor que me había sacado del puesto de tiro y quizá me había salvado la vida.

—¡No estoy bien! ¡Walter está muerto!

Me llegó una voz desde detrás del hombro del médico.

—¿Está ileso?

Ord se inclinó hacia delante apoyando las manos en las rodillas.

—Sí, sargento. Conmoción, hemorragia en nariz y oídos. Puede que haya perdido un tímpano. El otro muchacho que ha visto… —El médico se inclinó hacia Ord—. ¿Sargento? Este se ha tomado algo raro.

Ord se puso tenso.

—¿Qué?

—Mire sus pupilas.

—Solo está nervioso.

—No, sargento. Puede que solo sea Prozac II. Pero ha tomado algo.

—Tenía miedo. No creía que pudiera hacerlo. Solo eran dos pastillas que me quedaban.

Ord me agarró del hombro y me apretó con fuerza. No sabía si estaba enfadado o quería que me callara. Me callé.

—Ya conoce las normas, sargento —dijo el médico—. Tengo que informar de esto.

Ord cruzo los brazos sobre el pecho. Tras él, estaban cargando una bolsa en una camilla. Walter.

No podía respirar. El médico me puso las manos en las mejillas y me obligó a mirarlo.

—¿Solo has tomado Prozac en la última hora? ¿Nada más?

Asentí.

Me remangó la manga, capté un olor a alcohol y sentí el pinchazo de una aguja en el antebrazo.

—Esto te tranquilizará, muchacho.

—Gracias.

—Ya me lo agradecerás después.

Todo se volvió borroso.

Lo siguiente que recuerdo es el techo de la enfermería. Tablones pintados de blanco con bombillas colgando. Tenía un gotero de suero conectado al brazo. Estaba tumbado en una habitación tan blanca como el techo, con media docena de camas vacías. Las puertas basculantes que había a un extremo del pabellón tenían ventanas de cristal esmerilado. Al otro lado del cristal se movían dos siluetas.

—¡Hace semanas que deberías haberlo expulsado, Art! —El que lo había dicho tenía la silueta de mandíbula cuadrada del capitán Jacowicz.

—Es inteligente, señor. Lo estaba consiguiendo. —Ord.

—¡Era un accidente ambulante!

—Señor, todos son accidentes esperando para suceder. Nuestro trabajo es convertirlos en soldados, no expulsarlos.

—¿Y Lorenzen? ¿En qué clase de soldado se convertirá ahora?

Las siluetas no se movieron.

—Tiene razón, señor. Es responsabilidad mía, no del recluta.

—¡Chorradas, Art! Eres demasiado bueno para que me cargue tu carrera porque un drogata desobedeció las órdenes. Con tu edad y tu hoja de servicios ahora mismo deberías ser sargento mayor de división y estar al mando de un escritorio.

—Prefiero el trabajo de campo, señor.

—Bueno, y yo prefiero echar la culpa a quien se lo merece. Y ese no eres tú. Aunque la hayas jodido. Ya conoces el proceso. Puede elegir procedimiento administrativo o consejo de guerra. Sabes que mantendré la mente abierta. Pero si elige un procedimiento administrativo ante mí, tengo que decirte que en este momento me siento inclinado a llevarlo hasta las últimas consecuencias. Y eso es mucho mejor de lo que conseguirá en un consejo de guerra, si tengo que apostar.

—Señor, un consejo de guerra requiere que se presenten pruebas…

—¿Pruebas? ¡Le dijo a un médico que había consumido drogas!

Más silencio.

—Nunca habría esperado que usted, de entre todas las personas, tuviera problemas para comprender una orden, sargento. Explíquele sus opciones tan pronto esté en condiciones.

Yo estaba viendo cómo se vaciaba el gotero.

—Sí, señor —dijo Ord.

El sonido de unas botas se desvaneció pasillo adelante y una silueta se mantuvo junto al cristal esmerilado. Ord inclinó la cabeza, se quitó el sombrero de boy scout, miró su interior y suspiró.

Sentí que volvía a perder la consciencia. Sonreí. Tenía que ser un sueño. Podía haber creído que había sido real, pero Jacowicz había dicho que Ord la había cagado, lo que era imposible.

Me soltaron de la enfermería dos días después. Cuando volví al barracón, estaba tan silencioso como una tumba. Los colchones estaban enrollados sobre los somieres. Los petates estaban apilados en el suelo de madera, esperando que se los llevaran. El tercer pelotón se graduaba aquel mismo día. Mis botas provocaron ecos en la sala vacía mientras me dirigía hacia la oficina de Ord.

Lo vi a través de la puerta abierta, sentado a su escritorio, escribiendo sobre papel con un bolígrafo.

Tragué saliva y llamé a la puerta.

—¡Pase!

—Se presenta el recluta Wander, sargento instructor.

Levantó la vista y soltó el bolígrafo.

—¿Se encuentra bien?

—El médico dice que bastante, sargento instructor.

Él asintió.

—¿Es que la orden acerca del consumo de drogas no estaba clara, Wander?

Leí al revés. Estaba convirtiéndose en una costumbre cada vez que visitaba a Ord. La carta de Ord iba dirigida a la señora Lorenzen. Empezaba: «Su hijo era un excelente joven y un buen soldado». Eso era lo único que había podido avanzar Ord. En la papelera había tres hojas de papel arrugadas.

Se me saltaron las lágrimas. Tragué saliva.

—Estaba clara, sargento instructor. Hice una elección horrible.

Pero fue mi elección y solo mía.

Él volvió a asentir.

—Esté o no yo de acuerdo, ahora tiene usted dos opciones. Puede elegir que se presenten cargos ante un consejo de guerra o puede elegir un procedimiento administrativo. Lo primero significa que será usted defendido por un miembro del JAG en un juicio ante un jurado. Elegirá usted la composición del jurado entre suboficiales u oficiales. La mayoría de los soldados escoge oficiales. Se dice que los suboficiales tienen más mala leche.

—No lo creo, sargento instructor.

Casi sonrió.

—La segunda opción es un castigo administrativo impuesto por su oficial al mando. Sin posibilidad de apelación si no le gusta la decisión. Un tiro al azar. Pero se dice que es lo mejor porque solo hay que persuadir a un individuo que te conoce, no a un montón de desconocidos.

—¿El oficial al mando sería el capitán Jacowicz? —Jacowicz no parecía muy comprensivo al otro lado de la puerta de la enfermería.

—Es cierto que el capitán Jacowicz es muy estricto con las normas…

Mi futuro estaba en juego. No había tiempo para el tacto.

—¿Estricto con las normas? ¡Los chicos dicen que se mete un manual por el culo todas las mañanas para así andar más tieso!

Ord bajó la vista, se tapó la boca con la mano y carraspeó.

—Sea como sea, el capitán Jacowicz es un hombre justo. Proviene de una distinguida saga de soldados. Yo serví a las órdenes del general Jacowicz en la segunda guerra afgana.

El capitán Jacowicz era el mismo hombre que nos había sermoneado diciéndonos que se nos fusilaría si maltratábamos a los prisioneros de guerra, cuando la raza humana tenía más o menos las mismas posibilidades de tomar prisioneros que yo de volar a la Luna. Encomendarme a la clemencia de Jacowicz o pasar por un consejo de guerra. Pocas posibilidades o ninguna posibilidad.

—¿Qué es lo peor que puede pasarme?

—¿Lo peor? Prisión militar, probablemente menos de un año, y ser licenciado con deshonor.

—Puedo soportar la prisión. Para poder quedarme.

Él frunció el ceño.

—Lo más probable es lo contrario, Wander.

Se me cayó el alma a los pies. Ord tenía razón. Ya había oído a Jacowicz decir que me iba a expulsar.

—Quiero quedarme. Necesito quedarme.

Él tapó la carta con la mano.

—Hijo, puede que ese resultado no esté en las cartas.

—Walter era lo único que tenía en el mundo, sargento instructor, y ahora lo único que tengo es el ejército. —Hasta que esas palabras abandonaron mi boca no me di cuenta de lo que Walter y el ejército habían llegado a significar para mí. Pero acaba de decir la verdad. Si Jacowicz no iba a salvarme, me arriesgaría—. Quiero un consejo de guerra.

Ord tamborileó con los dedos. Miró la carta que tenía bajo la mano. Negó con la cabeza y me miró a los ojos.

—Hijo, si escoges el consejo de guerra estás fuera. Ya he visto bastantes como para saberlo.

Se me hizo un nudo en la garganta y traté de reprimir las lágrimas. Una se me escapó y corrió por mi mejilla. Ord me puso una mano en el hombro.

—Lo superarás, hijo. Todos lo superaremos.

Bajé la vista hacia la carta de Ord. Walter no iba a superarlo. Quizá lo mejor sería dejar atrás el ejército. Salir de la vida de Ord, de aquel desastre.

—Si solicito directamente una licencia con deshonor, ¿me permitiría el capitán Jacowicz saltarme el procedimiento administrativo y me reduciría el tiempo de prisión militar?

—Lo más probable, pero…

Eso era, pues. Renunciar. Licenciarme y luego enfrentarme al juez March y a la cárcel o a la vida civil.

—Bien, diga al capitán que solicito licenciarme con deshonor.

—O… la graduación es en dos horas. Podrías presentarte al capitán en solo una. Nada que perder.

Negué con la cabeza y sentí el cordón que llevaba al cuello.

—¿Desea el sargento instructor que le devuelva el cepillo de dientes?

En la vida civil no iba a necesitarlo. Me dispuse a cogerlo para quitármelo.

Ord se aclaró la garganta.

—Normalmente lo pido después de la graduación. Nadie a quien se lo haya dado antes ha renunciado. Quizá es que, después de todo, eras el que vi aquel día, un bromista sin agallas.

Qué hijo de perra. Justo cuando pensaba que yo le importaba un poco me empujaba escaleras abajo. Volví a meterme el cepillo debajo de la chaqueta del uniforme. Lo más inteligente era renunciar. Respirabacon dificultad. Ord me había enfurecido tanto que no me importaba la opción más inteligente. No sonrió, pero creo que quizá asintió.

—¡Está bien, maldita sea! ¿Quiere agallas? Jacowicz no se librará de mí sin lucha. ¡Quiero una audiencia y la quiero ahora!

12

Me senté en los muelles desnudos de lo que había sido mi litera a cepillar el uniforme de gala, y luego me vestí y salí del barracón de la compañía hacia mi destino.

Fuera de las ventanas del despacho del capitán Jacowicz, el verano de Indiantown Gap parecía tan oscuro y frío como mi futuro. Había un ordenanza sentado a un escritorio metálico gris, mirando fijamente una pantalla plana mientras usaba el interfaz de voz para introducir datos en los chips de silicio.

Había sillas vacías frente al escritorio, pero me apoyé en la pared para no arrugar el uniforme. Estiré una de las perneras del pantalón y repasé el brillo de los zapatos de cuero. Me sacudí el polvillo de las solapas. No es que me hubiera vuelto un fanático de las ordenanzas como el capitán. En ese momento, él tenía mi vida en sus manos, así que ningún grado de apego a las normas parecía excesivo. La ventana estaba cubierta de escarcha. Pero debajo de la chaqueta yo ya tenía la camiseta sudada.

Había estado leyendo acerca de los procedimientos administrativos. Más o menos era lo que había dicho Ord. El acusado quedaba completamente a merced de su oficial superior en vez de presentar su caso con las garantías del Código de Justicia Militar.

La teoría era que había más posibilidades de persuadir a un tipo que te conocía que a un montón de oficiales o suboficiales con un palo metido por el culo. El problema es que si tu oficial superior te metía un buen cuerno, no había ningún Tribunal Supremo al que apelar para salvarse.

Jacowicz podía licenciarme con deshonor, enviarme a prisión militar, las dos cosas a la vez o incluso ponerme simplemente a hacer guardias o librarme por completo. Estas dos últimas cosas parecían improbables.

—¡Soldado!

De no haber estado yo ya de pie, habría saltado más que una

tostada al salir de la tostadora. Cosa que sí le pasó al ordenanza.

Ord entró por la puerta e hizo como que no me había visto. Se dirigió al ordenanza.

—Al parecer se me ha traspapelado el orden del día. Imprímame uno, cabo.

Mientras el cabo imprimía una copia, Ord volvió la cabeza como si acabara de verme. Me saludó con una inclinación de cabeza.

—Recluta Wander.

—Sargento instructor.

Ord se sabía el orden del día como si lo llevara tatuado en el escroto. Era halagador que se hubiera inventado una excusa solo para verme.

El cabo le entregó el documento impreso y volvió a su trabajo. Ord me miró y levantó un poco la barbilla.

Yo hice lo mismo. Él asintió, y luego cerró el puño y lo movió unos centímetros adelante y atrás, como un pistón.

Yo asentí en respuesta mientras él se volvía y salía por la puerta.

Saqué pecho y casi sonreí. Aquello era lo más parecido que podía hacer Ord a besar a alguien en las mejillas.

En ese momento sonó el interfono que había en la mesa del ordenanza.

—¡Haga pasar al recluta Wander! —La voz de Jacowicz no dejaba traslucir nada.

Yo no podía respirar, ni lograba que se me movieran las piernas. Si me quedaba allí plantado, lo peor nunca pasaría.

El cabo señaló con el pulgar la puerta de la oficina del capitán.

—Venga, Wander, ya lo has oído.

Avancé, di unos golpecitos en el marco de la puerta y el capitán respondió.

—¡Pase!

—Buena suerte, hombre —me susurró el cabo.

Jacowicz también iba vestido con el uniforme de gala. La ceremonia de graduación era justo después de que me pateara el culo. Me devolvió el saludo y cogió unos papeles.

Levantó la vista, dio orden de descanso para que yo pudiera cambiar el peso de pie y hablar, pero me dejó de pie.

—¿Tengo que recordarle los hechos, Wander?

—No señor, yo puedo hacerlo por usted. —Supuse que la mejor

defensa sería un buen ataque—. Ingerí una sustancia prohibida estando de servicio. Mientras estaba bajo sus efectos, se produjo un accidente. Uno…

La imagen de Walter allí tirado no se me iba de la cabeza. Cerré los ojos y tragué saliva.

—Sé que Lorenzen y usted estaban muy unidos. Eso no hace que su infracción sea menos grave.

—No, señor.

—¿Niega los hechos de algún modo?

—No, señor.

—¿Tiene algo que decir en su defensa?

Respiré hondo.

—Señor, creo que este incidente me ha enseñado mucho. Creo que me convertirá en un soldado más fuerte. Estoy enormemente motivado para superar el impacto adverso de este acontecimiento. Estoy dispuesto a aceptar cualquier castigo administrativo que me permita continuar en el ejército.

Jacowicz se frotó la barbilla.

—Eso es casi palabra por palabra lo mismo que dice la recomendación de su sargento instructor. No creo ni por un minuto que él haya preparado esto con usted. Creo que el hecho de que haya llegado usted a las mismas conclusiones de forma independiente es prueba de su influencia. Dice mucho de usted, recluta.

El corazón se me desbocó. Había una oportunidad.

Sacó una hoja de una carpetilla.

—Estoy mirando una copia de una carta que he escrito. A la madre del recluta Lorenzen. Es la primera carta de este tipo que he tenido que escribir. —Yo sentí que los ojos me ardían y parpadeé—. Mi padre sirvió en la infantería, recluta Wander.

—Sí, señor. El sargento Ord nos ha hablado muy bien del general Jacowicz.

—Él siempre decía que las cartas como esta lo medían a él como oficial del mismo modo que medían la valentía de los soldados sobre los que escribía.

Asentí, no sabía adónde quería llegar.

—Considero este incidente como una medida de mi fracaso.

—El fallo fue mío, señor.

—Si le permito quedarse en el ejército, estará usted bajo el mando de otros oficiales.

—Sería un gran privilegio, señor.

—Y si volviera usted a fallar, ellos tendrían que escribir más cartas.

Oh, no.

—Ese es un riesgo que no estoy dispuesto a asumir —dijo.

—Señor…

Hizo una mueca de disgusto.

—Mire, Wander. He reflexionado mucho sobre esto antes de que usted llegara. No estoy intentando arruinarle la vida. Si usted hubiera sido un civil, tomarse esas pastillas no habría tenido la menor importancia. No le voy a imponer ningún tipo de castigo administrativo. Ninguna retirada de paga o beneficios. No se incluirá ningún informe negativo en su hoja de servicios. Se le licenciará normalmente, no con deshonor. Eso será mucho mejor para usted cuando trate de buscar trabajo en la vida civil…

—¡Lo que yo quiero es quedarme, señor!

Se detuvo y me clavó la mirada. Giró la silla hacia la ventana y apartó la vista de mí.

Los segundos pasaron lentamente por la pantalla del reloj digital.

Se dio la vuelta y me miró.

Su mirada no era fría, pero sí firme.

—Lo siento, Wander. Lo único que quiere es lo único que no puedo darle.

Me oí respirar con jadeos entrecortados. Sabía que iba a ocurrir, pero de algún modo pensaba, de algún modo…

El ordenanza asomó la cabeza por la puerta a la vez que daba unos golpecitos en ella.

—Ha venido alguien que quiere verlo, señor.

—Que esperen. Ya sabe que he dicho…

—No es un grupo, señor. Uno solo. Insiste…

El capitán se puso en pie, apretó los puños y se apoyó con ellos en el escritorio.

—Cabo, esta es mi compañía. ¡Quienquiera que sea esperará hasta que se haya cerrado el procedimiento administrativo!

13

—¡No he hecho todo este camino para ver cómo habla con un ordenador una especie de funcionario!

Me di la vuelta y vi una silueta similar a un gorila tapando el hueco de la puerta de Jacowicz.

El juez March apartó al ordenanza y plantó los pies en el centro de la oficina de Jacowicz. El vejete llevaba un traje negro con la manga prendida al hombro y una pajarita. Miré atentamente. En la solapa llevaba una pequeña escarapela de tela azul celeste con estrellas blancas. Era la primera que veía en mi vida. El vejete había ganado una Medalla de Honor.

Jacowicz inclinó la cabeza.

—¿Quién demonios es usted?

Luego estiró el cuello hacia la solapa del juez March y la escarapela de la Medalla de Honor del Congreso. La única recompensa real que otorga la más importante condecoración de los Estados Unidos es que todo el mundo, hasta el jefe del Estado Mayor, te debe un saludo.

Jacowicz se cuadró e hizo uno impecable.

El juez se lo devolvió.

—Me llamo March. Coronel March. Retirado, capitán.

¿Su Señoría era un pez gordo? ¡Joder!

—¿Qué hace usted aquí, señor? —preguntó Jacowicz.

—He venido a la graduación del recluta Wander. Como no hay aviones, me he pasado treinta y seis horas en un tren.

Jacowicz y yo lo miramos como si le hubiera salido rabo.

—Jason me envió una invitación.

—No lo entiendo —dijo Jacowicz.

—El recluta Wander fue una vez lo que se podría decir cliente mío. Cambié mi puesto en el ejército por uno de juez hace años. Pero cuando pedí más información acerca de la ceremonia me enteré de los problemas de Jason y acerca de esta audiencia.

Ord. Tenía que haber hablado con Ord.

Jacowicz levantó la barbilla.

—La audiencia ya ha acabado.

—Usted sabrá, capitán. Que el procedimiento haya acabado es potestad exclusivamente suya.

Jacowicz miró fijamente al juez March.

—¿Por qué querría reabrir el asunto?

—Me gustaría hablar en defensa del recluta Wander.

—Como antiguo oficial de alta graduación, y juez, usted sabe que no tiene derecho a un abogado.

—¡Tiene derecho a un trato justo! ¡Como oficial que sirvió a las órdenes de su padre, eso lo sé!

Jacowicz se puso tenso.

—¿Es usted Dickie March?

El juez March asintió. Alargó la única mano que le quedaba hasta el escritorio de Jacowicz y cogió una foto enmarcada que miraba hacia nosotros. Un hombre canoso vestido de uniforme, muy parecido a Jacowicz, sonreía con el pie apoyado en el parachoques de un antiguo Hummer.

—Era un magnífico soldado.

Jacowicz parpadeó.

—Gracias, coronel. Juez. —Jacowicz volvió a colocar la foto en su sitio y carraspeó—. ¿Qué quería decirme?

—El recluta Wander llegó a la infantería como resultado de unas circunstancias que yo puse en movimiento. Pensé que le vendría bien. Y a la infantería también. Sigo pensando lo mismo.

—Cometió una falta gravísima.

—Según tengo entendido, el recluta Wander tomó en una sola ocasión una dosis normal de un medicamento perfectamente legal que se dispensa sin receta.

—Y las normas son absolutamente claras por lo que respecta a las consecuencias de dicho comportamiento. Especialmente a la luz de las circunstancias agravantes. Ha muerto un recluta. En combate habría sido mucho peor. —Jacowicz sacudió la cabeza.

—En combate éramos conscientes de que incluso los buenos soldados cometen errores. Y los buenos soldados son difíciles de encontrar.

Jacowicz apretó los labios.

—¿Sabe lo que hacíamos su padre y yo durante el asedio de

Kabul? ¿Cuando no había nada que hacer en todo el día salvo agacharse cuando venía la artillería enemiga?

Jacowicz entrecerró los ojos mientras asentía cortésmente. Igual que yo. El abuelete empezaba con las batallitas.

—Nos sentábamos en los catres a contarnos historias. Y fumábamos un poco de hierba.

Me quedé boquiabierto. No porque no pudiera entenderle. «Hierba» era una antigua forma de referirse a la marihuana. Por aquel entonces era ilegal.

Al parecer, Jacowicz tampoco lo sabía, porque negó lentamente con la cabeza.

—Eso me parece increíble.

—Y a mí me parece increíble que usted piense que su padre le había contado todo lo que hacía cuando estaba fuera de servicio. Y que usted piense que aquello lo convierte en peor soldado. ¿Cree usted que al ejército le habría venido bien librarse de nosotros si nos hubieran cogido?

Jacowicz se apartó de la mesa de un empujón, giró junto con la silla y se puso a mirar por la ventana, de espaldas a nosotros.

El juez March me miró y se dio unos golpecitos bajo la barbilla con el dedo.

Yo asentí y levanté la mía.

En la distancia, los motores de un Hércules gimieron y se apagaron al aterrizar el transporte.

Jacowicz habló sin volverse hacia nosotros.

—Vuelvan en quince minutos.

El juez March y yo estábamos frente a los barracones.

—¡Muchas gracias, señoría, muchas gracias! Por venir. Por todo.

Se volvió hacia mí y posó los ojos en el brillo de mis zapatos.

—Llevas bien el uniforme. ¿Qué tal han ido las cosas, Jason?

—No demasiado bien. Como ha podido oír usted.

Todo aquello me parecía increíble. Que Ord se hubiera puesto de mi lado. Que el juez hubiera venido. Que fuera un oficial de alta graduación condecorado.

El juez March señaló el comedor, con sus dos escaleras horizontales vacías y aquel arbolucho escuchimizado que temblaba desnudo en la brisa.

—¿Crees que un viejo soldado podría conseguir allí una taza de

café?

Tres minutos después, el juez March y yo estábamos sentados ante sendas tazas de café en el comedor vacío mientras el personal de cocina iba y venía preparando la cena.

Dio un sorbo.

—¿Has tomado alguna otra droga aparte del Prozac?

—Nunca. Lo juro por Dios, señoría.

Asintió.

—Si alguna vez me entero de lo contrario te agujerearé las orejas y te las clavaré al cráneo.

Fruncí el ceño. Cuando el juez era joven, hacerse perforaciones en el cuerpo estaba de moda. Pero lo había dicho con tono de castigo.

—¿Por qué ha hecho esto por mí, señor?

Él se encogió de hombros.

—Si te licencian volverás a mi lista de casos pendientes. Odio las listas de casos pendientes.

—Oh.

Él miró fijamente al café, luego levantó la vista y sonrió ampliamente.

—No. Pensaba que eras un chaval con potencial que necesitaba un empujón en la dirección adecuada. Y lo sigo pensando.

Eso era lo más agradable que nadie me había dicho nunca. Sacudí la cabeza.

—Señor. Es una coincidencia que usted haya servido con el padre del capitán. Y que usted y él, ya sabe, fumaran…

El juez se echó un poco de azúcar del azucarero con su única mano, cogió la cuchara y removió el café.

—Hijo, hay un dicho entre los abogados defensores que se presentan ante mí. Ellos creen que yo no lo conozco.

—¿Señor?

—Si la verdad no te hace libre, miente como un bellaco.

Le dio un sorbo al café, se encogió de hombros y vio que yo me quedaba boquiabierto. El muy hijo de perra mentiroso…

Nos quedamos sentados tomando café varios minutos.

La puerta del comedor se abrió y el ordenanza de Jacowicz asomó la cabeza.

—¡Wander! El capitán está listo para ti.

Apreté mi taza.

—¡Mueve el culo, hombre!

El ordenanza sacó la cabeza y dejó que la puerta se cerrara dando un portazo. Debí de saltar unos treinta centímetros.

Cuando volvimos, Jacowicz hizo salir al juez.

El capitán se mecía en la silla y se cogía la barbilla con los dedos.

—Acerca del tema de la marihuana: mi padre me lo contó todo sobre el coronel March. Dickie March era un buen soldado, pero le encantaba saltarse las normas. Bebían juntos, pero ninguno de ellos tocó nunca un porro.

Se me heló la sangre en las venas. Jacowicz había cogido a mi mecenas en una mentira que difamaba a su padre muerto.

—¿Sabes cómo ganó el juez March su Medalla de Honor?

Yo negué con la cabeza.

—Durante la segunda guerra afgana, mi padre y Dickie March fueron los únicos supervivientes cuando un cohete tierra-aire derribó su helicóptero. Mi padre se rompió ambas piernas. El brazo del mayor March quedó aplastado y atrapado por los restos. El helicóptero estaba ardiendo. Dickie March usó una pala de cavar trincheras para terminar de arrancarse el brazo y así poder llevarse a mi padre antes de que los restos explotaran. Luego estuvo tres días evitando a las patrullas enemigas, llevando a mi padre a la espalda, hasta que fueron rescatados. —Jacowicz se meció en su silla y cogió otro marco. Un holograma de una mujer atractiva que sostenía un bebé—. Yo sacrificaría cualquier cosa por mi esposa y mi hijo. Pero los padres y los hijos raras veces llegan al extremo de tener que hacer esos sacrificios. Los soldados sí. En combate, no luchamos por Dios ni por la Patria, ni siquiera por los seres queridos que tenemos en casa. Luchamos por el soldado que está a nuestro lado. Son más familia para nosotros que nadie que conozcamos nunca.

Yo tragué saliva.

—¿Señor?

—Estoy en deuda con Dickie March. Mi padre estaba en deuda con él. Dickie March es de la familia. Si Dickie March piensa que merece la pena mentir por usted, eso me basta. Así que no crea que va a permanecer en el ejército porque un ingenuo graduado de West

Point se creyó una burda mentira. Va a quedarse porque alguien que me importa cree que usted puede marcar la diferencia.

Quedarme. Mi corazón dio un salto.

—Señor, seré el mejor soldado…

—Ahórreselo. Oigo a diario promesas de gente a la que tal o cual experiencia le ha cambiado la vida. Y estoy seguro de que al juez le pasa igual en su tribunal. Si se queda, esto irá a su hoja de servicios. Se le negarán todos los destinos decentes del ejército.

No podía ser peor que la instrucción. Me limité a saborear el momento con el corazón desatado.

—… a llegar tarde a la graduación, Wander. He dicho que puede salir. —Hizo un gesto con la mano.

Casi se me olvidó saludar antes de dar media vuelta. ¡Había dejado atrás la instrucción! ¡Había dejado atrás el peor error de mi vida!

La graduación fue aún mejor porque el juez se quedó entre el público. Después, en el comedor, comimos galletas, bebimos ponche de uvas y nos dimos la mano con las madres y los padres de todo el mundo. Intenté invitar al juez a cenar un filete en Hershey, Pensilvania, pero tenía que irse. Los dos lloramos un poco cuando lo acompañé al tren de vuelta a Colorado.

A todos nos dieron dos semanas de permiso después de la instrucción. La mayoría de los reclutas tenía familia y casa a donde ir. A mí la persona más cercana que me quedaba en la Tierra era Metzger.

Él estaba destinado en Cabo Cañaveral. Al no haber vuelos civiles, tuve que conseguirme un sitio en un convoy militar que iba a Filadelfia, para allí buscarme otro hueco en algún convoy que fuera al sur.

El viaje en camión hasta Filadelfia fue frío y lleno de traqueteos, y me dio mucho tiempo para pensar. Pensé en Walter, en el destino del mundo, pero sobre todo en lo idiota que había sido. Jacowicz me había dicho que podía haber dejado el ejército.

En vez de eso, había luchado por mantener un trabajo mal pagado, sucio y peligroso. Un trabajo en el que, habiéndola jodido como yo lo había hecho, no había posibilidades de ascenso. Puede que reclutas como Druwan Parker, el que se había roto la pierna y tenía un pariente en el alto mando, hicieran carrera en el ejército.

Yo no. Cuanto más me alejaba de Indiantown Gap, más claramente veía la realidad.

El depósito de carga en Filadelfia estaba en un distrito de almacenes. Una habitación grande con un sargento de intendencia detrás de un escritorio metálico gris, máquinas expendedoras en una pared y un par de sofás. Olía a cartón húmedo. Tenía varias horas que matar antes de que el convoy que iba en dirección sur partiera hacia Florida.

Una pareja de civiles, unos chicos cerca de la veintena, estaban sentados sobre sus maletas. Reclutas que iban a hacer la instrucción en Indiantown Gap. Greñudos, con la ropa sin planchar, haciéndose los listos. En suma, como yo mismo unos meses antes.

Yo estaba despatarrado en un sofá, observando cómo el sargento de intendencia revisaba el inventario en su monitor. Tenía la piel olivácea picada por el acné y una cicatriz que le recorría la quijada de un lado a otro.

—¿De dónde es usted, sargento?

—Del Bronx.

Llevaba una plaquita con su apellido: Ochoa. Los suboficiales normales no eran como los instructores. Se podía charlar con ellos.

—¿Qué está haciendo, sargento? —Señalé la pantalla.

—Un inventario de los artículos de papel que tenemos en este almacén.

—¿Como qué?

—Papel higiénico, papel de envolver.

—No hay que confundirlos, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Esto es el ejército. El papel es papel.

—¿Le gusta su trabajo?

Se encogió de hombros.

—Me falta poco. —Como en «me falta poco para licenciarme»—. Quién me iba a decir que llegaría a retirarme.

—¿Y por qué no?

—He tenido unos cuantos administrativos.

Procedimientos administrativos. ¡Una fuente de información!

—¿Por qué?

—Peleas de bar, principalmente. Estaba destinado en una base de la Marina. —Escupió tabaco de mascar en un cubo que había

junto a su mesa—. Los popeyes no saben beber.

Pues sí.

—Pero eso no le ha impedido ascender.

—El ejército se preocupa por los suyos.

Saqué pecho.

Él se encogió de hombros.

—A menos que tengas algún asunto de drogas en tu hoja de servicio. —Se me cayó el alma a los pies—. Si te drogas, te jodes.

—Se refiere usted a los adictos a la coca. ¿Qué pasaría si alguien tomara Prozac?

Él negó con la cabeza.

—Esto es el ejército. La droga es la droga.

Me miré los zapatos. De mucho me iba a servir haber aprendido a mantenerlos brillantes. Este tipo era yo dentro de veinte años, aunque no tuviera un incidente con drogas en mi hoja de servicio.

Salí del depósito. Al otro lado de la calle había una iglesia donde ofrecían comidas. Había una cola de hombres apiñados que se extendía desde la puerta hasta el final de la manzana. No eran vagabundos sin techo. Eran hombres responsables y respetables a quienes la guerra había robado la esperanza. Me sentí tentado de unirme a la cola.

Sería muy fácil desaparecer ahora, entre las filas de los sin techo, los huérfanos, los desempleados. El ejército estaba saturado. Desertar sería hacerle un favor, dejar sitio para alguien nuevo. El ejército no disponía de recursos para perseguir a los desertores.

Llevaba encima dos meses de paga y tenía la ropa de civil en el petate. Recordé que el epitafio de un cómico había sido «Mejor aquí que en Filadelfia». Filadelfia no era nada del otro jueves, pero era lo bastante grande como para perderse en ella.

Entré el tiempo justo para coger el petate y echármelo al hombro. Encontraría algún callejón en la manzana, me vestiría de paisano y me perdería.

El sargento Ochoa apartó la vista de la pantalla.

—Tu convoy hacia Cabo Cañaveral sale a las cuatro cero cero. ¡No te pierdas, especialista!

Yo ya lo estaba.

Me disponía a empujar la puerta giratoria, pero esta se abrió hacia mí. Entró un hombre negro vestido de civil, con una maleta

en una mano y un bastón de aluminio en la otra.

Lo esquivé.

—¡Wander!

Me di la vuelta. Druwan Parker, pierna rota y todo, me sonreía de oreja a oreja.

Soltó la maleta y extendió la mano.

—¡Mírate! ¡Dispuesto y firme! ¡Has superado la instrucción!

Me miró de arriba abajo mientras nos dábamos la mano.

—¿Qué haces aquí? —logré decir.

—Una segunda oportunidad. —Abrió los brazos y levantó la pierna—. Me sacaron los clavos hace una semana. Me readmiten en la instrucción.

—¿Otra vez en la infantería? ¿No puedes hacer que tu tío te consiga algo más tranquilo ahora que estás fastidiado?

Su sonrisa se desvaneció y se miró a los pies.

—Mentí. Tengo un primo que fue sargento de la Fuerza Aérea. No tengo más vida fuera del ejército que tú. Y la pierna se me ha curado mal. Probablemente no supere la instrucción tampoco esta vez. Pero nunca se sabe. Mi viejo solía decir que el noventa por ciento de la vida es dar la cara.

Yo solo había conocido a Parker un día antes de que se rompiera la pierna. En aquel entonces había sido un optimista. Ahora era realista, pero iba a dar la cara.

Me miró.

—¿Y adónde vas ahora que has acabado la instrucción? Afortunado hijo de perra.

Afortunado. Quizá. Me encogí de hombros, solté el petate en el suelo y me senté a esperar el convoy.

—A donde sea que me mande el ejército.

Día y medio después, tras haberle deseado buena suerte a Parker y montarme en un camión diésel, tenía los ojos hinchados por la falta de sueño y el polvo de las carreteras de media docena de estados.

Tiré mi petate desde la trasera del camión al pavimento gris que rodeaba un complejo de almacenes. Los edificios se agolpaban achaparrados al borde de lo que ahora se conocía como Base Cañaveral de la Fuerza Espacial de las Naciones Unidas, Florida, Estados Unidos. Seguí a mi petate y, en el preciso momento en que

mis botas tocaban el suelo, la tierra empezó a temblar.

14

La tierra no paraba de temblar. ¿Se aproximaría otro proyectil? Miré a mi alrededor en busca de algún sitio donde agarrarme, y luego levanté la vista. En lontananza despegaba un interceptor, lento, majestuoso y rugiente. Sobre una columna de llamas anaranjadas, se alzaba como una flecha hacia el cielo, dejando una estela de humo blanco.

Recortado contra el humo y a unos quince metros de mí estaba Metzger, con los brazos cruzados y sonriendo, la viva imagen de un póster de reclutamiento. Su uniforme de gala era azul y más vistoso que el mío. Llevaba en el pecho esas cintas tan chulas de los pilotos. Bueno, los chicos de los cohetes estaban salvando al mundo. Se las merecía.

Se me acercó, con sus galones de capitán en los portagalones. Yo lo saludé mecánicamente y él me devolvió el saludo de la forma descuidada que era típica de la Fuerza Espacial. Ord nos hacía planchar nuestros viejos uniformes de faena como si fueran trajes de Armani. A los pilotos de la Segunda Guerra Mundial les daba igual gastar combustible de la aviación para llevar cervezas a diez mil metros para enfriarlas. Quizá las cintas de piloto fueran chulas por algo.

Puso los brazos en jarras, me miró de arriba a bajo y silbó.

—Te has puesto en forma.

Me encogí de hombros.

—La infantería corre para vivir.

Supongo que podría haberle dado un puñetazo en el brazo, haberlo abrazado o algo. Pero tenía la cabeza echada hacia atrás y seguía mirando con los ojos desorbitados, como un paleto delante de un rascacielos.

Metzger señaló con el pulgar al interceptor, que ya no era más que un puntito con una estela curva, una silueta blanca recortada contra el cielo frío y gris de Florida.

—Las naves despegan desde aquí, desde Vandenberg en la costa

oeste y desde Lop Nor en China. Johannesburgo se basta para cubrir el hemisferio sur. No hay demasiados blancos que proteger al sur del ecuador.

Recorrió el espacio que nos separaba, cogió mi petate y me condujo hasta su coche. En la matrícula del Kia Hybrid ponía PilEsp. Yo silbé.

—Esos cuestan una pasta.

—Con baterías va bien, y con gasolina vuela.

—¿Puedes conseguir gasolina?

—Los pilotos espaciales conseguimos de todo. —Echó mi petate en el asiento trasero—. Sube, las chicas nos esperan en la fiesta.

—Oh. —Desde la pubertad, mi vida social había consistido en emparejarme con la amiga fea y llena de granos de la animadora de turno que quería perder la virginidad con Metzger. Por supuesto, mis citas probablemente me veían del mismo modo.

—No. Tu cita está buena. De verdad.

Eso era lo bueno de estar con alguien junto a quien habías crecido. Se podía hablar sin decir mucho.

Había pocos coches. Nadie más tenía la ración de combustible de los pilotos espaciales. Los que vimos llevaban las luces encendidas para perforar el crepúsculo provocado por el polvo en suspensión. Nosotros ni siquiera necesitábamos los faros, porque el coche de Metzger tenía un sistema de visión nocturna. El cielo perpetuamente encapotado y la falta de tráfico hacían que el mundo civil pareciera más tranquilo. O quizá eran los funerales.

Las manos de Metzger al volante parecían más viejas, más precisas.

—¿Qué tal lo tuyo? —preguntó.

Se lo conté. El desastre al completo. Walter. El procedimiento administrativo.

—Oh.

Yo sabía que quería decir que aquello sonaba muy mal.

Me encogí de hombros.

—¿Y como están el Gran Ted y Bunny?

Él no habría sacado el tema de sus padres porque era una putada que mi madre hubiera muerto solo por hacer un viaje a Indianápolis. Tuve que preguntarle yo.

Sonrió ampliamente.

—Siguen viviendo en Denver. Los vi el mes pasado. El Gran Ted sigue pensando que hiciste una buena elección con la infantería.

Metzger vivía fuera de la base, en Orlando. El Universo Disney había cerrado sine die, pero la conurbación de Orlando seguía siendo lo más parecido a un parque temático que quedaba en Estados Unidos. Las temperaturas aún llegaban a los quince grados algunos días. Pasamos junto a urbanizaciones decoradas con palmeras de cuyos troncos colgaban hojas marrones.

—¿Crees que algún día iremos a por los malos? ¿Que ganaremos esto en vez de limitarnos a retrasar el fin del mundo?

—Quizá. —Miró a un lado. La última vez que había apartado la mirada así fue cuando una chica de la que yo estaba colgado le pasó una nota diciendo que el aliento me olía a perros muertos. Pero le hizo jurar que no me lo diría. Metzger sabía más de lo que podía decir.

—Oh. —Mi respuesta le dijo que yo sabía que él sabía algo.

La fiesta se celebraba en una urbanización privada, con las calles a oscuras. Bueno, ahora todas las calles estaban a oscuras.

La casa de la fiesta parecía casi un hotel, allí plantada detrás de unos grandes jardines con su verja, y un gorila con esmoquin en la entrada. Se inclinó para mirar dentro del coche, sonrió al ver el uniforme de Metzger, se encogió de hombros al ver el mío y nos indicó con un gesto que podíamos pasar.

En el recibidor de la casa se podía haber jugado al fútbol, pero fuimos siguiendo el sonido de la música hasta la parte trasera y la piscina. Un par de cientos de invitados se divertían bajo el sol.

¿Sol?

Levanté la vista. Desde las hojas aún verdes de las palmeras brillaban lámparas de luz solar artificial. Desde hacía tiempo, en los suburbios de Pittsburgh, los supervivientes tenían que alumbrarse con velas al mediodía. Había algo en toda esa gente guapa y bronceada… Bronceado. Desde el comienzo de la guerra, los desnudos culos caucásicos en las duchas de los barracones y los rostros en las colas de beneficencia de Filadelfia eran del color de la masa de pan. Pero aquella gente podía permitirse el lujo de estar bronceada.

Abrí la boca del asombro y cogí a Metzger del codo.

—¿De quién es esta casa? —siseé.

—De Aaron Grodt. El productor de holos.

La banda tocaba una excelente versión de un tema de Caníbal. Volví a mirar. Eran Caníbal. Cuando acabaron de tocar, solo quedó el murmullo del tintineo de cristal y las risas. Metzger y yo éramos los únicos de uniforme, y las miradas empezaron a volverse en nuestra dirección.

Nuestras citas ya estaban allí, vestidas con trajes de noche de una tela de araña que les habría hecho congelarse en cualquier otra parte del planeta. Metzger me presentó a su chica. Shelly tenía el rostro más perfecto y el mejor cuerpo que yo hubiera visto nunca.

Hasta que me presentó a Crissy. Era rubia y tan alta como yo, gracias a unos tacones como el Everest. Olí su perfume cuando me besó levemente en las mejillas y al inclinarse ella adelante se me vinieron a la cabeza otras comparaciones con el Himalaya. Se apartó y pasó los ojos de arriba abajo por mi uniforme. Oh, oh, verde infante, no azul piloto.

Abrió los ojos de par en par.

—Metz dice que los soldados de infantería tienen un aguante increíble. Solo de pensarlo, me tiemblan las piernas.

Como temblaban las mías.

—¿Y tú a qué te dedicas, Crissy?

—¿Puedo enseñártelo luego? —Una risita—. Realmente soy modelo. Lencería y trajes de baño. Pero no trabajo para las webs grandes. Dicen que tengo demasiado pecho.

Gracias, Dios mío.

El buffet ya habría sido impresionante antes de la guerra. Filet Mignon tan auténtico que estaba rosa en el centro; pirámides de codornices asadas; fuentes hasta arriba de fruta fresca; manzanas; plátanos; de todo.

Mientras los cuatro íbamos con los platos en busca de una mesa, vi a una pelirroja de mi edad, tan perfecta y de aspecto tan superficial como Crissy. Iba del brazo de un tipo barbudo y trajeado de la edad de Ord, pero más blando y regordete. Se deslizaron hasta nosotros y el tipo cogió la mano de Metzger con las dos suyas.

—¡Capitán! ¡Es maravilloso que haya podido venir!

Dicen que en los holos se sale más gordo, pero lo reconocí de los Óscar. Era Aaron Grodt.

Levantó la copa de champán por encima de su cabeza y la hizo

sonar con un tenedor de plata. Todo el mundo se calló y nos miró fijamente.

—¡Aquí está el hombre que ha hecho posible nuestra película! Aunque no haya querido protagonizarla.

Yo volví los ojos. Hollywood iba a hacer un holo sobre Metzger mientras yo iba cargando una ametralladora por el monte. La historia de mi vida.

Grodt besó a Metzger en las mejillas y luego habló para la concurrencia:

—Tenemos una inmensa deuda…

Se me heló el estómago y el plato se me hizo pesadísimo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? En aquellos tiempos, ni siquiera un productor de Hollywood podía montar un bombazo como aquel sin recolectar a escote. Probablemente, solo Caníbal costaba tanto como una casa. Entre mi cita y yo me acababa de cargar un mes de paga.

Grodt me agarró y me llevó junto a Metzger, rodeándonos la cintura con los brazos. Pero en vez de susurrar cuánto me tocaba aportar, dijo:

—Porque, ¿dónde estaríamos ahora sin hombres valientes como estos?

La gente aplaudió. Todo el mundo se nos acercó de uno en uno, nos dio la mano y nos agradeció nuestros servicios. Estuvo bien y nadie se enteró de que yo había sido tan tonto de creer que había que pagar por la fiesta.

Había leído en un chip de historia que durante una de las guerras del siglo pasado, creo que Vietnam, había un soldado de permiso en una fiesta como esta. Una estrella de la pantalla plana se le acercó y le escupió. Y los demás invitados aplaudieron a la estrella.

Eso demuestra que uno no se puede creer todo lo que está grabado en un librochip. O sea, nadie en los Estados Unidos sería tan rematadamente imbécil.

Durante las dos horas siguientes, Metzger bailó con su cita y habló con gente de aspecto importante. Yo bebí demasiado champán gratis, escuché al grupo y contemplé a Crissy reírse y pugnar por salirse del traje.

Metzger ya había estado otras veces invitado por nuestro anfitrión, Aaron Grodt. Grodt vino y se sentó entre Crissy y yo, en el

asiento vacío de Metzger. El productor dejó caer la mano sobre mi hombro.

—El capitán Metzger me ha contado que tu experiencia militar no ha sido muy buena últimamente.

¿Experiencia? Si el hombre sabía leer un pecho, vería que lo único que había en el mío era la insignia de tirador experto, a menudo concedida y raras veces merecida, y un galón de noventa días de instrucción. Me encogí de hombros.

—Estamos desarrollando una serie de proyectos basados en el ejército. Necesito asesores técnicos. —Levantó las cejas.

—¿Quiere usted decirme que podrían asignarme…?

Negó con la cabeza.

—Necesito asesores independientes. Conozco a gente que podría arreglar que te licenciaran.

Me puse tenso. Detrás de Grodt, los ojos de Crissy estaban abiertos de par en par y la chica asentía rápida y repetidamente.

Grodt me apretó el hombro.

—La paga te parecería espectacular después del ejército.

—Yo… —¿Cómo podía explicarle a alguien que no había estado allí lo que significaba sentirse comprometido con el servicio?

—Mira. Pareces un buen muchacho. El capitán Metzger opina que te mereces un respiro. El mundo se está yendo por el retrete y no hay nadie que pueda hacer nada por evitarlo. Puedes pasar los años que te quedan escarbando en el fango, o puedes pasarlos así. —Abrió las manos como si estuviera haciendo llover glamour sobre sus invitados—. Si quieres el trabajo, házmelo saber antes de irte. Si no, hay lista de espera.

Se levantó y sonrió como si nadie en sus cabales pudiera rechazar la oferta.

Después de que se fuera, Crissy me apretó la mano.

—¡Dios mío, Jason! ¡Aaron Grodt te acaba de ofrecer trabajo!

¿Comprometido? ¿Con qué? ¿Por qué? Hacía solo dos días había estado pensando en desertar. Si Grodt tenía tan buenos contactos como parecía, no solo podría sacarme legalmente del ejército; probablemente también podría arreglar mi despedida del juez March. Una oportunidad de las que se presentan solamente una vez en la vida, ante mí. Entonces…, ¿por qué me estaba preguntando qué hacer?

Mientras yo daba vueltas al asunto, Crissy me llevó hasta la casa y luego escaleras arriba hasta un pasillo cubierto de alfombras que parecía tan largo como la calle de los barracones de la compañía. Por las puertas cerradas se filtraban los gemidos y el dulzón aroma de las drogas, de las variedades menos legales en su mayoría.

—Aaron tiene como cuarenta dormitorios. Hay de todo lo que quieras.

En aquel momento, lo que yo quería era resolver los misterios que había debajo de su traje. Ella se tambaleó por los efectos del champán mientras abría una puerta y me conducía a una habitación pintada de rosa en la que había una cama con dosel. Saltó a la cama meciendo sus himalayas, apuró el champán y estiró la mano para depositar la copa en una mesita de noche. El dobladillo se le había remangado hasta medio muslo. Se acomodó y dio unas palmaditas sobre la seda, a su lado. Yo me senté y seguí preguntándome por qué dudaba sobre la oferta de trabajo de Grodt.

—Piensa en lo que sea mañana, Jason. —Alargó la mano y me acarició la oreja con el dedo.

Hacía meses que ni olía a una mujer. Y la última que me había tocado la oreja había sido una doctora, una vez que tuve un dolor de oído antes de cumplir los doce años. Se me aceleró la respiración. ¿Pensar en qué mañana?

—¿Muy dura? —Me susurró ella al oído.

—¿Eh?

—La instrucción.

—Lo es. Lo fue.

Se me acercó, se quitó el vestido y desabrochó el diminuto sujetador rosa con prometedora energía. Yo me quedé helado. Si me movía quizá desapareciera.

Retrocedió e hizo un puchero.

—¿Te aburro?

—¡No, Dios, no! —Me encogí de hombros—. Solo es que… tengo responsabilidades.

Ella tocó con el dedo el galón de noventa días de servicio de mi guerrera.

—¡Sé realista, Jason! Metzger tiene responsabilidades. ¡Tú eres un simple soldado raso! —Inclinó la cabeza a un lado—. A menos que… ¿Vas a ir en la Fuerza?

Si la Fuerza se encontraba en algún punto entre sus rodillas y su esternón, para allá que iría yo.

—¿Qué?

—¿Es que no ves las noticias? —En la trasera de un camión, no —. Está por todas partes.

Pasó la mano por encima de un mando a distancia, y el holoproyector de Grodt se encendió sin rastro de estática provocada por el polvo. Otra cosa más que el dinero podía comprar.

De pie en la alfombra frente a nosotros apareció una presentadora, mientras el logotipo de la cadena de noticias daba vueltas a su alrededor.

—Ya se acumulan las solicitudes de voluntarios para la Fuerza Expedicionaria Ganímedes de las Naciones Unidas. Los mejores soldados del mundo piden a gritos ser seleccionados. El alto mando ha admitido hoy finalmente que ya se encuentran muy avanzados los planes para construir una gran nave espacial que trasporte miles de soldados de infantería para llevar la lucha hasta la mayor de las lunas de Júpiter.

Sacudí la cabeza y lamenté estar tan borracho. La presentadora siguió.

—Puede que esta primavera se inicie la construcción de la nave, en una ubicación secreta por motivos de seguridad. Las especulaciones se centran en el desierto de Arizona o en el Sáhara.

Su compañero asintió desde la esquina de la habitación.

—¿Hay fechas?

—Según nuestras fuentes se espera que el embarque de tropas comience en unos cinco años. Buenas noticias.

En Las Vegas ya se apostaba que la raza humana se habría extinguido en cuatro años. Buenas noticias, por los cojones.

Crissy apagó el holo con un gesto.

—Estás preocupado, Jason.

La cabeza me daba vueltas tanto por las noticias como por el champán. Infantería. Había una posibilidad de que la infantería marcara la diferencia en el mundo. Había una posibilidad para que yo marcara la diferencia. O la había habido hasta que la jodí. Jacowicz había dicho que me tocarían los peores destinos. La Fuerza Expedicionaria Ganímedes iba a ser el destino más duro de la historia. Esto era la madre de todas las jodiendas. Apreté los

dientes.

—Jason.

—¿Qué?

Crissy cogió mi cremallera con sus dedos de perfecta manicura y la bajó.

—Sea lo que sea, yo puedo hacerlo mejor.

No, no podía. La única cosa que podía hacer que esto mejorara era que me destinaran a la Fuerza Expedicionaria Ganímedes, y ese no era su departamento.

Sin embargo, el pequeño Jason estaba pensando por mí, y tenía unas ideas bastante imperiosas. Envolví su cintura con los brazos y la atraje hacia mí.

Ella soltó una risita.

—¿Llevas una pistola en el bolsillo, soldado?

Sus frases no eran muy originales, pero su actitud era impecable.

¡Toc! ¡Toc!

Los golpes en la puerta aún retumbaban cuando esta se abrió.

15

—¿Especialista Wander?

Dos sargentos de la policía militar cruzaron la puerta con sus boinas negras, las bandas con las letras «PM» en blanco al hombro e impecables guantes blancos.

Mierda. Mierda, mierda, mierda. Cogido en un fumadero de opio y borracho siendo menor de edad. Mi carné de identidad falso estaba en el sobre para efectos personales de Ord, allá en Indiantown Gap. Y tenía que ser ilegal irse al catre con una maciza como aquella.

Los PM miraron fijamente a Crissy mientras el primero hablaba.

—Tiene que presentarse al cuartel, especialista.

Negué con la cabeza.

—Estoy de permiso.

El PM me enseñó un anticuado papel, sin sonreír.

—Cancelado.

Crissy se tapó con una sábana y puso cara de pucheros.

—¿Presentarme dónde?

—En la base más cercana. Cañaveral.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Está bien, denme unos minutos. —Señalé a Crissy con una inclinación de cabeza.

—¡Ahora, especialista! —El PM enganchó el dedo en el cinturón. Llevaba pistola.

Abrí los brazos.

—¡Chicos! ¡Me he pasado tres meses durmiendo en un barracón con reclutas de culos peludos! Diez minutos…

—¡Por el ejército, como si ha estado usted durmiendo con yaks! ¡Muévase!

Dio un paso al frente.

Renunciar en tiempos de guerra se considera deserción. El ejército puede ejecutar a un soldado de forma sumarísima,

ignorando menudencias tales como la Declaración de Derechos. Y últimamente no es que yo hubiera acumulado una montaña de buena voluntad a mi favor. Miré una vez más la pistola, suspiré, me subí los pantalones y me cerré la cremallera.

Crissy gruñó y se puso de costado, mirando a la pared.

Yo me levanté.

—¿Cómo me han encontrado?

El primer PM se dio unos golpecitos en el pecho con el índice de una mano mientras señalaba al cielo con el de la otra.

—La placa canina.

Asentí. En el momento del reclutamiento a todo soldado se le implanta un chip identificador debajo del esternón. Uno de sus propósitos es facilitar la identificación de los cadáveres. Por eso el implante va en medio del pedazo de carne más grande que puede quedar intacto. El chip también es detectable mediante satélites GPS, igual que los coches y motos de todo el mundo. La trigésimo octava Enmienda prohibe el seguimiento vía satélite de personas físicas, pero ese es uno más de los derechos a los que renuncian los soldados. Creo que se los llama «placas caninas» porque el ejército probó los implantes en perros. He oído otra explicación, pero es una estupidez.

Miré una vez más a Crissy. Esta me lanzó un beso que hizo que me doliera el corazón. Bueno, al menos un poco. Los PM me flanquearon y tres juegos de ruidosas botas de combate levantaron ecos al bajar por las escaleras de mármol. Atravesamos el recibidor de Aaron Grodt y llegamos al espantoso Chyota del ejército.

La puerta estaba abierta y Metzger sentado en el asiento trasero, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. El primer PM me puso una mano en la cabeza y me hizo entrar junto a Metzger.

—¿Tú también? ¿Por qué? —pregunté.

Metzger volvió la cabeza hacia mí y abrió un ojo.

—Me avisan cada vez que hay alerta porque avistan un proyectil. A ti no sé para qué te quieren.

—Pensaba que era por beber sin tener la edad. —Las palabras sonaron estúpidas al salir de mi boca.

Metzger cerró el ojo abierto.

—Descansa. Sea lo que sea, llegará demasiado pronto.

Como el fin de mi infancia.

El sedán de baterías desanduvo la ruta de Metzger hasta Cañaveral, pero más lentamente, así que pude dormitar un poco el champán mientras mi cabeza bullía de preguntas.

Pensé en Walter y en mamá, y en una nave que partía hacia Júpiter sin mí.

En un momento dado, me di cuenta de lo mucho que yo había cambiado. La pérdida de una mujer preciosa y desnuda apenas me había afectado.

Hace unos meses me habría pasado horas refunfuñando por haber perdido la posibilidad de un revolcón rápido.

Deseaba que fuera Crissy y no Metzger quien roncaba junto a mí, pero lo único que importaba de verdad era conseguir una plaza en esa nave que iba a Júpiter. Como fuera.

El coche atravesó la entrada principal de Cañaveral y los focos me despertaron. La idea de que el vino caro no provoca resaca es una mentira tan grande como lo de «Comidas Listas para Comer». Solté un gemido.

Los PM pararon el coche en un aparcamiento cubierto con el pavimento agrietado y lleno de hierbajos, enfrente de un edificio sin ventanas del siglo pasado, que se extendía más allá de lo que iluminaban los dos focos que había a la entrada.

Metzger se bajó de un salto y yo lo seguí.

El Chyota se alejó después de que uno de los PM cerrara la puerta dando un portazo. Yo hice una mueca de dolor por el ruido y me quedé mirando fijamente el edificio.

—¿Qué es esto?

Metzger me condujo al interior de una habitación llena con varias hileras de consolas de instrumentos frente a las que se sentaban unos hombres en mangas de camisa. Una pantalla que cubría la pared del fondo proyectaba luz. Los hombres murmuraban a unos micrófonos con auriculares que parecían sacados de un holodocumental.

—¡Capitán Metzger! ¡Jason!

Esa voz la conocía. Me di la vuelta y vi al desastrado cerebrito y capitán de inteligencia de Pittsburgh, Howard Hibble.

Hibble nos dio la mano a ambos y luego nos condujo a una sala de reuniones con tabiques de cristal. Nos sentó a una mesa, tomó asiento y cruzó los brazos delante de sí.

—Por supuesto, te habríamos encontrado más tarde o más temprano. —Me dedicó una amplia sonrisa—. Pero no esperaba que estuvieras tan cerca, Jason.

Un médico vestido con una bata blanca entró en la habitación con un lector electrónico. Hibble me señaló con una inclinación de cabeza. El doctor me envolvió el bíceps con la tira para medir la tensión arterial conectada a su pequeño asistente y leyó la pantallita.

—Entre baja y normal —murmuró.

Miré a Hibble.

—Estoy bien. —¿Me estarían haciendo otra prueba de psicotropos?

Él médico me metió una sonda de infecciones en la oreja y gruñó ante el resultado que apareció en la pantallita.

Mientras el médico se ocupaba de mis rodillas, mi mirada empezó a saltar de Metzger a Hibble.

—¿De qué va este museo?

—¿Museo? —Metzger sonrió irónicamente.

Señalé a través de los paneles de cristal que aislaban la sala de reuniones la pantalla plana que mostraba un vídeo de un cohete de la NASA. La vieja cafetera era de un blanco brillante a la luz de los reflectores y de su base emanaban vapores del oxígeno líquido. Yo solía coleccionar holocromos de los viajes espaciales, principalmente por los chicles que traían.

—Eso es un cohete Saturno. —Forcé la vista para estudiar el morro—. Con un módulo Apolo. Ciento veinte metros de alto. Sirvió para llevar misiones tripuladas a la Luna en los años 60 del siglo XX. —Había una cierta tristeza en el hecho de que el programa Apolo, que ya tenía setenta años, hubiera marcado el punto álgido de la exploración espacial tripulada—. ¿De qué misión se trata?

—Es una imagen en directo.

—Quieres decir que es una grabación de una misión antigua en directo.

Metzger terció.

—La maquinaria y el equipo de montaje antiguo seguían existiendo, Jason. La estructura y los motores se han reconstruido prácticamente como en el diseño primitivo, con materiales antiguos. Pero con los nuevos ordenadores, un solo piloto puede tripularlo.

Miré más de cerca los vehículos que iban y venían como hormigas a la base del cohete Saturno. Electrofurgonetas. Los primeros coches eléctricos habían salido al mercado en el 2032. Me quedé boquiabierto. ¡Realmente habíamos reconstruido un cohete Apolo! Igual que habíamos sacado del trastero Indiantown Gap, las raciones C y los transbordadores espaciales que Metzger y los demás pilotos usaban para interceptar los proyectiles.

Me di cuenta de lo desesperada que estaba la raza humana, y el alma se me cayó a los pies.

Hacía un siglo, en 1939, la caballería polaca había cargado con sus lanzas contra los tanques alemanes. Durante la insurrección del 2020, los rebeldes tibetanos habían tirado piedras contra los helicópteros de ataque chinos.

Desde los inicios del siglo XXI, la humanidad había borrado el sida de la existencia, había hecho grandes avances en el respeto a los derechos humanos y había dejado para otro momento el motor de antimateria y el rayo de la muerte. Habían sido prioridades muy éticas. Pero nos habían dejado reducidos a tirar a nuestro enemigo una piedra de ciento veinte metros de alto.

Entonces caí en ello. Los humanos tenían piedras bien grandes. Por primera vez me sentí orgulloso de que hubiéramos inventado las bombas nucleares. La Fuerza Expedicionaria Ganímedes era una cortina de humo. ¿Para qué enviar infantería al espacio cuando podíamos ahogar al enemigo con armas nucleares?

Alivio, esperanza y un cierto desengaño porque la infantería no iba a abrir camino cayeron sobre mí.

Sonreí a Hibble.

—Ya lo pillo. ¡Ese Saturno va a llevar un pepino nuclear lo bastante grande como para partir Ganímedes como una nuez!

Hibble frunció el ceño.

—Puedo entender por qué has pensado eso. Probablemente podríamos adaptar un cohete Saturno para transportar una ojiva interplanetaria. Un error lógico.

¿Error?

Metzger intervino.

—El primer misil nuclear que disparamos para desviar de su curso un proyectil no hizo explosión. Pensamos que era defectuoso. Nadie había probado armas nucleares desde finales del siglo XX.

—Y las cuatro siguientes tampoco explotaron —dijo Hibble—. Probamos con ojivas convencionales. Funcionaron. Al parecer, el enemigo es capaz de neutralizar las armas nucleares. Suponemos que saturan el espacio con alguna clase de partículas subatómicas que ralentizan los neutrones. Como puedes entender, eso imposibilita una reacción en cadena.

—Por supuesto. —Yo no tenía ni pajolera idea. Metzger, Hibble y Einstein sabían lo que quería decir aquello, pero yo no. Y sin embargo, cuando los miré a los ojos, supe que era cierto. La humanidad estaba jodida.

La desesperanza me abrumó al darme cuenta de que había un motivo por el que esos PM nos habían arrastrado Metzger y a mí hasta allí como si fuéramos los enemigos públicos número uno.

Volví a señalar al anticuado y enorme armatoste que repostaba en la pantalla de la pared.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué el cohete?

Hibble miró al médico, al que se le habían acabado las partes corporales que maltratar. El médico enrolló los cables en su máquina y fue hacia la puerta.

—Está en condiciones de viajar, capitán Hibble.

—¿Viajar adónde? —pregunté yo.

Howard esperó a que la puerta se hubiese cerrado detrás del médico, y entonces abrió un cajón que había cerrado con llave y sacó un libro de papel. De hecho, era más grande que los libros que yo había leído en la sala de estar de la compañía. Tenía el tamaño de uno de esos antiguos ordenadores portátiles. O, más exactamente, de una pila de ellos.

En la cubierta tenía escritas unas letras amarillas que decían: «Alto secreto». Howard lo soltó dando un golpe sobre la mesa, emitió un gruñido y luego puso la mano sobre las letras.

—Este libro de notas detalla todos y cada uno de los artefactos que hemos recuperado de los lugares donde han impactado proyectiles en todo el mundo. Aprender a qué nos enfrentamos podría permitirnos cambiar el curso de la guerra. Este libro no nos dice lo suficiente. Casi todo lo que hemos recuperado son fragmentos calcinados del tamaño de nabos suecos.

Yo nunca había visto un nabo sueco, pero deduje que debían de ser pequeños. Negué con la cabeza.

—¿Y por qué yo?

Howard jugueteaba con un cigarrillo apagado entre sus dedos huesudos y amarillentos.

—Lo que la ciencia no puede explicar, lo llama suerte o coincidencia. Históricamente, ciertos humanos han exhibido una capacidad especial para atraer los contactos extraterrestres. Yo nunca he tenido esa capacidad. Pero en Pittsburgh tú localizaste el artefacto extraterrestre más importante de todos cuantos hemos recuperado. No comprendo por qué. Y supongo que tú tampoco lo entenderás. Pero he incorporado tu hoja de servicios a nuestra base de datos. Has sido temporalmente destinado a mi pelotón durante las dos próximas semanas.

¿Yo, un pringadillo de inteligencia? A pesar de todo saqué pecho. Ahora era el Elegido. ¿Pero elegido para qué?

—Así que soy un sabueso de artefactos. —Se me erizó el vello de la nuca.

Howard se encogió de hombros.

—Tengo ese presentimiento. Además…

—¿Además, qué?

Howard se miró las manos.

—La científico que estaba entrenada para el puesto que vas a ocupar tú estaba rastreando fragmentos en Nigeria cuando cayó enferma de disentería.

—Oh. —Así que me habían elegido las diarreas—. ¿Qué se espera que encuentre?

—Nada. Ya lo hemos encontrado. Hace cuatro días que se estrelló un proyectil y quedó prácticamente intacto. Ya has firmado los obligatorios papeles de confidencialidad…

El corazón me dio un vuelco.

—¡Quiere que vaya al lugar del siniestro!

Iba a hacer historia. Eso era casi mejor que ir a Júpiter. La cabeza empezó a darme vueltas. Me vi a mí mismo atravesando la jungla a golpe de machete, conduciendo a Howard hasta su botín, cubierto de vegetación como un templo en ruinas. Pero había algo equivocado en aquella imagen.

La puerta de la sala de reuniones volvió a abrirse y entró un cabo con un uniforme impecable y las insignias metálicas de intendencia en el cuello de la camisa. Hibble volvió a señalarme con

una inclinación de cabeza.

Una cinta métrica amarilla de costura colgaba del cuello del cabo. Me hizo ponerme en pie y me rodeó el pecho con la cinta métrica mientras yo hablaba.

—Vale. Soy el sabueso de artefactos suplente. —Señalé a Metzger con el pulgar—. ¿Pero por qué está él aquí?

Hibble se mantuvo en silencio mientras el cabo de intendencia extendía mi brazo y me lo medía por dentro y por fuera e iba introduciendo las medidas en un ordenador de pulsera. Se fue.

Howard respondió.

—El capitán Metzger es uno de los dos pilotos cualificados para pilotar el Apolo Mk II. El otro tipo está de servicio en Lop Nor, China.

—¿Pilotar? —Se me hizo un nudo en el estómago—. ¿Adónde?

—El proyectil se estrelló a diez grados y dos minutos de latitud sur y cincuenta y cinco grados y cuarenta minutos de longitud este…

—Y eso es en… —arrugué el ceño mientras visualizaba un globo.

—El centro del Mare Fecunditatis. —Howard miró su reloj de pulsera—. Mañana a las diez en punto los tres salimos para la Luna.

16

Un día después, los tres salíamos a la plataforma en abultados trajes espaciales blancos. El mío, para el que me habían tomado medidas, me estaba bien y todo. Llevábamos pequeños maletines de aire acondicionado, igual que en las películas viejas. Muy viejas. Las plataformas de lanzamiento de Cabo Cañaveral no se habían usado desde que se privatizara el sector de los satélites. Las vigas oxidadas no deberían haberme sorprendido. Me eché a temblar. Odio las alturas. El estrecho puente hasta la cápsula era de malla metálica, así que cuando bajé la vista y miré entre mis pies, el suelo estaba a ciento quince metros de distancia.

En tres días, el suelo estaría a cuatrocientos mil kilómetros de distancia. Miré al frente, a la escotilla abierta de la cápsula, me aferré más fuerte a la barandilla con manos temblorosas y me apresuré a avanzar hacia la cápsula.

La cápsula Apolo en sí estaba recién construida, así que por dentro olía como un coche nuevo. Pero tenía un aspecto tan anticuado como un ordenador con teclado. Me quedé allí tumbado de espaldas mientras unos técnicos nos ajustaban cascos con forma de pecera en las cabezas, Howard a mi derecha y Metzger a mi izquierda.

Un técnico me dio unas palmaditas en el casco, me hizo el signo del pulgar hacia arriba y luego se escurrió fuera y selló la escotilla. A través del pequeño ojo de buey de la cápsula, brillaba el cielo gris. Hice crujir los hombros, con las manos pegadas a los costados, y traté de recordar todas las cosas que me habían enseñado en las últimas veinticuatro horas, principalmente qué cosas no tocar. El viaje a la Luna iba a durar tres días, pero a mí me habían apabullado con tres meses de entrenamiento desde el día anterior. Una de las cosas que más me habían preocupado eran mis tareas durante el vuelo, hasta que me explicaron que no tenía ninguna asignada.

—El primer astronauta americano fue un mono y le fue bien —

me había asegurado mi entrenador. Luego vio la designación de infantería en mi expediente—. Un mono realmente tonto.

El entrenador me enseñó que el mono llevaba un pequeño chaleco espacial y pañales. A mí no me enseñaron a orinar en el espacio.

La voz de Metzger y la del controlador en tierra resonaron dentro de mi casco. Teníamos más espacio dentro de la cápsula que los antiguos pioneros porque los anticuados instrumentos que habían llenado gran parte del interior habían sido sustituidos por un ordenador inalámbrico que llevaba Metzger. No era mucho más grande que una Playstation 40.

Yo estaba sentado encima de la bomba convencional más grande de la historia. La nave era totalmente moderna, según las sesiones informativas del día anterior. Pero sus ancestros habían sufrido unos cuantos problemas. De los menos de veinte cohetes Apolo, uno había incinerado a su tripulación en tierra y el otro sufrió una explosión de camino a la Luna y logró volver a casa a duras penas. Las estructuras de los transbordadores espaciales que habían sido revividos para hacer interceptores como el que pilotaba Metzger explotaban un viaje de cada cincuenta. No me extraña que hiciera ya años que hubiésemos decidido enviar solo robots al espacio.

Mi corazón temblaba como un palo arrastrado sobre una verja.

Metzger me miró y me hizo el signo del pulgar arriba con el guante blanco.

Los motores rugieron cien metros por debajo de mí y me hicieron dar una sacudida en el asiento.

En mi casco, alguien dijo:

—¡Ignición!

17

Ya suponía que sería ruidoso. Y me esperaba la fuerza de la gravedad, como un piano sobre mi pecho. Pero las vibraciones casi hicieron que me pusiera a gritar en el casco. Había leído que aquellas bañeras temblaban endemoniadamente.

Me aferré al asiento con tanta fuerza que me entró miedo de que mis dedos pincharan el traje presurizado. Traté de relajar las manos, pero no pude. Vi un cielo azul, realmente azul oscuro, por primera vez en meses. Luego la pequeña vista que teníamos al frente se convirtió en negrura y estrellas.

Cuando los motores se apagaron, el silencio fue tan ensordecedor como lo había sido la montaña rusa.

Metzger estaba diciendo algo acerca de altitud y orientación, y luego miró afuera y parpadeó tras su visor. La vista cambió al enderezarse la nave. Yo no lo sentí así, por supuesto. En el espacio no hay un arriba y un abajo perceptibles. Lo que quiero decir es que, con relación a la Tierra, estábamos boca abajo. Una vez que nos hizo dar la vuelta, la Tierra quedó sobre mi cabeza, no a mis pies.

El planeta, a ciento sesenta mil kilómetros debajo de nosotros, llenó el pequeño parabrisas, o como quiera que se llamara la pequeña ventana delantera allí arriba, donde no había brisa.

Hasta aquel momento, todas las imágenes tomadas desde el espacio que yo había visto mostraban el brillante planeta azul con los hilillos blancos de las nubes.

La sucia bola gris a la que nos habíamos acostumbrado desde los proyectiles y su polvo me hizo llorar.

Traté de limpiarme la nariz y me golpeé la mano contra la visera del casco mientras Metzger y el control de tierra conversaban. Metzger no parecía nervioso. Solo tenía el timbre de voz un poco más chillón, igual que le pasaba justo antes de los exámenes.

Sostuvo un ordenador manual con la mano enguantada y estudió la pantalla, luego lo soltó. Se quedó allí colgado, flotando sin peso

igual que en los holos.

—¿Puedo quitarme el casco, Metzger?

—No.

—Es para limpiarme la nariz.

—Esta cosa es nueva, así que si hay alguna fuga aunque sea del tamaño de un alfiler, podríamos morir.

Flotábamos por cuatrocientos mil kilómetros de vacío. Yo había visto todos esos holos donde al tipo que lleva el traje de astronauta se le avería el calentador y se congela. O le explota la cabeza cuando se le desgarra el traje. O simplemente se pierde flotando en el espacio mientras solloza por la radio. Siempre había pensado que eso último sería lo peor. Me lamí el labio y traté de olvidarme de los mocos.

No había otro sonido que la respiración de nosotros tres en los micrófonos de nuestros cascos.

El Apolo parecía una bala gigante. Los tres tripulantes estábamos sentados en la cápsula cónica que formaba la «bala» en el morro de la nave. El «cartucho» cilíndrico que había detrás de nosotros almacenaba el módulo lunar con sus patas de araña. Era la parte del Apolo que descendería hasta la superficie lunar, ralentizado por unos retrocohetes para poder aterrizar sobre sus patas desplegadas. Más tarde el módulo nos devolvería a la cápsula «bala», en órbita. Nos meteríamos en ella y la usaríamos para volver a la Tierra.

En el transcurso del primer día, Metzger y Cañaveral llegaron a la conclusión de que la cápsula no iba a sufrir ninguna fuga, así que pudimos quitarnos los cascos y los trajes presurizados.

Metzger eyectó la vaina que protegía el módulo lunar, separó la cápsula en la que íbamos los tres y la hizo darse la vuelta hasta colocarla con el extremo más grueso hacia delante. Eso le permitió ensamblar la escotilla que había en la punta de la cápsula con la del módulo lunar.

Luego abrimos ambas escotillas y se creó un estrecho pasillo entre ambos vehículos. Después de varias horas metidos con calzador en la cápsula Apolo, el espacio extra hacía que nos sintiéramos como si acabáramos de finalizar la construcción de un garaje adosado.

Moverse en gravedad cero es como nadar, excepto que las consecuencias de cualquier movimiento resultan exageradas. Yo le

cogí el tranquillo enseguida, pero Howard estuvo rebotando por el interior del Apolo como una pelota en una ducha con la mampara cerrada.

Finalmente, entre Metzger y yo conseguimos atarlo con el cinturón de seguridad al asiento, y pudo explicarme el equipo que llevábamos. Me mostró una caja de plastiacero del tamaño de un gatito.

—Es un espectrómetro de masas. Si pones la sonda en contacto con cualquier parte del casco del proyectil, tendremos su composición química en un nanosegundo.

El siguiente objeto lo reconocí.

—Una holocámara de bolsillo.

Asintió. A medida que comprobábamos cada elemento de equipo, lo metíamos en una mochila que pronto estuvo tan abultada como el saco de Papá Noel antes de su primera parada.

Lo señalé.

—¿Quién llevará eso?

—En la Luna pesa una sexta parte de lo que pesaría en la Tierra.

—¿Lo que significa que lo llevo yo?

Asintió.

—Y esto. —Sacó una pistola de un envoltorio flotante, una antigua automática Browning de 9 mm. La sostuvo entre los dedos como una fruta podrida—. Odio estas cosas.

Supe que el arma estaba descargada porque la corredera estaba desplazada y el cargador flotaba junto a ella.

Me entregó un cargador.

—Las balas están cargadas con menos pólvora para reducir el retroceso con la gravedad lunar. Las armas de fuego funcionan perfectamente en el vacío. El oxígeno que necesitan para la combustión está almacenado en los granos de pólvora…

—¿Para qué necesito una pistola, Howard? No es más que una máquina rota.

Se encogió de hombros.

—Precauciones.

—¿Hay algo vivo dentro de esa cosa?

Volvió a encogerse de hombros.

—¿Quién sabe? Sería estupendo que lo hubiese.

—¿Para quién?

Se limitó a encogerse de hombros.

Howard y Metzger se pusieron a trabajar en el módulo lunar. Metzger comprobaba los sistemas del módulo; Howard, los sensores y aparatos de grabación que iba a emplear para examinar el siniestro extraterrestre.

Mi trabajo era comprobar la parte del equipo para la excursión lunar que no era de alta tecnología y que Howard no inspeccionaba. Tenía un día para hacerlo, y estuve pensando mientras lo hacía.

Íbamos a caminar por la Luna con trajes blancos de astronauta y visores dorados, exactamente igual que los viejos pioneros. Las mangas de los trajes incluso llevaban todavía insignias con la bandera americana de cincuenta estrellas.

Hasta que no desempaqueté los trajes no me di cuenta de la extensión del «exactamente igual». Aunque los trajes eran modelos modernizados, realmente los habían fabricado y usado para el entrenamiento hacía décadas, durante el programa Apolo.

La misión se había montado de forma tan apresurada que nuestros trajes no habían sido lavados ni comprobados desde el siglo pasado. Y aquellos antiguos pioneros habían entrenado lo bastante duro como para sudar mucho. Bajé la cremallera del primer traje y recibí un bofetón de olor a amoníaco tan fuerte como si se hubiera abierto el vestuario de un gimnasio de ancianos después de setenta años. Tuve que respirar por la boca para filtrar el hedor mientras trabajaba.

Buscando en una redecilla de carga en la parte trasera del traje encontré una pistola de señales de cañón grueso y un panfleto amarillento, fechado en 1972 y titulado «Sobrevivir en el Pacífico».

Las cápsulas solían caer en paracaídas sobre el océano. Tomé nota mental de que debía recordar a Howard y a Metzger que se habían olvidado de explicarme los procedimientos para el vuelo de regreso y metí ambos cacharros en el bolsillo de la pantorrilla del traje.

También encontré un sobre de polvo naranja llamado Tang. Disolví un poco en una de las botellas de agua y lo probé. El Tang es al zumo de naranja lo que las Comidas Listas para Comer son a la comida de verdad.

Eso me hizo darme cuenta de lo duros que debían de haber sido los primeros viajes espaciales. Aquellos pioneros cruzaban el

espacio en este pequeño ataúd, como un grano de arroz arrojado al Pacífico, subsistiendo a base de bazofia ácida. Muchos murieron. No debido al Tang. No era tan malo.

Pero ni siquiera tenían ordenadores. Hacían los cálculos con reglas de madera.

Los librochips de historia dicen que su propósito era conseguir la paz para toda la humanidad.

Si eso fuera cierto no habrían dejado de ir. Aquellas viejas insignias de las mangas no eran de la ONU, y desde luego no eran rusas. La Guerra Fría empujó a los hombres a la Luna. Cuando los Estados Unidos ganaron esa guerra, dejamos de hacerlo.

Desde que el primer Neandertal dedujo que podía darle mejor a su rival con un palo que con los dedos, los saltos tecnológicos más importantes han sido impulsados por la guerra. Desde los carros y los arcos largos de la antigüedad hasta los reactores y la fisión nuclear del siglo pasado, o los vendajes autocoagulantes y los robots controlados por enlace cerebral de este siglo, la triste verdad es que la guerra es al ingenio humano lo que el estiércol a las margaritas.

La paz nos vuelve ociosos. Así que, setenta años de ocio pacífico después del último aterrizaje en la Luna, estábamos haciendo el viaje en la misma cápsula primitiva.

Al tercer día, el resplandor blanquecino de la Luna llenó el ojo de buey. Metzger señaló una llanura que había a nuestra derecha y abajo.

—Mare Fecunditatis. El mar de la Fertilidad. A solo unos trescientos kilómetros de la cara oculta.

—¿Por qué se ha estrellado allí?

—Ya nos gustaría saberlo —dijo Metzger—. Esa es una de las preguntas que queremos responder. Hasta ahora, ninguno de los proyectiles había sufrido el menor desvío en su trayectoria.

Me volví hacia Howard. Estaba desenvolviendo un chicle de nicotina. Puede que fuera una nave de los tiempos del tabaco, pero el vuelo era estrictamente para no fumadores.

—¿Cómo es el terreno, Howard? —La pregunta me hizo sentir orgulloso—. Un buen soldado de infantería siempre conoce el METT: misión, enemigo, terreno y tiempo.

—Llano. Un río de lava cubierto por una capa de polvo de grosor desconocido. Suponemos que varios centímetros, por las

marchas de deslizamiento que dejó el proyectil al impactar. Se estrelló en ángulo oblicuo. Por eso sigue de una pieza. —Howard puso una mano en ángulo sobre la otra.

Yo ya había preguntado acerca del supuestamente inexistente enemigo, y sabía que la misión consistía en meter la nariz en el siniestro. Pero no había preguntado por el tiempo.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar ahí abajo?

No conocía la respuesta, pero sabía que despegar de la Luna para acoplarse a la cápsula era un acto complejo y sofisticado, incluso con los ordenadores actuales.

Howard miró a Metzger.

Metzger se encogió de hombros.

—Lo suficiente.

Sabían más de lo que me estaban diciendo. Los miré a ambos. Metzger apartó los ojos.

Antes de que pudiera molestarme con ellos por su secretismo, llegó el momento de ponernos los trajes de astronauta mientras Metzger colocaba el Apolo en órbita lunar.

Mi traje seguía oliendo a amoníaco. Podría pensarse que, si van a mandarte a salvar al mundo, no te obligarán a llevar el pijama sucio de otra persona.

Escuché el crujido de la voz de Metzger dentro de mi nuevo casco mientras él cerraba la escotilla que había entre nosotros tres, enfundados en los trajes de astronauta, y el ahora deshabitado Apolo.

—Liberando módulo.

Un leve golpe nos desconectó de nuestro medio de regreso. El Tang empezó a pelearse con mis jugos gástricos.

El descenso a la Luna fue lento. Como ya habíamos atado a Howard al módulo con el cinturón de seguridad para que dejara de rebotar por ahí, pude asomarme al ojo de buey y observar cómo se acercaba a recibirnos el mar de la Fecundidad.

Por muy plana que se viera desde el espacio, era una extensión ondulada y cubierta de rocas. Al acercarnos, vi que las rocas eran del tamaño de contenedores de basura. Los últimos veinte metros, nuestro motor levantó una nube de polvo, así que no pude ver nada. Evidentemente, Metzger tampoco podía ver. Si aterrizábamos sobre una roca, el módulo podía volcar, romperse por dentro o sufrir la

pérdida de algo indispensable para volver a casa. Me aferré a un montante y apreté los dientes.

Thump.

Así. Habíamos alunizado. Metzger hizo que pareciera pan comido.

Acto seguido, efectuó un diagnóstico de los sistemas mientras Howard y yo esperábamos en fila. Metzger tenía que manejar la nave y Howard nunca era el primero en hacer nada físico. Así que yo iba a ser el primer humano en tocar la Luna desde los días en los que la liga de béisbol profesional usaba bates de madera.

Mientras esperaba, se me ocurrió algo.

—¿Cómo orinamos, Metzger?

—Usa la cosa esa como un condón que llevas en la pernera. Te la has colocado, ¿no?

El aire empezó a salir por las válvulas.

—¿Qué cosa?

—Lo siento. Debería habértelo dicho. Tendrás que aguantar.

Abrió la escotilla.

Ante mí se extendía otro mundo, tan muerto y blanco como unos huesos. Me di la vuelta, tanteé hasta encontrar el primer peldaño de la escalera de descenso y luego salí a un vacío lo bastante frío como para congelar el helio.

Salté del último escalón al polvo del mar de la Fecundidad, y luego concentré la vista en el objeto que había a algo más de medio kilómetro de distancia.

Orinarme en los pantalones era la última de mis preocupaciones.

18

Howard bajó la mochila de mi equipo con una cuerda de nailon. Me aparté a un lado, tropecé con una piedra y estuve a punto de caerme.

Grité. Una caída podía matarme si una roca me pinchaba el traje. Mi coordinación era una porquería después de tres días de ingravidez y eso que, incluso con el traje y el equipo, solo pesaba veinte kilos.

Las rodillas de Howard temblaron mientras bajaba la escalera, y tuve que sostenerle al poner el pie en el polvo lunar.

—Dios mío. El empollón de la señora Hibble es astronauta.

Igual que el de la señora Wander. Pasé diez segundos dándome palmaditas en la espalda mentalmente mientras observaba desde abajo el módulo lunar, un pastiche de cajas envueltas en pan de oro. Mi vía de escape de la Luna dependía de un montón de papel de regalo de desecho apoyado sobre unas patas.

Señalé más allá de la pata arácnida del módulo. El visor polarizado del casco de Howard se volvió hacia donde yo apuntaba.

A unos cien metros, empezaba un cañón poco profundo y tan ancho como un centro comercial. Sus bordes estaban cubiertos de rocas del tamaño de refrigeradores, arrancadas del suelo. El cañón acababa a algo más de medio kilómetro de distancia. Al menos, esa era la distancia que me parecía a mí. La Luna es más pequeña que la Tierra. El horizonte está más cerca. En el entrenamiento me habían dicho que la curvatura distorsiona la percepción. Fuera cual fuera la distancia, se me desbocó el corazón.

Al final del cañón se encontraba el proyectil. No había forma de saber qué parte de él estaba enterrada bajo la superficie. Lo que veíamos era una superficie curva de un negro azulado y más grande que un estadio de fútbol. Su superficie estaba cubierta por grietas en espiral, como la concha de un caracol metálico.

Howard lo examinó con unos prismáticos a los que se había adaptado una capucha de goma que a su vez se adaptaba al visor

del casco.

—Se ha deslizado por aquí a quince mil kilómetros por hora, pero parece intacto. Contaba con que hubiera una brecha para que pudieras entrar.

—¿En-entrar? —Señalé el proyectil.

Él levantó la mochila y me la echó a la espalda.

La voz de Metzger llegó desde el interior del módulo.

—Ten cuidado, Jason.

Howard y yo recorrimos el exterior del cañón que el proyectil había abierto al estrellarse. No había forma de decir lo inestable que podía ser la superficie lunar.

Las lecciones rápidas que me habían dado en la Tierra acerca de desplazarme por la Luna a un sexto de mi peso empezaron a funcionar tras cien metros de avanzar a trompicones. Con todo, en cuestión de minutos tenía los calzoncillos largos empapados de sudor.

Howard se encogía y saltaba. Sus roncos jadeos resonaban en mi auricular.

—Flexiona las rodillas antes de aterrizar, Howard. Como si saltaras a la comba.

—Nunca he saltado a la comba. El peor error de mi vida.

Miré al cielo. La Tierra colgaba ante mí, azul, cubierta de grises nubes de hollín y a cuatrocientos mil kilómetros de distancia. ¿Sería aquel el peor error de mi vida?

Por culpa de Howard avanzábamos a paso de tortuga. Rodeamos rocas del tamaño de autobuses, tan poco erosionadas después de tres mil millones de años sin erosión como las que había desenterrado el proyectil del sustrato hacía unos días. Howard se detenía constantemente y pegaba el visor del casco a las rocas, para luego murmurar algo sobre vetas y riolita. En uno de esos desvíos, saltó sobre un sitio plano que resultó ser un hoyo cubierto de polvo y se hundió hasta el pecho. Después de sacarlo, lo até a mí con una cuerda de nailon amarrada a nuestras cinturas para que tuviera que seguir mis pasos.

Por fin nos detuvimos y miramos el proyectil, que estaba a cincuenta metros de nosotros. La parte expuesta, que se alzaba sobre nosotros, podría haber sido perfectamente un estadio cubierto, y tenía un revestimiento negro azulado iridiscente. Parecía

increíble que pudiera moverse, pero los costados estaban cubiertos de arañazos en espiral. Cuando dio contra el suelo, estaba rotando como un balón de fútbol americano en un pase. Arañado pero apenas roto tras un choque a quince mil kilómetros por hora. Silbé.

—Cáscaras —exhaló Howard.

Tan pronto saliéramos de aquella roca, le daría un curso de expletivos.

Algo me zumbó en los oídos, un lamento repetitivo, primero chillón y luego grave.

—Howard, oigo algo, pero no hay aire que pueda transportar las ondas.

Dio un pisotón en el suelo.

—La roca conduce el sonido. El proyectil está haciendo ruido.

—Se suponía que estaba muerto.

Me hizo darme la vuelta, sacó el holograbador de la mochila que yo llevaba a la espalda y lo apoyó contra su traje.

—Vamos a grabar el sonido.

Sacó el espectrómetro de la mochila y subió como pudo hacia el proyectil por la pila de rocas y polvo. Tiró de la cuerda que nos unía como si fuera un perro persiguiendo una ardilla.

Pegó la sonda del espectrómetro al casco del proyectil y empezó a tararear siguiendo el ritmo del ruido.

—Wah-aah, wah-aah.

Mientras él trabajaba, yo levanté la mirada. A unos doce o trece metros por encima de nosotros, una pequeña parte de la altura de la cosa, había una abertura circular plateada.

—¡Howard! —señalé—. ¡Una tobera de maniobra! ¡Igual que la que encontramos en Pittsburgh!

Howard dejó de tararear y se apartó del casco. Se puso a mi lado y señaló también.

—¡Mejor aún, mira más atentamente!

Hice visera con la mano enguantada sobre el visor del casco. Uno de los arañazos en espiral cruzaba la tobera y se ensanchaba formando una grieta del tamaño de un hombre.

—Se ha abierto una brecha en una sección debilitada del casco. Ahí está tu entrada, Jason.

—Esto… —Negué con la cabeza. El gesto resultó invisible dentro del casco.

Él se limitó a echar mano de la mochila.

Mi cuerpo entero temblaba.

—Howard, odio las alturas. Y odio mucho más los sitios pequeños y oscuros.

—Jason, si yo supiera trepar lo haría yo mismo. Es la oportunidad de una vida.

—¡O el fin de una vida!

—¡Pero menuda forma de despedirse!

Hacía cuatro días estaba compadeciéndome de mí mismo porque no podía marcar la diferencia. La raza humana me había enviado a cuatrocientos mil kilómetros de distancia para que pudiera hacerlo. No podía decir que no. Ojeé los trece metros de resbaladiza pared metálica que me separaban del objetivo que había escogido Howard y suspiré.

—No puedo escalar eso.

Señalar la imposibilidad de algo no era lo mismo que negarse.

Howard sacó de mi mochila dos discos negros de goma con asas en la parte trasera.

—Póntelos en los guantes.

—Howard, las ventosas funcionan gracias a la diferencia de la presión del aire. Estamos en el vacío.

Me sentí orgulloso de haber recordado aquello, aunque fuera una excusa para achantarme.

—Son asas adhesivas. Funcionan en toda clase de temperaturas. Solo pesas veinte kilos. Subirás la pared como una mosca.

—Oh.

Suspiré y pegué una de las asas en la superficie, y luego la otra. Los brazos me temblaban. Con una presión del pulgar, solté la almohadilla derecha para poder moverla y avanzar. Otra presión volvió a fijarla. Luego moví la de la mano izquierda. Howard tenía razón. Escalé el proyectil como un superhéroe de dibujos holoanimados. Jason Wander, la identidad secreta de Pegaboy.

—¿Qué hago cuando llegue a la abertura, Howard?

—Primero entra. Luego yo te diré lo que tienes que sacar de la mochila y qué tienes que hacer con ello.

Howard no era capaz de planificar ni el descanso para tomar el café. La mitad de su equipo ni había acabado el instituto.

—¿La humanidad está improvisando esta guerra sobre la

marcha, Howard?

—Es lo que se nos da mejor.

El borde de la grieta se encontraba treinta centímetros por encima del visor de mi casco. Bajé la vista. Howard solo estaba a trece metros de distancia, pero parecía tan pequeño como el adorno de una tarta. Respiré hondo una vez, luego otra, y subí hasta la brecha.

La piel desgarrada del proyectil tenía un grosor de cinco centímetros y el mismo color negro azulado que el resto. Esperé mientras mis ojos se adaptaban a la oscuridad de la abertura. Bajo la piel había unos dos metros de grosor de malla metálica tan asimétrica como unos hilillos de baba, que separaba la piel exterior de una segunda. La piel interior no estaba desgarrada. Se lo describí a Howard.

—Es un casco presurizado —dijo él.

—¿Y ahora qué?

—¿Hay alguna puerta, una escotilla?

Negué con la cabeza.

—¿Jason? ¿Estás bien? —La voz de Howard subió una octava.

A cualquier imbécil que niegue con la cabeza delante de un micrófono habría que aplicarle la eutanasia.

—Howard, no veo… —A través de la penumbra distinguí unas líneas en huecorrelieve en el casco interno, que seguían como un diseño de gajos—. ¡Espera, hay algo!

—Será una escotilla de reparaciones. ¡Estás dentro!

—He olvidado la llave.

—Vaya. —Hizo una pausa—. Puede que no la necesites. Repta hasta la escotilla. Puede que esté equipada con un sistema de apertura por movimiento. Para que el técnico no se quede abandonado en el espacio en caso de emergencia.

¿Y si el técnico estaba esperándome al otro lado de la escotilla? El corazón se me puso a cien.

Me arrastré, los veinte kilos, hasta atravesar el desgarrado pellejo exterior, con cuidado de que no se me enganchara el traje. El desgarrón mediría un metro de ancho. La mochila y yo medíamos un metro y pico. Retrocedí y me quité la mochila. Luego volví a meter mi cuerpo en el espacio que separaba ambos cascos, arrastrando la mochila tras de mí con una mano. Allí tumbado

podía sentir las vibraciones del proyectil en los muslos y el vientre.

Moví la mano libre delante de los gajos. Nada.

—¿Howard? La escotilla no se ha abierto.

—… cuerpo entero.

—No te recibo.

Una parte de mí esperaba que Howard dijera: «Bueno, entonces baja. Buen intento. Vamos al módulo y de vuelta a casa». Pero sabía lo que quería decir. Me acerqué reptando hasta los gajos, igual que cuando, en la instrucción, nos arrastrábamos bajo alambre de espinos para practicar maniobras de infiltración.

Los gajos se movieron.

Los paneles retrocedieron hasta su extremo, como el iris de una cámara fotográfica al dilatarse.

—Howard, tenías razón. Se ha abierto.

—Jas… casco interfiere…

La escotilla abierta era como una boca oscura, lo bastante ancha para acomodarnos a mí o a la mochila, pero no a los dos a la vez. Un metro ochenta más al interior, una puerta cerrada como la primera sellaba el tubo. Una esclusa de aire. Tendría que entrar de cabeza, empujando la mochila delante de mí, o por los pies, tirando de la mochila. Si iba con los pies primero, podría ver si la puerta exterior se cerraba detrás de mí. Estaría orientado en la dirección justa para salir a escape. La escotilla interior debía de abrirse de forma automática en respuesta a mi presencia, igual que había hecho la escotilla exterior. Seguramente el espacio que habría detrás de la esclusa de aire sería lo bastante amplio para permitirme maniobrar.

Los pies primero.

Me metí hasta los hombros en el pasadizo, arrastrando la mochila con instrumentos, equipo de supervivencia y pistola, y hablé una vez más.

—¿Howard? Voy a entrar.

La estática fue la única respuesta de la radio. Se unió al curioso e irregular zumbido que llevaba escuchando la última media hora. El pasadizo era unos centímetros más ancho que mis hombros ataviados con el traje de astronauta. Apenas podía mover los brazos. Al menos entrando así sería capaz de ver la luz al final del túnel, el camino de salida. Entrar de cabeza en la oscuridad me

habría aterrorizado.

Metí la mochila por la escotilla exterior y esta se cerró.

Me encogí en el pasadizo y tanteé con las botas. La escotilla interior se había abierto. Repté hasta el borde de la escotilla interior y atraje la mochila hasta mí. Me puse a gatas y solté la mochila.

En el mismo momento en que mis manos cruzaban el borde de la escotilla, esta se cerró bruscamente y me dejó encerrado en la oscuridad.

19

No podía ver. Lo único que podía oía mi propia respiración y aquel incesante zumbido que subía y bajaba. Empujé la escotilla con las manos. No cedió. La golpeé todo lo fuerte que me atreví sin arriesgarme a romper el traje. Pasé las manos por la pared que me rodeaba. Ningún pomo. Ninguna palanca.

—¿Howard? ¡Estoy atrapado aquí dentro!

Ni siquiera me respondió la estática. El casco del proyectil no solo era duro, era impermeable a las ondas de radio.

La mochila estaba a medio metro de distancia, separada de mí por una escotilla sellada. En la mochila había una linterna, una pistola, comida y agua que podían ingerirse a través de una válvula en el casco, y todo el equipo que se suponía que iba a ayudarme a recabar información y llevársela a Howard. Tal y como estaban las cosas, era como si todo aquello estuviera en la Tierra.

Era como despertarse ciego dentro de un ataúd. Otro sonido se unió al familiar zumbido del proyectil. Más rápido, parecido a un jadeo.

Era yo, enterrado vivo y con la respiración entrecortada. No podía moverme y no podía ver. Un pánico claustrofóbico bullía en mi cerebro.

Me obligué a calmarme. El visor. La superficie espejada que protegía de la luz solar podía levantarse. La moví y pude ver de nuevo. Mi respiración se normalizó.

El pasadizo donde me encontraba no estaba completamente oscuro.

Era cilíndrico y acanalado, como una tubería de desagüe. Podía ver, a duras penas, porque estaba bañado en una luz purpúrea emitida por las paredes. La luz palpitaba al ritmo del zumbido. Me volví; la alcantarilla púrpura se curvaba y se perdía de vista a unos quince metros más adelante, pero seguía siendo igual de ancha que la esclusa de aire.

Tenía dos opciones. Quedarme allí con la esperanza de que

Howard o el destino abrieran la escotilla. Hasta que mi generador de oxígeno dejara de funcionar o yo me muriera de hambre o sed. La opción dos era adentrarme, con los pies por delante, en las entrañas del proyectil. Puede que encontrara espacios más amplios, información útil y una salida. O puede que me cruzara con algo que me matase.

Nunca he sido capaz de quedarme parado.

Las paredes lisas del tubo se veían interrumpidas cada más o menos quince metros con hendiduras de un metro de alto y unos dos dedos de ancho. ¿Tubos de ventilación? ¿Para ventilar qué? Debía de haber atmósfera allí dentro. Después de todo, había una esclusa de aire. Eso significaba que en algún momento, alguien la había respirado. O seguía respirándola. Empecé a echar de menos la pistola de mi mochila.

El muslo se me enganchó en los orificios de ventilación, por segunda vez. Conseguí bajar la mano hasta el muslo y noté un bulto en el traje. El bolsillo del muslo. Abrí la solapa de velcro y palpé el objeto que había dentro. ¡La pistola de bengalas! El corazón me dio un vuelco. Estaba armado, más o menos.

Subí la mano por el cuerpo hasta que tuve la pistola delante de mí. Esto significaba que podía disparar a cualquier cosa que tratara de acercarse por detrás, pero cualquier cosa que hubiera delante de mí podía arrancarme los pies de una dentellada antes de que yo me diera cuenta.

Bajé otros treinta metros por el tubo, manteniendo los dedos lejos de los conductos de ventilación.

Repentinamente, noté los pies más libres. Avancé reptando. Dos metros más tarde, mi torso entró en una intersección perpendicular con un tubo de mayor diámetro. La intersección me dio espacio suficiente para volverme y ver que podía avanzar a gatas o agachado por el tubo más grande.

Me senté en la intersección mientras la luz púrpura palpitaba siguiendo el ritmo del incesante zumbido. Reflexioné sobre mi situación. Estaba aislado en un laberinto. A los antiguos trajes les habían incorporado modernos generadores de oxígeno, así que podía respirar indefinidamente. No tenía comida. No tenía agua. Esto último no era tan malo, como mi vejiga no dejaba de recordarme. Mi única arma era una pistola de bengalas con setenta

años de antigüedad y un proyectil grande, grueso y lento. Mi misión dependía de medir cosas, pero mi equipo de mediciones descansaba fuera de la escotilla que me había dejado allí atrapado. La nave era tan grande como un trasatlántico. Seguramente tendría más de una puerta. Solo tenía que seguir gateando hasta que encontrara una, o descubriera la manera de abrir la otra.

Por otro lado, aunque no pudiera efectuar mediciones, quizá sí que pudiera tomar muestras. Cogí la pistola de bengalas en mi mano enguantada como si fuera un pico de geólogo y golpeé la pared curva.

La culata de la pistola rebotó como una pelota de tenis contra el hormigón.

Me encogí de hombros. Tendría que recordar lo que viese.

Era más probable que el tubo amplio condujera a algún sitio importante, así que cambié de rumbo.

Por el tubo grande, al que bauticé como Broadway, pude avanzar más rápido. Tras veinte minutos de gatear y de quejarme para mis adentros del estado de mi vejiga, Broadway desembocó en una habitación oval tan alta y ancha como un garaje. Times Square. Sus paredes estaban incrustadas de óvalos brillantes. Verdes, no púrpuras. Y pequeños bultitos que podían ser controles.

Se me erizó el vello de la nuca. No sé cómo, sentí que no era el único ser vivo allí.

Me quedé quieto en la entrada y apreté la vista mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad. «Entrada» es una palabra tan buena como cualquier otra.

Al otro lado de la habitación, una sombra se movió.

Tendría que haberme aterrorizado. Pero la enormidad del momento de contacto me abrumó. Simplemente se me puso la carne de gallina.

La forma era la de un plátano, y del mismo color que uno nuevo, verdoso. Pero medía un metro cincuenta de largo y poco más de medio metro de ancho en el centro. Tenía tan pocos rasgos físicos como un plátano. Nada de ojos, solo unas protuberancias blancas en el extremo que debía de ser la cabeza. Y tampoco boca.

Se retorcía, enroscado en forma de signo de interrogación, sobre un pedestal ovalado que surgía del suelo. Su piel se ondulaba, desde el extremo elevado de su cuerpo con forma de signo de

interrogación hasta el extremo de la cola, como un tubo de pasta de dientes que estuviera apretándose a sí mismo. Una pasta negruzca cayó desde la cola al pedestal.

Durante mil milenios la humanidad se había preguntado si estábamos solos en el universo. Durante incontables generaciones habíamos imaginado y habíamos deseado lo contrario. Ahora, al fin en el momento soñado, los primeros representantes de especies inteligentes establecían contacto físico.

Y uno de ellos estaba cagando.

Dentro del casco, me aclaré la garganta.

20

Apunté con la pistola de bengalas.

—¡Manos arriba!

Bueno, ¿qué se supone que tenía que decir? Quizá entendiera el mensaje por el tono.

Babosín —me bastó una mirada para bautizarlo— giró el extremo que le hacía de cabeza en mi dirección.

Los dos nos quedamos helados mientras mi corazón se desbocaba.

Una hilera de luces verdes destelló en la pared. El extremo que le hacía de cabeza se movía lentamente a un lado y a otro, como una cobra al salir de su cesta.

A lo mejor me estaba diciendo hola. A lo mejor trataba de hipnotizarme. Armé el percutor de la pistola con el pulgar.

Él salió deslizándose del retrete y se movió hacia mi izquierda. Avanzaba reptando como un caracol de jardín, pero muy rápido. Yo también empecé a rodear, con la pistola temblándome en la mano.

Estaba en su territorio. Por lo que sabía, mi siguiente paso podía ponerme sobre una trampilla que se abriera y me hiciera caer sobre aceite hirviendo.

Thump.

Bajé la vista por un instante. Mi pie había chocado con una cosa negra, hueca y brillante tan grande como Babosín y con su misma forma. El artefacto empezó a mecerse en el suelo.

La criatura saltó sobre mí. Retrocedí para esquivarla y acabamos a tres metros de distancia.

Así que no me quieres cerca de tu ropa.

Del costado de su tramo central apareció un bulto que se convirtió en un tentáculo como el de un pulpo, y salió disparado hacia una barra metálica curva que había en el suelo junto a su ropa. ¿Una pistola?

Apunté con mi arma a Babosín y tensé el dedo en el gatillo.

—¡Quieto ahí!

Se detuvo.

—Buen chico. —Asentí.

El tentáculo salió disparado hacia la barra metálica.

Yo me lancé de cabeza a por ella y la barra patinó por el suelo hasta quedar fuera del alcance de Babosín.

Me levanté del suelo a duras penas e interpuse mi cuerpo entre su arma y él. Lo apunté con la pistola de señales y di un paso en su dirección. Se retiró. Otro paso, se retiró un poco más. Estrictamente hablando, la habitación no tenía rincones, pero uno de los extremos curvos se estrechaba. Lo llevé hasta allí y lo arrinconé.

Movía el cuerpo de un lado a otro. Yo lo tenía y él lo sabía.

Babosín se derrumbó como un globo pinchado.

Conté diez latidos.

Babosín no se movió.

Perdió el color.

De su cola brotó la misma sustancia negra de antes.

—Joder. Te has suicidado.

Retrocedí y escuché mi resuello dentro del casco.

Puede que no estuviera muerto. La pistola de bengalas colgaba de mis dedos. Bajé el percutor y le arrojé el arma, que le dio en todo el centro. Ni se movió.

Fui cuidadosamente hacia él, recogí la pistola de señales y lo tanteé con la punta de la bota. Era como patear un flan. Estaba muerto y bien muerto.

Howard había dicho que el proyectil podría llevar un piloto kamikaze. Babosín ya estaba muerto en su propia mente, así que tragarse alguna diminuta pastilla de veneno para caracoles no debía de haber supuesto un gran sacrificio. Había muerto por Dios y por la Patria, si es que los tenía, antes de dejar que lo capturaran vivo. Supongo que eso lo convertía en un buen soldado.

—¿Howard?

Mi radio estaba más muerta que Babosín.

Sentí que se me volvía a erizar el pelo de la nuca, como la primera vez que vi a Babosín. Volvió a asaltarme la sensación de que no estaba solo.

Algo emitió un siseo, y luego otro.

Me di la vuelta.

La entrada por la que había venido estaba atestada de babosas.

Se agitaban y reptaban hacia mí, como larvas saliendo de un pescado podrido.

Di un salto hacia atrás y agarré la barra metálica de Babosín. Algunas de las babosas tenían otras iguales, y parecían sostenerlas en tentáculos, que salían de sus cuerpos en cualquier parte y en cualquier momento que quisieran. Uno me apuntó con su pistola —así es como veía yo esas barras metálicas— y apretó con el tentáculo un anillo que había cerca de uno de los extremos. ¡El gatillo! Yo le apunté a él con mi barra y apreté el anillo.

Algo salió disparado de la punta de mi arma y lo atravesó por la mitad antes de que pudiera dispararme. Se derrumbó como cincuenta kilos de filetes de hígado.

Tras él debía haber cuarenta babosas. Cruzaron la entrada y se abrieron en abanico. Algunas apuntaron en mi dirección.

Recogí a Babosín del suelo para utilizarlo como escudo y retrocedí hacia la entrada que había en el extremo opuesto de la habitación.

Las babosas no dispararon. Retrocedí de espaldas por el túnel, cargando con el cadáver de Babosín.

Dos de ellas se lanzaron contra mí. Las armas curvas tenían filo, como las espadas. Las babosas trataron de cortarme con ellas. Las esquivé y me retiré. Si me hacían un corte en el traje no podría cruzar el vacío de vuelta al módulo al salir. Y si la atmósfera interior se filtraba en mi traje, puede que fuera venenosa.

Antes de que se acercaran, los derribé a ambos con sendos disparos de mi nueva arma, y luego me aproximé, arrastré sus cuerpos hasta el portal, y formé con ellos una barricada pringosa y verde.

Agarré a mi prisionero por el centro del cuerpo, me lo eché al hombro como un saco de patatas y salí corriendo come pude pasillo adelante. Conseguí un buen ritmo y logré que ni Babosín ni yo nos enganchárамos en uno de los orificios de ventilación. Doblé un recodo y me encontré con una pequeña patrulla delante de mí, pero con cuarenta babosas detrás no podía retirarme.

Disparé con el arma robada y pasé entre la patrulla como una exhalación. No tengo ni idea de cuánto tiempo estuve corriendo, ni de qué distancia avancé, con ellos pisándome los talones y Babosín al hombro, ni de cuántas veces parecieron materializarse delante de

mí como si hubieran atravesado las paredes. Yo disparaba, pasaba corriendo entre ellos y seguía adelante.

Babosín y yo no pesábamos mucho, pero ya había empezado a jadear y estaba sudando a chorros. Peor aún, estaba bajando el ritmo y mi arma de babosa había dejado de disparar. Ignoro si se me había acabado la munición o la había roto.

Finalmente me di cuenta de que habían dejado de seguirme y de que ya no aparecían delante de mí como salidos de la nada.

Me detuve en una intersección, dejé caer a Babosín al suelo y me senté a recuperar el aliento, con la espalda contra la pared y mirando en todas direcciones a la vez.

¿Adónde se habían ido las babosas? Yo había visto cuarenta o más, y matado quizá a diez. Las luces parpadeaban y la alarma seguía sonando.

Alarma. Ese era el ritmo del zumbido y de las luces. Alarmas que decían: ¡Pies en polvorosa! ¡Abandonen la nave!

Por supuesto. Babosín se había matado para evitar la captura. Sus colegas estaban igual de dispuestos a hacer explotar el proyectil, con ellos y conmigo dentro, y reducirlo a trozos del tamaño de nabos suecos para impedir su captura. No era de extrañar que hubieran dejado de perseguirme.

¿Cuánto me quedaba?

Miré por el tubo más estrecho que formaba la intersección. Había un rectángulo blanco en el suelo. Gateé hasta el objeto y leí las palabras «Sobrevivir en el Pacífico».

Mis carreras me habían llevado de regreso a la intersección de Broadway con el tubo que conducía a la escotilla exterior. El folleto se me había caído del bolsillo del muslo mientras sacaba la pistola de señales.

El zumbido subió una octava y la pulsación se aceleró, igual que la intermitencia de las luces.

El proyectil había entrado en el final de la cuenta atrás hacia su muerte.

Miré por el estrecho túnel de conexión. A treinta metros de distancia estaba la escotilla que me había dejado atrapado. Si se abría con el movimiento para dejar entrar a un técnico babosa, quizá se abriera con el movimiento desde dentro, ahora que el proyectil estaba al borde de la autodestrucción. O quizá la escotilla

percibiría la presencia de una babosa si Babosín estaba cerca. Muy cogido por los pelos, pero no tenía alternativa. Empujé a Babosín por el tubo más estrecho, delante de mí, como si fuera un saco de ropa sucia.

El estrecho tubo se me había hecho largo y lento en el camino de entrada. Ahora parecía interminable. El palpitar de la luz y el zumbido era tan rápido que casi ni se notaba.

Por fin vi el final del conducto. La escotilla seguía cerrada. Se me cayó el alma a los pies, pero seguí empujando a Babosín.

Lo acerqué a un metro de la escotilla interior. Nada. Lo moví a un lado y a otro como si fuera una enorme marioneta. Nada. ¿Cuánto faltaba para que todo saltara por los aires? ¿Minutos? ¿Segundos?

Si hubiera aceptado ese trabajo de Hollywood en su momento, quizá Aaron Grodt no habría permitido que se me llevaran los de la PM. En aquel momento podría estar tumbado junto a una piscina bajo luz solar artificial contemplando el monokini de Crissy, y sin sentir dolor.

Cuando aquella cosa saltara por los aires, ¿sentiría algo, o me desintegraría antes de que mis terminaciones nerviosas transmitieran el dolor al cerebro?

Froté la cabeza de Babosín contra la escotilla. Nada.

En uno de los holos de Aaron Grodt, el héroe atrapado descerrajaría la puerta a balazos y escaparía.

La pistola de bengalas seguía abultando en el bolsillo del muslo. La saqué, retrocedí tres metros. Usando a Babosín como escudo, asomé el brazo, apunté a la escotilla, cerré los ojos y apreté el gatillo.

Nada. Volví a apretar el gatillo, con tanta fuerza que me tembló la mano. Nada. Mi última esperanza era una bengala defectuosa de setenta años de antigüedad.

Sentí que se me hinchaban los ojos al empezar a llorar. Iba a morir allí sin motivo.

Abrí los ojos. A la luz púrpura vi mi mano aferrando la culata de la pistola y el percutor sin montar encima de mi pulgar.

Podía seguir apretando el gatillo hasta que la Luna se convirtiera en queso, ¡pero la pistola no iba a disparar a menos que montara el percutor!

Lo monté con el tembloroso pulgar.

¿Serviría de algo disparar con aquella bengala de setenta años? ¿Y si salía rebotada en aquel espacio cerrado y me hacía un agujero en el traje?

No sabía ninguna oración, así que me limité a decir:

—Por favor.

Aumenté la presión sobre el gatillo poco a poco hasta que sentí que se accionaba. El percutor trazó un arco hacia delante como si estuviera moviéndose a cámara lenta. Golpeó el fulminante del cartucho.

21

La escotilla seguía cerrada. En ese momento, la pistola de señales emitió un fogonazo, sentí el retroceso en la mano y la bengala salió despedida hacia delante y dio de lleno en la escotilla. Esta ni se movió.

La bengala salió rebotada hacia mí como un chorro rojo, y yo me eché a un lado. El proyectil me rozó el casco y rebotó contra un óvalo que había en la pared del tubo.

Los gajos de la escotilla volvieron a abrirse mientras la bengala rodaba por el suelo, lentamente en la baja gravedad, y se apagaba.

Miré al óvalo que había en la pared del tubo. El picaporte de las babosas había estado ahí todo el tiempo.

Un cielo negro, más atrayente que un azul día de verano, brillaba al otro lado de la escotilla. La bengala no solo había pulsado el botón que habría la puerta interior, sino que había roto la puerta exterior de la esclusa de aire o el mecanismo que la controlaba. Las dos mamparas de la esclusa de aire estaban abiertas. Lo único que se interponía entre la atmósfera presurizada del proyectil y el vacío éramos Babosín y yo.

La descompresión explosiva nos escupió por la esclusa de aire como un corcho de champán. Salimos volando por el vacío iluminado por el Sol, a quince metros de la superficie de la Luna. Babosín iba el primero, y yo lo seguía, moviendo los brazos y gritando, como Supermán detrás de un calabacín a reacción.

El arco de nuestra trayectoria nos llevó hacia la superficie. En el punto de impacto previsto, a unos setenta metros de la esclusa de aire, se encontraba Howard, de espaldas a nosotros, inclinado mientras recogía rocas y las depositaba en bolsas para muestras.

La sombra de Babosín cayó sobre Howard y este se dio la vuelta, demasiado tarde.

—¡Cuidado, Howard! —grité.

Babosín le dio de lleno como una tonelada de sebo y lo aplastó contra el suelo. Yo hice un salto mortal del más puro estilo

«trampolín de piscina municipal», di contra Babosín con los pies por delante y salí catapultado otros tres metros. A pesar de contar con el alienígena para amortiguar la caída, y de no pesar más que una maleta, me torcí el tobillo en el segundo aterrizaje.

Me quedé tumbado boca arriba, esperando la descompresión explosiva producida por un pinchazo en el traje, y contemplé la Vía Láctea extendida por el negro cielo lunar. Sentí unas vibraciones a través de los omoplatos. Rodé y me puse a cuatro patas. A diez metros de distancia estaba Howard, despatarrado e inmóvil tras la brutal embestida de un pepinillo en vinagre gigante. Babosín yacía a su lado.

Gateé hasta ellos.

—¿Howard?

No hubo respuesta. No se movió, y la única cosa visible en su visor dorado era mi reflejo.

Ahora no estaba el casco de ningún proyectil entre nosotros. Puede que los impactos hubiesen averiado nuestras radios. Si el sonido se transmitía por la roca, debería transmitirse por los cascos. Me incliné hacia delante y apoyé mi casco contra el suyo.

—¿Howard?

—¿Jason? ¿Qué ha pasado? ¿Qué me ha golpeado?

Su voz sonaba amortiguada como si saliera de una pecera, lo que era cierto.

—¡El proyectil va a autodestruirse! —grité—. ¡Hay que salir de aquí! ¿Estás bien?

Se incorporó con mi ayuda y señalé al módulo lunar.

—¡Corre!

Se inclinó sobre Babosín y alargó la mano para tocarlo.

—¿Qué…?

Le di un empujón y me puse a Babosín debajo del brazo.

—¡Corre, maldita sea!

¿Cuánto tiempo hacía que había entrado yo en el proyectil? ¿Cuánto nos quedaba?

Babosín se sacudía como un salami bajo mi brazo mientras yo avanzaba a saltos. A cada paso, el talón me provocaba una punzada de dolor. Frente a mí, Howard, más acostumbrado ahora a lo de avanzar por la Luna, lograba recorrer unos cinco metros con cada salto. Yo diez. Eso hay que reconocérselo a la Luna. Si tengo que

correr para salvar la vida, prefiero hacerlo en un sitio donde recorro diez metros a cada paso.

¿Cuál sería la distancia segura respecto del proyectil? ¿Cómo de grande sería la explosión? Volví la cabeza para mirar atrás. Habíamos puesto cien metros entre nosotros y el proyectil. El zumbido había vuelto a desaparecer.

Pasó de sonido pulsante a un tono continuo, y el corazón me dio un vuelco.

Cogí a Howard en medio de un salto y lo arrastré detrás de una roca del tamaño de un tren, al mismo tiempo que el fogonazo me cegaba. Me había olvidado de bajar el visor solar al salir del proyectil.

El sonido de la explosión y la onda expansiva parecieron sacudir a la misma Luna, pero tan pronto como me elevé del suelo, el sonido cesó. Aterricé sobre Howard. Fragmentos de la explosión volaron sobre nosotros y rebotaron contra la roca que nos cobijaba, aunque no hacían ningún sonido en el vacío.

Me quedé tumbado sobre Howard durante los minutos que estuvieron lloviendo sobre nosotros fragmentos del tamaño de pelotas de béisbol y otros más pequeños.

Finalmente, la tranquilidad volvió al mar de la Fertilidad.

Pegué el casco al de Howard.

—¡Guau! —dijo él.

Al ponernos en pie, los fragmentos del proyectil de las babosas que nos cubrían se hundieron en el polvo lunar. Babosín estaba a nuestros pies; la explosión no lo había deteriorado. Howard se arrodilló junto a él.

—¿Esto es…?

—El proyectil estaba lleno de ellos. Intentaron dispararme y cortarme en pedazos. Estaba oscuro y daba miedo.

—¡Dios, te envidio, Jason!

Suspiré, y luego salí de detrás de la roca que nos había dado cobertura para mirar hacia atrás. Donde había estado el proyectil, ahora no había nada. Las rocas lunares habían sido arrastradas en un radio de cien metros a la redonda de lo que debía de ser un cráter del demonio, aunque desde donde estábamos no podía verlo. En toda esa superficie y más allá, el gris y blanco de la Luna estaba salpicado de trozos negros del proyectil, como semillas de sésamo

en el bollo de una hamburguesa.

Un fragmento había cortado en dos una roca del tamaño de una sandía que estaba allí cerca, aunque fuera del cobijo de la roca grande. Podía haber sido mi cabeza, o la de Howard.

El radio de la explosión abarcaba fácilmente un kilómetro. Estábamos dentro. Solo habíamos sobrevivido porque nos habíamos puesto a cubierto tras la roca. Me sentí muy orgulloso de mí mismo hasta que caí en la cuenta de que no solo había fracasado en traer información, sino que había hecho explotar el hallazgo más importante en la historia de la humanidad en fragmentos del tamaño de nabos suecos.

Howard me dio unas palmaditas en el hombro, y luego apoyó el casco contra el mío.

—Tenemos que sacar al extraterrestre del vacío.

Levanté la barbilla. Después de todo, había traído algo. El primer prisionero de la humanidad en la guerra contra las babosas. Aunque estuviese congelado y más tieso que un calabacín.

Howard señaló a Babosín.

—Llevémoslo al módulo lunar.

¡El módulo lunar! ¡Metzger y el módulo estaban a unos ochocientos metros del punto cero! Me volví en su dirección, pero unas rocas del tamaño de una casa me tapaban la visión.

—¿Metzger?

No había forma de saber si mi emisor funcionaba. Metzger no habría sabido que la explosión se avecinaba, aunque tampoco es que pudiera haber hecho mucho al respecto.

El corazón se me puso a cien. Retrocedí para coger carrerilla y salté tres metros sobre una roca plana. Casi me pasé de largo, pero logré mantener el equilibrio.

Oteé el horizonte, pero no pude localizar el módulo. Quizá desde aquí arriba mi radio funcionara.

—¿Metzger? —grité. Nada.

Entonces alcancé a ver un destello, semioculto por un campo de rocas. El corazón me dio un vuelco.

Algo parecía diferente. Quizá desde este ángulo… Miré más atentamente.

Una de las cuatro patas del módulo estaba tirada junto a él. El módulo estaba inclinado, como un sombrero mal puesto. Una

antena parabólica estaba colgando donde tendría que haber estado desplegada.

Mientras bajaba de la roca al suelo y recogía a Babosín, se me vino el alma a los pies. El módulo lunar era primitivo, pero no era un carro de los pioneros del Oeste, que podía arreglarse con un poco de cuerda. No iba a ir a ninguna parte. Howard había dicho que aquel era el único cohete Saturno que habían reconstruido. Cañaveral no tenía ningún bote salvavidas que enviarnos. Howard y yo moriríamos lentamente allí. Casi no importaba que Metzger estuviera vivo dentro del módulo o no.

Con todo, yo había empezado a saltar hacia la inutilizada nave espacial, gesticulándole a Howard para que me siguiera.

—¿Metzger? —gritaba en la cúspide de cada salto, pero no recibía respuesta.

Llegué al módulo antes que Howard y solté a Babosín en el suelo. Vistos de cerca, los daños eran mucho peores. La tobera principal estaba descolgada debajo de la cabina, aplastada como un vaso de plástico.

Logré subir por la escalera doblada, apoyé el visor contra el ojo de buey del módulo y chillé:

—¿Metzger?

El tintado de mi visor, unido al del ojo de buey, ocultaban el interior del módulo.

—¿Jason? —La voz de Metzger. Di un respingo.

—¿Estás bien?

—Magullado. ¿Y vosotros dos?

—Perfectamente. El proyectil se ha autodestruido.

—¿Ha desaparecido?

—Hecho añicos.

—Vaya. —Percibí la decepción en su voz metálica.

—Pero tenemos un prisionero. Más o menos. Está muerto.

Veinte minutos después, los tres estábamos acurrucados en el interior del módulo, con los trajes de astronauta colgados de la pared y bebiendo batido de chocolate sintético.

—Es como una medusa —le dije a Metzger—. O una babosa. Con forma de plátano y verde.

—Estás de broma. Yo me esperaba, ya sabes, ojos de insecto, dedos… ¿Estamos perdiendo contra unos caracoles?

Howard destapó un tubo de comida.

—Tenemos que sacar al extraterrestre del vacío.

Hice una mueca.

—¿Traerlo aquí?

Howard se encogió de hombros.

—Supongo que podría pudrirse si lo calentamos. Vivía a diecisiete bajo cero.

Mi traje de astronauta colgaba de la pared. Howard lo señaló.

—¿Cabría ahí?

—Supongo. Medirá algo así como 1,60 y pesará 75 kilos.

Había un traje adicional, pero no lo habíamos desempaquetado.

Metzger y Howard se vistieron, bajaron la escalera y metieron a Babosín en mi traje mientras yo desempaquetaba el nuevo.

Lo metieron en el traje con la cola dentro de una pernera y la cabeza dentro del casco, asomando tras el visor como un… Digamos que la expresión «cara capullo» nunca significará lo mismo para mí.

Lo dejaron en la Luna, congelado pero protegido, y volvieron al interior.

Entonces saqué a colación el tema candente.

—No hay forma de reparar el módulo.

Metzger negó con la cabeza.

—Está tan muerto como tu amigo verde de ahí fuera.

Ambos evitaban mi mirada.

¿Pensaban que era culpa mía que el proyectil hubiera explotado? ¿Que yo los había dejado allí aislados, para morir? Ninguno de ellos conocía a las babosas como yo. ¡Nadie en la historia del mundo conocía a las babosas como yo! Los gusanitos iban a volarse en pedazos de todas todas. ¡Había conseguido abrirme paso hasta salir de aquel nido de serpientes arrastrando una babosa muerta! Y tampoco había pedido morir de aquella forma.

Abrí la boca para echarles una bronca, pero al final me aparté y me asomé por el ojo de buey para mirar a Babosín. Yacía dentro de mi deformado traje de astronauta, muerto en un mundo inhóspito y sin vida lejos de su casa. Igual que nosotros dentro de poco. ¿Habría muerto huérfano, como yo? ¿Serían su familia las demás babosas cuyas cenizas estaban esparcidas por todo el mar de la Fertilidad?

Miré más allá de él, más allá de los campos rocosos que habían permanecido inmutables durante tres mil millones de años, hasta

las distantes colinas que se recortaban pálidas contra el negro cielo. En cuestión de días, moriría de hambre y luego me congelaría, y permanecería tan inmutable como esas colinas, durante otros mil millones de años.

Algo se movió en el horizonte.

22

No podía hablar, así que agarré a Metzger del pelo, tiré de su cabeza hasta ponerla junto a la mía frente al ojo de buey y señalé. Un puntito descendía la ladera de una colina hacia nosotros, seguido por otro y otro. Las babosas debían de haber enviado patrullas. Y volvían. Íbamos a ser muy impopulares.

Me aparté del ojo de buey, pasé junto a Howard y fui hasta una de las redes de carga que colgaba de la pared. Teníamos una pistola más.

Howard negó con la cabeza.

Metí la mano en la red para buscar el cargador de munición.

—¡No me rendiré!

Metzger habló desde el ojo de buey:

—No, Jason. No pasa nada.

Nos conocíamos de toda la vida, y al oír su tono de voz supe que no pasaba nada.

Metzger quitó el embudo de goma de los binoculares de Howard y los sostuvo ante mis ojos. Yo enfoqué y vi un rectángulo color azul vivo. Una bandera de la ONU en la manga de un traje de astronauta. Amplié el campo visual. Media docena de vehículos lunares avanzaban a trompicones hacia nosotros, llenos de humanos con trajes de astronauta.

—¿Qué…?

—No podíamos decírtelo —dijo Howard—. Si te capturaban, podías haber hablado.

La cabeza me daba vueltas.

—¿No vamos a morir?

—No por habernos quedado aislados en la Luna.

Howard me quitó la pistola de los dedos y volvió a depositarla en la red de carga.

Señalé a los cochecitos.

—¿Qué son?

—Vehículos todoterreno optimizados para la gravedad lunar. —

Howard se volvió hacia Metzger—. ¿Qué tenemos que llevarnos con nosotros? Esos VTOG estarán aquí en una par de minutos.

Cogí a Howard por el codo.

—¿Cómo han llegado hasta aquí?

Metzger metió un pie en su traje de astronauta.

—Solo la babosa y cualquier dato que hayas recopilado con los instrumentos.

Howard asintió y se volvió hacia mí.

—Tras cuatro días de viaje. Temíamos que fuera a llevarles incluso más. Los VTOG no han sido diseñados para recorrer distancias largas. Por eso arriesgué nuestro único cohete Saturno para llegar hasta aquí antes. Menos mal. Si no hubiéramos llegado aquí antes, esos chicos —señaló al ojo de buey— se habrían limitado a recoger fragmentos de proyectil, como hicimos tú y yo en Pittsburgh.

Me sentía mareado.

—O sea que… ¿Hay más gente en la Luna?

—Es una larga historia. Hemos construido una base en la cara oculta de la Luna. —Me quedé boquiabierto—. Ya la verás, allí es adonde van a llevarnos esos muchachos.

Una hora más tarde, yo iba cogido con el cinturón de seguridad al asiento del copiloto de un VTOG, avanzando a trompicones y lentamente, hacia la cara oculta de la Luna. Las ruedas del VTOG eran de caucho elástico y poroso, y la llanta, de unos radios metálicos tan delicados como los de una moto de carreras. El techo era un panel solar. Puede que en la Tierra hubiera pesado tanto como un coche, pero aquí un hombre podía levantarlo por una esquina como un somier.

Miré al conductor. Según los galones de la manga era sargento mayor. No pude hacerle muchas preguntas, excepto durante las paradas, cuando podíamos pegar los cascos. El traje también tenía una radio defectuosa. Esto hizo que me preguntara cómo habíamos llegado a la Luna en la antigüedad, hasta que recordé que tenía setenta años.

Nosotros encabezábamos el pequeño desfile. Howard iba en el segundo VTOG, con Babosín atado al asiento trasero.

El viaje me dio tiempo para pensar. Ante todo, me alegraba de estar vivo. Estaba enfadado con Howard y Metzger por dejarme

pensar, aunque solo hubieran sido unos minutos, que estábamos abandonados en la Luna. Y estaba más enfadado aún porque Howard probablemente había supuesto ya antes de que partiéramos de la Tierra que las babosas iban a hacerse volar en pedazos. De hecho, lo había insinuado al decirme por qué habíamos usado el único cohete Saturno V de la humanidad para llegar hasta allí antes. Y sabiendo eso, me había dejado entrar en una bomba con el temporizador encendido.

Como soldado, yo sabía que todo aquello era seguridad operativa perfectamente razonable y necesaria. Pero me seguía jodiendo.

A lo largo de los siguientes cuatro días, sin nadie con quien hablar, mi ánimo pasó del fastidio a la depresión. Alguien tendría que cargar con el muerto de destruir una nave espacial que costaba una millonada y reventar el mayor hallazgo en la historia de los servicios de inteligencia, a cambio de una ameba con problemas de hipertiroidismo congelada como un calabacín.

Howard estaba a cargo del servicio de inteligencia que iba a ser determinante en el transcurso de la guerra. Metzger era un héroe. En todos los años que hacía desde que lo conocía, siempre se había librado de las culpas.

Es decir, que solo quedaba yo.

Prometían ser unos cuatro días muy largos. Al menos esta vez me había puesto el tubo para aliviarme la vejiga.

El viaje se volvió incómodo y aburrido a las dos horas. El terreno pronto se hizo monótono, incluso después de que llegáramos a la cara oculta a los dos días. Las llanuras, colinas y roquedales daban paso a más llanuras, más colinas y más roquedales. Todo de un brillo cegador, pero tan blanco y negro como un holo de galería de arte.

«De un brillo cegador» no era lo que yo me esperaba de la llamada cara oscura de la Luna, uno de los nombres más inadecuados de la historia. La Luna no gira sobre su propio eje, sino que mantiene siempre la misma cara orientada hacia la Tierra. Cuando esa cara está iluminada por la luz del Sol, vemos la Luna. Cuando la Luna se interpone entre la Tierra y el Sol, el lado que está hacia la Tierra queda oscurecido y la cara oscura se ilumina.

Durante muestro viaje, la Luna se movió de modo que la cara en

la que habíamos aterrizado se oscureció y en el lado oscuro amaneció. Lamentablemente, la Luna es la Luna. Yo hubiese preferido ir en coche por Kansas.

Poco más hubo en el viaje hasta que al cuarto día ascendimos por una sierra agreste, que resultó ser el borde de un cráter, y nos detuvimos en la cresta para contemplar la base lunar.

Me protegí los ojos con la mano y contemplé una sucesión de hileras de edificios blancos con techos semicilíndricos. Entre ellos se movían vehículos como hormigas. El lugar abarcaba kilómetros. Era una ciudad, no una base.

La brillante luz del Sol se desvaneció, y pude quitarme la mano de la frente. Una nube estaría cruzando frente al Sol.

¿Nube? Si allí no había atmósfera.

Eché la cabeza hacia atrás y miré arriba. Sobre nosotros flotaba un esqueleto metálico que debía de tener kilómetro y medio de largo y medio de ancho. Lo señalé y tiré de la manga del conductor.

Este se inclinó y tocó su casco con el mío.

—Tranquilo. Es la nave. La nave Esperanza, de las Naciones Unidas.

Varios kilómetros sobre nuestras cabezas, el vehículo se alejó flotando lentamente. A todo su alrededor volaban y parpadeaban luciérnagas.

—¿La nave? ¿La que íbamos a construir en cinco años? ¿La que íbamos a mandar a Júpiter?

Lo entendí. Estaría lista en cuestión de meses, no de años. El engaño más grande de la historia.

Volví a mirar. Los centenares de luciérnagas debían de ser transportes de suministros, de cuadrillas de trabajo, remolcadores. Era el espectáculo más grande de la Tierra. Bueno, de la Tierra no.

—¿Por qué construirla ahí arriba?

—Es una nave interplanetaria. Es lo bastante dura como para viajar entre Júpiter y aquí, pero si intentamos aterrizar, o incluso alunizar, con ella, la gravedad la destrozaría. Esperanza nació en el vacío. Algún día morirá allí. Han calculado la órbita para que la Tierra o la Luna estén siempre interpuestas entre Ganímedes y ella. Ningún observador de ahí fuera sabrá que existe.

Si nadie en la Tierra sabía que existía, ningún espía… ni ningún especialista de cuarta capturado, podrían delatarla.

En órbita, la Esperanza se convirtió en un punto sobre el horizonte lunar.

Descendimos en zigzag hacia el suelo del cráter mientras otro objeto crecía en el cielo negro de la Luna. Un trasbordador espacial, muy parecido a los que yo había visto en Cabo Cañaveral, aterrizó usando los retrocohetes, ya que sus alas eran inservibles en el vacío.

A unos cien metros de distancia, la bandera de las Naciones Unidas estaba rígida en un mástil, enmarcada para mantenerse desplegada en ausencia de brisa.

Pasamos junto a edificio tras edificio. La construcción frente a la que nos detuvimos era idéntica a todas las demás. Un semicilindro blanco debajo del cual cabía un campo de fútbol con una esclusa de aire de tamaño humano saliendo de un lado. Dos sargentos cogieron a Babosín mientras Metzger y Howard bajaban de sus VTOG.

Mi conductor me cogió del brazo para mantenerme en el asiento. Mierda. Separaban al malo de los buenos.

El VTOG se detuvo a tres edificios de distancia. En la puerta de la esclusa de aire, estarcida, estaba la palabra «Detención». Fuera el juez March, el capitán Jacowicz o el gran pachá de la cara oculta de la Luna, todo el mundo me quería en el talego.

Mi celda era una habitación sin ventanas de tres metros de lado con una cama, un lavabo y un retrete. Me dieron un mono limpio, un conjunto de afeitado y unas raciones liofilizadas que no eran peores que las Comidas Listas para Comer.

Apoyé las manos contra la pared, dejé colgando la cabeza y la sacudí. Me tumbé en la cama y me pregunté por qué.

Sonó la puerta; entró un PM vestido con un mono como el mío y, con un gesto de su mano enguantada en blanco, me indicó que saliera de la celda.

Me condujo al sistema de túneles que interconectaba los edificios de la base lunar. Nuestras pisadas provocaban ecos en el tubo de roca.

—¿Cómo han hecho los túneles? —le pregunté.

—Fundiendo la roca con láser.

Anduvimos durante diez minutos, deteniéndonos en las intersecciones para permitir que pasaran tranvías eléctricos. Hacían temblar el suelo, y a mí me hacían saltar en la gravedad lunar.

Los cargamentos de placas para el casco marchaban con

estrépito hacia las lanzaderas que los llevarían hasta la órbita.

Los tranvías que volvían llevaban soldadores y remachadores que habían acabado su turno, balanceándose hombro con hombro y dormidos como troncos, con el termo del almuerzo en el regazo.

Yo sonreí irónicamente.

—Trabajadores sindicados, ¿eh?

El PM me miró furiosamente.

—Turnos de dieciséis horas. Veintiocho días al mes. A cuatrocientos mil kilómetros de casa.

Una cosa que hay que decir a favor de la guerra es que hace que la gente mueva el culo. Hace un siglo, la humanidad volaba en aeroplanos con fuselaje de tubos y lona. Empezó la Segunda Guerra Mundial y seis desesperados años después la humanidad tenía reactores, radar y energía nuclear. Unos meses de guerra contra las babosas había hecho avanzar a la humanidad en el espacio más que todo el idealismo posterior a la Guerra Fría en cincuenta años.

Finalmente, otro PM sentado a un escritorio miró unos papeles que le entregó el primero y luego me miro a mí. Tocó un timbre y me hizo pasar por una puerta de acero que había tras él.

Entré en una sala de operaciones, hecha de acero inoxidable, luces brillantes y sábanas bancas. Lo bastante fría como para que pudiera ver mi respiración. Las luces iluminaban una mesa de operaciones que había sobre un pedestal en el centro de la habitación, y dos hileras de asientos en forma de anfiteatro se alzaban detrás de la mesa.

Sobre la mesa, sujeto con unas correas, estaba mi pringoso oponente, Babosín. No parecía haberse deteriorado mucho desde que lo sacamos a rastras del mar de la Fertilidad. Seguía siendo bajito, verde y aplatanado.

A su lado había un tipo, delgado, calvo y de aspecto enfurruñado. Debía de ser civil, porque una perilla del siglo pasado le cubría la barbilla. Llevaba una bata blanca de laboratorio y unos auriculares con un manos libres del tamaño de una cereza pegado a la mejilla. Tenía los auriculares conectados a una PDA que sobresalía del bolsillo de la bata, en medio de un amasijo de bolígrafos.

Señaló a la babosa con una inclinación de cabeza.

—¿Usted hizo esto?

Saqué pecho.

—Sí.

—Trágico. —Se puso unos guantes de látex mientras rodeaba la mesa de operaciones—. Nuestro primer encuentro cara a cara con una inteligencia extraterrestre acaba en una muerte violenta.

Estuve a punto de echarme a reír. Las babosas habían matado a millones de personas, y él lloraba por esta.

Se inclinó y fue recorriendo de un extremo a otro la mesa, levantando y soltando el cadáver como si fuera un trozo de hígado.

—¿Lo mató usted?

—Se suicidó.

Hizo una mueca sarcástica.

—Un experto en psicología extraterrestre. ¿Dejó alguna nota? —Clavó el índice en varios puntos del cadáver—. ¡Este cadáver tiene hematomas producidos por unas botas!

—Murió antes de que yo se los causara.

Entrecerró los ojos.

—Ambos salimos disparados de un cañón. Caí sobre él.

Resopló.

—¡Esto no es ninguna broma!

—Ni lo que le he dicho tampoco. Aterrizamos sobre un oficial.

Me miró con mala cara, y luego le habló al micrófono.

—Presunta causa de la muerte, suicidio.

—¿Cree usted que he asesinado a un prisionero de guerra? ¿Ha hablado con Howard Hibble?

—Aquí las preguntas las hago yo. —Se ajustó las gafas y sorbió por la nariz. Sus cejas salieron disparadas hacia arriba, se inclinó y empezó a olfatear el cadáver de arriba abajo. Se llevó el micrófono a los labios y la voz le tembló—. ¡El sujeto emite un olor inconfundible a orina! ¡Esto sugiere un aparato excretor muy parecido a los terráqueos! ¡Es un fenómeno inesperado!

—Es mía.

—No se preocupe. ¡Le adjudicaremos su pieza! —rezongó.

—La orina. Es mía. Almacenamos el cuerpo en mi traje espacial para el viaje desde el mar de la Fertilidad. Antes de eso, yo había sufrido una especie de accidente dentro del traje.

—Vaya. —Gruñó y apretó el botón de borrado de la agenda electrónica que llevaba en el bolsillo—. ¿Hay algo más que no me haya dicho?

—Si está realmente interesado en cómo excreta, creo que estaba en el retrete la primera vez que lo vi.

Hizo una mueca sarcástica.

—No fuerce su cerebro, asesino. El que analiza los comportamientos soy yo.

Me encogí de hombros.

—Solo es un presentimiento.

—Bueno, entonces echaremos un vistazo, ¿no? —Levantó el extremo de la cola, lo examinó, lo soltó y sonrió irónicamente—. Nada, y yo reconozco un ano cuando lo veo.

Lo miré fijamente.

—Y yo.

Después de eso, el PM volvió a llevarme a la celda.

23

El PM se apoyó en el marco de la puerta de mi celda mientras yo me sentaba con los codos apoyados en las rodillas en un lado de la cama. Estaba tan aburrido como cualquier otro soldado. Le dije que yo no había matado a Babosín.

Él se encogió de hombros.

—Creo que eso ha sido una entrevista preliminar por parte de un criptozoólogo. Y creo que te has pasado de listo.

—Tú crees, yo creo. ¿Es que aquí todo es secreto?

—Una vez que estás aquí, no. Nadie va a ir a ninguna parte. A menos que ganemos la guerra.

—¿Cómo diablos ha llegado aquí todo esto? ¿Cómo pueden mantenerlo en secreto?

Él se encogió de hombros y suspiró.

—El polvo atmosférico provocado por los impactos en la Tierra es malo para los reactores, pero el motivo de que la aviación comercial esté en tierra es que la mayoría de las instalaciones de producción aeronáutica de la Tierra se han desviado para construir transbordadores modificados que transporten materiales a la Luna. La primera nave aterrizó aquí seis semanas después del primer proyectil. Y ahora hay trece mil personas.

Aquello era mil veces la cantidad de gente que había puesto pie en la Luna durante el curso de la historia de la humanidad antes de que empezara la guerra.

—El genocidio inminente prendió un fuego bajo la raza humana.

Él asintió.

Yo chasqueé los dedos.

—¿Estática en la holovisión? No es por el polvo de los proyectiles.

Habíamos desviado todo el equipo de reparación de satélites de comunicaciones y sus vehículos de lanzamiento para transportar trabajadores aquí arriba. A nadie le extrañaba que desaparecieran sus seres queridos. No con millones de desaparecidos.

Él asintió.

Respondí con otro asentimiento.

—Pero aun así, no se puede ocultar un proyecto de esta envergadura por completo. Así que anunciamos que estamos construyendo una nave, muy bien, pero que va a ser construida en la Tierra y va a llevar cinco años. Así se puede entrenar a las tropas abiertamente.

Él se encogió de hombros.

—Los cerebritos dicen que una buena mentira se basa en la verdad.

Sun-Tzu escribió: «toda la guerra se basa en el engaño». Podía haber continuado afirmando que tiene que serlo si tu bando es demasiado débil para dar caña. Me quedé sentado en la cama, ejerciendo solo un sexto de la presión normal y preguntándome qué sería lo próximo.

Yo conocía el secreto más grande de la historia. Igual que otras trece mil personas por lo menos. Pero esos trece mil estaban retenidos en la Luna, donde no podían irse de la lengua.

Parecía un poco excesivo. Especialmente ahora que sabíamos que una babosa no es que pudiera precisamente ponerse un bigote falso e ir a espiar a la Tierra sin ser descubierto.

Pero había otras formas de espiar. Como interceptar transmisiones de radio, holovisión o vídeo. Observar con sistemas ópticos potentes. La inteligencia remota había sido la parte de la industria militar que más había avanzado en este siglo, mientras las armas se oxidaban. Incluso las unidades de infantería, las de verdad, no el circo que yo había soportado durante la instrucción, tenían pequeños vehículos de observación por control remoto que sobrevolaban el campo de batalla como insectos gigantes.

Teníamos que suponer que las babosas sabían lo mismo que los medios de comunicación humanos. Así que, como yo sabía lo del gran engaño de esta base y de la nave, me dejarían allí encerrado. Si es que no se limitaban a juzgarme en consejo de guerra y fusilarme. Mi éxito al traer una babosa muerta evidentemente quedaba eclipsado por mi fracaso al no traer una babosa viva, por no mencionar que pensaban que era el responsable de la explosión de la nave.

Dormí mal.

A la mañana siguiente, el PM volvió a conducirme a la sala de operaciones iluminada por focos. Babosín seguía tumbado en su mesa, pero los asientos del anfiteatro estaban ocupados por doce siluetas.

Hice visera con la mano sobre los ojos para enfrentarme al jurado.

Llevaban uniformes de oficiales de media docena de fuerzas armadas. Eran todos peces gordos, a juzgar por las estrellas. El señor Yorreconozcounculo no estaba presente. Esta gente estaba muy por encima de su nivel de salario. Excepto una silueta delgaducha que se puso en pie.

El corazón me dio un vuelco.

¿Era el portavoz del jurado que iba a condenarme a cadena perpetua en la Luna?

El portavoz bajó hasta la zona de operaciones y se me acercó con los ojos entornados. A diferencia de sus colegas, que iban de punta en blanco, él llevaba las botas como si les hubiera sacado brillo con una chocolatina.

—¿Te han dado de comer, Jason?

Howard Hibble me dio la mano. Ahora llevaba hojas de roble de mayor en las insignias del cuello.

—¿Howard? ¡Tienes que decírselo! ¡Yo no maté esa babosa a patadas!

—¿Te refieres a la investigación? ¡Paparruchas burocráticas! Ya se ha acabado.

Levantó las manos a la altura del pecho.

Y aplaudió. El resto se uso en pie y aplaudió también. En diez minutos fui felicitado por generales de cuatro naciones.

Mientras un grupo de expertos se ponía mascarillas y batas de cirujano, los gerifaltes volvieron a sus asientos y se deleitaron observando mientras los expertos diseccionaban a Babosín y me hacían preguntas.

Durante un descanso en la autopsia, Howard se me acercó. Carraspeó como un fumador y se llevó el puño a la mascarilla de cirujano.

—No hemos tenido ocasión de hablar. ¿Cómo fue allí dentro? ¿Cómo se movían? ¿Exhibían características individualizadas?

—Vinieron hacia mí reptando como espaguetis verdes. Tuve que

correr por mi vida. Tenía tanto miedo que me oriné en los pantalones.

—¡Apuesto a que fue genial!

Seis horas después, el consejo de cerebros había decidido que las babosas ven con los parches blancos que tienen en la cabeza, aunque no posean lo que nosotros llamaríamos ojos. No ven en el espectro visible, sino en el infrarrojo. Los clonan, no nacen. Probablemente, la cosa hueca con la que tropecé fuera una armadura artificial. Se comunican mediante el sonido, pero quizá también puedan proyectar vagas emociones. Tienen ganglios nerviosos hipertrofiados, pero escasa capacidad cerebral para el pensamiento individual. Los muertos huelen a rayos si no se los mantiene congelados. Y los expertos estuvieron de acuerdo conmigo en lo del retrete.

Tras examinar mi cerebro tanto como el cuerpo de Babosín, fueron saliendo. Howard se quedó.

—¿Me dijiste que toda tu familia murió en Indianápolis?

—Mi madre. Era la única familia que tenía.

—La Fuerza Expedicionaria Ganímedes se va a organizar como una división de infantería ligera. Diez mil de los mejores y más experimentados soldados del mundo. Las listas de voluntarios son abrumadoras. Las Naciones Unidas han decidido admitir solo a aquellos que hayan perdido toda su familia frente a las babosas.

¿Qué quería decir Howard?

—Soy huérfano de guerra. Pero no experimentado.

—¡Y una leche! ¡Eres el único humano que ha visto babosas vivas!

—¿Y?

—Mi compañía de inteligencia ha sido asignada al batallón de mando. Nuestro trabajo será decirle al comandante qué esperar del enemigo. Les he dicho que necesitaba tu experiencia.

—No soy científico. En el instituto aprobé las matemáticas por los pelos.

Howard quitó importancia a aquello con un gesto de la mano.

—Ya me he ocupado de eso. Tu hoja de servicio dice que sabes disparar. He hecho que te asignaran a la escolta personal del general.

Tragué saliva.

—¡La escolta del general tiene el porcentaje de bajas más alto de todos los puestos militares!

Se encogió de hombros.

—A veces hay que recibir una bala por el equipo. Principalmente, estarás a mi servicio. ¿Te acuerdas de la nave que viste sobre nosotros? ¡Vas a ir en ella!

La cabeza me daba vueltas. Había pasado del consejo de guerra a la cosa que más quería en el mundo.

Más tarde, un cabo de la policía militar me escoltó, no de vuelta a mi celda, sino al alojamiento de oficiales solteros.

Entré en la habitación oscura y tropecé. Metzger encendió las luces con un movimiento de la mano y se incorporó en la cama apoyándose en el codo.

—¿Qué ha pasado?

Yo incliné la cabeza.

—Todo.

Metzger, Howard y yo dejamos la Luna a la mañana siguiente. Los transbordadores de la base lunar aterrizaban en Cañaveral por la noche, uno tras otro para que nadie pudiera saber que había tanto tráfico yendo y viniendo del espacio. La tripulación permitió que Metzger aterrizara el trasbordador. Un planeador de cien toneladas derechito a una pista de aterrizaje totalmente oscura y sin luces de señalización. Qué subidón.

Un día después me marché para presentarme en mi destino. Aunque mi combate con las babosas era secreto, y yo había firmado otro documento de confidencialidad para demostrarlo, mi plaza en la FEG significaba que se acababa el autostop militar. Viajé dos días en un autobús azul de la Fuerza Espacial con asientos reclinables. Un ordenanza me traía bocadillos, recuperé meses de sueño y vi pasar por la ventanilla la América rural.

Los negocios cerrados, junto a las autopistas, pasaban delante de mis ojos desiertas mientras nos dirigíamos al noroeste a través de la fría y gris Oklahoma. No quedaba agricultura de la que hablar, así que los negocios que había al borde de la carretera no recibían clientes.

Me quedé en el asiento viendo cómo la plana tierra de Oklahoma se convertía en la plana tierra de Colorado por decreto del Congreso. En mis viajes previos desde el este, las Rocosas solían

alzarse en el horizonte mientras recorría las llanuras.

Esta vez el crepúsculo no me permitió ver las montañas. A la humanidad no le quedaba mucho tiempo. La nave no podía estar lista demasiado pronto. Ni la división a la que yo iba a unirme.

En Denver, subí a un helicóptero que se adentró en las montañas.

Y yo que pensaba que en la Luna hacía frío.

24

Las babosas estaban remodelando Ganímedes a su gusto. Eso quería decir que por el momento lo habían calentado hasta los diecisiete grados bajo cero en el crepúsculo que allí pasaba por día. La atmósfera que respiraban contenía un 2 % de oxígeno, no un 16 % como la Tierra. Los gases atrapados en los tejidos de Babosín confirmaron los resultados de la espectroscopia remota. La atmósfera de Ganímedes también era tenue como el aire a kilómetros por encima del nivel del mar.

Así que cuando la ONU empezó a buscar un sitio para entrenar a la división de infantería que iba a combatir en Ganímedes, buscó un sitio donde el aire fuera frío y tenue, y que tuviera infraestructura suficiente para alojar a miles de soldados, además de los instructores y el personal auxiliar.

Camp Hale, en Colorado, era viejo como Indiantown Gap. Estaba a tres mil metros sobre el nivel del mar, en la vertiente occidental de las Rocosas, nueve kilómetros al norte de la antigua ciudad minera de plata de Leadville. Había sido construido durante la Segunda Guerra Mundial para entrenar y albergar tropas de montaña, pero lo habían demolido hasta dejar solo los cimientos en la nieve.

Nadie lo habría dicho mientras el helicóptero sobrevolaba la base llevándome a mí y a una docena de elegidos para la FEG.

La base lunar se había levantado de la nada a cuatrocientos mil kilómetros de la Tierra en pocos meses. Los nevados cimientos de Camp Hale estaban más cerca de casa, pero la extensión de estructuras prefabricadas, caminos y tropas y vehículos en movimiento era igualmente impresionante.

Las montañas que rodeaban Camp Hale se alzaban otro kilómetro más, y sus picos sobresalían de la línea de árboles como finas hojas de hacha.

Como uno de los primeros llegados, conseguí equipo moderno y lo llevé hasta mi alojamiento, que era una camareta doble en el

complejo de barracones donde se alojaba el batallón de mando de la FEG. Ya había guardado el equipo en mi taquilla cuando llegó mi compañero de camareta.

Dio unos golpecitos en el marco de la puerta.

—¿Eres Wander? —Extendió la mano—. Ari Klein.

Iba vestido de civil, pero yo ya sabía que mi compañero de camareta formaba parte de la compañía de inteligencia militar de Howard Hibble. Ari Klein era nuestro operador de TOT, vaqueros los llamaban, así que me esperaba que fuera rarito.

El pelo negro de Ari era de una longitud tan poco militar que empezaba a rizársele como la lana. Sobre él llevaba un yarmulke de punto. Tenía los ojos oscuros bajo cejas pobladas, pero su sonrisa era amplia. En las sienes se le veían las leves cicatrices de operador de TOT.

—¿Qué tal?

Llevaba una camisa de leñador, vaqueros y botas de piel de avestruz. Inteligencia. Mi compañero de camareta era un cowboy judío.

—No te dejes engañar por el traje. No soy un cowboy de verdad, soy del norte de Dallas.

Ari fue una sorpresa, pero su petate resultó asombroso. Se movía solo. Lo dejó sobre su cama, lo abrió y retrocedió mientras yo miraba pasmado.

Una pelota de fútbol de terciopelo negro con seis patas salió del interior y me miró con unos ojos del tamaño de galletas Oreo.

—Jason, te presento a Jeeb.

Todo el mundo ha oído hablar de los Transportes de Observación Táctica, pero poca gente ha estado tan cerca de un TOT como lo estaba yo de Jeeb.

En teoría, un TOT no es más que una versión sofisticada de los aviones de vigilancia policial que pueden verse sobrevolando los vecindarios americanos día sí y día no. Solo que uno de esos aviones no tripulados tiene una envergadura de metro veinte y cuesta unos doscientos mil pavos. El amigo metálico de Ari costaba tanto como un batallón de tanques completo. Así que hasta las divisiones solo tienen uno asignado.

Un TOT, incluso con las alas desplegadas, puede atravesar volando una ventana normal dejando quince centímetros por lado.

Puede moverse sobre sus seis patas más rápido que un guepardo, tiene una piel de textura aterciopelada que resulta invisible para el radar y los infrarrojos, y puede cambiar de color para mimetizarse con su entorno como un camaleón. Su chasis de ultratitanio puede resistir los impactos de armas ligeras, el fuego, el agua y el pulso electromagnético de una explosión nuclear.

Ari soltó una risita, y su complemento cibernético se le subió al hombro de un salto, sin dejar de observarme.

—Es de la serie J. y es el segundo, el «B», de seis. Por eso lo de Jeeb.

Jeeb giró la cabeza para observar bien toda la habitación. Percibía la luz visible, la infrarroja, la ultravioleta y el radar. Podía captar sonidos entre cinco y cincuenta hercios y tan bajos como el pedo de una rata, además de todas las frecuencias de radio.

—¿Está buscando su cama? —pregunté.

Ari negó con la cabeza.

—Está programado para rastrear en busca de sensores espía. Te pone nervioso, ¿no?

—No. —Por supuesto que sí. Iba a dormir con una cucaracha mecánica del tamaño de un pavo de Acción de Gracias.

Jeeb saltó del hombro de Ari al alféizar de la ventana, abrió el cerrojo con una de las patas mientras se sostenía con las otras cinco y levantó la persiana. La cobertura de su lomo se abrió, se extendió para formar dos alas telescópicas y Jeeb se alejó volando.

Ari sonrió ampliamente mientras desempaquetaba las partes inanimadas de su equipaje.

—Están llegando las tropas suecas. La mitad son mujeres. ¡Tías buenas!

Ari estaba viéndolas mientras hablaba a través de los ojos de Jeeb. Los TOT transmitían las imágenes a un monitor del tamaño de una maleta de viaje para que las analizaran, pero esa información también se transmitía directamente al cerebro de su operador mediante implantes quirúrgicos.

Los TOT no son más que máquinas de metal y plástico. Responden a los pensamientos de su operador y a ninguna otra fuente, y son inmunes a las interferencias. Tienen suficiente inteligencia artificial para operar solos cuando salen del alcance de sus operadores, pero en teoría no tienen personalidad. Pero he leído

que los operadores y sus TOT tienen un vínculo más fuerte que los perros de las antiguas unidades K-9 y sus entrenadores.

Ari rió.

—Esas suecas están recibiendo lo suyo de parte de los instructores, por muy rubias que sean.

Técnicamente, la FEG era una operación de la ONU. Pero después de un siglo actuando como la policía del mundo, el ejército de los Estados Unidos, por muy triste que fuera, estaba años luz por delante de los demás ejércitos del mundo. La mayoría de las tropas de la FEG eran norteamericanas. La mayor parte del equipo de la FEG era norteamericano. La mayoría de los instructores de la FEG eran norteamericanos.

Así que los soldados experimentados que llegaban de otros países eran sometidos a una instrucción al estilo americano para colocarlos a la altura de gente como yo.

Ari consultó su ordenador de pulsera.

—Queda una hora para el almuerzo. Bajemos a la pista de aterrizaje para que tú también puedas verlo.

Cuando llegamos, los soldados suecos habían empezado a dar un par de vueltas alrededor del acuartelamiento.

Un Hércules estaba descargando un grupo de soldados de ambos sexos y aspecto penoso.

—Egipcios. —Ari estaba recibiendo información de Jeeb.

Hice visera con la mano y examiné las nubes bajas. Sabía que Jeeb volaba por ahí, pero seguía sin poder encontrarlo, ya que su vientre había cambiado de color al gris para camuflarse entre las nubes.

—Se están quejando del frío. —Jeeb también traducía idiomas, dialectos, códigos y mensajes cifrados en tiempo real a la vez que enviaba los datos al cerebro de Ari.

Los egipcios formaron y se pusieron más o menos firmes. El viento helado de las cumbres meció el pelo de las capuchas de nuestros anoraks. Los pobres egipcios iban vestidos con uniformes de faena para el desierto y temblaban en la pista de aterrizaje, sobre todo los más bajitos y delgados.

Una voz retumbó en la pista de aterrizaje.

—¿Señor? ¡Es a los oficiales a quienes hay que dirigirse como «señor»! ¡Soy el sargento mayor de división Ord y así es como se

dirigirá usted a mí!

Aunque las palabras no iban dirigidas a mí, me estremecí.

¡Ord! No se me había ocurrido que los de Pittsburgh había convertido a Ord en huérfano de guerra, con lo que era candidato potencial para la FEG, igual que yo. Pero con su historial no había necesitado capturar una babosa para entrar, como yo.

Como sargento mayor de la división, gobernaría mi batallón con mano de hierro. Qué alegría.

Nos acercamos a la formación.

El objeto de las atenciones de Ord era una joven soldado que vestía el uniforme de teniente del ejército egipcio. En la FEG todos renunciábamos a la graduación hasta que se nos asignara puesto. No era más que otra soldado.

Mediría como metro cincuenta, así que Ord tenía que doblarse por la cintura para mirarla a los ojos. Cuando el sargento se incorporó, vi el rostro de la chica y casi se me cortó la respiración.

Tenía una piel olivácea e inmaculada, unos ojos grandes y oscuros y unos rasgos perfectos. Un uniforme no revela demasiado acerca del físico de una mujer, pero el suyo parecía prometedor.

Mientras Ari y yo observábamos, con los brazos cruzados y sonriendo, Ord finalizó con su retahíla de bienvenida.

—¡Rompan filas! —ordenó.

Los egipcios, aturdidos, dieron media vuelta, recogieron su equipaje y salieron a paso ligero hacia los camiones que iban a llevarlos al edificio de intendencia.

Yo me puse junto a la pequeña oficial, que llevaba la cabeza agachada un milímetro.

—No dejes que Ord te moleste.

Levantó la cabeza. Sus ojos eran más bonitos de cerca.

—Suele cebarse con los soldados que le caen bien. Me lo hizo a mí durante la instrucción.

—¿Y tú eres?

Su inglés era perfecto, aunque tenía algo de acento. Podría pasarme un día entero viendo cómo se movían aquellos labios.

—Wander, Jason. Ejército de los Estados Unidos. Especialista de cuarta. O lo era. Ahora soy un soldado más de la FEG.

Ella asintió y extendió la mano.

—Munshara, Sharia. Ejército egipcio. Anteriormente teniente,

especialista.

Subió la barbilla un poco.

—Sí, señora.

Aunque no conservara la graduación, el protocolo militar es un hábito difícil de perder.

El petate se le iba resbalando del hombro. La bolsa de lona era tan grande como ella y yo alargué la mano para ayudarla. Ella me la apartó y se esforzó por no jadear en el tenue aire de tres kilómetros de altura.

¿Cómo te ligas a otro soldado, en especial a uno de mayor graduación?

—Soy artillero de ametralladora.

—Yo también. Quizá compitamos.

No era exactamente una cita, pero la puerta quedaba abierta para contactos posteriores.

Llegó hasta el camión y echó allí el petate. Pensé en ofrecerle la mano para ayudarla a subir. Quizá un empujoncito en el trasero. Ella me lanzó una mirada que me hizo olvidar la idea.

Tuvo que dar dos saltos para subirse al camión. Aparté la mirada.

—Gracias por la bienvenida americana, Jason.

Me sonrió. Con el corazón henchido, seguí al camión con la mirada mientras se alejaba.

—Guapa. —Ari llegó a mi lado—. Pero no es mi tipo.

—¿Eh?

—Israel y los árabes firmaron la paz hace veinte años, pero mamá no habría aceptado que yo llevara a casa a una guapa chica egipcia. —Parpadeó al mencionar a su madre.

—Oh. ¿Perdiste a alguien más?

Dallas había sido uno de los primeros impactos, y uno de los peores. Todos los soldados de la FEG habían vivido alguna variación de la misma historia trágica. Enseguida se había desarrollado un protocolo. Nunca se preguntaba directamente por la familia de otro. A menos que el otro soldado sacara primero el tema.

Ari asintió.

—Mi padre se dedicaba a la venta de ropa de caballero. Teníamos tres tiendas. En el norte de Dallas el negocio de la ropa va bien. Iba.

No podía preguntar, así que se lo dije yo.

—Mi madre estaba en Indianápolis.

La segunda parte del ritual protocolario era cambiar de tema una vez que se había intercambiado la información básica.

Jeeb bajó aleteando y se posó, rozando con un ala los rizos de Ari. Cuatro garras aferraron el hombro del operador y otras dos se pusieron a acicalarse las antenas mientras estas se recogían en el interior de Jeeb. Jeeb era de la serie J, así que no solo observaba las cosas, sino que se introducía en cualquier base de datos conocida y consultaba y cotejaba todos los datos que había encontrado.

Ari señaló al camión que desparecía en la distancia.

—¿La teniente? Su padre era coronel de la fuerza aérea egipcia. Perdió a sus padres y seis hermanas por culpa del proyectil de El Cairo. Puede agujerear los ojos de las sotas de una baraja con una M-60 a seiscientos metros de distancia. Es soltera y heterosexual. Usa braguitas tipo tanga.

—Ese bicho que tienes ahí es bastante fisgón, Ari.

Ari se colocó bien el yarmulke.

—Su abuela era judía.

El camión de ella giró y desapareció detrás de una hilera de Hércules. Jeeb tenía que estar exagerando: yo era el mejor tirador de M-60 que conocía y no podía ni ver una baraja a seiscientos metros. Pero tenía la esperanza de que llevara la razón en lo de los tangas.

A la mañana siguiente, todo el mundo en Camp Hale, excepto el personal auxiliar, se reunió en una depresión rocosa al pie de las montañas. En su centro, el batallón de ingenieros de combate había levantado un estrado y unas torres de altavoces. Ya que me habían seleccionado para seguridad personal, me senté en primera fila con el batallón de mando, casi pegado al estrado, con la roca helada congelándome el trasero a través de los pantalones aislantes y el viento helado congelándome la nariz desnuda.

El general de división Nathan Cobb subió al estrado con el mismo anorak de faena que llevábamos todos, pero con dos estrellas en cada hombrera. Nuestro oficial al mando se echó atrás la capucha. Mejor él que yo.

Completamente canoso y delgado como un palo, llevaba unas gafas de modelo anticuado. Se las colocó bien sobre la nariz

enrojecida y sacó un papel del bolsillo. El viento lo hizo ondear entre sus dedos.

Miró los quince mil rostros. Diez mil de ellos formarían la división. El resto eran reservas. Lo que aquello decía de las bajas que se esperaban en la instrucción me hizo un nudo en el estómago.

Nat Cobb ajustó el micrófono.

—¿Hace bastante frío para vosotros?

Yo había estado leyendo acerca del hombre por el que podía tener que recibir una bala. Provenía de una pequeña y anodina ciudad de Maine, y se notaba en su forma de hablar.

—¡No, señor! —rugieron en respuesta quince mil voces.

—¡Quizá podamos calentar a esas babosas!

Un rugido aún mayor. Nathan Cobb se limpió la nariz con el guante y sonrió a sus soldados. La mayoría de los generales tienen más papeles que un caniche con pedigrí. West Point. Historia familiar. Destinos en Washington o como agregados en embajadas.

Nat Cobb era perro viejo. Se había alistado a los dieciocho, lo habían ascendido por méritos de guerra y había logrado llegar a la Academia de Oficiales. A lo largo de los años había conseguido licenciarse en relaciones internacionales y había dado caña en la escuela del alto mando. Había rechazado varios destinos en el Pentágono, de esos que ayudan en el currículo, para permanecer cerca de las tropas. Decían que nunca sabía qué tenedor usar en las cenas de la Casa Blanca y que no le importaba. Por suerte para la carrera de Cobb, a la actual inquilina de dicha residencia tampoco le importaba, y ella era la comandante en jefe.

Se aclaró la garganta y la vasta audiencia quedó en silencio.

—No voy a empezar con pamplinas ni a intentar motivaros. Todos hemos tenido ya de sobra de eso últimamente. Todos y cada uno de nosotros nos enfrentamos a la tarea más dura que nunca haya tenido un ser humano. La mayoría de nosotros morirá intentando llevar a cabo esa tarea. Lo único que puedo ofreceros es mi promesa de que os traeré a casa vivos aunque me cueste la vida. Pero si debo elegir entre salvaros a vosotros o salvar mi hogar, mi elección está clara. Y sé que todos vosotros haréis la misma elección. —Hizo una pausa, el viento cesó y yo pude oír la respiración de quince mil gargantas—. Ya me habéis oído desbarrar lo suficiente. Vamos al trabajo.

Se dio la vuelta y bajó, en medio de un silencio clamoroso.

Supongo que esperábamos una oratoria más elocuente, o un plan detallado o algo así: el general Patton diciendo que hiciéramos que otro hijo de perra muriera por su patria; el general Marshall exponiendo su plan maestro.

Ari se inclinó hacia mí.

—Va al grano, ¿no?

—Espera a conocer a su sargento mayor.

Las siguientes semanas pasaron volando. Las buenas noticias eran que dormíamos seis horas completitas, teníamos personal que se encargaba de las tareas de cocina y similares, y la comida era casi comestible. Nat Cobb era un general de a pie. Era normal encontrárselo en el comedor, a la mesa con la tropa, comiendo en su bandeja como un soldado cualquiera. Y que Dios se apiadara del cabo cocina que quemara el beicon en esa comida.

Las malas noticias eran que cada minuto que no pasábamos en tonterías lo pasábamos subiendo montañas o limpiando el armamento. La instrucción era como unas vacaciones comparada con esto. Y el frío nos envolvía mañana y noche como una sábana helada.

Lo que me lleva a las pruebas de resistencia de temperatura y de vuelta a la teniente.

25

Las pruebas de resistencia al frío consistían en congelarse el culo. Cada momento que pasábamos en Camp Hale implicaba congelarse el culo, pero la PRT lo tenía como objetivo específico.

Los cerebritos habían tardado poco en deducir que los humanos morirían por congelación en Ganímedes si no disponían de uniformes calentados por baterías. Así que inventaron la ropa inteligente. Todo muy moderno. Un microchip calcula la necesidad de calor de tu cuerpo y la compara con la energía que le queda a la batería. Te mantiene con vida, aunque es un poco incómodo.

Si se preguntan por qué el consumo de baterías era un problema, tengan en cuenta que al principio el sistema eternad no estaba todavía perfeccionado. En caso de que hayan pasado los últimos años viviendo en una cueva, eternad es un sistema de tiras y resortes flexibles incorporados a la ropa que almacenan la energía del movimiento del cuerpo en baterías recargables. Justo igual que el alternador del motor de combustión interna de un coche recargaba la batería usando el mismo movimiento del motor. El simple acto de respirar te mantiene abastecido.

Pero en aquellos momentos las baterías eran convencionales. Un soldado de infantería robusto podía aguantar un día en condiciones de combate sin cambiar de batería. Otro podía congelarse a las doce horas porque su microchip calculara que necesitaba más calor. Al de las doce horas sencillamente no se le podía mandar a Ganímedes.

La PRT consistía en meterse con otro soldado en un pozo de tirador, en una hilera de pozos de estos, excavados en una cresta azotada por el viento a cuatro mil metros de altura. El factor de congelación era equivalente a 62º bajo cero. Te quedabas en tu pozo un día entero mientras tu uniforme te mantenía al borde de la catástrofe. Era la única prueba que no se podía repetir, salvo caso de fallo mecánico verificable. Si pasabas el día, te quedabas. Si eras demasiado sensible al frío y consumías tu batería en doce horas, sufrías hipotermia y te sacaban de la FEG permanentemente.

Sencillo, pragmático y una cabronada.

Cada soldado de infantería llevaba un contador para que el instructor pudiera comprobar periódicamente la temperatura corporal. Si sufría hipotermia, se le expulsaba, pero al menos vivía.

Mientras nos llevaban en camión hasta la cresta, mi futura compañera de pozo se rozó conmigo al balancearse. Se retiró enseguida, igual que una semana antes.

Si había albergado alguna idea romántica acerca de Munchkin (apodo que le había puesto Ari), esta había muerto la semana anterior. Estábamos en el campo de tiro, haciendo pruebas para calificar a los artilleros de ametralladora y asignarles destino en la división. Munchkin y yo quedábamos siempre empatados con la puntuación más alta. A ambos nos destinarían al batallón de mando, destino que yo ya tenía asegurado. Pero teníamos que desempatar para ver quién sería el artillero y quién el cargador. El artillero no solo era el jefe, sino que cargaba con el arma en lugar de con la munición, más pesada.

El resto de los competidores fallidos estaba detrás de nosotros. Ella, a su vez, estaba de pie detrás del arma, con los labios apretados y sacudiendo los dedos para relajarlos mientras observaba los blancos situados a seiscientos metros.

—Buena suerte —le había dicho yo mientras se tumbaba detrás del arma y ajustaba la mira.

—No la necesito.

Y yo no necesitaba una engreída princesa egipcia. Puede que solo estuviera ocultando su nerviosismo. Mi intención era decirle algo diplomático a la antigua teniente Munshara. De verdad. No algo que pudiera perturbar su concentración. Pero lo que solté fue una cosa muy distinta:

—Lo que necesitas son unos buenos azotes, Munchkin.

Alguien se rió, y luego alguien más. Era la clase de apodo que se quedaba para siempre. Especialmente si la persona a la que se lo ponían lo detestaba.

Se sonrojó tanto como se lo permitió su complexión color café con leche y me dedicó una mirada tan fría como Camp Hale. Luego apoyó la mejilla en el costado de la culata y el campo de tiro quedó en silencio.

Nunca, nunca cabrees a una mujer bajita. La competición acabó

antes de empezar.

Munchkin dio en todos los blancos. Luego pidió otra cinta de munición y convirtió en coladores un grupo de blancos para tanques sobrantes que había a mil metros.

Yo ni me molesté en disparar.

Así que ella se había levantado y se había sacudido el uniforme.

—¿Qué tal esos azotes, Wander? —Señaló el arma que estaba en el suelo—. ¡Limpia eso, Wander!

—¡Wander!

La voz me devolvió al presente mientras el camión de la PRT se detenía. Mi artillera, que seguía cabreada conmigo, volvió a darse contra mí.

—He dicho que baje la primera pareja. Wander y Munchkin.

El señor Wire, jefe de aquel ejercicio, era un SEAL de la armada estadounidense. Tan viejo como Ord y de graduación equivalente, suboficial mayor. Gritaba para hacerse oír por encima del viento.

Treinta segundos más tarde, la mujer a la que yo había cargado para siempre con el sambenito de Munchkin y yo mismo estábamos de pie en una cresta azotada por un vendaval. El camión desapareció mientras el viento nos clavaba la nieve en las partes de nuestras caras que las máscaras no cubrían.

Le di una palmadita en el hombro con la mano enguantada; señalé nuestro pozo, que se encontraba en medio de un remolino de nieve, y grité:

—¡Salgamos de este viento!

Ella asintió. Cuando llegamos a cubierto, ella temblaba tan violentamente que incuso le costaba hablar.

—Dios me pone a prueba.

—Sí. Hace frío.

—Me refiero a que me haya tocado contigo.

—El sentimiento es mutuo. —No era cierto. Si te tienes que congelar el culo, mejor que sea junto a una tía buena—. Mira, el otro día estaba bromeando.

—¡Eres un arrogante! —Se envolvió el torso con los brazos y volvió la cara hacia la pared de roca.

—El mal carácter no te mantendrá caliente. Y te lo dice alguien de Colorado. Y tampoco el hecho de que nos hayan soltado primero. Somos los que van a estar más tiempo fuera. Mala suerte.

—No, no es la suerte. Tengo que disculparme por esto, Wander. Es culpa mía. Nos han colocado más cerca del puesto de mando para que los instructores puedan vigilarme más de cerca.

—¿Eh?

—Soy la persona más pequeña de toda la Fuerza Expedicionaria Ganímedes. Sus gráficas dicen que es físicamente imposible que yo retenga la cantidad adecuada de calor corporal. Ya me han pedido que me retire voluntariamente.

—El tiempo no es tan malo.

De hecho, era espantoso. Con baterías o sin ellas, yo ya me estaba helando.

—No es el frío. Es lo desconocido. Yo nunca he tenido frío. En Egipto nunca se acerca siquiera a los cero grados.

—Cero grados Fahrenheit es mucho frío.

—Cero grados centígrados, no los que usáis vosotros. El punto de congelación del agua. Egipto nunca se acerca a eso. Esto está más allá de mi imaginación.

—Y supongo que tener que soportarlo conmigo lo hace aún peor.

Yo había leído toda la propaganda acerca del sentido común y el aguante de las mujeres, y sobre que era de justicia incluir soldados femeninos en este contingente. Pero a pesar de todo allí estaba, manteniendo una charla de baile de fin de curso en un pozo de tirador.

Se volvió para mirarme justo en el momento en que yo me levantaba la máscara y me sonaba la nariz con la manopla.

Volvió los ojos y apartó el rostro de nuevo.

Me bajé la manopla y miré el reloj.

—Solo nos quedan veintitrés horas y cincuenta minutos. Como el experto en frío de este equipo tengo una sugerencia. Acurrucarnos para darnos calor mutuamente. Creo que esperan que lo hagamos. —Abrí los brazos—. Ven con papi.

—En nombre de Dios, prefiero morir congelada.

Me encogí de hombros.

—Como prefieras.

Me pareció que estuvo durante horas sentada mirando a la pared del pozo. Mi reloj insistía en que solo habían sido treinta minutos. Comprobé el medidor que llevaba en el dedo. Temperatura corporal, 36,5º. Energía gastada de la batería, 4 %. Estaba helado,

pero lo superaría con energía de sobra.

—Vale, Munchkin. Hora de tu prueba.

—Que te den.

Desenrollé el cable para conectar el sensor del dedo a la caja de monitorización.

—No es una prueba ginecológica. Saca el dedo.

Ella gruñó, pero extendió la mano hacia mí y sacó el dedo del gatillo por la ranura para disparar de su manopla derecha.

Le conecté el cable. Su mano era tan delicada como la de una niña. Y temblaba.

—¿Bien?

—36,5º. Por ahora bien. Pero tu batería ha perdido un 9 % de carga en la primera hora. En diez horas estarás congelada.

No dijo una palabra. Se limitó a volverse y abrazarse a mí, enterrando el rostro en mi pecho.

—No creas que estoy disfrutando de esto —dijo tras un par de minutos.

—Yo tampoco. Esto es una mierda. —Pensé que era una mentira creíble. Olía maravillosamente.

Cuatro horas después de que nos dejaran, el señor Wire apareció entre remolinos de nieve y se agachó junto a nuestro pozo, mientras el viento le echaba a la cara la pelusa del borde de la capucha del anorak. Era instructor, no parte de la FEG, lo que quería decir que tenía la mala suerte de tener familia viva. Los SEAL estaban a cargo de aquella prueba porque el frío formaba parte de su trabajo. Y, bueno, vale, por mucho que me duela admitirlo de unos popeyes, también son probablemente las mejores tropas del mundo.

Nos hizo un gesto para que extendiéramos los dedos y nos tomó lecturas.

—Señor Wander, parece que va usted de maravilla.

—Houya, señor Wire.

Puede que los SEAL sean buenos, pero tienen tantas tonterías como cualquier otra unidad. Se empeñaban en que dijéramos «houya» en vez de «sí». Fortalecía el esprit de corps. Eso pensaban.

Wire se volvió hacia Munchkin.

—Señora, no voy a engañarla. Su temperatura corporal es baja y parece que se le va a acabar la batería en algún momento en mitad de la noche. No puedo hacerla renunciar, pero realmente no le veo

sentido a que continúe usted este ejercicio. No es un reflejo de su personalidad. Simplemente son las leyes de la física. ¿Está segura de querer continuar?

—¡Houya! —La voz ya le temblaba, y aún nos quedaban veinte horas.

Wire se palmeó los muslos y se puso en pie.

—Houya, señora. Siga adelante. Se volvió hacia mí.

—Wander, no le quite ojo. La hipotermia no es cosa de broma.

Desapareció entre una cortina de nieve.

Munchkin le daba puñetazos a la roca.

—Mira, sé que quieres esto. Todos lo deseamos, y mucho. Pero Wire sabe de lo que habla.

—Son juegos psicológicos. Quiere que renuncie. No renunciaré.

Ella sabía que no era así. Todos lo sabíamos. Ni los SEAL ni nadie practicaban juegos psicológicos con el futuro de la humanidad en juego. El único motivo válido para expulsar a un soldado de la FEG era proteger la misión. La humanidad entera dependía demasiado de nosotros como para eliminar aunque solo fuera a uno por frivolidad o prejuicios. Pero sin duda habría accidentes durante el entrenamiento, cambios de idea, fallos de rendimiento. Había una fuerza de reserva entrenándose en paralelo. Si un soldado tropezaba, había otros cinco mil listos para sustituirlo.

—¿Por qué deseas tanto esto?

—Ocho motivos. Mi madre, mi padre, mis seis hermanas.

Se le quebró la voz.

Volví a apretarla contra mí y contemplé el cielo. El sol apenas se veía en aquellos días, pero aun así supe que estaba poniéndose.

Wire nos visitó dos veces más en aquella penosa noche durante su ronda a lo largo de la hilera de pozos.

En ambas ocasiones, la batería de Munchkin había consumido más energía de la prevista. En ambas ocasiones, ella tembló y pareció encogerse hasta hacerse más pequeña delante de mi vista. En ambas ocasiones Wire le preguntó si insistía en seguir. En ambas ocasiones, la respuesta fue un débil «houya».

Volví a tomarle la temperatura. La aguja del medidor de la batería no se movió. Pulsé el botón para que mostrara su temperatura corporal. Había bajado medio grado desde la última comprobación.

Me sentí mal, pero Munchkin estaba muriéndose.

—¿Cuánto son tres por cuatro, Munchkin?

Me miró fijamente y los labios le temblaron, pero no dijo nada. Uno de los primeros síntomas de la hipotermia es la incapacidad de responder preguntas sencillas.

—Ya está. Vamos al puesto de mando. No puedes continuar, Munchkin.

Puede que estuviera al borde de la hipotermia, pero me entendió a pesar del abotargamiento.

—¡N-no!

—Aún nos quedan seis horas. Wire te sacará de aquí en la próxima comprobación aunque yo no lo haga.

La agarré por las axilas y traté de levantarla.

—¡No, cabrrr…!

También problemas en el habla, otro de los síntomas. Apretó brazos y piernas contra las paredes del pozo, aferrándose como el corcho de una botella.

—¡No soy un cabrón, estoy intentando salvarte la vida!

Débil como estaba, siguió manoteando y pataleando. Mi piel helada se quemaba cada vez que ella me daba una patada.

—¿Qué vida, Wander? Esto es todo lo que tengo. Piensa en cómo sería si no tuvieras nada ni nadie.

Pensaba en ello cada día. Hasta ahora, creía que era el último.

Dejé de tirar de ella y pensé. ¿Qué pasaría si los papeles estuvieran cambiados? ¿Si yo fuera perder mi plaza en la fuerza? Tenía que haber una solución.

Me hice una medición. Me quedaba un 40 % de energía en la batería y mi cuerpo gozaba de unos calentitos 36,5º.

—Date la vuelta.

—¿Qué…?

Me la eché al hombro como un saco de harina, abrí la cremallera del compartimiento de la batería de su uniforme y saqué la pila agotada. Me puse el brazo a la espalda para sacar mi batería, la metí en su compartimiento y puse la agotada en el mío.

—¿Qué haces, Wander?

—Nada. Acurrúcate, Munchkin.

Me pregunté si era posible sentirse peor.

Tres horas más tarde, supe que sí.

Temblaba tanto dentro del uniforme que pensé que iba a desencajarle los dientes a Munchkin. El viento había aumentado su fuerza y aullaba mientras arrastraba la nieve a la oscuridad. Pero su temperatura corporal había subido un poco.

La linterna de Wire se acercó a nosotros meciéndose en a oscuridad.

—¡Houya, soldados! ¿Alguno quiere una cervecita bien fría?

—¡Que le j-jodan, señor Wire!

—¡Sí, señora! —La miró con los ojos entrecerrados—. ¿No parecemos súbitamente animados?

Conectó el lector a Munchkin, leyó los datos, lo meneó y volvió a leerlo. La miró a ella y luego a mí.

—¿Cuánto son tres por dos?

Ella no tembló y lo miró a los ojos.

—Seis.

Me hizo la comprobación a mí.

—Vaya, vaya, Wander, ha estado ocupado. Su batería está muerta y su temperatura corporal está bajando. Va a estar cerca, pero creo que llegará al final. Y como a Munchkin le queda un 40 % de energía, creo que ella también lo conseguirá. Qué suerte para ambos. —Hizo una pausa y se frotó la máscara—. Wander, por favor, salga del pozo y venga conmigo.

Me hizo un gesto con la mano enguantada mientras salíamos del alcance del oído de Munchkin.

Mierda. Mierda, mierda, mierda. ¿Por qué me cogían siempre? A Metzger no lo cogían nunca.

Wire se volvió y me miró a la cara. El viento levantaba tanta nieve que yo ni siquiera alcanzaba a ver nuestro pozo. Wire gritó para hacerse oír por encima del vendaval:

—¿Ha cambiado su batería con Munchkin, Wander?

El juez March me dijo que si la verdad no te iba a hacer libre, había que mentir como un bellaco.

—¡Negativo, señor Wire!

—No le estoy pidiendo que mienta por compañerismo. ¿Lo ha hecho?

—¡Negativo, señor Wire!

Miró al suelo y removió la nieve con la punta de la bota.

—Si en combate chupa baterías del mismo modo, no podrá

funcionar. Morirá. La gente de su unidad morirá cuando ella no haga su trabajo. Y lo que es peor, pondrá en peligro esta misión. Este ejercicio no es una novatada.

—Este ejercicio es una chorrada. Cuando recibamos las baterías de eternad…

—¡Si las reciben! Y si las reciben quizá anulen este ejercicio y ella pueda volver a la FEG.

—Usted sabe que cualquiera que se descuelgue nunca podrá ponerse a la altura.

Él apartó la vista.

—No nos corresponde ni a usted ni a mí decidir quién se queda y quién se va. Miré, sé que ustedes tienen un fuerte espíritu de equipo, y no estoy diciendo que me gustaría cambiarles el sitio.

Pues seguramente sí que quería cambiarnos el sitio. Los SEAL se entrenaban toda su vida con la esperanza de formar parte de una misión como la FEG. Eran los mejores soldados del planeta. Los SEAL como Wire tenían la mala suerte de tener familiares vivos. Así que los políticos los habían dejado de lado para encargar la misión a novatos huérfanos como Munchkin y yo. La vida es una mierda.

—Estamos en el sitio que estamos, señor Wire. Para bien o para mal. Munchkin es mi familia. Y quiere quedarse.

Él asintió.

—Así que ya es usted lo bastante soldado como para saber que en combate no luchamos por el deber, el honor ni la patria. Luchamos por el soldado que está a nuestro lado. Eso es admirable. Pero aquí no hay espacio para la caballerosidad ni para cubrir las debilidades de un compañero. Si Munchkin no está a la altura de los requisitos de la misión, debe ser descartada.

—Cuando recibamos mejores baterías, estará a la altura de la misión.

Suspiró.

—Por ahora puede usted cubrirla. No puedo demostrar que han cambiado las baterías. Pero no podrá cubrirla durante todo el ciclo de entrenamiento. Protegerla ahora solo sirve para prolongar su agonía y poner en peligro a su unidad. Respeto los motivos de su decisión. Pero los estaré observando con especial interés durante este ciclo de instrucción. ¿Está claro?

—Houya, señor Wire.

—¡Esta es la adulteración más estúpida de una prueba de entrenamiento que he visto en toda mi vida! ¡Y todo para darle a una enana testaruda la posibilidad de que le vuelen el culo! —Hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Un SEAL lo habría hecho.

Aquello era el elogio más grande que Wire podía hacerle a alguien que no fuera otro SEAL.

—Por eso, porque les respeto, y no es ninguna tontería, el entrenamiento físico adicional que va a hacer usted para compensar lo que se ha perdido durante nuestra pequeña discusión filosófica se verá reducido. Haga cien flexiones para mí.

Si alguien me hubiera hecho lo que yo acaba de hacerle a Wire, le habría obligado a hacer mil flexiones.

Después de que acabase el ejercicio de PRT, Munchkin y yo nos arrastramos hasta el comedor. Nos sentamos el uno frente al otro, temblando, y envolvimos con nuestros dedos sendas tazas de café. Ni siquiera se nos ocurrió quitarnos los anoraks.

—Gracias —me dijo ella.

Me encogí de hombros y extendí los dedos.

—No hay congelación.

—No es solo por el frío. Sé que Wire debe de haberte interrogado. Debes de haber mentido por mí. Podrían haberte expulsado.

Mierda, no había pensado en eso.

—Nunca olvidaré lo que has hecho. Un hermano no habría hecho más.

¿Hermano? Yo me esperaba compañero de cama sexualmente irresistible.

Ella alargó las manos, apartó mis dedos de la taza y los frotó para devolverles la circulación. Como una hermana.

Fue entonces cuando supe que Munchkin y yo nos querríamos, pero que nunca seríamos amantes. Estábamos demasiado unidos para eso, como les sucede a los soldados en tiempo de guerra.

Nos entrenamos durante dos semanas más. Munchkin y yo cada vez estábamos más unidos, como soldados y como amigos. Entonces apareció Metzger.

26

Metzger sonreía de oreja a oreja apoyado en el marco de la puerta de mi camareta. Solté el manual que estaba estudiando y me levanté de la cama de un salto.

—Estoy de permiso —dijo él antes de que pudiera preguntarle. Aquello explicaba su ropa de civil—. He estado en Denver visitando al gran Ted y a Bunny. Te mandan recuerdos.

Recorrió la habitación con la mirada y la fijó en Ari.

—Tú eres Metzger. He visto tu foto.

Todo el mundo había visto la foto de Metzger, incluso Munchkin. Ari se levantó y le dio la mano. Jeeb, que estaba en el hombro de Ari, ofreció uno de sus miembros delanteros, y Metzger lo cogió entre los dedos como quien maneja una lombriz.

Nadie, general Cobb incluido, disfrutaba de permisos en la FEG. Pero cuando eres un héroe de guerra no solo puedes conseguir un pase de fin de semana, puedes conseguir un pase de fin de semana para tus colegas. Metzger tenía pases para mi compañero de habitación y para mí. Y también un coche y un apartamento con jacuzzi alquilado en Aspen. Ari rechazó la oferta aduciendo que sacar a Jeeb de la base sería un riesgo para la seguridad. Yo sospechaba que lo que quería era dormir más. Metzger logró que transfirieran el pase de Ari a Munchkin, y la recogimos veinte minutos más tarde en los pabellones de las mujeres.

Metzger y yo pasamos tanto tiempo esperando, apoyados en el capó del coche de alquiler, que casi gastamos el plastiacero. Finalmente llegó Munchkin, con una bolsa de viaje y un abrigo colgado del brazo. Llevaba un vestidito rojo ajustado —la primera vez que yo la veía con uno—, tacones altos y rostro enmarcado por el pelo suelto. Me quedé boquiabierto. A una chica no le importaría congelarse para estar guapa, pero esta era mi Munchkin.

Le presenté a Metzger, pero ella ya lo conocía de las fotos, igual que Ari. Se quedaron allí plantados dándose la mano como pasmarotes y sonriéndose mutuamente.

Finalmente todos empezamos a temblar de frío, especialmente Munchkin. Le di a Metzger un puñetazo en el brazo.

—Vámonos, ¿eh?

El resto del fin de semana fue genial. Tuve el jacuzzi para mí solo. Inexplicablemente, Metzger y Munchkin se pasaron horas charlando en el salón del apartamento. Más cerveza para mí.

Metzger nos devolvió a la base por los pelos antes de que apagaran las luces en la noche del domingo.

Tres días más tarde yo estaba limpiando armas en la armería cuando un ordenanza asomó la cabeza por la puerta.

—¡Wander, tienes un holo! ¡Está en espera!

Puede que los alojamientos de Camp Hale hubieran sido levantados a toda prisa, pero estaban a la última. La sala de estar tenía una mesa de magnetobillar nuevecita, en la que enseñé a jugar a Munchkin, para que, a partir de entonces, se dedicara a derrotarme a diario. También tenía dos holocabinas de la AT&T y un holovisor panorámico con todos los canales de pago y sillones de masaje reclinables. Había una nevera llena de bebidas gratis: refrescos y zumos naturales de fruta. Por fin un tratamiento realmente con clase.

Pero estar a la última no cambiaba las bases de la economía. Con el precio de las hololLamadas, nadie se ponía en espera, salvo quizá el presidente. No podía tratarse de buenas noticias. Sentí que el corazón se me desbocaba. Corrí por el pasillo, crucé la sala de estar en dos zancadas, fui hasta la cabina donde parpadeaba la luz y cerré la puerta.

Dentro estaba Metzger, apoyado en la pared y vestido con su mono de vuelo celeste de la fuerza espacial. El corazón me dio un vuelco. La imagen parpadeaba un poco.

—Hola.

—Hola. ¿Pasa algo? —Lo miré de arriba abajo. No parecía herido.

Se encogió de hombros.

—Supuse que te sacarían de cualquier servicio si recibías un holo. Todos los meses recibo mil minutos gratis como donativo.

¿Mil minutos? La Coca-Cola gratis de la sala de estar se descolgó bruscamente de mi lista de privilegios del servicio.

—O sea, que estás bien.

—Nunca había estado mejor. Despego en una hora. ¿Qué tal en la FEG?

—Frío.

—Eso he oído. He vuelto a reservar el apartamento de Aspen para este fin de semana. Puedo conseguir permisos. ¿Quieres venir a pasarlo bien? Cerveza gratis. Y juegan los Broncos.

—Cuenta conmigo.

Cargó el peso sobre un pie. En Cañaveral ya había oscurecido y tras él se veía el interceptor, iluminado por los focos.

—¿Sabes? Es una pena desperdiciar el tercer dormitorio. ¿Por qué no le peguntas a tu artillera, como-se-llame, si quiere venir?

¿Como-se-llame? Había visto a Metzger estudiarse la tabla periódica de los elementos los cuatro minutos antes de un examen y luego recitarla del revés con los ojos cerrados.

—Te acuerdas de su nombre. Munchkin no bebe y opina que el fútbol americano es pura barbarie, así que…

Metzger se mordió el labio y puso mala cara.

—¡Dios mío! —Desde que Metzger y yo habíamos descubierto que las chicas no eran solo chicos que no podían escribir su nombre con el pis, él había sido el galán inaccesible y perseguido. Yo iba de un amor no correspondido a otro mientras Metzger tenía que quitarse las mujeres de encima con un palo. Dejé que mi sonrisa se ensanchara—. ¡Estás colado por Munchkin!

Se puso colorado.

—¡No! ¡Yo solo había pensado que…!

Le di un golpecito en el vientre, o en el aire donde parpadeaba la imagen de su vientre.

—¡Estás tan colgado que te da vergüenza pedírselo en persona! —Apreté los labios e imité el sonido de un beso.

—¡Madura, Jason! —Suspiró—. Esto… ¿ha dicho algo sobre mí? —Levantó las cejas.

—¿Te refieres a si ha tallado tus iniciales en la mesa de su camareta?

—No seas capullo, Jason.

Imposible; no después de años viendo cómo las mujeres de mis sueños se arrojaban a los pies del señor Indiferente.

—Me dijo que eras un arrogante burgués de clase media.

Se le puso tan mala cara que mi sonrisa se desvaneció.

—Vale. La verdad es que no hemos cruzado ni dos palabras desde que te fuiste.

—¿Pero podrías decirle que viniera este fin de semana?

—Quizá.

—¡Jason! —gimoteó.

—Vale.

—Y, ya sabes, ¿podrías hablar en mi favor?

El tipo era un genio con el aspecto de una estrella del holo y dinero. Tenía el pecho lleno de medallas y una sonrisa que hacía que las mujeres le mandaran sus bragas por correo. Necesitaba que yo hablara en su favor tanto como un traje de noche necesita un sapo.

—Claro.

Un técnico llamó a la puerta transparente de la holocabina de Metzger en Florida. La niebla provocada por el oxígeno líquido se arremolinaba en la oscuridad.

—Tengo que irme, Jason.

—Ten cuidado ahí arriba.

Una hora más tarde me encontré a Munchkin sentada a una mesa en la sala de estar de las dependencias de las mujeres. Al anochecer nos reuníamos allí para estudiar. Yo leía historia militar. Ella estudiaba los planes de entrenamiento. Llegaba a ser muy puntillosa con sus obligaciones.

Señaló la pantalla.

—Se supone que hemos de tener veinte semanas de entrenamiento individual y de operaciones con unidades pequeñas, ¿no?

Yo asentí. Ella señaló a la pantalla.

—Y siempre publican los cuadrantes con seis semanas de adelanto. Pero a un mes de partir, está todo en blanco.

Me encogí de hombros.

—Quizá lo estén revisando.

—No me gusta.

—No te gustan los cambios.

Arrugó la nariz y se desperezó.

—Háblame de tu amigo el piloto de naves. Como-se-llame.

Como-se-llame. Munchkin era tan amnésica como Metzger.

Dejé que el silencio se hiciera más pesado.

—¿Te atrae Metzger?

—Solo creo que tiene un trabajo interesante.

—Pues yo solo creo que lo que tú quieres es arrancarle la camisa y lamerle el pecho como si fuera un polo.

Munchkin se puso muy colorada.

Ay, Dios. Metzger y Munchkin prendados el uno el otro. Me relamí. Aquello era la madre de todas las oportunidades de regodeo.

—Me ha llamado hoy.

Se volvió hacia mí, y luego trató de apartar la mirada.

—Tiene más pases de permiso para este fin de semana. Y ese apartamento. ¿Te apetece venir?

Se miró la puntera de las botas y se encogió de hombros.

—Quizá. No me importaría pasar tiempo con el mayor Metzger si llegara la oportunidad. —Cerró los ojos y se puso roja como un tomate—. Si se diera.

Sonreí ampliamente.

—Munchkin Metzger. Qué nombre tan bonito. ¿Ya lo estás escribiendo dentro de la cubierta de tu agenda electrónica? Tus futuros suegros se llaman Ted y Bunny.

Me arrojó el cojín de una silla.

Ninguno de los tres volvió a ver el apartamento de Aspen. La mañana siguiente a las 6:08, hora local, impactó el proyectil de Denver. Usamos los permisos para asistir al funeral por los padres de Metzger.

27

—¿Tienes esa receta de tarta de melocotón, Tony?

Flexioné las rodillas mientras me mantenía de pie en un rincón de la sala de reuniones y oía cómo presidía el general Cobb la reunión diaria de Estado Mayor de la FEG.

Habían pasado dos semanas desde que las babosas mataran a la familia de Metzger y al resto de Denver. El juez March estaba fuera de la ciudad; igual que mi fugaz familia de acogida, los Ryan.

La instrucción de la FEG seguía adelante. Ya estaban asignándose los destinos permanentes. Munchkin y yo éramos la dotación del arma de apoyo del destacamento de seguridad del batallón de mando. Aquello quería decir que uno de nosotros debía asistir a todas las reuniones de Estado Mayor por si se colaba alguna babosa con intenciones de apuñalar al general.

Aunque yo era poco más que un decorado, resultaba interesante.

El general Cobb miraba desde el extremo de la mesa de reuniones al oficial de intendencia.

—He distribuido la receta a todas las cocinas de campaña, señor.

—Es la mejor tarta de melocotón que he probado nunca, joder.

Cuando yo era civil, haría cosa de un millón de años, habría pensado que un general que empleara el tiempo de las reuniones de mando discutiendo recetas de tarta estaba loco. Pero Napoleón, que sabía una cosa o dos sobre el asunto este de la guerra, había dicho que un ejército marchaba sobre su estómago.

El general Cobb giró la silla en mi dirección.

—¿Qué opinas, Jason?

—¿Señor? —La columna vertebral se me puso rígida y me dio una subida de adrenalina. El general Cobb conocía los nombres de pila de todos y cada uno de los diez mil soldados de la FEG, y se dirigía a nosotros por él. O eso decía la leyenda.

—¿Y bien?

—Es mejor que las alubias con jamón, señor.

—¿Cómo es que conoces las alubias con jamón, hijo?

—Durante la instrucción comimos raciones C, general.

—¡Que me aspen! Bueno, no nos han matado a ninguno de los dos, ¿no?

—Aún no, señor.

El comandante de la Fuerza Expedicionaria Ganímedes asintió, gruñó y devolvió su atención al asunto de salvar a la raza humana.

Howard Hibble estaba sentado al otro extremo de la mesa, y el general Cobb le indicó con una inclinación de cabeza que presentara su informe.

En la sala de no fumadores, con un chupa chups en la boca, Howard informó de que había un 2 % de probabilidades de que las babosas nos incineraran durante el aterrizaje.

Las estrategias y tácticas que teníamos habían brotado de los chiflados cráneos de los cerebritos de Howard. A partir de la chatarra, la anatomía de Babosín y mi experiencia, habían montado un plan de batalla. Qué llevarse, qué dejar en la Tierra; cómo desplazarse por Ganímedes, cómo cobijarse; y lo más importante, cómo ganar. Ganímedes estaba a cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros, pero la respuesta a esa última pregunta parecía aún más lejos.

Como sargento mayor de la división, Ord también estaba presente. No es que dijera mucho, pero me reconfortaba saber que su infalibilidad era parte del equipo.

—¿Nos ha seleccionado ya un piloto la Fuerza Espacial? —El general Cobb miró a la oficial de enlace de la Fuerza espacial, una coronel.

Esta arrugó el rostro.

—Han entrenado a varios. Hay consideraciones políticas. Pero todo se ha reducido a una terna.

—Mejor que se haya reducido a uno solo para la próxima semana.

Se suponía que no íbamos a embarcar hasta pasados varios meses. Según creía la opinión pública, y con suerte las babosas, hasta pasados varios años. Necesitábamos cada minuto de tiempo para entrenar.

Pero Munchkin se había dado cuenta de que el calendario de entrenamientos se cortaba la semana siguiente. Y el general Cobb quería un piloto para la gran nave que se estaba construyendo en la

órbita lunar, la nave que nadie sabía que existía, también para la semana siguiente. Volvió a darme una subida de adrenalina.

28

Dos días después nos reunieron a todos en el auditorio. Había PM en todas las puertas, con las armas cargadas y montadas. Aquello era nuevo.

El general Cobb subió el estrado a grandes zancadas, con el uniforme impecable y la mirada decidida.

—Ya saben ustedes que nos quedan seis semanas de entrenamiento que completar aquí. Y más aún antes de embarcar.

En teoría nos quedaban años. Y necesitábamos todo el tiempo disponible.

Señaló a los PM con una inclinación de cabeza.

—Lo que voy a decir no saldrá de aquí. Ni holos ni cartas, nada.

Muchos pies se movieron nerviosamente.

—La nave está lista.

El silencio se volvió más silencioso si cabe. Oficialmente, los soldados de la FEG solo conocían la historia de tapadera que se había publicado. Faltaban cinco años para el embarque. De forma extraoficial, la mayoría suponía que partiríamos antes, quizá en cuestión de un par de años.

—La nave nos espera en la órbita de la Luna. Partiremos para la Luna la semana que viene y desde allí embarcaremos en la nave. Completaremos el entrenamiento en los seiscientos días de viaje hasta Ganímedes.

El siseo de quince mil alientos contenidos retumbó en la habitación. El general Cobb no habría sorprendido más a sus tropas si hubiera aparecido con zapatos de payaso y una nariz roja de goma.

Miró al fondo del auditorio e hizo una señal con la cabeza. Uno de los PM se giró y abrió las puertas dobles.

—Es la nave de las Naciones Unidas Esperanza. La UNSS Esperanza mide un kilómetro y medio de largo y nos llevará a cuatrocientos millones de kilómetros de aquí. Y nos traerá de vuelta si Dios quiere. Dejaré que su capitán les dé más detalles. La mayoría

de ustedes ya lo conocen, al menos por su reputación.

El comodoro que iba a estar al mando del navío más grande en la historia de la humanidad recorrió el pasillo central que había entre los asientos del auditorio hasta el estrado mientras las tropas se ponían de puntillas para poder verlo. Resplandeciente con el uniforme de gala azul de la Fuerza Espacial, parecía envejecido prematuramente, cansado. Como un hombre que se hubiera quedado huérfano hacía dos semanas.

Metzger llegó al estrado, y el general Cobb se apartó para cederle el sitio.

No oí mucho de lo que dijo Metzger. Me limité a observarlo mientras me zumbaban los oídos. Creo que principalmente habló de cómo empaquetarían a diez mil de nosotros en las bodegas de carga de los interceptores, como si fuéramos troncos para transportarnos hasta la Luna.

Después de aquello, Metzger, Munchkin y yo nos sentamos en el club de oficiales a charlar mientras tomábamos unas cervezas.

—Deberías habérmelo dicho.

—No fue definitivo hasta hace dos días. —Metzger hizo girar su botellín de cerveza—. El equipo psiquiátrico tuvo que examinarme. Para comprobar si mantenía la estabilidad.

—¿Y la mantienes? —Traté de leer sus ojos. Sabía qué estaba carcomiéndolo por dentro. Metzger se había conseguido un pase de fin de semana para perseguir a una chica cuando podía haber estado de servicio, interceptando el proyectil que había matado a sus padres y a un millón de personas más. No había culpas que achacarle personalmente, no más que a los pilotos que estaban allí arriba de patrulla, en cafeteras demasiado viejas y demasiado lentas para detener todos los proyectiles. Pero la culpa es algo tan personal como las huellas dactilares, e igual de indeleble.

Un sentimiento de culpabilidad y de pena tan fuerte habría dejado incapacitada a la mayoría de la gente. Pero Metzger no era como la mayoría de la gente. Podía levantar una muralla entre esas emociones y la parte calculadora de su cerebro que iba a tomarse venganza.

Su voz resonó desde detrás de la muralla.

—Vamos tirando.

—Pero, ¿por qué tú? La Esperanza es un trasatlántico. Tú pilotas

lanchas de carreras.

Se encogió de hombros.

—Tampoco hay nadie que tenga experiencia en esto. Y están las cuestiones políticas.

Por supuesto. Pilotos había muchos. Pocos de ellos eran héroes. Ninguno era huérfano de guerra. Hasta hacía dos semanas.

La guerra nunca tiene sentido. Pero la idea de que perder a tu familia se considerase un golpe de suerte era una píldora difícil de tragar.

Sacudí la cabeza.

—Aunque tú estés listo, nosotros estamos a medio entrenar.

Él se encogió de hombros.

—Y la nave apenas está en condiciones de viajar. Pero las babosas esperarán que embarquemos para interceptar a Júpiter aprovechando el momento en que se encuentre más próximo a la Tierra. Y eso significa partir en dos años. Partir ahora puede significar cogerlos por sorpresa aunque tengamos que viajar más. —Se le oscureció el rostro—. Y a la Tierra se le está acabando el tiempo más rápido de lo que suponíamos. El descenso de la temperatura ambiente helará la mayoría de los puertos de forma permanente en cuestión de un año. El clima de Kansas ya es como el de Alaska. En tres años, ya no crecerá trigo ni en el ecuador. O vamos a medio preparar o nos quedamos en casa y morimos.

Dos días después, tras el anochecer, aterrizó un contingente de Hércules para transportar a diez mil de nosotros a Cabo Cañaveral.

Los cinco mil soldados de reserva permanecerían en Camp Hale y se harían pasar por quince mil, para impedir que las babosas supieran que estábamos de camino. Tenían vehículos hinchables de pega para aparcarlos donde habían estado los nuestros, e instalaciones de transmisores de holo y radio para emitir un constante tráfico de voz y mensajes cifrados comos si siguiéramos allí. Irían a cortarse el pelo a Leadville con el doble de frecuencia, para que los negocios civiles no experimentaran ningún descenso de clientela. Puesto que ninguno de nosotros teníamos familia que se preguntara dónde estábamos, el engaño sería más fácil.

Los Aliados habían llevado a cabo un truco similar antes de invadir Europa en la Segunda Guerra Mundial. El general Patton estuvo al mando de un ejército de pega en Inglaterra. El Eje creyó

que se trataba de la fuerza principal hasta días después del Día D.

Los que se quedaban atrás acudieron a despedirnos a la pista de aterrizaje.

El batallón de mando formó sobre el asfalto helado. Todos nos movíamos usando gafas de visión nocturna. Vi a Wire, el antiguo SEAL, mientras recorría la formación inspeccionando el equipo. Le hizo un gesto a un soldado que tenía un bolsillo desabrochado.

—Sí, sargento mayor —dijo el tipo.

Ord. Ord era el sargento mayor de la división.

Miré a los que se quedaban atrás y estaban apelotonados fuera de la pista de aterrizaje. Ord estaba entre ellos con los brazos cruzados. Lo habían designado como simple señuelo. Se me hizo un nudo en el estómago. Estaba a punto de volar cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros para combatir en una batalla desesperada. Y ahora tenía que hacerlo sin Ord.

Wire, nuestro nuevo sargento mayor de división, nos ordenó variación derecha y subimos por la rampa trasera del Herc en la oscuridad verde del mundo de la visión nocturna. Miré de soslayo a Wire. Había envejecido años en los últimos días. Perder a la familia te hace eso. ¿Me haría el próximo año volverme tan canoso como el Tío Sam?

Los motores gimieron y el olor de la combustión del queroseno llenó el aire. Mis botas dieron con la superficie de aluminio de la rampa, e inspeccioné la muchedumbre con la vista hasta que volví a distinguir a Ord.

Hizo un saludo militar en nuestra dirección.

Iba dirigido a mí. Aquello era imposible, por supuesto, ya que yo no era más que un simple soldado, uno entre diez mil. Pero le devolví el saludo, y se me hizo un nudo en la garganta.

No recuerdo mucho de nuestro viaje desde Cañaveral hasta la Esperanza. Nos sedaron a todos para ralentizar nuestros metabolismos, nos pusieron pañales y nos metieron en unos tubos individuales que parecían ataúdes. Luego apilaron estos tubos dentro de las cabinas y bodegas de carga de los interceptores como si fueran troncos, cien por interceptor. Aquello significaba que había que mandar cien naves a la Luna. Si hubiéramos ido sentados como los pasajeros de un avión habrían hecho falta mil naves.

Yo sabía por qué teníamos que viajar de aquella manera. Con

todo, me desperté tres días después con resaca, ingrávido, a cuatrocientos mil kilómetros de distancia de casa y necesitado de un cambio de pañales. Fui de los pocos que se despertó tan pronto.

Mi tubo de viaje estaba en la cabina delantera del transporte. Abrí el extremo y salí. Floté hacia delante y me sujeté con dos dedos al asiento del piloto. Miré el parabrisas, por encima del hombro del piloto.

La Esperanza flotaba majestuosamente sobre la blanca curva de la Luna, gris contra la negrura del espacio, incluso más grande que el recuerdo que tenía de ella, como un esqueleto en órbita. Aunque estaba construida para moverse más rápido que cualquier otro objeto tripulado de la historia, no necesitaba ser aerodinámica. Se parecía a una lata de cerveza de un kilómetro y medio de largo, con una sombrilla abierta pegada a la parte delantera.

Nos aproximamos a ella mientras nuestra piloto se desperezaba levantando los brazos por encima de la cabeza.

—¿Piloto automático? —pregunté.

Asintió.

—Un par de minutos más.

Señalé a la Esperanza.

—¿Qué es el parasol?

—Una vela solar. Los fotones que emite el Sol la bombardean e incrementan su velocidad. Pero los motores convencionales son los que hacen la mayor parte del trabajo.

—¿Qué pasará cuando llegue a correr tanto como los fotones?

—Los fotones se mueven a la velocidad de la luz. ¡La Esperanza no alcanzaría esa velocidad ni aunque siguiera acelerando después de Plutón! —rezongó.

—Bueno, perdone usted mi escaso entendimiento de la física, propio de un soldado de tierra.

Se me ocurrió que no quería otra ronda de actividad extravehicular como la que había estado a punto de matarme en mi último viaje a la Luna.

—¿Cómo subimos a bordo?

Señaló un cinturón de incisiones que rodeaba el centro de la nave.

—Los puertos de enganche. Hay veinte. Realmente son para las naves de desembarco que os transportarán de la órbita de

Ganímedes hasta la superficie.

Una silueta gris con forma de cuña flotaba tras cada puerto de enganche al extremo de un delgado cordón. De hecho, las naves de desembarco eran tan pequeñas comparadas con la Esperanza (y, además, casi del mismo color), que realmente lo que yo veía eran sus sombras sobre el inmenso casco de la nave nodriza.

—Han soltado las naves de desembarco y las han dejado colgando por los cordones umbilicales para que pudiéramos descargaros a vosotros, muchachos.

Forcé la vista para mirar a las naves de desembarco y recordé mis holocromos.

—Son transbordadores Lockheed-Martin Ventura Star. La NASA canceló ese proyecto en el año 2000.

La piloto me miró de soslayo.

—En el 2001. Eres más listo de lo que pensaba. Las naves de desembarco son fuselajes sin propulsión. Las bodegas de trasporte de tropas son fuselajes de Boeing 767 metidos donde deberían haber estado los depósitos de combustible en las naves espaciales.

Me quedé boquiabierto.

—¿Volaremos por el espacio en aviones antiguos?

—Los fuselajes han sido reforzados. Pero la verdad es que no son más que planeadores sofisticados.

Tragué saliva y lamenté haber leído tanta historia militar.

—Todos y cada uno de los asaltos con planeadores a gran escala de la historia han acabado en catástrofe.

—Eso es porque no tenían al mejor piloto del mundo encabezando la formación.

—¿Y ese es…?

—Yo.

Me adelanté para ver el rostro del único ser humano de la Tierra más arrogante que Metzger, pero el visor del casco le tapaba el rostro. La identificación en el mono de piloto decía «Hart».

Estaba lo bastante cerca para oír una voz dentro el casco de Hart. Me señaló con el pulgar hacia la parte trasera.

—Vuelve ahí y ponte el cinturón. Estoy tratando de pilotar.

Hart era capitán, así que hice lo que me decía, pero dejé el extremo del tubo abierto y me dediqué a observar. Uno a uno, los transportes de treinta metros de largo se fueron acercando y luego

clavaron los tubos de desembarco en las esclusas de aire de los puertos de enganche de la Esperanza, como un enjambre de mosquitos atacando a un rinoceronte.

De cerca, las naves de desembarco flotaban en el vacío como murciélagos gigantescos, una grácil nueva generación que empequeñecía las viejas cafeteras que eran nuestros transbordadores.

En mi primer viaje a la Luna, el manejo del módulo lunar que había hecho Metzger había sido impresionante. Pero Hart nos deslizó hasta la esclusa de aire de la Esperanza con tanta suavidad como un copo de nieve al caer.

La Esperanza medía kilómetro y medio de largo y trescientos metros de ancho, pero eso no significaba que sobrara sitio. El combustible y las municiones ocupaban gran parte del espacio. No obstante, los soldados compartiríamos camarotes dobles para el trayecto de casi dos años hasta Júpiter. Las cubiertas eran concéntricas, de modo que el suelo de la cubierta inferior era el casco exterior. Las cubiertas habitadas formaban anillos alrededor de un núcleo tubular que contenía el combustible, el equipamiento y los almacenes. La Esperanza rotaba sobre su eje lo bastante rápido como para generar una gravedad centrífuga equivalente a la de Ganímedes. Las cubiertas, a su vez, estaban agrupadas como los pisos de una tarta.

La división se alojaba en los pisos de popa, y la tripulación espacial en los de proa. El batallón de mando se alojaba delante, justo en el límite con los alojamientos de la Fuerza Espacial. Cada una de las cubiertas estaba a su vez dividida en zonas masculinas y femeninas, que estaban cerradas al sexo opuesto excepto durante la hora que había después de la cena.

Ari y yo cogimos un camarote a sesenta metros del de Munchkin. Los tres hicimos nuestra primera comida a bordo juntos, y luego Ari fue a recalibrar a Jeeb para la gravedad reducida mientras yo acompañaba a Munchkin a ver su camarote. Por los estrechos pasillos teníamos que andar de costado (una maniobra que pronto se conoció como el «paseo de la Esperanza») debido a que había palés de víveres y municiones desde el suelo hasta el techo en todos ellos. En seiscientos días se habría consumido el exceso y habría espacio para jugar al hockey en los pasillos si nos

venía en gana.

El camarote de Munchkin era idéntico al nuestro: literas espartanas, taquillas y dos pequeños escritorios con monitor incorporado. Señaló las mamparas que hacían de paredes, que estaban sin pintar.

—Creo que amarillo claro.

Me encogí de hombros.

—Me pregunto qué más se dejarían sin acabar antes de que partiéramos. —Vi que los uniformes que había colgados en la otra taquilla eran azules—. ¿Quién es tu compañera de habitación?

—Somos impares, así que me ha tocado una piloto de la Fuerza Espacial. Una oficial.

—¡Hola! —La voz era femenina y me resultaba familiar.

Me di la vuelta y vi en la entrada del camarote a una capitana de la Fuerza Espacial no mucho más alta que Munchkin. Su cabello sedoso, castaño y corto enmarcaba un rostro redondo con mejillas como melocotones. No era tan esbelta como Munchkin, pero en mi opinión llenaba el mono perfectamente.

Fueron sus ojos los que hicieron que el corazón me diera un vuelco. Grandes y marrones, con largas pestañas.

Extendió la mano.

—¿Eres Wander?

—Sí, señora.

—Pooh.

—¿Señora?

—Olvídate de lo de «señora». Va a ser un viaje muy largo. Llámame Pooh. Es diminutivo de Priscilla Olivia Hart. —Se clavó un dedo índice en cada una de las mejillas y sonrió—. Cuando yo era pequeña, eran aún más regordetas. Mi hermano me decía que me parecía al osito Winnie the Pooh. Solía leerme el libro. Me encantaba.

Parpadeó y su sonrisa se desvaneció. Las sonrisas de todos los de esta nave se desvanecían cuando se hablaba de la familia.

Era bonita y vulnerable, y me derretí. Entonces reconocí el nombre. La arrogante piloto del transporte. Bonita, vulnerable, pero también atrevida. Me derretí.

Sonó una bocina y di un respingo.

—Es la hora —dijo Munchkin—. Te veré por la mañana, Jason.

Pooh Hart sonrió.

—Mañana por la noche podrás leerme.

La gravedad pareció haber menguado mientras yo regresaba a la zona masculina.

A la mañana siguiente nos despertó un estruendo metálico. Abrí la escotilla y me encontré con varios tripulantes de la Fuerza Espacial que estaban depositando latas de pintura y brochas frente a cada camarote. Nos dijeron que las pinturas en aerosol causarían una sobrecarga del sistema de ventilación. Yo lo que creo es que el ejército quería tenernos ocupados.

Las primeras semanas del viaje las pasamos pintando, lijando y soldando todo lo que los exhaustos trabajadores de la Luna habían sido incapaces de acabar antes de entregarnos el testigo de la Esperanza como si viniera de manos del mismo Dios.

Por lo que respecta a los sueños de Munchkin de un camarote color amarillo claro, el ejército nos suministró un solo color. La UNSS Esperanza pronto fue conocida como la UNSS Gris Neutro.

Mientras nos afanábamos con las brochas, Metzger y su tripulación llevaban un rumbo que siempre mantenía a la Tierra o a la Luna entre la Esperanza y Ganímedes. La idea era escondernos hasta estar a varios millones de kilómetros de la Tierra. El espacio es un sitio muy grande, así que cuando la Esperanza saliera a la luz, sola en el espacio, cualquier babosa que estuviera observando no repararía en otro asteroide de kilómetro y medio de largo. En teoría.

No era más audaz que la incursión de Doolittle sobre Tokio con un portaviones sin escolta durante la Segunda Guerra Mundial. Y en el Pacífico hay menos sitio para esconderse que en el Sistema Solar.

No tienen ustedes ni idea de cuántos brochazos hacen falta para pintar un navío del tamaño de dos docenas de portaaviones. Mientras pintaba durante el día, ocupaba la mente pensando excusas para dejarme caer por el camarote de Munchkin durante la hora social, por si Pooh Hart estaba allí.

Después de la hora de confraternización, el poco tiempo libre me quedaba lo pasaba consultando los librochips de ciencia militar de la biblioteca electrónica de la nave. Una medianoche estaba sentado en el escritorio leyendo. Ari, que estaba tumbado en la cama con la cara hacia la pared, gimió.

—¿Realmente te importa si los bizantinos adoptaron las técnicas de ingeniería militar de los romanos?

Jeeb no dormía, así que se posaba en el respaldo de la silla y leía por encima de mi hombro. Lo que Jeeb veía, Ari también lo veía, en su cabeza.

—No sé.

—¿Te estás preparando para ingresar en la academia de oficiales?

Hasta que lo dijo, nunca se me había ocurrido.

—Hace falta titulación universitaria.

Ari se envolvió la cabeza con la almohada.

—Hace falta una lobotomía. Duérmete.

Por supuesto, aparte de dormir, nuestra rutina incluía ejercicio físico, para mantener un nivel de fuerza y resistencia equivalente al que teníamos en la Tierra, y una coordinación adaptada a la gravedad de Ganímedes. Nuestra fuerza nos permitiría rendir a un nivel que los soldados humanos nunca habían alcanzado.

También asistíamos a conferencias periódicas de los cerebritos de Hibble acerca de lo que podíamos esperar.

Habían pasado sesenta y tres días de viaje, y estábamos sentados en el comedor de proa, que actuaba como sala de conferencias, escuchando a un astroclimatólogo nepalí.

El científico señaló un esquema que había en la pantalla con un puntero láser.

—La atmósfera será tan tenue como en la Tierra a la altura de la cima del Everest. Más fría y con un 2 % de oxígeno, frente al 16 % de la Tierra.

Aquello significaba que no habría apoyo aéreo. Los reactores, aviones de hélice y helicópteros necesitaban oxígeno para la combustión de sus motores. Jeeb, que funcionaba a base de baterías de eternad, sería nuestro único vehículo volador. Y lo mismo pasaba con los tanques y los camiones. En la primera nave de desembarco irían un puñado de VTOG sacados de la Luna, pero en Ganímedes la infantería volvería a ser infantería, a pie.

Un soldado levantó la mano.

—¿Las babosas pueden disponer de capacidad aérea?

Howard Hibble estaba de pie a un lado de la habitación.

—Suponemos que no. Esta es una de las cosas más importantes

que hemos aprendido de inspeccionar el proyectil estrellado. Las babosas son anatómicamente similares a los cefalópodos y las medusas. No tienen esqueleto. Los únicos phyla de la Tierra que han desarrollado capacidad de volar son vertebrados y artrópodos. Los animales necesitan rigidez para volar. Nuestras máquinas voladoras imitan animales con partes rígidas. —Se encogió de hombros—. Las babosas no deberían haber descubierto el vuelo.

—Han descubierto el viaje interestelar.

—Moverse por el vacío no requiere aerodinámica —dijo Howard —. Es un error humano suponer que como nosotros desarrollamos la tecnología espacial a través de la tecnología aérea, otra inteligencia ha debido de hacer lo mismo.

El climatólogo intervino.

—Si fueran tan inteligentes, habrían estabilizado mejor el clima de Ganímedes. Igual que pasa con nuestra Luna, Ganímedes siempre da la misma cara a Júpiter. Su período sideral, una traslación en torno a Júpiter, dura solo siete días. Tienen luz solar, la poca que les llega, durante ochenta y cuatro horas, y luego una noche de la misma duración. Durante el ciclo nocturno, debido al enfriamiento, la atmósfera se contrae y produce temporales de viento.

Eso habíamos oído. En vez de tiendas pasaríamos las tormentosas noches en cabañas de fibra de vidrio, que los ingenieros de combate pegarían con un adhesivo epoxídico que se pulverizaba en forma líquida pero se secaba instantáneamente, incluso a diecisiete bajo cero.

Como el ejército es como es, alguien de intendencia había cargado mil palés de epoxídico de más en vez de mil de fruta fresca y seca. Todos los que íbamos a bordo habríamos matado por fresas, pero teníamos bastante adhesivo como para pegar la ciudad de Tallahassee. La logística era una mierda, como había descubierto Lee durante la Guerra de Secesión al tratar de invadir el norte.

Los errores en la alimentación de sus tropas ponían de los nervios al general Cobb. Incuso hizo que el servicio de comunicaciones montara una red de radio entre los cocineros para mejorar la calidad de la comida.

Aquella noche Pooh estaba de servicio, así que, después de la cena, Munchkin visitó nuestro camarote. Se tumbó en mi litera, la de abajo, y empezó a dar pataditas en el somier de la litera de Ari,

la de arriba, donde este leía apoyado en un codo. Tenía que estirar las piernas todo lo que podía para hacerlo. Si le hacía algún chiste al respecto, se enfadaría.

—Puedo conseguir melocotones secos. Mi amiga de la compañía Delta tiene una caja. Dice que logró convencer a un sargento de intendencia de uno de los batallones de atrás. Personalmente yo creo que le chupó la polla para que se los diera.

Munchkin bromeaba mucho con el sexo, aunque entre nosotros no había nada de eso. Ari asomó la cabeza por el borde de su litera.

—Puedes conseguir una lata de melocotón en almíbar que estaba reservando para mi cumpleaños.

—¿A ti? ¿Por una sola lata de melocotones? —Arrugó la nariz.

—A esto lo llamo yo avanzar. Ahora solo regateamos por el precio. —Este tipo de actividades se contemplaban desde un punto de vista completamente hipotético. El romance a bordo de la Esperanza violaba las normas, incluso entre los soldados como Munchkin y Ari—. Pero sé que tu corazón pertenece al inaccesible oficial al mando, comodoro Metzger.

Ari suspiró y dejó caer la cabeza con fingida tristeza. Jeeb, que colgaba como un murciélago de la barandilla de la cama, no podía suspirar, pero imitó el gesto de su operador.

Metzger comía con nosotros cuando sus enormes responsabilidades se lo permitían. Munchkin y él se miraban embelesados desde los extremos opuestos de una mesa de sesenta centímetros de ancho, pero separados por normas contra la confraternización tan anchas como un cinturón de asteroides.

Me habría parecido cosa de risa, si yo no hubiera sentido el mismo dolor cada vez que veía a Pooh Hart.

Aparte de comer, dormir, bañarnos con esponjas, leer y especular sobre el pervertido comportamiento de los demás, durante los siguientes quinientos días nos dedicamos a limpiar las armas, desmontarlas y volver a limpiarlas hasta que, de tanto frotarlas, acabamos convencidos de que iban a convertirse en virutas de metal inservibles.

Hacíamos gimnasia en las bodegas de carga. Y carreras por los pasillos del perímetro exterior como hámsteres en una rueda interplanetaria. Movíamos cajas e introducíamos datos en chips que teníamos la esperanza de que alguien leyera algún día.

Realizábamos maniobras en unidades pequeñas y grandes. Hacíamos prácticas de tiro en campos virtuales y reales.

Y durante todo el tiempo tratábamos de olvidar para qué nos estábamos preparando.

Uno de esos intentos de olvidar se convirtió en mi tercera falta merecedora de un consejo de guerra.

29

La cosa empezó de forma inocente. Todo el mundo excepto el general Cobb, que pasaba sus horas libres merodeando por la nave en busca de formas de mejorar la vida de sus hombres, tenía un día libre de cada diez. Uno podría preguntarse que para qué le servía, encerrado como estaba con los diez mil de siempre en una lata de paredes color gris neutro.

Pero aquel día libre se había convertido en el sirope sobre el helado de nuestra existencia. Para empezar, se podía vestir ropa de civil. Nos habían permitido traer una muda de ropa de paisano. En segundo lugar, se podía dormir hasta el mediodía si a uno le venía en gana. En tercero, había diversiones. Algunos soldados formaron bandas de música con cualquier cosa, desde gaitas hasta balalaicas. Otros iban a ver holopelículas. Una de las aulas tenía un equipo de primera y dedicaba la mitad de la jornada a actividades de entretenimiento. Los cocineros incluso se turnaban para preparar palomitas al estilo de los cines.

Yo siempre iba a los holos. No por lo que ponían, aunque la nave tenía todos los títulos imaginables. Le suplicaba a Munchkin que me indicara cuándo tenía sus días libres la mejor piloto de naves de desembarco del mundo, y entonces cambiaba postres y guardias como un mercader de alfombras hasta conseguir librar los mismos días que ella. A Pooh le encantaban los holos. Al menos, siempre estaba allí cuando yo aparecía.

Me costó semanas darme cuenta de que Pooh y Munchkin se ponían de acuerdo para hacer que los días libres de Pooh coincidieran con los míos de todas formas. Las mujeres piensan que los hombres son tontos. Tienen razón.

Pooh era del oeste de Wyoming. Su ropa de civil consistía en una camisa a cuadros y unos vaqueros demasiado ajustados, o perfectamente ajustados, dependiendo de la perspectiva.

Ninguna norma en contra de la confraternización restringía las opiniones personales sobre los vaqueros o lo bien que podía llegar a

oler un oficial. Ese día, los vaqueros le sentaban indecentemente bien y olía a lilas.

—Esta ya la he visto. Paso. —Señaló al cartel del holo que había en la mampara.

Yo llevaba semanas deseando verla.

—Yo también.

Agachó la cabeza hasta la bolsa de palomitas y sacó una pegada a la punta de la lengua.

—En las bodegas que hay en el eje de la nave la gravedad es más baja. Creo que me gustaría ir a probar.

—¿Quieres compañía?

—Vamos.

Me hizo un gesto mientras yo seguía sus vaqueros hasta el ascensor.

En las santabárbaras siempre había gente, porque los armeros de la Fuerza Espacial comprobaban y volvían comprobar constantemente los millones de kilos de proyectiles guiados de precisión que la Esperanza haría llover desde su órbita para apoyarnos. En las cubiertas de vehículos donde los mecánicos efectuaban el mantenimiento de los VTOG se vivía una actividad similar.

En la parte más profunda de la Esperanza estaban almacenadas las naves que nos transportarían de vuelta al transbordador. Estaban allí porque nos sacarían de Ganímedes si ganábamos, y solo cuando lo hiciéramos. Se rumoreaba que en total solo tenían cinco mil plazas. Aquello quería decir que los planificadores habían calculado que la mitad de nosotros se quedaría criando malvas en Ganímedes. Yo prefería calcular la perfección de los vaqueros de Pooh.

Las zonas de almacenaje de provisiones estaban poco iluminadas y totalmente desiertas.

El núcleo de la Esperanza rotaba más lentamente que las cubiertas habitadas del perímetro. La gravedad reducida que ello provocaba hizo que mi último paso me catapultara contra un laberinto de palés al salir del ascensor. Leí una etiqueta. Uno de los miles de palés de adhesivo que habían sustituido a la fruta fresca.

Delante de mí, Pooh dio un salto y tocó el techo, que estaba a cuatro metros, con los dedos. Su risita provocó ecos en el espacio

vacío. Perdió el equilibrio mientras descendía, se dio la vuelta para mirar en mi dirección y yo la cogí por la cintura.

Lo correcto habría sido soltarla y dejarla ir. La confraternización en tiempos de guerra era una falta que se castigaba con consejo de guerra, y estábamos recibiendo paga de combate desde el momento en que el primer trasbordador despegara de Cañaveral.

Sus labios y los míos estaban a veinte centímetros de distancia, y la calidez de su aliento acariciaba mi mejilla. Cerró los ojos y yo me olvidé de lo correcto.

Después de los treinta minutos más maravillosos de mi vida, el rugido de mi aliento en mis propios oídos se vio interrumpido.

—¿Qué estás haciendo, Jason?

Aquellas palabras me provocaron una corriente eléctrica en la columna vertebral. Reconocí la voz del general Cobb sin abrir los ojos, a pesar de que allí no debería haber nadie. Los mejores comandantes inspeccionan lo que la tropa ignora.

¿Qué iba a responderle? ¿Practicando el boca a boca? La boca de Pooh no estaba en posición de mejorar mi respiración, precisamente.

Abrí un ojo y vi al general Cobb, de pie, con los brazos en jarras y boquiabierto. Traté de ponerme firme y de tapar a Pooh, pero me enredé con los pantalones. Al intentar saludar se me enredó la mano en el sujetador de ella.

El general Cobb apartó los ojos.

—No respondan. Soy viejo, pero me acuerdo de lo que están haciendo.

Pooh y yo nos arreglamos la ropa, y él se volvió para mirarnos. Yo sabía que se daría cuenta de que Pooh era una oficial. Como piloto de guía de las naves de desembarco, tenía en sus manos su propia vida y la de todos los componentes del batallón de mando. Manos que, en aquellos momentos, estaban limpiándose en los vaqueros para ocultar cierta evidencia.

Cerré un ojo.

—Señor…

El general Cobb levantó la mano y suspiró.

—Ustedes dos no son los primeros. —Sacudió la cabeza—. Mete a diez mil muchachos a los que probablemente les quedan dos años de vida en un tubo metálico. Y luego finge que no son humanos. El

sexo no nos matará, pero perder el tiempo tratando de ocultarlo puede que sí. —Se dio la vuelta—. Continúen.

Al día siguiente cambiaron las normas. Las escotillas de los camarotes podían cerrarse durante la hora de confraternización y nadie haría peguntas. Se corrió el rumor de que incluso se toleraría el matrimonio.

Una escotilla que se cerró de inmediato fue la del camarote del comodoro. Ya no volví a ver a Munchkin ni a Metzger, salvo cuando estaba de guardia en alguna reunión de Estado Mayor a la que asistía él o cuando Munchkin y yo entrenábamos juntos.

A sesenta DPD, o días para el descenso, recibimos una lección matinal de la universidad de Hibble sobre la biología de las babosas. Munchkin y yo nos sentamos juntos como artillero y cargador.

La conferenciante, la doctora Zhou, tenía graduación de capitán, pero no era más que una crip. Abreviatura de criptozoóloga.

—La construcción física de los pseudocefalópodos es apenas más compleja que la de las amebas que habrán observado bajo sus microscopios en clase de ciencias en el instituto. El espécimen capturado carecía de estructuras nerviosas consistentes con el pensamiento independiente. Socialmente, la estructura social de las babosas puede asemejarse a un solo organismo.

Durante una excursión a las Rocosas con la clase del instituto, vi la entidad viva más grande del planeta, una arboleda de Aspen que tenía el aspecto de mil árboles separados. Tenía siglos de existencia cuando las babosas la asesinaron.

Howard Hibble terció.

—Deberán esperar una coordinación perfecta entre los soldados enemigos, dirigidos por una inteligencia de colmena.

—¿Qué les dirá esa inteligencia que hagan? —preguntó alguien.

Howard se encogió de hombros.

—Comportarse como soldados perfectos. Aprenderemos sobre la marcha.

Tragué saliva. Faltaban sesenta días para que empezara el colegio. Y muchos de nosotros solo aprenderíamos a morir. El día antes, alguien había filtrado a la red de la nave un estudio del Pentágono realizado antes de nuestra partida. Clasificaba los diferentes empleos miliares y especialidades de la FEG según las

posibilidades de sobrevivir al combate durante la operación en curso. Aquella filtración enfureció a la cadena de mando, y el estudio no tardó en conocerse como «los números».

La tripulación de la Esperanza, que se mantendría en órbita, tenía la esperanza de vida más larga, seguida de los pilotos de naves de desembarco, como Pooh. Las naves se mantendrían a buena distancia de la lucha.

La esperanza de vida prevista para el resto de los puestos y especialidades descendía en picado a partir de ahí. La más corta correspondía al destacamento de escolta personal del general en jefe. No era solo que el general tuviera una diana invisible pintada en el culo, sino que se esperaba que los soldados designados para protegerle se interpusieran ante las balas para salvarlo. Según los ordenadores de la Tierra, una vez que empezara el tiroteo, Munchkin y yo tendríamos once segundos de vida.

Sin embargo, esto no parecía preocuparla. Yo llevaba dos años observando las manos de Munchkin en el arma. Temblaban cuando estaba contenta, y se iban poniendo más firmes a medida que se iba poniendo más seria y más mortífera. Aquella mañana temblaban bastante.

Se inclinó hacia mí y me susurró.

—Jason, esta noche Metzger me ha pedido que me case con él.

Fue como si me hubiera dado un golpe con una trucha muerta. Yo sabía que Metzger era una persona ocupada, pero esto me hizo darme cuenta de la brecha que se había abierto entre nosotros. Munchkin me había desplazado. Ahora, el mundo de Metzger daba vueltas alrededor de ella igual que Ganímedes alrededor de Júpiter.

—Es genial.

—Quiero que seas el padrino.

Me sentí un poco menos desplazado y sonreí.

—¿Cuando volvamos a casa?

—La semana que viene.

Durante la hora siguiente, estuve observando al instructor recorrer el estrado, pero oí muy poco. Me dediqué a pensar y luego pensé un poco más.

Desde el cambio en la política de confraternización, Ari había empezado a salir con una experta en demoliciones. Una chica simpática de Tel-Aviv que babeaba con el acento de él, pero no era

capaz de distinguir a un cowboy del oeste del Pecos de un trapero del norte de la autopista LBJ. A fin de cuentas, a los operadores de TOT se los conocía como «vaqueros». Jeeb, su montura, quedó exiliado al pasillo durante los revolcones de Ari con ella en nuestro camarote durante la hora de confraternización. A mí personalmente, hacerlo con un tipo cuyo cerebro estaba conectado a una cucaracha mecánica me olía un poco a ménage à trois.

Ari y yo nos turnábamos el uso del camarote a puerta cerrada durante la hora mágica. Esa noche era mi turno. Cuando llegué allí, el mono de Pooh ya estaba doblado sobre el respaldo de la silla y ella estaba tumbada en mi litera, cubierta con la sábana hasta la nariz.

—¿Tienes prisa? —pregunté.

Sus ojos centellearon.

—Solo estoy caliente.

Acerqué la silla a la cama, me senté en ella a horcajadas y apoyé la barbilla en el respaldo, donde pude oler la dulzura de ella en la tela de su mono.

—He estado pensando.

—Yo también. Sube y te lo mostraré.

—No. Quiero decir pensando. Acerca de nosotros.

Una sombra cruzó su rostro.

Desabroché el bolsillo del pecho de mi camisa. La nave tenía un economato en proa. La sección de joyería no estaba muy surtida, pero el dependiente me dijo que lo que contaba era la intención. Metí los dedos en el bolsillo y toqué la caja de terciopelo.

Su mano apretó la mía.

—No.

—¿No qué? Ni siquiera sabes…

Negó con la cabeza y se le humedecieron los ojos.

—No podemos. No puedo.

El corazón humano se encuentra anclado físicamente al pecho por tejidos, cartílagos y vasos sanguíneos. El mío se me hundió en las tripas como una bala de cañón.

—¿Qué?

Ella se incorporó en la cama, con la sábana aún aferrada hasta la barbilla, y me acarició la mejilla con los dedos.

—No pasa nada malo contigo. Nunca podría pasar nada malo

contigo.

—¿Entonces qué?

Apartó el rostro y miró a la pared.

—Has visto los «números».

—No creo en eso.

—¡Harás algo noble y estúpido y morirás!

Nos quedamos en silencio, y oí el sonido de su respiración.

Se volvió hacia mí con los ojos hinchados.

—Ya soy huérfana. No me convertiré en viuda a los once segundos.

Apretaba la sábana con ambos puños y el aliento entrecortado. Entonces las manos le temblaron y se le escapó un largo y suave sollozo.

La cogí por los hombros desnudos, la acerqué a mí y la abracé mientras ella gemía y lloraba.

Una hora después sonó la bocina, y ella se vistió y se fue sin decir palabra.

No volvimos a hablar de ello, pero en los días restantes hicimos el amor como si cada momento fuera el último, mientras el cronómetro DPD corría hacia el cero.

La boda entre Metzger y Munchkin fue extraña, y no solo por ser la primera que se celebraba más allá de la Luna.

La única ventana de la Esperanza era la cúpula de navegación, una cúpula de trece metros que sobresalía de la quilla. Una plataforma se extendía en su interior como un trampolín de piscina. Desde allí, un navegante podía usar un anticuado sextante manual para navegar siguiendo las estrellas, e incluso había un timón también manual por si los ordenadores dejaban de funcionar. Y dejaban de funcionar con frecuencia, a veces durante horas, pero como la Esperanza iba directa hacia Júpiter como una bola de bolos sobre raíles, la cúpula nunca llegó a usarse.

Metzger era el capitán de la nave, pero no podía oficiar la ceremonia civil de su propia boda. No obstante, la tripulación de Metzger estaba formada por quinientos hombres, y en la FEG había diez mil. Así que el comandante de la división era quien realmente estaba al mando, y todo el mundo lo sabía. El general Cobb estaba en la punta del trampolín, vestido con el uniforme de gran gala y sosteniendo el libro para la ceremonia civil con las manos

enguantadas de blanco. Sobre su cabeza y bajo sus pies se extendía el silencioso terciopelo negro del espacio. Las estrellas que lo rodeaban parecían arremolinarse por el efecto de la rotación de la Esperanza sobre su propio eje. Metzger estaba junto al general, la viva imagen del novio militar, fajín y sable incluidos.

Habíamos variado un poco los papeles. Pooh era la dama de honor, Ari el padrino del novio y yo el padrino de la novia, como un hermano.

El primero en pisar la alfombra fue Jeeb, el primer portador de arras con seis patas de la historia.

Pooh estaba de pie, junto a Munchkin y a mí, esperando su momento. Jeeb avanzaba, con su revestimiento antirradar brillando a la luz de las estrellas y un cojincillo de terciopelo entre los apéndices delanteros.

Pooh se llevó su ramo a la nariz, y luego se volvió y me dio un beso en la mejilla.

—Algún día, yo también quiero rosas blancas. Eres el mejor.

Saqué pecho. Las semanas que había pasado trapicheando para hacer coincidir mis días de permiso con los de Pooh me habían enseñado la estructura del mercado negro de la Esperanza. Había un laboratorio agrícola a bordo. La idea era que, después de apoderarnos de Ganímedes, podríamos intentar cultivar cosas para alimentarnos. A cambio de un mes de paga y un anillo de compromiso que ya no necesitaba, había conseguido de un técnico del laboratorio agrícola el bien más escaso en el espacio exterior: flores.

El ramo de Munchkin temblaba y pude sentir cómo temblaba su brazo entrelazado con el mío. Vestía un uniforme de gala blanco, al que había añadido un velo y una cola. Puede que un uniforme no suene a gran cosa como traje de novia, pero Munchkin era la novia más bella que he visto nunca.

Yo había preparado un pequeño discurso para decir lo maravilloso que era que las dos personas más importantes de mi vida fuesen a estar juntas para siempre.

Me incliné para susurrarle algo al oído.

—No hables, Jason. —Tragó saliva—. O no podré contenerme.

Tenía razón. Las lágrimas ya estaban empañándome los ojos.

La novia y yo volamos literalmente sobre la alfombra gracias a

la escasa gravedad del eje central, con la cola de Munchkin flotando detrás como una nube. Al final de la ceremonia, Ari sacó una bombilla envuelta en una servilleta e hizo que Metzger la pisara. Jeeb retrocedió horrorizado ante el asesinato de su congénere eléctrico. Munchkin le había enseñado a Pooh un ululante cántico árabe de esos que te retuercen la lengua, y que al parecer solo cantan las mujeres. Los contrayentes salieron acompañados por la voz de Pooh y el lamento de las gaitas.

Se suponía que el acontecimiento iba a ser privado, pero cuando la comitiva salió de la cúpula de navegación, la feliz tripulación de Metzger nos esperaba con una ruidosa recepción que rompió varias normas más.

Otra de las cosas que el laboratorio agrícola fabricaba de forma ilegal era vodka de patata. A mí me hacía enroscar los dedos de los pies y a Pooh la ponía más caliente de lo normal.

Casi estaba cansado de tanto hacer el amor cuando, a la mañana siguiente, en el sexcentésimo segundo día de nuestra travesía, la Esperanza interceptó la órbita de Júpiter.

Tonto de mí.

30

—Muchos de nosotros moriremos en este sitio.

El oficial de operaciones miraba fijamente el holograma de la zona de descenso Alfa de Ganímedes, que tenía el tamaño de un cuadrilátero de boxeo. Los diez mil miembros de la división mirábamos desde los bancos provisionales que llenaban la gran bodega de entrenamiento para la sesión informativa previa al descenso. Lo habíamos oído todo cien veces, pero esta vez nos aferramos a cada palabra.

El holo, que tenía un día, había sido transmitido a la nave desde una sonda espacial, un primo tonto y musculoso de Jeeb. La Esperanza había lanzado la veloz sonda varias semanas antes.

Ganímedes, al igual que la Luna terráquea, era una masa de roca e hielo desolada y cubierta de cráteres. Los astrónomos debatían si su núcleo era de lava o de agua helada o líquida, pero su superficie estaba más muerta que una lápida.

La ZDA era el fondo de un cráter. Al ejército no le importaba si algún astrónomo lo había bautizado. Para nosotros era una zona de descenso. Los geólogos de Hibble nos habían explicado que la montaña de trescientos metros que había en el centro del cráter era resultado del movimiento de reacción de la superficie del planeta después del impacto de un meteorito. El fondo plano del cráter era lava solidificada, que había brotado eones antes por la perforación del impacto.

La topografía resultante formaba una perfecta posición defensiva: terreno elevado centrado en una llanura circular de noventa kilómetros de diámetro, con ángulos de tiro y observación perfectamente despejados. La llanura también proporcionaba kilómetros de pista de aterrizaje lisa para las naves de desembarco que guiaría Pooh, que bajarían planeando a trescientos kilómetros por hora y sin frenos.

El oficial de operaciones señaló con un puntero láser un punto de la llanura, situado a unos tres kilómetros de la montaña.

—Las naves de desembarco sobrevolarán el borde del cráter por allí, tocaran tierra y se detendrán aquí. —Deslizó el rayo rojo hasta la montaña—. El contingente se agrupará y avanzará hacia esa prominente cota, que ocupará. Allí situaremos nuestra base de operaciones.

Pan comido. Suponiendo que las babosas fueran sordas, tontas y ciegas. Las botas rozaron el suelo en señal de incredulidad.

El oficial levantó la vista.

—La sonda espacial no ha detectado signos de babosas en la zona de descenso. La sonda no ha sido detectada por radares ni por ningún otro dispositivo activo de observación mientras sobrevolaba la zona. Estamos listos para una zona de descenso calentita, pero no la esperamos.

Munchkin se apoyó en mí y susurró.

—Si nosotros sabemos que ese es el punto más plano de Ganímedes, y que cuenta con la mejor posición defensiva, las babosas también lo saben.

Miré a Pooh, que estaba al otro lado de la habitación. Los pilotos estaban sentados en primera fila frente al cuadrilátero, en el orden en el que aterrizarían sus naves de desembarco. Pooh pilotaba la número uno, que llevaría al general Cobb y al batallón de mando, pero en realidad estaba sentada la segunda. La primera en bajar sería la nave de la maquinaria, con todos los VTOG y el armamento pesado, para que así los ingenieros tuvieran algún tiempo extra para sacarlos de la nave y montarlos. Sonreí al ver la expresión de su cara y su posición, con los brazos cruzados. Le hervía la sangre de pensar que tendría que volar en segunda posición y ver que un piloto menos capaz se convertía en el primer humano en aterrizar más allá de la Luna.

Después de la reunión de planificación nos alineamos en los pasillos de la Esperanza, encorvados bajo una carga de munición, granadas, raciones, agua y ropa que ningún sherpa de la Tierra se habría prestado a cargar.

Mi impedimenta había evolucionado tanto a partir del viejo equipo de la instrucción como los cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros que me separaban de Indiantown Gap, Pensilvania.

El M-20 se manejaba igual que un viejo M-16. Todo el peso que el rifle había perdido gracias a la moderna aleación de neoplástico de

que estaba hecho lo recuperaba gracias a la mayor cantidad de munición que contenía el cargador. Los cartuchos para Ganímedes llevaban menos pólvora, de forma que el retroceso y la velocidad de salida duplicasen los de la Tierra, pero cien de ellos seguían pesando bastante.

Nos habían llegado los uniformes de eternad que aún no estaban perfeccionados cuando tuve que hacer trampa para que Munchkin superara la PRT allá en Camp Hale. La mayoría de la gente piensa que el caparazón rígido no es más que blindaje corporal. De hecho, la rigidez alinea las juntas de forma que las bandas y resortes que se mueven con el usuario carguen las baterías de energía cinética. Parecíamos tan torpes como caballeros medievales, pero los trajes de eternad pesaban tres veces menos que un uniforme de fútbol americano de fin de siglo. Y esos viejos trajes no calentaban, refrescaban ni detenían las balas.

Y también parecíamos defensas de fútbol americano más que soldados porque el revestimiento de óxido de hierro y sulfato de mercurio de la armadura era tan rojo como un coche de bomberos. Los cerebritos de Howard habían pensado que ese color difuminaría nuestra imagen visible en el espectro infrarrojo, de tal forma que las babosas apenas podrían vernos. Si teníamos suerte.

Mi casco no era la cazuela de kevlar de un recluta. Al igual que pasaba con los eternads, pesaba menos que un equipo de fútbol americano antiguo. Pero en sus protuberancias había unas gafas retráctiles de visión nocturna pasiva, una radio multibanda y varios dispositivos electrónicos HUD y de adquisición de objetivos por láser. La información de ambos dispositivos la recibe el soldado en el Monóculo Táctico de Combate. El MTC es ese aparato desplegable que hace que los infantes de los holos de reclutamiento parezcan piratas tuertos.

Y bajo todo aquello, yo seguía siendo un amasijo de sangre, huesos y miedo.

Metzger y el general Cobb recorrieron las líneas, inspeccionando y deseando suerte a los soldados. Metzger se detuvo frente a nosotros y pasó por encima de la ametralladora para acercarse a su esposa.

—Bonito maquillaje.

Munchkin lo miró a través de una máscara de franjas grises y

negras de pintura de camuflaje aislante. La teoría era que la pintura gris, con aislante térmico, y la pintura negra, que no lo tenía, crearían una alternancia de bandas frías y calientes, lo que rompería el contorno de nuestros rostros ante la percepción infrarroja de las babosas. Una especie de espagueti transparente salía de cada una de sus fosas nasales y le corría por las mejillas de camino al generador de oxígeno.

—Bonita luna de miel. —Munchkin estiró los labios imitando una sonrisa.

Él se inclinó para abrazarla y le puso algo en la mano. Una rosa blanca del ramo de novia.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Metzger continuó con el recorrido. La mano de ella trató de seguirlo mientras se perdía en un mar de soldados. Un pétalo de rosa cayó al suelo.

Pooh ya estaba a los mandos de nuestra nave de desembarco, así que no hubo despedidas para nosotros.

El general Cobb pasó a nuestro lado y entró por la esclusa de aire, cargado con la misma impedimenta que exigía llevar a sus soldados, mucho más jóvenes que él. Munchkin y yo entramos tras él y nos sentamos a su izquierda.

Me agaché para poder pasar con la mochila por la esclusa de aire y salí del que había sido mi hogar durante seiscientos días. El aire de la lanzadera, a diecisiete grados bajo cero, me propinó un bofetón. Pude ver mi aliento y estuve temblando hasta que la batería del uniforme arrancó.

Hasta que Munchkin y yo llegamos trabajosamente a nuestros sitios en los bancos, nos sentamos y nos abrochamos el cinturón, no me di cuenta de que me faltaba algo. Palpé el chaleco táctico. Granadas. Paquete de primeros auxilios. Pala de cavar trincheras. Cantimplora aislada. Comprobé si las gafas de visión nocturna estaban en el casco, y las encontré justo donde las había dejado.

Finalmente me di cuenta. No había vibraciones. Durante casi dos años había vivido en el ronroneante vientre de la Esperanza. El silencio de aquella cabina era como volver a nacer a los veintiuno.

Munchkin, a mi lado, era la que estaba sentada junto al general Cobb y escuchaba las comunicaciones de este.

Transcurridas tres horas según mi ordenador de pulsera, Munchkin se inclinó hacia mí y susurró:

—Dos mujeres en la nave de desembarco tres han tropezado en la esclusa de aire. Codo y cadera dislocados. Una de ellas ha dañado una de las válvulas de la esclusa.

Exhalé ruidosamente. Estaba dispuesto a luchar orgullosamente junto a cualquier mujer soldado y el ejemplo más claro era Munchkin. Pero cuando la sociedad, en su sabiduría colectiva, decide enviar a alguien a romper cosas y hacer daño, los hombres son el sexo indicado.

El siguiente retraso se produjo cuando un soldado varón de la nave dieciséis sufrió un ataque epiléptico y abrió una de las válvulas de la esclusa de aire de una patada. La tripulación de Metzger necesitó tres horas para repararlo. Vaya con el sexo apropiado.

Tenía la esperanza de que Hibble estuviera en lo cierto acerca de la carencia de capacidad aérea de las babosas, porque si se equivocaba, en esas tres horas les daría tiempo a reunir enjambres de cazas allí abajo. No debía de estar tan seguro, porque las naves de desembarco habían sido equipadas con contramedidas electrónicas.

Mientras tanto, las naves de desembarco se mecían al final de los tubos de las esclusas de aire, mientras la Esperanza rotaba lentamente en órbita, provocando mareos masivos.

Desde el principio, Pooh nos deleitó con una serenata de canciones de series de televisión del siglo pasado emitida a través del intercomunicador.

Ari estaba sentado frente a nosotros al otro lado el pasillo, con Jeeb hibernando en la mochila. Puso los ojos en blanco.

—El olor a vómito puedo soportarlo, pero haz que se calle.

Finalmente, la esclusa de aire se cerró y las luces de la cabina perdieron intensidad y se volvieron rojas para permitir que nos acostumbráramos a la visión nocturna.

Pooh dejó de cantar el tiempo justo para agradecernos que hubiéramos escogido su línea aérea. Luego nos comentó que cuando aterrizáramos habríamos completado la parte más segura del viaje.

Estábamos a punto de caer ciento cincuenta kilómetros en una cáscara de huevo de aluminio que iba a estrellarse contra la

superficie a doscientos nudos. Pero mi chica decía la verdad.

El intercomunicador crujió.

—Inicio de la secuencia de lanzamiento a mi señal… Ahora.

31

Caímos hacia Ganímedes, que estaba a ciento cincuenta kilómetros de nosotros. La aceleración de la nave de desembarco me empujó hacia un lado, contra el hombro de Munchkin. Al principio parecía que íbamos en un ascensor que bajaba a toda velocidad. Luego la fricción atmosférica contra el casco detrás de mí empezó a filtrar el calor a través de mi mochila.

Con cinturón de seguridad o sin él, la primera sacudida casi me hizo atravesar el techo. El casco crujió cuando la explosiva presión atmosférica interna fue revirtiendo. Ahora era la presión atmosférica artificial de Ganímedes la que apretaba la lanzadera.

La despreocupada voz de Pooh nos llegaba a través del intercomunicador:

—Temperatura del casco ocho cinco cero. Ritmo de desgaste por fricción normal.

Las galletas se hornean a tres cinco cero.

Las sacudidas hacían que los cuatrocientos tripulantes de la nave chocáramos contra el casco y entre nosotros.

Munchkin jadeaba como un chihuahua salido.

—Han probado estos cascos desde la órbita de la Tierra, ¿no?

—Sí.

Pero nadie los había probado después de que los hubieran cargado durante cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros por el vacío a casi cero grados Kelvin durante dos años.

—Temperatura del casco uno cero cero cero.

Los informes de Pooh cesaron y ya solo quedó el rugido de la atmósfera de Ganímedes contra el casco y el entrechocar del equipo suelto mientras ella y su copiloto luchaban por controlar la nave desbocada.

Munchkin me miraba, con unos ojos tan desorbitados que parecían huevos duros sobre la pintura de camuflaje.

A mí el corazón se me quería salir por la boca.

—Está bien. Está bien, Munch.

Y una mierda. Si volvía a sacar el rosario musulmán, yo mismo me pondría a rezar con él.

La única ventana del compartimiento de la tropa era un ojo de buey de treinta centímetros de grosor que había en la escotilla de emergencia situada frente a mí. Unas grandes llamaradas pasaban frente a ella a medida que el aislante cerámico de las superficies de ataque de la nave de desembarco se iba fundiendo. Se suponía que el desgaste por fricción era algo que tenía que pasar. O eso decían.

Miré al otro lado del compartimiento, a Wire, el antiguo SEAL que había ocupado el puesto de Ord como sargento mayor de la división. Wire tendría que haber estado cagando ladrillos. Pero estaba allí sentado, en completa relajación, con los ojos cerrados, el cuerpo meciéndose con las sacudidas, conservando las energías para cuando de verdad le hicieran falta. La experiencia le permitiría superar esto. ¿Nos mataría la inexperiencia a los demás?

Las sacudidas nos golpeaban la cabeza contra el fuselaje.

Nadie sabía cuántas vibraciones y qué temperatura podían soportar realmente las naves. Cuando Pooh había cortado sus informes, la temperatura del morro de la nave llegaba a los mil grados. La predicción era de unos trescientos. Por lo que respectaba a las vibraciones, la nave gemía y corcoveaba tan violentamente que yo habría jurado que se doblaba. Parecía como si las líneas de unión entre las placas del fuselaje se fueran ensanchando delante de mi vista. Solo podían quedarnos unos segundos.

Delante de nosotros iba la nave de los vehículos a toda velocidad. En cola, detrás de nosotros, a intervalos de nueve kilómetros, volaban miles de tropas más, en otras dieciocho naves de desembarco. Apreté los ojos y empecé a contar los latidos de mi corazón mientras el vapuleo me comprimía las vértebras y volvía a separármelas.

La cuenta llegó a ochenta y me percaté de que seguía vivo.

¡Whump!

Esta sacudida fue diferente. Más grande, y sin embargo más suave.

La voz de Pooh se impuso a la estática.

—Para los de la parte trasera, acabamos de desplegar los módulos de CME. La temperatura del fuselaje es de nueve cero cero y bajando. La velocidad es inferior a los mil nudos. De aquí hasta

abajo será un suave planeo.

Miré a Munchkin y asentí.

—Te dije que todo iba bien.

—Pellízcame.

Había sacado su rosario.

El vuelo se suavizó hasta convertirse en algo equivalente a caer en paracaídas a través de un temporal.

Después de cinco minutos, Pooh volvió a hablar.

—Damas y caballeros, hemos iniciado nuestra aproximación final a Ganímedes. Son las oscuridad y media, hora local. Temperatura: unos agradables diez bajo cero.

Nadie se rió. Su voz era una octava más alta cuando volvió a hablar.

—Estamos a cuarenta kilómetros de altitud y trescientos kilómetros de la zona de aterrizaje. Tiempo estimado de llegada: siete minutos. Hasta ahora Ganímedes parece igual que en las holosimulaciones. Aquí adelante estamos ocupados, así que adiós por ahora. El fuselaje está un poco más caliente de lo esperado; abróchense fuerte los cinturones.

Pooh, la reina de quitarle importancia a las cosas, solo había dicho «un poco» una vez antes. Habíamos hecho el amor y ella estaba tumbada, jadeando, tan lacia como una medusa en la orilla de la playa y con el flequillo pegado a la frente por el sudor. «Eso ha sido un poco agotador, Jason». A mí se me erizó el vello de la nuca.

El plan era tocar tierra a trescientos kilómetros por hora. Un murmullo fue recorriendo las hileras. «¡Tres setenta y cinco!».

Me ajusté el chaleco táctico y tanteé los cargadores que llevaba en las cartucheras. Comprobé el seguro del rifle y pasé los ojos por la ametralladora, que estaba firmemente anclada al suelo frente a mis botas y las de Munchkin. Me volví hacia ella y repetimos la misma rutina con el equipo del otro. Se oyó el mismo ruido por toda la cabina. Otras parejas de soldados realizaban la misma rutina.

—Un minuto.

Thump.

Una sacudida suave. Los patines de aterrizaje bajaron. Los ingenieros habían dicho que las ruedas eran demasiado arriesgadas

en el suelo de lava del cráter, así que los patines de nuestras naves de desembarco iban a ser los primeros objetos fabricados por el hombre en tocar Ganímedes.

Nuestros trajes de combate iban blindados contra la metralla y las balas de armas ligeras, y eran a prueba de líquidos incendiarios, radiación y agentes químicos o biológicos. Podíamos respirar indefinidamente en una atmósfera desprovista de oxígeno, sobrevivir a treinta grados bajo cero y ver en la oscuridad de forma activa y pasiva. Cada uno de nosotros empuñaba un rifle con una cadencia de tiro de ochocientos disparos por minuto, y la gravedad menor nos permitía cargar con dos mil cartuchos. Llevábamos granadas a docenas y más paquetes de suero, jeringas de atropina y vendas coagulantes que una clínica entera. Cada binomio de soldados era más mortífero que un pelotón entero de la guerra de Corea. Nuestros oficiales tenían comunicación directa por radio y podían localizar a cada soldado gracias a un sistema de posicionamiento global conectado a una red de satélites que la Esperanza había puesto en órbita aquel mismo día. Llevábamos dispositivos láser de adquisición de objetivos que permitirían a la Esperanza hacer llover desde su órbita toda clase de proyectiles, desde bombas inteligentes de una tonelada hasta bombas perforantes especiales para búnkeres subterráneos, con total precisión sobre blancos de un metro de ancho.

Íbamos preparados para todo.

Excepto para lo que nos encontramos.

32

—Veinte segundos.

Se suponía que los patines de aterrizaje debían entrar en contacto con el suelo del cráter a trescientos kilómetros por hora. Liso como el cristal. Luego recorrerían seis kilómetros mientras el morro bajaba.

Si la zona de aterrizaje estaba defendida, empezaríamos a recibir fuego hostil en cuanto nos acercáramos, fuego que se intensificaría tan pronto como tocáramos tierra.

¡Whump!

Puede que fuera la primera sacudida del aterrizaje. Puede que fuera el primer ataque de una babosa.

Whump, whump, whump. Sacudidas del aterrizaje.

Liso.

La siguiente sacudida lanzó a Munchkin contra mí con tanta fuerza que pensé que me había roto las costillas. A nuestro alrededor, los equipos se soltaron y salieron volando contra la mampara delantera.

Un rifle que se había soltado voló como una flecha contra Wire, que estaba sentado frente a mí, todavía relajado y listo para el comienzo del espectáculo. Se le clavó en la sien como un palillo de dientes en una aceituna.

Su experiencia no lo había salvado.

El hombre que estaba junto a él empezó a gritar mientras cogía la cabeza del muerto con manos ensangrentadas.

—¡Cristo, ay, Cristo!

Nos detuvimos. Las luces se apagaron. Al principio pensé que se había quedado inconsciente, entonces alguien maldijo.

Algo goteó en la oscuridad. Alguien vomitó.

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

Los remaches explosivos de la columna vertebral del fuselaje reventaron. El fuselaje se abrió como una vaina de guisantes y cayó a los lados. El anaranjado cielo de Ganímedes nos rodeaba.

Bajé las gafas de visión nocturna del casco. Estábamos volcados a la izquierda, más o menos, sobre polvo gris.

—¡Moveos! ¡Fuera de este ataúd, gente!

Mientras contemplaba el paisaje, mis manos enguantadas golpearon la placa pectoral que soltaba el cinturón de seguridad. Me volví para ayudar a Munchkin, pero ella ya se había soltado y estaba inclinada hacia delante y soltando la ametralladora de los ganchos que la ataban al suelo.

A nuestro alrededor, las tropas desembarcaban en la superficie de Ganímedes.

Estruendo. A diferencia de la Luna, allí la atmósfera sí transmitía el sonido. Por lo demás, era igual de gélida e inhóspita.

Munch y yo avanzamos a grandes zancadas en la baja gravedad, levantando nubes de polvo hasta la altura de nuestras rodillas. Nos echamos cuerpo a tierra entre los fusileros que formaban un perímetro defensivo a cincuenta metros, alrededor de la nave de desembarco.

Los rifles iban apareciendo a medida que la tropa aprestaba las armas. Los jefes de pelotón gritaban para ajustar las posiciones en el perímetro.

El trueno retumbó tras nosotros y lo ahogó todo, y la nave de desembarco número tres rugió sobre nuestras cabezas. Sus patines de aterrizaje pasaron a escasos quince metros de nuestros cascos.

A un campo de fútbol de distancia, la nave se estrelló contra una montaña y se aplastó contra ella como una lata de cerveza pisoteada. No hubo fuego, por supuesto que no. En este aire solo había un 2 % de oxígeno.

El destrozado fuselaje de la nave tres volcó, y luego rodó montaña abajo hasta quedar a unos cincuenta metros de nuestro perímetro.

¿Montaña?

Me puse de rodillas e hice una inspección visual en un radio de trescientos sesenta grados. En vez de la llanura plana prevista para el aterrizaje, estábamos en la base de una montaña en el centro del cráter, con el morro de nuestra nave de desembarco clavado en una pila de rocas. Detrás de nosotros se extendían kilómetros de suelo plano del cráter. Júpiter flotaba en el horizonte, enrojecido y parcialmente cubierto de sombras.

Nos habíamos pasado muchos kilómetros de la zona de aterrizaje y nos habíamos estrellado contra el único obstáculo en una zona del tamaño de Los Ángeles. A la nave tres le había ido incluso peor.

Y la nave uno, con todos los vehículos y armamento pesado, no estaba a la vista.

¿Qué demonios había hecho Pooh?

¡Pooh!

La cabina de la nave, enterrada en la roca, no se veía.

Desde nuestra izquierda y nuestra derecha llegaban chillando las naves de desembarco, resbalando y derrapando, y luego clavando los morros en los acantilados de la montaña que debía de haber sido nuestro santuario. Exactamente igual que nosotros.

Unas detonaciones lejanas resonaron en las montañas cuando los remaches explosivos abrieron los transportes supervivientes. Los soldados salieron en tromba igual que nosotros y se nos unieron para formar un perímetro común.

A través del polvo y de los médicos que iban y venían, miré el cadáver retorcido que había sido nuestra nave de desembarco. Nada se movía.

Pasé el dedo por la cinta de munición de la ametralladora, me aseguré de que la siguiente caja estaba abierta y lista para cargar y luego me volví hacia Munchkin.

—Vuelvo a la nave de desembarco.

—Nadie ha dicho que puedas.

—Pooh está allí.

—Es deserción.

—¡Son cincuenta metros de distancia!

Me puse en pie a trompicones, me deshice de la mochila y corrí encorvado para evitar el fuego enemigo. Hasta que me di cuenta de que no había. Ganímedes estaba tan vacío y silencioso como la gran roca en medio del espacio que era.

Más cerca de la montaña, los médicos ya se movían por los restos de la nave de desembarco número tres. Una sierra eléctrica chirriaba mientras abrían la cabina.

—¡Traigan eso aquí! —grité y moví la mano.

El fuselaje estaba aplastado justo por detrás de la cabina. No había forma de entrar por ahí.

—¿Pooh?

Nada.

Trepé por la pila de rocas hasta quedar a la altura del techo de la cabina. Había una salida de emergencia en la parte superior del fuselaje, en algún punto debajo de las rocas sobre las que yo me mantenía en equilibrio.

Me pareció tirar y cavar durante horas, hasta que aparté los guijarros que había sobre la placa del fuselaje con letras estarcidas en rojo: «Abrir aquí».

El impacto ya había arrancado la escotilla como un trozo de piel de naranja.

—¿Pooh?

Silencio. Se me hizo un nudo en el estómago.

Necesitaba entrar en ese pozo oscuro más que la misma vida, y necesitaba con no menos intensidad mantenerme lejos de él. Me agaché, miré dentro y solo vi oscuridad.

Sacudí la cabeza para bajar las gafas de visión nocturna y esperé por espacio de tres latidos hasta que aclararon mi visión.

La escotilla se abría a la derecha, sobre el copiloto de Pooh. Solo los tornillos en el suelo mostraban dónde se encontraba su asiento hasta hacía poco.

Volví la cabeza. Su asiento y él eran un manchurrón en el parabrisas. No había necesidad de preguntar si estaba bien.

No podía mirar a la izquierda, hacia el asiento de Pooh, con los ojos abiertos. Los cerré, contuve la respiración, me volví y luego miré.

Su asiento seguía atornillado al suelo. Estaba caída, sujeta por el cinturón de seguridad, con los ojos cerrados como si durmiera.

—¿Pooh?

No se movió.

Me saqué el guante, le desabroché el mono de vuelo y le puse los dedos en el cuello para tratar de encontrar el pulso.

No me hizo falta buscarlo.

La carne fría que toqué no contenía un corazón palpitante.

Tenía la absoluta certeza que iba a ser yo. Ella no se iría. No podía ser.

—¿Hay alguien vivo ahí dentro?

No. Ninguno de los tres.

Unas manos desde arriba tiraron de mí y me apartaron de ella.

—Déjanos espacio para trabajar, hombre.

Momentos después, yo estaba sentado en el exterior, con los codos apoyados en las rodillas. La tumbaron a mi lado.

Alguien habló a mi lado.

—Se rompió el cuello. Un golpe seco. No sintió nada.

Igual que yo. Nada en el mundo.

—¿Qué pasa con este?

—No lo sé. Solo está jodido.

Una mano me cogió del hombro y me zarandeó.

—¡Eh, soldado! ¡En pie!

Me di la vuelta y vi un sargento de otro pelotón.

—Dele tiempo. Estaban juntos. —Era la voz de Munchkin.

—No tenemos tiempo. Si no mueve el culo pronto se reunirá con ella.

Munchkin tiró de mí para levantarme.

Ari estaba a su lado.

—El sargento tiene razón.

A nuestro alrededor yacían los heridos en tristes hileras. Los médicos corrían de un lado a otro. Muchos de ellos tenían marcada una M en la frente. Morfina. No se podía hacer otra cosa por ellos.

Dos sanitarios dejaron una camilla a nuestro lado. El hombre tenía ambas piernas entablilladas. Su traje de vuelo era idéntico al de Pooh, pero el parche de la manga decía «Nave 3», la que se había pasado y se había estrellado contra la montaña. Volvió la cabeza y miró a Pooh con ojos vidriosos por efecto de los calmantes.

—No sé cómo lo hizo. —Sostuvo las manos sobre el pecho como si fueran aviones—. La nave uno fue la primera en aterrizar. Y desapareció.

—Jeeb está sobrevolando ahora mismo la zona de aterrizaje —susurró Ari—. La llanura de lava en la que se suponía que íbamos a aterrizar no es de lava. Son cenizas volcánicas. La nave uno se hundió como un ladrillo.

—¿Están bien?

—El magnetómetro de Jeeb dice que se hundieron unos setenta metros.

Ganímedes ya había enterrado vivos a cuatrocientos soldados.

El piloto de la nave tres siguió murmurando mientras miraba a

Pooh.

—Vio cómo la número uno se hundía. Ella siguió volando y estrelló la número dos contra la montaña. Sabía que el morro la aplastaría. Pero les dio una oportunidad a sus soldados. —Sacudió la cabeza—. Traté de seguirla. Nadie vuela como Pooh.

Volaba.

Miré a mi alrededor y conté. Dispersas a lo largo de un kilómetro y medio, en la base de la montaña, había dieciséis naves de desembarco, cada una con el morro hundido como la nuestra, rodeadas de tropas que se atrincheraban y de hileras de heridos.

La mayoría de los pilotos restantes, con unos segundos más para reaccionar que el de la nave tres, habían seguido el camino de Pooh. Y habían muerto para salvar a los soldados de sus naves de desembarco. En una fracción de segundo, Pooh había cambiado su propia vida por la de miles.

Ella había dicho que sería yo el que hiciera algo noble y estúpido y moriría. La miré con las gafas de visión nocturna anegadas por las lágrimas.

Munchkin me sostuvo la mano y me obligó a mirarla a los ojos.

—Deberíamos enterrarla antes del amanecer. Es la costumbre musulmana.

La FEG había aterrizado en lo que pasaba por día en el corto período rotacional de Ganímedes. Los astrometereólogos de Hibble habían predicho que la parte de Ganímedes donde era «de día» se mantenía en calma, pero que cuando llegaba la «noche» la atmósfera se encogía y generaba fuertes vientos.

El polvo arrastrado por el viento nos envolvía a Ari, a Munchkin y a mí mientras cubríamos de piedras a Pooh Hart. Munchkin dijo unas palabras en árabe y dejó en la tumba de Pooh Hart la rosa blanca que Metzger le había dado antes de que entráramos en la nave de desembarco. Ari rezó en hebreo. Yo lloré.

El de Pooh Hart fue el último funeral al que asistí en Ganímedes.

Para los demás no hubo tiempo.

33

A trescientos metros por encima de la tumba de Pooh Hart me di cuenta de la enormidad del desastre de la FEG. Como parte de lo que había quedado del batallón de mando, estuve entre los primeros en llegar a la cima del escarpe contra el que se había estrellado la FEG.

Me encaramé a unas rocas, tomé aliento y me di la vuelta. Incluso en la gravedad reducida de Ganímedes y a pesar de contar con oxígeno artificial, fue una tarea ardua. Llevábamos mochilas tan grandes de secadoras de ropa y respirábamos un aire tan tenue como el de la cima del Everest.

Jeeb volaba delante de nosotros a modo de avanzadilla, conectado a la mente de Ari, para mantenernos al tanto de cualquier amenaza oculta. Detrás de nosotros se desplegaban los restos de la FEG.

La falda del escarpe estaba sembrada de naves estrelladas y cadáveres. A partir de allí, la llanura que ahora sabíamos que se componía virtualmente de arenas movedizas se extendía hasta las paredes del cráter. La zona de descenso alfa se encontraba en el cuadrante rocoso de Ganímedes. Allí no había hielo. Júpiter colgaba, rojo como la sangre, más allá del horizonte, difuminado por las nubes de polvo creadas por el viento que se estaba levantando.

Di la mano a Munchkin para ayudarla a subir, y luego al general Cobb. Jadeando, este se volvió y siguió mi mirada. Miles de puntitos negros, los soldados de la FEG que emprendían el ascenso, salpicaban la base del acantilado.

El general se quedó quieto, mientras miraba fijamente su MTC, y luego lo retrajo dentro el casco. Los dispositivos HUD de los cascos de combate mostraban la posición de las unidades completas o incluso de los individuos. Todo ello cortesía de Jeeb, que volaba sobre nosotros. El auricular del general también le proporcionaba toda clase de información, desde informes de bajas hasta recetas del rancho.

Puso los brazos en jarras y sacudió la cabeza al hablar.

—La nave uno no solo nos ha costado cuatrocientos buenos soldados. Hemos perdido los vehículos y las armas pesadas. Tenemos que completar la misión con lo que llevamos a la espalda.

¿Completar la misión? Imposible.

En aquellos momentos, entre las otras tres naves que se habían hundido en el polvo como la primera y las bajas sufridas en los aterrizajes forzosos de las demás, ya habíamos perdido una cuarta parte de nuestros efectivos.

Volví la mirada. Sobre la cornisa rocosa en la que nos encontrábamos se alzaban unos picos grises y afilados de seiscientos metros de altura. Unas manchas negras entre los barrancos señalaban la presencia de bocas de cuevas. Hacer subir a la FEG por allí desde la expuesta llanura era la única jugada lógica. La montaña conformaba una posición defensiva tan perfecta como un castillo medieval.

Pero nuestra misión era ofensiva, no defensiva. Habíamos viajado cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros para localizar a las babosas y acabar con su capacidad de estrangular a la humanidad. Ahora nos habíamos atrapado a nosotros mismos en una roca desolada, aislada del resto de Ganímedes por un foso infranqueable. Si las babosas sabían que estábamos aquí, podían seguir ignorándonos como si siguiéramos en las montañas de Colorado.

Me aclaré la garganta.

—¿No estamos jodidos, señor?

El general Cobb se encogió de hombros.

—La batalla rara vez va como se ha planeado, Jason.

—Sí, señor. Todos confiamos en usted. Solo díganos qué tenemos que hacer.

Inclinó la cabeza a un lado.

—¿Yo? George Patton dijo que nunca había que decir a la gente lo que tenía que hacer. Había que decirles lo que tenían que conseguir y dejar que te asombraran con su ingenio.

Una racha de viento nos hizo tambalearnos a todos. Los astrometereólogos de Hibble habían acertado en lo de que el viento iría aumentando de fuerza a medida que avanzara el día de ochenta y cuatro horas. A quince metros de distancia, unos ingenieros de

combate colocaron unos paneles de fibra de vidrio sobre las rocas y montaron los pulverizadores de epoxídico para encolar los refugios. Habría sido imposible montar tiendas allí. Hacía cada vez más frío, aun sin tener en cuenta el viento. Al menos los planificadores habían acertado con esto.

La siguiente racha empujo al general contra Munchkin y contra mí, y los tres caímos al suelo hechos un ovillo. Un panel de fibra de vidrio arrastrado por el viento voló hacia nosotros. Me eché sobre el general Cobb y Munchkin, y el panel me golpeó la espalda como la embestida de un toro.

Miré a los ingenieros. Estaban acurrucados en el suelo, igual que nosotros. Los paneles de fibra de vidrio habían desaparecido. Volví la cabeza para observar el borde del escarpe. Un soldado subió por ella y se puso en pie a duras penas. El viento golpeó su mochila y el hombre se cayó hacia atrás y desapareció.

Los planificadores habían estimado que las tormentas de viento de Ganímedes alcanzarían los ciento veinte kilómetros por hora. Ahora mismo nos enfrentábamos a vientos huracanados de ciento cincuenta kilómetros por hora, y solo era el anochecer.

Un ingeniero se arrastró hasta nosotros entre las nubes de polvo y gritó al oído del general.

—No sirve de nada, señor. Los refugios no resistirían aunque pudiéramos ensamblarlos. Y no podemos.

Howard Hibble y Ari habían subido hasta la cima del acantilado y se arrastraron hasta el general Cobb. Howard señaló ladera arriba.

—Estas formaciones están llenas de cuevas.

—Jeeb ha encontrado algunas lo bastante grandes como para albergar batallones enteros —gritó Ari.

El general asintió.

—Muy bien. Corran la voz.

Una hora más tarde, el aullante temporal nocturno de Ganímedes se había llevado doscientos soldados más. Los demás nos dividimos y nos refugiamos en un cinturón de cuevas. Los meteorólogos de Hibble midieron vientos de hasta trescientos kilómetros por hora en el exterior. La FEG se preparó para pasar su primera noche en otro mundo.

La cueva del batallón de mando tenía el techo abovedado de unos seis metros de alto y se adentraba unos veinte en la montaña.

Escogí un nicho lateral de techo bajo, lo bastante grande para albergarnos al general Cobb, a Munchkin, a Howard, a Ari y a mí. Desplegamos los sacos de dormir. La falta de oxígeno en la atmósfera significaba que no se podía hacer fuego, aun en el caso de que en Ganímedes hubiera habido madera que quemar. Pero el calor corporal de cinco de nosotros apretados allí dentro amortiguaría el frío.

Hibble y un ingeniero recorrieron la cámara principal de la cueva, evitando a los infantes acostados que se acurrucaban juntos y engullían raciones frías y sedantes. El ejército casi me había expulsado por tomar Prozac, pero nos había proporcionado anfetaminas para mantenernos despiertos durante las ochenta y cuatro horas que duraban allí los días y calmantes para que pudiéramos dormir durante sus largas noches. Hibble y el ingeniero examinaron el techo y ojearon las paredes. La roca estaba recorrida por una telaraña de grietas.

Llegaron a nuestro nicho y escuché.

—Roca ígnea. Agrietada, pero estable —dijo el ingeniero.

Miré a Howard y levanté las cejas.

Él dio unos golpecitos en la pared. Las grietas medirían dos dedos de ancho.

—Dice que el techo no va a caerse.

Algo me preocupaba, pero me dolía el punto de la espalda donde me había golpeado el panel de fibra de vidrio y estaba demasiado cansado para pensar con claridad.

En cada cueva, las tropas montaron guardias en las bocas, aunque un asalto de las babosas parecía la menor de nuestras preocupaciones, especialmente con el virulento tiempo del exterior.

Mientras nos acurrucábamos en el nicho, el general Cobb hizo un recorrido por la cueva para visitar a los soldados, examinar equipos y confirmar los procedimientos con los jefes de unidad. Yo tenía menos de la mitad de sus años, había cargado el mismo peso por el mismo terreno y estaba allí tirado convertido en una masa paralizada de agujetas y ampollas.

Howard, que estaba a mi lado con las piernas cruzadas, me ofreció chocolate de su ración mientras desenvolvía un chicle de nicotina. No había oxígeno, y por tanto tampoco cigarrillos.

—Lo siento, Jason.

Asentí. El cansancio amortiguaba todas las emociones, incluso la pena. O era yo quien las estaba bloqueando.

—¿Van a dejar las babosas que nos pudramos aquí, Howard?

Se puso a masticar el chicle.

—No lo creo. Preferirían mantener a su enemigo a cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros de distancia. Somos una amenaza para ellos.

—Dijiste que no tendrían capacidad de volar. No pueden llegar a nosotros más que nosotros a ellos.

Se encogió de hombros.

—Sabemos muy poco acerca de sus capacidades y sus tácticas. Sabemos que no les importa en absoluto sacrificarse.

Llevábamos años viendo naves cargadas de ellos que se lanzaban contra la Tierra como kamikazes.

—¿Por qué lo hacen?

—Porque puede que no sean una colectividad sino una sola entidad compuesta de numerosos organismos individuales. La muerte de partes separadas físicamente puede ser tan insignificante para la gran babosa como para nosotros cortarnos las uñas.

Actuar con profesionalidad en medio del caos era parte del trabajo de Howard. Casualmente, también era su naturaleza.

El general Cobb se sentó a nuestro lado. Juro que le crujieron las articulaciones.

—Si tiene usted razón, Howard, puede que tengamos que volver a pensarlo todo. Los ejércitos humanos conservan las fuerzas. Quizá no para evitar bajas, pero sí porque los recursos son finitos.

Repentinamente la filosofía enemiga empezó a aburrirme. Se me cerraban los párpados. El último día me había dejado molido. Incluso la muerte de Pooh no era más que un dolor apagado. Al resto de la tropa debía de pasarle más o menos lo mismo. Sentí pena por los que les había tocado estar de guardia, condenados a encontrarse cerca del viento y el frío del exterior, mirando inútilmente a una oscuridad intraspasable.

Me metí en el saco de dormir como una momia, me tumbé y conté las grietas del techo hasta quedarme adormilado. No me tomé los sedantes. Prefería dormir mal a tomar drogas. Hay que tratar de no tropezar dos veces con la misma piedra, o eso dicen.

A pesar de todos los desastres del día, no podía evitar la

sensación de que algo se me escapaba, de que lo peor estaba por llegar.

Soñé que estaba de vuelta en los tortuosos corredores del proyectil de las babosas, corriendo por mi vida, enganchándome manos y pies en aquellos conductos de ventilación de dos dedos de ancho, y a cada recodo del pasillo me encontraba babosas de cuerpo viscoso reptando hacia mí salidas de la nada.

Me desperté en la oscuridad oyendo los ecos de ronquidos amortiguados.

Y algo más.

Plop, plop.

Como grandes gotas de lluvia. Bajé las gafas de visión nocturna y esperé hasta que me dejaron ver.

Fuera de nuestra oquedad de techo bajo, en la cámara principal, la lluvia se filtraba lentamente por el techo. Bueno, los astrogeólogos habían dicho que en Ganímedes había agua.

Las gotas eran enormes. Chorreaban de las grietas del techo y caían sobre los rostros de los soldados que dormían bajo el efecto de los tranquilizantes. Pero los soldados seguían dormidos, inmóviles.

Era muy raro.

Me hundí más en el saco de dormir. Tuviera o no calefacción incorporada el uniforme, ahí afuera hacía diez grados bajo cero.

Fue como una descarga eléctrica que recorrió mi cuerpo. A diecisiete bajo cero no llueve.

Me desperté en plena descarga de adrenalina. Sacudí la cabeza para bajar las gafas de visión nocturna del casco.

¡Babosas!

Babosas amorfas chorreaban del techo a centenares, saliendo por las grietas de techo y paredes. Grietas igual de anchas que las puertas de las paredes del proyectil que yo había tomado por conductos de ventilación.

Había visto holos de pulpos escurriéndose por grietas de dos o tres centímetros de ancho. De repente, todo parecía tan obvio…

Tan obvio como el sitio donde aterrizarían los estúpidos humanos. Tan obvio como el sitio donde se cobijarían cuando llegaran los temporales nocturnos, si alguna de nuestras naves sobrevivía al polvo del cráter. Tan obvio como el hecho de que todos los guardias estarían vigilando el exterior, no el interior.

Nos habíamos metido de lleno en una inmensa y perfecta emboscada. Volví la cabeza y vi que una babosa caía del techo como un hilillo y cubría el rostro de Munchkin.

—¡Joder! —Salí del saco de dormir rompiendo la cremallera y me lancé sobre ella.

Munchkin agitaba brazos y piernas mientras la babosa la asfixiaba, amortiguando los sonidos de ella de forma que Ari, que estaba a su lado, siguiera durmiendo sin darse cuenta.

Le arranqué la babosa, cogí una piedra del suelo de la cueva y aporreé la babosa hasta convertirla en una masa.

Munchkin se incorporó jadeando y limpiándose el rostro con las manos.

Eché mano al rifle y empecé a disparar contra los bultos verdes del techo a medida que iban apareciendo. Mientras disparaba, empecé a correr entre los soldados, quitándoles las babosas a patadas y gritando para despertarlos.

En cuestión de momentos empezó a retumbar el sonido de los disparos por todas partes. El acre humo de la pólvora llenó la cámara con una bruma. Si el combate duró horas o minutos, eso nunca lo sabré.

En la cueva se filtraban y caían más babosas que balas tenía yo.

Pocos soldados se movieron. Las babosas llevaban horas haciendo su trabajo antes de que yo me despertara. Fui retrocediendo hacia nuestro nicho en un lado de la caverna principal.

El general estaba disparando con su pistola. Munchkin, Ari y Howard con rifles.

La caverna quedó en silencio excepto por los sollozos de los heridos, que eran demasiado pocos.

Ari y los demás estaban arrodillados detrás de los cuerpos de soldados muertos. Ari sacó el cargador del rifle.

—Me he quedado sin munición, Jason.

Miré a mi alrededor. Un centenar de babosas se deslizaba hasta nosotros. Sencillamente nos iban a arrollar.

Sentí el peso del chaleco táctico sobre mi pecho. Granadas de mano. En este espacio cerrado serían tan mortíferas para amigos como para enemigos. A menos que…

Tenía un cadáver humano entre los pies. Lo arrastré hasta el

nicho y lo puse encima del cuerpo que Ari tenía delante.

Este me miró.

—Ahí afuera hay heridos con vida, Jason.

—No por mucho tiempo, de una forma o de otra.

Ari asintió con los labios apretados y, de un salto, fue a buscar otro muerto. En cuestión de segundos habíamos levantado una muralla de carne.

La salté y me eché cuerpo a tierra al otro lado, junto a ellos cuatro. El general Cobb asintió, y todos cogimos granadas del chaleco táctico. Yo me quedé helado mirando la mía.

El recuerdo de los ojos muertos de Walter Lorenzen llenó mi mente.

—¡Jason! —Munchkin me dio una bofetada. Entonces tiró de la anilla y arrojó la primera granada por encima de la barricada que formaban nuestros muertos.

El trueno retumbó. La metralla zumbó por los aires como una bandada de mosquitos enormes. Estuvimos tirando granadas a la caverna hasta que se nos acabaron.

Los ecos de las explosiones murieron y dejaron solo el sonido de nuestros jadeos y el aullido del viento en el exterior.

Me incorporé y miré por encima de los cuerpos, ahora destrozados, que nos habían salvado la vida. Mis guantes resbalaron sobre la sangre.

Los restos inmóviles de las babosas, amontonados, yacían sobre centenares de cadáveres humanos desgarrados. Lo único que se movía eran la sangre y el icor de las babosas. Los fluidos brotaban en hilillos que se congelaban al instante.

Nosotros cinco éramos lo único que quedaba del batallón de mando. Si las demás cuevas habían sido atacadas con la misma fuerza, puede que fuéramos los únicos supervivientes de los diez mil hombres de la división.

Me aparté, me retorcí y, finalmente, caí de rodillas y eché hasta la primera papilla.

El general Cobb se arrodilló a mi lado y me apoyó la mano en el hombro.

Los hilillos de baba se congelaban nada más dejar mis labios, y las lágrimas me nublaban la vista.

—No puedo hacerlo.

—Acabas de hacerlo. Me gustaría poder decirte que con el tiempo se vuelve más fácil.

»Pues no es así.

34

En el tranquilo crepúsculo de la mañana siguiente, la FEG se lamió las heridas y se esforzó por sobrevivir un día más.

En general Cobb estaba agachado en el polvo en el exterior de la cueva que se había convertido en la tumba de la mayor parte del batallón de mando. Tenía la mano apoyada en un holomapa del tamaño de una maleta de viaje, colocado sobre una roca plana. Las anteriores reuniones de mando donde yo había cumplido mi función de escolta habían tenido lugar alrededor de una mesa de madera sintética pulida, con un ordenanza listo para rellenar las tazas de café de los oficiales. De hecho, esta reunión le tocaba a Munchkin, pero ella estaba detrás de una roca, vomitando.

Aquel día, el Estado Mayor de la FEG rodeaba al general formando un círculo irregular. La mayoría llevaban galones e insignias de un ascenso reciente. Dado que la comisión de ascensos más cercana estaba a cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros, la FEG tenía un reglamento simplificado para estas cosas. Solo quedaba un oficial de Estado Mayor de los originales, un coronel que tenía la mano envuelta con un vendaje de campaña rígido por la sangre congelada. Solo estaba vivo porque había ido a comprobar el armamento de una de las brigadas y no se había quedado con nosotros. Todos sus oficiales habían muerto en nuestra cueva. Estaba vivo, pero tenía la cabeza gacha como si quisiera unirse a ellos.

Los oficiales de menor graduación ascendidos de otras unidades estaban allí con los cascos torcidos y las chaquetas mal abrochadas. Para la mayoría de ellos, aquella noche había sido su primer combate. Estábamos machacados y se veía a las claras.

El general miró a su alrededor.

—Antes que nada, pónganse presentables.

Unos ojos vacuos le devolvieron la mirada.

—¡Ahora, caballeros! Si tenemos el aspecto de perros apaleados, lucharemos como perros apaleados.

Los nuevos mayores y capitanes se pusieron a ello, arreglándose los uniformes y enderezando el torso. Yo me abroché uno de los bolsillos del uniforme y apreté uno de los tirantes del chaleco táctico, que estaba flojo. De alguna forma, eso me hizo sentir mejor. Miré a los demás y vi algo de luz en unos ojos que habían estado apagados hasta entonces.

El general Cobb asintió y se volvió hacia un coronel en funciones.

—¿Bajas?

Su graduación real era mayor, así que era novato en el puesto de oficial de operaciones de la división. Vaciló.

—El batallón de mando se ha llevado la peor parte. Pero en algunas otras de las cuevas la cosa ha ido casi igual de mal. Mi batallón…

—Números, Ken.

—Nos quedan cuatro mil efectivos aptos para el servicio.

¡Sesenta por ciento de bajas en un solo día! Di un paso atrás.

Durante el más fugaz de los instantes pensé que los hombros del general Cobb se hundían. Luego señaló al mayor.

—Redistribuya las tropas para restaurar la operatividad de las unidades. Habrá que disolver algunos batallones. Estaremos muy dispersos por el terreno, pero eso ya es inevitable. Una vez que estabilicemos una posición defensiva pensemos en el ataque. —El general asintió y se volvió hacia Howard Hibble. El uniforme de este parecía recién sacado del cesto de la ropa sucia, pero aquello era lo normal en él—. Howard, ahora que esos cabrones ya no pueden tomarnos por sorpresa, ¿nos dejarán en paz?

Howard arrugó el rostro y luego exhaló.

—No lo creo. El ente percibe una amenaza.

—¿El ente?

—Mi hipótesis de trabajo es que estos organismos físicamente separados son una sola entidad a nivel cognitivo. La última noche ha reforzado esta opinión. Tiene tanto pensamiento individual y capacidad para sentir miedo como pelo.

—¿Qué tengo que esperar entonces?

—Un asalto frontal. En masa y sin vacilaciones.

—Puede que descubran que en una batalla convencional somos más duros. Un soldado humano armado puede liquidar gusanos de

esos a centenares.

—Hasta ahora hemos subestimado a esos gusanos. Cuando Jason se enfrentó a ellos en aquel proyectil, observó armas individuales y armadura corporal, que no habrían cabido por esas grietas que les han permitido sorprendernos. No hay que esperar que repitan las tácticas. Habrá que contar con que usen guerreros.

—¿Sigue creyendo que no tienen capacidad de vuelo?

—Hasta ahora no hemos visto evidencia alguna de que la posean.

El general Cobb señaló el holo y asintió.

—Muy bien. Nos prepararemos para repeler un ataque proveniente de la llanura. Tenemos que suponer que pueden cruzar el polvo. De algún modo han tenido que llegar a esas cuevas.

A veinte metros de distancia, cuatro ingenieros trataban de pegar un refugio con epoxídico. Total, iba a salir volando como el envoltorio de un McSushi cuando llegaran los temporales nocturnos…

El general Cobb se dirigió de nuevo hacia Howard.

—¿Estaremos a salvo en esas cuevas? Las grietas pueden estar todavía llenas de esos cabrones pringosos.

Ya era bastante malo que no tuviéramos ningún sitio donde dormir. Pero además es que podía haber tropas enemigas ocultas dentro de nuestro perímetro defensivo.

Una babosa no podía hacer nada contra un infante en el uno a uno. Pero no les hacía falta. No podíamos arriesgarnos a refugiarnos en las cuevas, mientras que ellas podían venir contra nosotros en cantidades inimaginables. Y si nos quedábamos en la superficie, no sobreviviríamos a otra noche.

El general Cobb miró de nuevo la boca de la cueva que era el mausoleo de casi todo el batallón de mando e incontables babosas, y luego a Howard.

—Tenemos que poder cobijarnos en esas cuevas.

Howard desenvolvió un chicle de nicotina.

—No es tan simple como tapar el agujero de un cubo con chicle, Nat.

Un silencio de impotencia cayó sobre nosotros, roto solo por las maldiciones de los ingenieros que trataban de ensamblar las paredes del refugio con epoxídico.

Me aclaré la garganta.

—¿Señor? Puede que lo sea.

El general Cobb se volvió hacia mí.

—¿Tienes alguna idea, Jason?

Mostré uno de los ahora inservibles pulverizadores de epoxídico que debían haber servido para pegar los paneles de los refugios. El epoxídico del que teníamos demasiado porque un chupatintas incompetente lo había mandado en vez de fruta.

—Tenemos mil palés de adhesivo epoxídico. Se adhiere a la roca y en sesenta segundos se vuelve tan duro como el acero. Podemos enviar un equipo de ingenieros con escolta a tapar las grietas de las cuevas que vayamos a usar como refugio. Las babosas que queden escondidas en las paredes se quedarán allí para siempre.

Enterrar babosas vivas no me preocupaba lo más mínimo.

El general se dirigió a Howard.

—¿Funcionará?

Howard se encogió de hombros.

—No he oído ninguna idea mejor.

El general le hizo un gesto a un teniente que ahora estaba al mando de un batallón del tamaño de un pelotón, y luego señaló a los ingenieros que seguían rociando epoxídico.

—¡Hágalo! —El general Cobb nos señaló a Munchkin y a mí—. Aquí está su ametralladora de apoyo. Yo no necesito guardaespaldas.

Y yo no necesitaba volver a una cueva llena de babosas. ¿Cuándo aprendería a callarme?

Una hora después, había cuarenta de nosotros echados cuerpo a tierra a veinte metros de la boca de una cueva que no habíamos usado la noche anterior. Supongo que podríamos haber limpiado las cuevas donde yacían nuestros muertos. En ellas habría menos babosas vivas, quizá incluso ninguna. En vez de eso, un capellán dijo algunas palabras en la boca de cada una y los ingenieros las sellaron con explosivos.

La entrada de la cueva era tan estrecha como una puerta doble, pero, como había descubierto Jeeb, en el interior se ensanchaba hasta convertirse en una caverna de techo bajo que podía albergar a centenares de hombres.

Munchkin estaba tumbada a mi lado, con la mejilla apoyada en

la culata de la ametralladora y los ojos tan abiertos como los míos, buscando señales de movimiento en el interior de la cueva. Ari Klein estaba tumbado junto a nosotros, con los ojos cerrados, pero con una capacidad de percepción superior a la que ninguno de nosotros tendría nunca.

En la boca de la cueva, Jeeb, mimetizado de gris para camuflarse con las piedras sobre las que avanzaba, desapareció en la oscuridad. El alter ego de Ari era literalmente a prueba de balas, pero aquellos ojos cerrados no significaban que Ari estuviera relajado. Tenía la mandíbula apretada y los puños cerrados. Mandar a Jeeb a un sitio cerrado suponía arriesgar la «vida» de Jeeb y la cordura de Ari.

El pequeño robot iba cargado con explosivos y bombas incendiarias suficientes para freírse a sí mismo y evitar que lo capturaran y desmantelaran. Los TOT con interfaz cerebral directo eran dispositivos muy modernos. En su breve historia, ninguno había resultado destruido o se había autodestruido. Pero cada vez que un modelo nuevo reemplazaba a un TOT, al operador había que tenerlo sedado durante un mes para que asumiera la pérdida. Los soldados que no estaban al tanto de esto solían comentar irónicamente que ser vaquero era pan comido. Yo sabía que no era así.

Volví a alinear las cintas de munición que ya estaban alineadas.

—¿Klein? ¿Qué tenemos ahí dentro?

La voz del teniente de aquel batallón con tamaño de pelotón restalló con impaciencia en los auriculares. Puede que los soldados en combate sean una familia, pero en toda familia hay un repelente.

—Hasta ahora hemos identificado una unidad de tamaño compañía.

Nos superaban numéricamente en más de tres a uno. A los ejércitos les gusta que esa proporción se invierta cuando van a luchar contra enemigos con similar capacidad de combate. Ari continuó.

—Están reunidos en bloque y a cubierto, detrás de rocas y peñascos justo frente a la entrada. Llevan armaduras y armas ligeras. No hay minas o trampas explosivas, que hayamos podido detectar.

La noche antes, las babosas se habían convertido en una trampa.

Pero aquella lucha iba a ser cara a… bueno, a pseudocéfalo. Probablemente pretendieran acribillarnos en el cuello de botella de la entrada y luego replegarse.

—Vale. Que los hombres G estén listos en dos minutos.

Puede que nuestro teniente fuera un capullo, pero era un buen táctico. No podíamos destruir aquella cueva con artillería, aun en el caso de que la hubiésemos tenido y no se encontrara enterrada bajo setenta metros de ceniza volcánica. Lo único que queríamos hacer era exterminar los bichos de nuestro nuevo dormitorio. Los lanzallamas son lo mejor para limpiar los agujeros de enemigos, pero en Ganímedes no arde nada.

Aquello nos obligó a aplicar el sucio genio colectivo de la infantería: la violencia controlada y selectiva.

Cada pelotón contaba con dos granaderos armados con lanzagranadas de repetición. Con sus cargadores redondos, los lanzadores se parecían a los viejos subfusiles Thompson que llevaba a principios del siglo XX la policía federal, los «hombres G» u hombres del gobierno.

Los segundos fueron pasando.

Thok.

Incluso con carga para la gravedad terrestre, muy superior a la carga reducida para Ganímedes, los lanzagranadas susurraban y el proyectil volaba tan lento que se lo podía ver. Una sola granada entró por la boca de la cueva. El lanzagranadas es un arma de tiro indirecto. El proyectil describe una parábola sobre la línea de tiro entre el arma y el blanco. No hubo explosión. Se trataría de un proyectil sin carga para comprobar el alcance, disparado por el granadero más preciso.

Pasaron más segundos.

—¡Fuego a discreción!

Thok. Thok. Thok.

Desde toda nuestra línea, unas granadas del tamaño de puños describieron arcos hacia la cueva con una cadencia de tiro combinada de ochocientos proyectiles por minuto.

Nada. ¿Podrían las babosas impedir también que detonaran nuestros explosivos convencionales?

Antes de que mi corazón diera otro latido, se encendieron los destellos en la oscuridad de la cueva y los estallidos se fundieron en

un rugido. A pesar de lo pequeñas que eran las granadas, el suelo tembló bajo mi vientre.

—¡Guau! —susurró Munchkin.

—¡Alto el fuego!

Miré a Ari. Él asintió, con los ojos aún cerrados mientras hablaba con el teniente.

—Probablemente queden cuarenta de ellos vivos.

Cuarenta contra cuarenta era mejor. Ahora teníamos que hacer lo que la infantería ha estado haciendo desde antes de las Termópilas. Sacar al enemigo de su agujero, aunque haya que sangrar para ello.

—Escuadras pares, avancen.

El corazón me dio un vuelco.

Nuestra ametralladora había sido asignada a la primera escuadra, así que Munchkin se unió al resto de la misma y empezó a disparar al interior de la cueva mientras las escuadras segunda y cuarta corrían hacia delante en línea y se agazapaban. Yo tenía una trazadora roja cargada cada tres balas, y pude ver que Munchkin descargaba los cargadores disparando al interior de la cueva. Los demás alcanzaron la entrada e hicieron saltar astillas de roca en una lluvia de metralla tan violenta que las escuadras segunda y cuarta se vieron obligadas a echarse cuerpo a tierra y ponerse a cubierto.

—¡Alto el fuego! ¡Escuadras impares, avancen!

Yo ya había cargado una cinta de munición nueva. Nos levantamos junto con el resto de la primera escuadra. Ari se quedó detrás, ya que era demasiado valioso para arriesgarlo en un tiroteo. Tenía la mandíbula floja. Las granadas no habían dejado a Jeeb atrapado dentro, y las balas y la metralla apenas le habrían arañado la pintura. Su hora había pasado. Llegaba la nuestra.

Munchkin plegó las patas del bípode a lo largo del cañón del arma y luego se lo apoyó en el hombro. Avanzamos junto al resto de nuestros compañeros de escuadra, con un arma tan larga como alta era mi compañera. No me gustaría ser una babosa frente a la boca de ese cañón.

Avanzando mientras nos cubrían la segunda y la cuarta, nuestra escuadra fue la primera en llegar a la boca de la cueva. Nos detuvimos en ella para que los hombres se ajustaran las gafas de visión nocturna. Justo lo suficiente para recortar nuestras siluetas

en la entrada y presentar un buen blanco.

A mi derecha, el proyectil de una babosa impactó en la frente de un fusilero. Nuestros cascos pueden desviar una bala rebotada o incluso el impacto directo de un proyectil de pequeño calibre, pero las balas de las babosas son grandes y rápidas. Le arrancó la cabeza.

Tiré a Munchkin al suelo de un empujón mientras yo mismo me dejaba caer, y ambos dimos contra el suelo de la cueva justo antes de que el cuerpo decapitado del fusilero cayera sobre nosotros. No había tiempo de pensar quién había sido o adónde iba, solo de apartarlo a un lado mientras su sangre caía sobre el cañón de nuestra arma y siseaba.

Munchkin devolvió el fuego mientras la babosa que había disparado se cubría tras una roca. Si no hubiéramos estado demasiado verdes y cansados, nos habríamos acercado a la entrada reptando en vez de dejar que nuestras siluetas se recortaran en el contorno. El soldado descuidado es un soldado muerto.

El pequeño cabroncete estaba acorralado, pero no había forma de sacarlo a la fuerza. Desde su posición dominaba nuestro eje de avance, que tenía que ser en fila india entre paredes de piedra. Podía quedarse todo el día detrás de su roca y tirotear a cualquier soldado que tratara de pasar. Estaba demasiado lejos para tirarle una granada y el techo era demasiado bajo para usar los lanzagranadas. Lo único que tenía que hacer la babosa era mantenernos fuera unas pocas horas, hasta que el temporal nocturno viniera a matarnos.

—¿Y ahora qué? —murmuré yo.

Munchkin apuntó a la pared de la cueva, un par de metros por detrás de la roca, situó con el pulgar el selector de fuego en «automático» y disparó veinte balas.

—¿Qué…?

La ráfaga retumbó contra la pared y una lluvia de balas rebotadas salpicó toda la caverna. La mitad de ellas rebotaron detrás de la roca.

Los ecos del arma murieron.

La babosa rodó detrás de la roca, con la armadura destrozada. Las balas de M-20 rebotadas eran demasiado pequeñas y lentas para perforar la armadura de las babosas, pero cuando una M-60 habla, todo el mundo escucha.

Antes de que cualquiera de los camaradas de la babosa muerta pudiera ocupar su pequeño nido de francotirador, atravesamos el hueco.

—Asombroso —le dije a Munchkin.

—Es como jugar al magnetobillar. —Se encogió de hombros.

Una vez que conseguimos introducir un par de pelotones en la cueva, fue una simple operación de limpieza. No hicimos prisioneros, no porque estuviéramos encolerizados sino porque las babosas luchaban hasta la muerte. Tuvimos dos muertos. Estábamos aprendiendo que los tiroteos con las babosas dejaban pocos heridos. Sus proyectiles despedazaban a los soldados.

Aseguramos esa cueva y otras dos más y al fin pudimos descansar una noche mientras el temporal aullaba.

A la mañana siguiente, Munchkin y yo volvimos a nuestros deberes de escolta del general Cobb. Este presidía una reunión de Estado Mayor sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared.

Levantó la vista para mirar al oficial al mando de los ingenieros supervivientes. Un teniente delgaducho en lugar de un coronel.

El dedo del general trazó un círculo a lo largo de la representación holográfica del escarpe, un anillo que rodeaba la montaña a unos trescientos metros sobre la llanura.

—¿Puedes horadar un anillo de trincheras alrededor de la cresta, hijo?

—Explosivos tenemos de sobra, señor.

—Pues adelante.

El teniente hizo un saludo y partió a paso ligero.

Una hora más tarde oímos la primera explosión cuando los ingenieros empezaron a excavar nuestro perímetro de trincheras.

Una hora después de eso, Munchkin y yo estábamos deslomados, excavando una trinchera para cobijar el puesto de mando, cuando su PDA y la mía recibieron mensajes simultáneamente.

Ambos leímos las órdenes hasta la mitad y ella se volvió hacia mí con los ojos abiertos como platos.

—Vuelven a asignarnos a una unidad de línea.

—Ya conoces los porcentajes de bajas. El general Cobb está seguro de saber cuidar de sí mismo. Necesitan la ametralladora en el perímetro.

Reunimos el equipo e hicimos el laborioso camino alrededor de la montaña hasta nuestra nueva unidad, encorvados bajo el peso del arma y sus diez mil cartuchos. Mientras avanzábamos por el perímetro, los soldados sacaban los escombros provocados por las explosiones fuera de las trincheras como si sus vidas dependieran de ello. Como así era.

Encontramos el segmento de la línea defendido por el pelotón al que nos habían asignado temporalmente.

El sargento del pelotón no había logrado salir de la nave de desembarco. El jefe del pelotón estaba criando malvas desde la primera noche en las cuevas. Por lo demás, estaban a la mitad de efectivos.

En consecuencia, el actual mandamás del pelotón era un cabo de Chicago. Lo encontramos agazapado detrás de una roca, bebiendo café de un termo que posiblemente lo mantenía a la temperatura justa para que no se congelara. Levantó la vista y se salpicó la pechera de café. No se molestó en limpiarla.

—¿Solo vosotros dos? ¿Eso es todo lo que mandan? —Echó un vistazo a nuestra arma—. Esa ametralladora nos vendrá bien. —Señaló una pila de rocas que había a unos cien metros en el perímetro defendido por su pelotón—. Desplegadla aquí.

Miré a mi alrededor.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

Se bajó la máscara y se rascó la barbilla, que llevaba sin afeitar.

—Este es un país libre.

El sector del pelotón incluía una cornisa que sobresalía de la montaña igual que Florida sobresale de los Estados Unidos.

—Ahí hay un saliente que cubrir.

—No jodas.

Hizo una mueca. Un saliente es un bulto que sobresale de las líneas de un ejército. El problema de los salientes es que los malos pueden atacarte por los lados aparte de por delante. Y si tienen éxito atacando los flancos, cierran el saliente y dejan rodeadas a las tropas que hay dentro. El Estado Mayor alemán atacó a los pobres bastardos atrapados en el saliente de Bastogne. La Batalla de las Ardenas estuvo a punto de cambiar el curso de la guerra para Alemania. Los salientes atraen la atención del enemigo.

Saliente o no, había una forma apropiada de defenderlo.

—Su… nuestro sector se compone principalmente de acantilados imposibles de escalar. Excepto por ese barranco de ahí. —Señalé—. Es la ruta de aproximación más posible. Dispongamos ahí la ametralladora para cubrirlo.

Él se encogió de hombros, cansado.

—Como queráis. Yo no soy más que un soldado. Se suponía que nos iban a enviar un nuevo jefe de pelotón. No importa. No era más que un recluta pipiolo destacado del batallón de mando.

Bajo el uniforme se me puso la piel de gallina. Aparte de Munchkin y yo, lo único que quedaba del batallón de mando eran Howard, Ari y el general Cobb.

Saqué la PDA y leí la parte de las órdenes que me había saltado. Juro que en ese momento mi mochila ganó cincuenta kilos. «Subteniente en funciones. Asuma el mando inmediatamente».

Me llevé a Munchkin a un lado y le enseñé mi PDA para que pudiera ver mis órdenes.

—Esto debe ser un error —susurré—. No se asciende a un especialista de cuarta a jefe de pelotón. Soy un soldado de veintiún años.

—A quien el general Cobb probablemente haya recomendado para el trabajo en persona, porque sabía que podías hacerlo.

—¿Y por qué no tú? Yo ni siquiera soy el jefe de esta dotación, eres tú.

—Yo no he nacido para esto. El juez March lo vio en ti, Jason, igual que el sargento Ord. Creo que es tu destino.

La cabeza me daba vueltas. Destino, los cojones. Ya pensaría en eso mañana.

—¿Y qué hago?

—Tu trabajo.

Respiré hondo y volví junto al cabo.

—Soy Wander, el pipiolo del batallón de mando.

Esperaba que volviera los ojos y dijera «sí, claro». En vez de eso se puso firme y saludó. Puede que la FEG estuviera contra las cuerdas, pero éramos soldados después de todo.

—Sí, señor. No lo sabía, señor.

Se quedó mirándome fijamente a la espera de órdenes. Recé a Dios pidiendo una pista. Dios, como de costumbre, me ignoró.

Tiré del chaleco táctico, que el cabo llevaba desabrochado.

—Lo primero es arreglarse el uniforme. Si parecemos perros apaleados, lucharemos como perros apaleados.

—Sí, señor.

Una hora después había recorrido nuestro sector con él, había conocido a mis hombres, reposicionado algunos de ellos y contactado con los jefes de pelotón que teníamos a nuestra derecha e izquierda. No es que cubriéramos el frente mal, es que casi no lo cubríamos.

Volví al centro de nuestro sector, donde había dejado a Munchkin, y localicé su posición.

Se había atrincherado en un punto elevado del escarpe, pero por debajo de la cresta. El punto desde el cual un soldado tenía un amplio campo de tiro, pero su silueta no quedaba recortada contra el horizonte. Tuve que avanzar de lado sobre grava suelta y ella se volvió al oír sonido de los guijarros que caían por la ladera.

—Hola.

—Hola. —Vio la insignia en el cuello de mi chaqueta, que el cabo había recuperado del cadáver de su jefe de pelotón—. Quiero decir, hola, señor.

Sonreí.

—¿Estás lista?

Ella señaló por encima de la mira del arma hasta el barranco. «Barranco» era un término descriptivo, aunque erróneo. Por Ganímedes no había fluido nunca agua que pudiera esculpirlo. Fuera el que fuese el procedimiento por el que se había formado, era un embudo lleno de rocas que se estrechaba hacia Munchkin a medida que ascendía los trescientos metros que nos separaban de la llanura.

Munchkin señaló ladera abajo, donde su nuevo cargador estaba levantando unas pilas de piedras que servirían para marcar la distancia hasta el objetivo. Pude distinguir otros montones de piedras, que marcaban el punto donde acababa su campo de tiro y comenzaba el de los fusileros que estaban en sus flancos. El cargador se dio la vuelta e hizo un movimiento circular con el índice y el pulgar. Ella le respondió con un gesto de la mano y él emprendió el regreso a su posición.

—Listos —dijo ella.

Mi auricular pitó. El cabo también había recuperado para mí la

radio del jefe de pelotón. El micrófono olía a la sangre de mi predecesor.

—¿Jason? Aquí el general Cobb.

Vaya con los procedimientos de transmisión y la cadena de mando.

—Sí, señor.

—El despliegue de tus tropas me parece bien. —Aún no había llegado a dominar el dispositivo HUD lo suficiente como para comprobarlo por mí mismo, así que aceptaría la palabra del general. Pero ¿el comandante en jefe de la división estaba comprobando personalmente la posición donde yo tenía atrincherados veinticinco fusileros? Se me aceleró el corazón—. ¿Qué tal está la moral? —La estática hizo que la voz del general sonara entrecortada.

—La otra noche recibieron un duro golpe. Ahora va mejor.

—Espero que tengas razón, porque van a volver a pasar por ello.

—¿Señor?

Una forma apenas visible pasó volando en el borde de mi campo visual. Jeeb.

El vello de la nuca se me erizó.

El único TOT de la FEG estaba justo sobre nuestra posición. El general al mando había colocado a un soldado escogido, cuyo juicio y capacidad de comunicación conocía personalmente, a cargo de aquella unidad. Dicho soldado escogido estaba, en esos momentos, hablando directamente con dicho general en jefe, quien se había saltado a los respectivos comandantes de compañía, batallón y brigada.

—¿Esperamos problemas, señor?

—Mira al frente.

35

Levanté la cabeza bruscamente. La única cosa que se movía en el barranco era el cargador de Munchkin, que ahora estaba a unos veinte metros de nosotros y subía resoplando audiblemente. Paseé la mirada hasta la boca ancha del embudo, y luego la dirigí hacia la llanura gris de cenizas volcánicas que había más allá. Nada.

Excepto una delgada sombra sobre el polvo, a varios kilómetros de distancia.

La voz del general Cobb zumbó en mi auricular.

—¿Los ves?

Bajé el MTC sobre mi ojo derecho y conecté la función de adquisición de objetivos por láser. Disparaba un rayo que «pintaba» los objetivos para que las bombas inteligentes pudieran verlos, pero también servía a modo de prismáticos.

Localicé la mancha de la sombra y parpadeé para enfocar.

Al principio parecían un millón de reptantes semillas de amapola, brillantes, negras y redondeadas.

Parpadeé para conectar la función de aumento. Aunque me lo esperaba, el corazón me dio un vuelco.

Babosas.

Babosas que flotaban sobre la ceniza volcánica como los caracoles sin patas que eran. Babosas envueltas en brillantes armaduras negras como la mazorca de maíz hueca con la que yo había tropezado al invadir su proyectil. La armadura se curvaba a lo largo del cuerpo de las babosas como una cimitarra, dejando la piel expuesta solo en dos sitios. Donde debería estar el rostro había un óvalo verde. Y sobre él, un visor parecido al de un casco. Del lado izquierdo del cuerpo, en la parte baja, salía un tentáculo, lo que los empollones de Hibble llamaban un seudópodo. Los tentáculos de los guerreros se curvaban en torno a un gemelo del arma curva y afilada que yo había disparado una vez. Réplicas de los soldados a los que habíamos combatido en las cuevas, solo que estos abarcaban todo el horizonte.

Miré de soslayo a Munchkin. Ella había seguido mi ejemplo y también miraba por el MTC. Estaba mascullando algo en árabe.

Mi auricular emitió un zumbido.

—¿Jason?

—Los veo, señor. —La línea avanzaba hacia nosotros lo bastante rápido para levantar una nube de polvo. Desde mi puesto de observación, solo podía decir que se estaban acercando a nuestra montaña—. ¿Se ha definido su eje de ataque?

—Es tu saliente, hijo. El TOT que os sobrevuela ha contado cincuenta mil en total.

Cincuenta mil contra veinticinco. No veinticinco mil. Veinticinco. Si cada bala que disparábamos mataba una babosa, quedarían miles para arrollarnos cuando se nos acabara la munición.

El hecho de que no me sorprendiera no impidió que se me hiciera un nudo en el estómago. Me estremecí, lo que emborronó la imagen de las babosas a la carga.

—Lo que quede llegará al alcance de tiro en veinte minutos, Jason.

—¿Lo que quede?

—La órbita de la Esperanza la pondrá en posición de tiro en quince minutos.

Me quedé mirando fijamente y boquiabierto por el MTC. Por supuesto. Fuego de apoyo.

Aunque la Esperanza todavía se encontraba varios kilómetros más allá del horizonte, me quedé mirando el cielo. Como siempre, Metzger estaba sobre el jaleo, literalmente, y listo para arreglar las cosas pulsando un simple botón.

—Jason, voy a pasarte directamente con el control de tiro. Haz que caiga el infierno sobre ellos, hijo.

El auricular quedó en silencio mientras yo observaba el avance de las babosas. Sintonicé la radio con la frecuencia de mi pelotón para avisar a mi gente.

—… tiene que haber un millón de ellos.

—¿Alguien tiene munición de sobra?

Ambas voces temblaban, pero no transmitían temor.

Volví a sintonizar la frecuencia el control de tiro y recé por que el procedimiento no se me hubiera olvidado.

—Al habla control de fuego, cambio.

—Solicitando fuego de apoyo, cambio.

—Fuego de apoyo, recibido.

—Objetivo, tropas en terreno abierto. Coordenadas… —Miré a los números rojos del MTC, que cambiaban constantemente a la vez que mi vista recorría los kilómetros de babosas que se aproximaban —. ¡Carajo! ¡Rociadlo todo! —Hice una pausa—. Cambio.

—Solo tiene que recorrer la línea con el designador de objetivos. Nosotros entregaremos los paquetes.

La artillería de campaña raras veces ve al enemigo, pero son un cuerpo de combate como nosotros y están orgullosos de ello.

Las babosas ya estaban lo bastante cerca como para poder distinguir individuos sin ayuda de la óptica.

En alguna parte restalló el trueno.

Volví a mirar por el MTC. No, el trueno no. A medida que avanzaban, las babosas golpeaban sus armas contra las armaduras al unísono. Boom, boom, boom.

Puede que estuvieran haciéndolo para mantener el ritmo del avance. Puede que para acojonar al enemigo.

Si era esto último, estaba funcionando.

Algunos de ellos dispararon sus armas. La gente de Howard había examinado las que capturamos en las cuevas. Habían decidido que se trababa de aceleradores magnéticos. Pues vale.

Los tiros se quedaron cortos y levantaron surtidores de polvo en la llanura.

Estiré el cuello y me pregunté dónde demonios estaría la Esperanza.

Pop, pop, pop.

Di un respingo. A mi lado estaba Munchkin, tumbada, con la mejilla apoyada en la culata del arma. De la bocacha salían unos hilillos de humo. Solo era una ráfaga de tres disparos para limpiar el cañón.

Debajo de nosotros, las fuentes de polvo de los disparos de tanteo de las babosas llegaron a la base del barranco. Se nos acercaban cada vez más.

Volví a mirar al cielo. El punto plateado que era la Esperanza apareció en mi campo visual y se recortó contra la masa coloreada de Júpiter. Abajo, los proyectiles de las babosas ya impactaban a

cien metros de nosotros.

Conecté el dispositivo láser de adquisición de blancos y un rayo rojo tan fino como el hilo pintó la línea de babosas a la carga. Lo pasé de un lado a otro mientras observaba con el ojo abierto.

Unas chispas cayeron de la Esperanza y descendieron hasta nosotros.

El corazón me iba a cien.

Crack.

Un proyectil de las babosas rompió una roca diez metros a mi derecha.

Thump.

En la llanura, un destello amarillo brilló en el centro de la línea de las babosas. Luego otro.

Las explosiones pequeñas eran bombas de mil kilos. Probablemente estábamos a kilómetro y medio de las detonaciones, pero la montaña temblaba bajo mis botas. Una docena de babosas muertas se acumulaban en cada punto de impacto. Genial. Pero a ese ritmo se nos iban a echar encima cuarenta y ocho mil babosas en vez de cincuenta mil. Miré fijamente a través del MTC mientras la ola de babosas continuaba su avance hacia nosotros.

—¿Ajuste de tiro? Cambio. —La voz en mi auricular me hizo parpadear. Las primeras bombas eran de tanteo. Se suponía que yo debía decirles si tenían que ajustar las miras a más alcance, menos, a la derecha o a la izquierda.

—Esto… no. Justo en el blanco. —Una bomba pasó como una exhalación por mi campo visual antes de enterrarse en la ceniza, en medio de la oleada de babosas. Hubo una erupción de polvo, el suelo tembló y un puñado de babosas se puso a criar malvas—. Pero no estáis matando una mierda. La ceniza volcánica se traga las bombas.

Silencio.

—¡Joder!

Por lo menos supe que estaba tratando con alguien de infantería. La voz continuó.

—Hemos calibrado las espoletas para detonar al impactar contra el suelo.

Al suponer que nuestra zona de descenso era rocosa, los artilleros habían calibrado las espoletas para que las bombas

explotaran nada más tocar la superficie. Así fragmentarían la roca convirtiéndola en metralla mortífera. En vez de eso, las bombas se hundían en la llanura antes de explotar, así que el polvo amortiguaba su efecto. Tendrían que haber calibrado las espoletas para que detonaran en el aire, a quince o veinte metros sobre las babosas.

El artillero calló. El lema de la artillería era «En el blanco, a tiempo, siempre». En la misión de apoyo artillero más importante de la historia, no era así.

—¿Cuánto necesitaréis para recalibrar las espoletas, control de tiro? Cambio.

—Demasiado. Están subiendo los proyectiles desde la santabárbara.

En mi mente pude ver a los popeyes de la Esperanza llevando a toda prisa los proyectiles con espoletas de temporizador desde el núcleo de la nave hasta la cubierta de armas. Si la red de ordenadores de la Esperanza escogía este momento para uno de sus frecuentes apagones, los montacargas quedarían inmovilizados y nosotros hechos papilla.

Frente a mí, cincuenta mil babosas llegaron a la distancia en que se podían distinguir los individuos a simple vista.

Uno de mis muchachos me preguntó a través de la frecuencia del pelotón.

—¿Dónde está el fuego de apoyo, teniente? Tenemos un millón de babosas al frente.

—Tranquilos. Disparos apuntados cuando lleguen al alcance. Corto.

Los minutos pasaron lentamente. Los disparos apuntados no iban a servir de nada si no llovían bombas del cielo. Y pronto.

Munchkin miró al cielo y empezó a mover los labios. Siempre rezaba pidiendo serenidad.

Seguí su mirada y recé pidiendo metralla.

Las babosas se habían acercado al punto en que sus disparos de tanteo daban a nuestro alrededor cada pocos segundos.

—De camino —dijo el control de tiro.

Que Dios bendiga a los popeyes. Que Dios bendiga a los ordenadores de la Esperanza.

Nuestras bombas cubrieron el cielo. Las corazas térmicas de las

armas se consumieron al atravesar la atmósfera. Dejaron rastros de fuego como estrellas fugaces al cruzar el cielo de Ganímedes.

Las bombas empezaron a explotar en un crescendo cada vez más rápido, como las palomitas de maíz en el microondas. Cada detonación liquidaba babosas a centenares.

Sintonicé la radio en la frecuencia de mi pelotón. Los chicos vitoreaban cada explosión.

Mantuve el dispositivo de adquisición de blancos sobre las babosas, aunque el humo —no, el humo no, allí no podía arder nada, más bien el polvo— las cubría.

Cuando el polvo se apartaba, yo veía cómo se desvanecían las babosas en el epicentro de cada explosión. El punto de impacto quedaba rodeado por un anillo de fragmentos de cuerpos, y más allá de eso, cadáveres enteros, inmóviles.

Las babosas eran inhumanas. Habían asesinado a mi madre y venían a matarme a mí. Y sin embargo por un momento, mientras el explosivo las hacía volar por los aires como si fueran sacos, sentí una punzada de lástima por cosas vivas que estaban muriendo.

Pero los camaradas de armas de las babosas muertas no sentían tal dolor. Sus filas pasaban sobre los caídos sin pausa alguna.

Tuve la impresión de que nuestra artillería los machacaba durante horas, pero la Esperanza solo se mantenía en posición de tiro durante unos minutos en cada órbita. En el visor del MTC ya solo aparecía polvo.

Los ecos de nuestras últimas bombas murieron y yo forcé la vista para mirar a la nube de polvo que había abajo.

Bum, bum, bum.

En la base del embudo, las babosas emergieron del humo y empezaron a trepar hacia nosotros aporreándose las armaduras.

—¡Mierda!

Su primera línea llegó a la altura de los marcadores de alcance máximo de Munchkin y esta disparó una ráfaga de tres balas. Tres babosas cayeron. Así que su armadura no era a prueba de balas.

Ni falta que hacía.

Avanzaban en línea, tan rápidas como hombres a la carrera. Los impares avanzaban mientras los pares los cubrían disparando, y luego al revés. Puse la mira en uno que iba a detenerse y me iba a presentar un blanco estacionario.

Pero cuando acabábamos de descubrir su patrón de avance, lo cambiaron. Empezaron a avanzar en grupos aleatorios mientras otros los cubrían. Maldije y apunté a otra.

Ninguna babosa bajaba el ritmo. Ninguna babosa vacilaba junto a un camarada caído. Ninguna babosa rompía la formación. La infantería perfecta.

Si nuestras bombas habían matado decenas de miles, también habían dejado varios miles vivos. Demasiados. Demasiado cerca. Transmití por la frecuencia del pelotón.

—Calen bayonetas.

Eché mano al cinturón, saqué la corta bayoneta de la funda y la calé bajo el cañón del rifle.

Munchkin seguía disparando. Las babosas seguían cayendo.

Y viniendo.

Hice los últimos disparos que pude mientras el cargador de Munchkin cambiaba el cañón. Los cañones de la M-60 se sobrecalientan. El cargador usa un guante aislante muy parecido a la manopla que se usa para sacar cosas del horno, con el que desenrosca el cañón para cambiarlo.

Mientras esperaba, Munchkin me miró.

—Jason, tengo que decirte…

El cargador acabó y le dio una palmadita en el casco. Ella volvió la cabeza y siguió disparando.

Había balas de babosa rebotando a todo nuestro alrededor, pero parecía que no tenían muy buena puntería. Quizá es que realmente les costara vernos con las armaduras rojas.

Pero nosotros los veíamos a cincuenta metros, que era la distancia a la que estaban sus avanzadillas.

—Fuego automático. —A esa distancia, apuntar era perder el tiempo.

Mis palabras iban dirigidas hacia Munchkin, pero vi que ya había cambiado el selector de tiro del arma antes de que yo las pronunciara. Hice lo mismo con el rifle y empecé a disparar.

No sé cuántos cargadores cambié hasta que eché mano a las cartucheras que llevaba a la cintura y descubrí que solo me quedaba tela vacía.

Un guerrero babosa se lanzó hacia mí con el filo de su arma en alto. Paré el golpe y clavé la bayoneta en el sitio verde donde debía

de estar su cara. Sus entrañas me chorrearon la manga y cayó entre convulsiones. Planté los pies en tierra para esperar a la siguiente y me preparé para morir.

Me mantuve firme, con los brazos temblando, durante varios minutos. Hasta que me di cuenta de que no quedaban más.

La primera brisa de la noche de Ganímedes empezó a levantar polvo a mi alrededor. El suelo del barranco estaba alfombrado de cadáveres de babosa, que en algunos puntos incluso se apilaban. El que yo había derrotado en combate cuerpo a lo que fuera era el que había llegado más lejos. Dos ejércitos habían viajado a años luz de distancia para combatir en una batalla que habían decidido los cuchillos clavándose en la carne.

Miré alrededor y vi al cargador de Munchkin despatarrado junto al arma, con un buen agujero en la frente.

Ella yacía inmóvil, boca abajo junto a él. Se me heló la sangre.

—¡No! ¡No, no, no!

Me arrodillé a su lado y vi que sus dedos se movieron. ¡Gracias a Dios!

Entonces vi la mancha roja y seca en el hombro de su chaqueta.

Le di la vuelta lenta cuidadosamente, y luego corté el uniforme. La herida no era muy profunda, pero había roto el hueso. El polvo coagulante detendría la hemorragia, pero ya debía de haber perdido bastante sangre. Me mordí la lengua mientras espolvoreaba el antiséptico coagulante y luego taponaba la herida con una venda.

—¿Jason?

—Estás bien, Munchkin.

—Tengo frío.

Conmoción. Pérdida de sangre. Le puse los pies sobre una roca para que los tuviera más altos que la cabeza. Una cosa que a Ganímedes le sobraba eran rocas.

Su cargador llevaba una ropa térmica que ya no necesitaba.

Tardé unos minutos en desvestir el rígido cadáver y envolver a Munchkin en su ropa. Rompí el termostato para que la calentara más y le puse un gotero de plasma que llevaba en la mochila.

No era suficiente.

Conecté la radio.

—¿Jason? ¿Qué demonios ha pasado?

La voz el general Cobb me devolvió a mi trabajo.

—Los hemos detenido, señor.

—Eso ya me lo muestra el TOT. ¿Por qué no has informado?

Porque pensaba que Munchkin había muerto.

—Estaba atendiendo a los heridos, señor. Necesitamos médicos. Urgentemente.

—Todo el mundo los necesita. Enviaremos lo que podamos. ¿Jason? Howard cree que volverán. Tenéis que reagruparos.

—No pueden volver. No se han retirado para reagruparse. Los hemos matado a todos.

—Howard piensa que tienen un criadero en alguna parte. Seguirán enviando más hasta que nos quedemos sin tropas ni munición.

Noticias de las que le levantan el ánimo a uno.

Munchkin sollozó.

—Señor…

—Lo sé. Ocúpate de tus tropas. Corto.

Activé la función del MTC que me mostraba las constantes vitales de mi pelotón. Dieciséis barras verdes marcaban a los supervivientes. La barra de Munchkin era verde, pero parpadeaba, lo que indicaba que estaba herida. Había nueve cruces rojas intermitentes. El cabo de Chicago era una cruz roja.

Cuando el viento nocturno empezó a arreciar, nos retiramos a una cueva detrás de nuestro sector, que Hibble había limpiado. Mover a Munchkin era peligroso, pero no podía dejarla fuera. Le inyecté morfina y la transporté como hacen los bomberos, sobre mi hombro. No dijo ni pío hasta que perdió el sentido. A partir de entonces, gimió a cada paso.

Puede que pasara aquella noche acurrucado junto a Munchkin en la gélida oscuridad, mientras fuera aullaba un viento irrespirable. Pero principalmente estuve soñando con los muertos. Mamá. Walter Lorenzen, que dio su vida por mí pero nunca ganó una medalla para su madre. Wire, el sargento mayor. Pooh. El cargador con el agujero en la cabeza, cuyo nombre ni siquiera conocía. Otros ocho infantes que solo habían sido cruces rojas y que habían muerto porque yo no había sabido evitarlo.

Con las primeras luces, como solía pasar en Ganímedes, el temporal de viento amainó y volvieron las babosas. Esta vez, la artillería las pegó con fuerza cuando aún estaban a kilómetros de

distancia en la llanura.

A mí me tocó servicio triple: estar al mando, disparar la ametralladora y cargarla. La babosa que llegó más cerca recibió un impacto mortal a cien metros de mí.

Pero aun así perdimos otros tres hombres. Poco a poco, las babosas nos desgastarían. Me dolía todo el cuerpo, desde el pelo hasta las uñas de los pies. Retransmití el informe al cuartel general y luego me puse a limpiar el arma. Normalmente podía desmontarla en cuestión de segundos, pero esta vez me llevó tres minutos.

¿Qué sentido tenía continuar? Iba a llegar el momento en que las babosas nos aplastaran. Nuestro hogar era un puntito del tamaño de una cabeza de alfiler en el firmamento. La mujer con la que tenía esperanzas de pasar el resto de mi vida se había ido. La mujer que se había convertido en mi hermana se estaba muriendo. Tenía frío, hambre y me sentía solo. Decidí que cuando llegara el siguiente asalto, dispararía toda la munición que me quedaba, pero cuando las babosas llegaran hasta nosotros, cosa que sucedería, me limitaría a relajarme y dejar que pasara. Estaba demasiado cansado para seguir luchando.

El capitán Jacowicz me había dicho algo hacía un millón de años. Que los comandantes medían su fracaso por las cartas de condolencia que escribían sobre los soldados que habían muerto bajo su mando.

En Gettysburgh, el general confederado George Pickett lanzó su división de frente contra un bastión de los unionistas. La carga de Pickett se convirtió en sinónimo de carnicería sin sentido. Pickett volvió a las líneas confederadas, conmocionado. Su oficial superior, el general Lee, le ordenó que volviera con su división. «No tengo división, general», fue su respuesta.

Ahora pude comprender perfectamente a Pickett y Jacowicz.

Después de recorrer nuestra posición y asegurarme de que mis muchachos estaban alimentados, me arrastré de vuelta a la cueva y me senté con las piernas cruzadas junto a Munchkin. Le hice tragar a cucharadas algo de caldo templado, mientras el resto de mis tropas limpiaban sus armas en la trinchera. La morfina le amortiguaba el dolor, pero por la noche había empeorado. Si no recibía más ayuda de la que yo podía darle, le quedaban horas. Volvió a perder el conocimiento.

—¿Mayor Wander?

Levanté la mirada y vi a un médico sin aliento y con el rifle en bandolera. Me hizo un saludo y yo se lo devolví. Aquel silencio no parecía natural.

—Por fin. Necesita ayuda. Y solo soy subteniente en funciones, no mayor.

La confusión se reflejó en su rostro.

—Ya no, señor. Ahora está usted al mando del tercer batallón de la segunda brigada, mayor.

—¿Qué?

—Ayer nos fue mal, señor. Ha habido muchos ascensos por méritos de combate.

Me arrodillé al lado de Munchkin y le abrí la chaqueta, lo que dejó expuestas las tomas para que el médico conectara su dispositivo de análisis de campaña.

—Mire, muchas gracias por las noticias. Usted es médico y ella necesita un médico. Haga su trabajo.

—No lo entiende, señor. Soy médico, pero he venido aquí como correo. Perdimos la radio después de que usted informara esta mañana. Mis órdenes son escoltarle al puesto de mando. Sin demora.

La cabeza me daba vueltas. Me volvía más loco a cada momento que pasaba.

—Muy bien, la llevaremos con nosotros.

Bajó la vista para mirarla.

—Moverla en este estado la mataría.

Ya había perdido a doce soldados. No iba a perder a Munchkin.

—Entonces me quedo con ella.

El médico pasó el dedo por la correa del rifle que llevaba en bandolera.

—El general Cobb ha dado la orden en persona. Si tengo que llevarle a punta de fusil…

Mi cabeza se llenó de imágenes en color sepia de mamá, de Walter Lorenzen, y Pooh Hart, y de soldados muertos que ni siquiera conocía, dolorosas como tumores.

Cogí bruscamente el rifle y le apoyé la boca del cañón en la frente.

—¿A punta de fusil? ¿Qué le parece así? —Señalé a Munchkin

con mano temblorosa—. O le salva la vida o le desparramo los sesos por ahí. —El médico se quedó sin aliento. Quité el seguro del arma —. Ella es mi familia. Su esposo es mi mejor amigo. Está en órbita y cuenta con que yo la proteja. ¿Comprende eso? No voy a dejar que mi familia muera. ¡El tercer batallón de la segunda brigada puede irse al infierno!

Se quedó inmóvil como una estatua de mármol, salvo por las manos, que desenrollaron los cables del aparato portátil de diagnóstico. Mantuvo los ojos clavados en el cañón del arma que tenía pegado a la carne.

—Por supuesto, señor. Hagámosle un chequeo.

Retiré el cañón mientras él se arrodillaba y conectaba los cables con manos temblorosas.

Esperamos a que el lector emitiera el pitido, y el médico leyó la pantalla.

—Pérdida de sangre, infección leve. El disparo le ha roto la clavícula. Pero eso no la matará. Se encuentra en estado crítico, pero estable. Alguien ha hecho un buen trabajo. Y el bebé también está bien.

—¿El bebé?

Munchkin apartó la cara y supe que era cierto. Era tan incomprensible que yo ni siquiera sabía si iba en contra de las normas.

—¿Qué hay de las píldoras del día después?

Los embarazos no deseados habían desaparecido gracias a los laboratorios Squibb hacía veinte años.

—Me quedan dos meses para eso, aún estoy en condiciones de prestar servicio.

—Has estado vomitando todas las mañanas.

—Igual que muchos hombres.

En eso estaba en lo cierto. El ejército toleraba las flemas matinales de los fumadores. Por ahora podía hacer su trabajo. Dentro de un mes, si hiciera falta, una píldora podía hacer que su cuerpo reabsorbiera el feto.

—¿Pero por qué?

—Si pierdo a Metzger…

Si yo pudiera hacer que una parte de Pooh, o de Walter, o de mi madre, viviera, ¿rompería las normas? Por supuesto. Había estado a

punto de matar a un médico para salvarle la vida a Munchkin.

—Metzger estará bien.

No le estaba mintiendo. Las babosas carecían de capacidad antiaérea. En eso los «números» tenían razón. Metzger estaba salvo. Pero los «números» también decían que Pooh debería estar viva.

—¿Jason? —La mano de Munchkin me cogió de la manga—. Tienes que ir. Para eso has firmado. Estaré bien. Y si no lo estoy, para eso he firmado.

Ninguno de los dos parpadeó. También Walter Lorenzen, Pooh y doce soldados que habían muerto bajo mi mando habían firmado para eso. Todos habían muerto intentándolo. Yo no podía ser menos. No iba a dejar a Munchkin por la bandera ni por la ONU, ni para matar babosas. Iba a dejarla por Walter y por Pooh y, en última instancia, por ella misma, con hijo o sin él.

—¿Lo sabe Metzger?

Negó con la cabeza.

Me eché la mochila a la espalda y fui hacia el médico.

—Estoy listo. Ya me pondrá un parte cuando lleguemos al cuartel general.

Se encogió de hombros.

—Mientras vaya usted, yo no tengo por qué ir. Aquí hay bastante trabajo que hacer, aparte de ella. Todavía no ha salido de peligro, pero me quedan unos cuantos trucos en el zurrón. Los soldados no se dejan unos a otros. Todos somos familia.

Me agaché y besé a Munchkin en la frente.

—Gracias.

Me di la vuelta y salí corriendo hacia el cuartel general. Mientras corría, miré en dirección a la llanura. En el horizonte se estaba formando una línea negra incluso mayor que la del día anterior.

36

Recorrí nuestras trincheras, casi vacías, hasta llegar al cuartel general, mientras oía cómo caían las bombas de la Esperanza como gotas de lluvia en la llanura. En un momento dado, dejaron de hacerlo.

Levanté la cabeza sujetándome el casco con la mano. El punto plateado de la Esperanza seguía allí arriba, todavía en posición de disparo. Qué raro.

Unos minutos después, el bum, bum, bum de las babosas empezó a retumbar en las laderas. Las babosas habían llegado al alcance de las armas ligeras, pero la Esperanza apenas había disparado.

Mientras corría, me pregunté si de verdad me habría atrevido a disparar al médico. Y si debía decirle a Metzger que Munchkin estaba embarazada de él. También me pregunté en qué estado debíamos de estar para que un especialista de cuarta llegara a estar al mando de un batallón tras dos días de combates. Un batallón se compone de tres compañías de infantería convencional y una compañía de armas de apoyo. Si el batallón estaba a plena fuerza, y por supuesto no lo estaba, ochocientos hombres vivirían y morirían a mis órdenes.

Cuando finalmente doblé un recodo y el cuartel general apareció ante mis ojos, los sonidos del combate se habían apagado. Habíamos vuelto a repeler a las babosas. Desde mi partida, los ingenieros habían levantado un techo, o algo parecido, sobre el puesto de mando, y lo habían cubierto de rocas sueltas. De él salían unas antenas y debajo vi movimiento de soldados.

Me acerqué más y me di cuenta de que el movimiento era la evacuación de heridos. Los parapetos del puesto de mando estaban cubiertos de centenares de cadáveres de babosas. Si las babosas se habían acercado tanto a nuestro cuartel general, el asalto siguiente sería el último.

Me agaché para pasar por debajo del techo del puesto de mando y esperé hasta que se ajustaron las gafas de visión nocturna. La

primera persona a la que reconocí fue Howard Hibble. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared de la trinchera, con un rifle sobre las huesudas rodillas. El rifle tenía la culata destrozada. Howard nunca tocaba un rifle si podía evitarlo.

Un médico estaba agachado junto a él, vendándole el antebrazo ensangrentado.

—¿Qué ha pasado?

El médico terminó de atar el vendaje.

—Las babosas abrieron brecha y llegaron hasta el puesto de mando. El mayor aquí presente se cargó a cincuenta. A los dos últimos los mató a culatazos.

Yo casi sonreí.

—¡Cáscaras, Howard!

Él recostó la cabeza en la roca.

—Mataría por un cigarrillo.

—¿Sigues creyendo que son una entidad colmena?

Él asintió lentamente.

Un ordenanza entró en la habitación, me vio y se cuadró, con la cabeza agachada a causa de la altura del techo.

—¡Señor!

—Soy Wander.

—El general Cobb ha dicho que lo llevara hasta él en cuanto usted viniera.

El ordenanza me condujo a las profundidades de la madriguera de trincheras techadas en la que se había convertido el puesto de mando del cuartel general desde mi partida. Las radios de las unidades graznaban. Había camillas de heridos alineadas en las paredes de las trincheras. Demasiados de sus ocupantes habían dejado ya de estar heridos.

Me puso en manos de otro ordenanza, que me condujo hasta la amplia trinchera que constituía el centro nervioso de la FEG. El techo estaba roto. Unas babosas muertas colgaban de la abertura. Es mejor no meterse con Howard Hibble.

—Soy Wander, el nuevo oficial al mando del tercer batallón de la segunda brigada.

—No, señor. Me temo que no.

—¿Qué? —Empecé a sentir verdadera ira. ¿Había abandonado a Munchkin para nada?

—¡Jason!

Me di la vuelta.

El general Cobb estaba tendido en una camilla, con un vendaje de presión con gasas ensangrentadas sobre los ojos. Me arrodillé a su lado. Tanteó para cogerme del brazo y frunció el ceño al notar que sus dedos resbalaban sobre sangre.

—¿Estás malherido, hijo?

Bajé los ojos. Se me había clavado una esquirla de metal en el bíceps. No me había dado ni cuenta.

—No, señor. Usted…

Negó con la cabeza.

—No puedo estar al mando de algo que no puedo ver.

Alguien gritó llamando a su madre. Yo miré a mi alrededor y luego volví con el general.

—Lo has hecho perfectamente con tu pelotón. Lo harás igual de bien con la división.

Me zumbaban los oídos. No solo por la cacofonía que nos rodeaba. ¿Se suponía que yo debía jugar una mano de póquer por el futuro de la raza humana? Ni siquiera conocía las reglas. Y no tenía cartas.

—¿División, señor? Yo no. No puedo.

—Tienes que hacerlo. Demonios, ya no queda mucho más que un batallón.

Echó mano del cuello de su camisa, sacó las estrellas de general y me las puso en la mano.

—¿Café, general?

Un soldado me ofreció café en la taza de una cantimplora. A mí.

Negué con la cabeza y señalé al general Cobb. El muchacho lo cogió de la mano y le puso la taza en ella. Luego me preguntó:

—¿Qué necesita, general?

Una jodida pista, para empezar. Me senté y respiré hondo.

El general Cobb se incorporó y tanteó hasta llegar a mi nuca. Me bajó la cabeza hasta sus labios y me susurró al oído:

—¡Ahora estás al mando, Jason! Lo único que no puedes permitirte es no hacer nada. ¡Haz algo, aunque te equivoques!

Me volví hacia el soldado mientras me colocaba las estrellas en el cuello de la camisa.

—Tráigame al Estado Mayor. Ahora. —Necesitaba información.

—Señor, hace ya doce horas que no hay ningún oficial de Estado Mayor con vida.

En alguna parte, un hombre gritó.

Por supuesto que no había Estado Mayor. ¿Por qué si no habrían ascendido a un especialista de cuarta por encima de coroneles, mayores y capitanes? Estaban muertos.

—¿Tiene alguna idea de nuestra disponibilidad de efectivos?

—Ochocientos aptos para el servicio, señor.

—¿Y las demás brigadas?

—Todas las brigadas. Quedan ochocientos de toda la FEG, señor.

—No puede ser.

—Pues es lo que hay.

Necesitábamos el apoyo artillero más que nunca.

—¿Cómo se puede hablar con la Esperanza?

Señaló al otro lado de la habitación, a una consola de radio que había en una mesa plegable.

—¿Por qué no hay nadie a cargo de eso?

Fue hasta ella y le dio la vuelta. Había una línea de agujeros en la parte trasera.

—Hoy mismo la acribillaron.

No era de extrañar que hubiéramos perdido el apoyo artillero. Yo habría echado la culpa a los ordenadores de la nave.

—Nadie ha hablado con la Esperanza desde hace horas. Excepto los cocineros, por supuesto.

—¿Qué?

Señaló a otro punto de la habitación. Había un cabo con uniforme de personal de cocina, sentado y hablando por una radio.

—Están pidiendo el rancho, por si acaso la Esperanza puede hacernos llegar algo de comida caliente. Ya sabe lo que opina el general Cobb acerca de alimentar a la tropa.

En órbita sobre nosotros había suficiente potencia de fuego como para destruir un planeta y la única radio que funcionaba estaba empleándose para pedir un estofado.

Di un salto, le arranqué el micrófono al cabo y empecé a hablar:

—¿Quién está ahí?

—¿Que quién está aquí? ¡Pues resulta que el jefe de cocina Anthony García, y tengo trabajo que hacer! Así que más vale que salgas de mi red de comunicaciones, capullo.

—Al habla el general de división Wander, García. Es mi red de comunicaciones. Y si quiere seguir siendo jefe de algo, más le vale pasarme con el comodoro Metzger en el puente. Ya.

Silencio. Mientras esperaba a que me comunicara, llegaron Howard Hibble y Ari, junto con un puñado de oficiales de baja graduación que habían sobrevivido. Exceptuando a Howard, sus edades cuadraban con las de una tropa de boy scouts.

—He oído que le han concedido un pequeño ascenso, señor —dijo Ari.

Asentí, y luego levanté un dedo cuando por fin llegó la voz de Metzger.

—¿Jason? ¿Estás al mando?

No tuvo que explicar lo que había querido decir. Si yo estaba a cargo, las cosas estaban yendo inimaginablemente mal.

—Lo estoy. ¿Qué tal ese apoyo artillero? Porque aquí abajo nos están zurrando.

Un estallido de estática. El sistema de comunicaciones de los cocineros había sido una concesión del general. Era una radio obsoleta con una antena unidireccional. Tendríamos que esperar a la siguiente órbita de la Esperanza para poder hablar de nuevo.

Me volví hacia Howard.

—¿Cómo los detenemos, Howard? Porque, aunque la Esperanza pueda bombardear a las babosas, llegará el momento en que se le acabe la munición.

Howard chasqueó la lengua.

—Lo sé. Tenemos que detenerlas. Probablemente haya un único punto central. Un cerebro, para que me entiendas. Allí cría a las tropas, allí piensa, allí fabrica los proyectiles que manda a la Tierra.

—¿Estás seguro?

—Es una suposición fundada. Aunque sigue siendo una suposición.

Un teniente de verdad, no un recién ascendido como había sido yo, levantó la mano. El capullo que se había impacientado con Ari cuando asaltamos aquella cueva.

—Lo más probable es que hayan descentralizado su estructura de mando y control. No son tontos.

Howard se encogió de hombros.

—Nunca he dicho que sea tonto. Solo es diferente.

Los recorrí a todos con la mirada mientras permanecíamos allí encorvados bajo la techumbre baja.

—Howard estaba en lo cierto sobre lo del asalto frontal. ¿Alguien tiene una idea mejor?

Algunos de ellos movieron los pies, pero nadie habló. Me palmeé los muslos.

—Muy bien. Tenemos que encontrar este cerebro, y rápido.

El teniente volvió a hablar.

—Si tuviéramos helicópteros…, o tiempo para sacar patrullas de este lago de polvo…

Miré a Ari.

—Jeeb.

Ari asintió.

El teniente negó con la cabeza.

—Señor. La doctrina indica que debemos mantener al TOT junto a la división. Es demasiado valioso para usarlo en misiones de patrulla.

Mi nivel de adrenalina subió de un salto. Probablemente el teniente no pudiese aceptar que me hubieran ascendido a mí en vez de a él. Mis galones de especialista de cuarta seguían cosidos a las mangas, aunque las insignias de latón del cuello dijeran otra cosa. Lo último que yo necesitaba en aquel momento era la petulancia de alguien que se suponía que trabajaba para mí. ¡Y yo era el comandante de división, por Dios!

—¡Teniente…!

Me mordí la lengua. El médico al que casi había matado una hora antes lo había dicho. Ord había tratado de inculcármelo hacía una eternidad. Aquel teniente había conocido el Infierno. Todos lo habíamos conocido. Juntos. Éramos una familia.

Ari volvió a asentir.

—Tiene razón. En lo de la doctrina.

¿Para qué conservar a Jeeb? ¿Para que pudiera quedarse a ver cómo moría el último de nosotros sobre aquella roca?

—Gracias por su opinión, teniente. Pero la doctrina es la que nos ha metido en este desastre. ¿Qué puede buscar Jeeb, Ari?

Ari nos condujo hasta el holovisor, del tamaño de una maleta de viaje, que nos mostraba lo que él veía a través de los ojos de Jeeb.

Señaló.

—Estas depresiones en el borde del cráter son la zona de partida donde se despliegan las babosas. Esto —señaló con el dedo unas líneas paralelas sobre la ceniza volcánica— es un rastro que va a alguna parte.

Observamos cómo cambiaba la vista a medida que Jeeb descendía y empezaba a volar a un par de metros sobre la superficie de Ganímedes. Tras varios kilómetros, el rastro sobre la ceniza despareció. Jeeb se detuvo, giró sobre sí mismo y la vista se situó al nivel del suelo. Me imaginé a Jeeb abriéndose paso por Ganímedes a seis patas.

—Aquí han pasado sobre roca sólida. No hay huellas.

—¿Y?

Ari cerró los ojos e hizo un movimiento con la mano, como si cogiera algo del suelo.

—Estoy tomando muestras. Jeeb está midiendo la temperatura de la roca. —Ari abrió los ojos—. Vale. Cambiamos a infrarrojos pasivos. Las babosas han dejado un rastro un cuarto de grado más cálido al pasar por la roca.

El holograma de infrarrojos rielaba, a diferencia de la imagen del espectro visible de luz. Pero el rastro de las babosas pasaba por la roca, tan evidente como el humo blanco. Jeeb lo siguió caminando lentamente.

—¿Señor? —terció el teniente Negativo. Asentí para que continuara—. Si el TOT no encuentra algo antes de la caída de la noche, los temporales y el descenso de temperatura eliminarán cualquier rastro. Estaremos como al principio.

Miré a Ari.

—El teniente tiene razón, Ja… señor.

Si le hubiera echado la bronca del siglo al teniente Negativo un minuto antes, nunca habría aportado este consejo. Los ochocientos que quedábamos no íbamos a durar para intentarlo de nuevo después del ataque del día siguiente. Era ahora o nunca.

—¿Qué hacemos, Ari?

—Si Jeeb pasa de infrarrojos pasivos a infrarrojos activos, puede rastrear mientras está volando. —El rostro de Ari se ensombreció—. Pero sería como encender un foco. Cualquier observador capaz de captar el espectro infrarrojo podrá verlo.

Miré de soslayo a Howard. La autopsia de Babosín y dos noches

en Ganímedes nos habían enseñado que las babosas veían en el espectro infrarrojo. Ari no solo estaría arriesgando un robot de metal, sino la carne de su carne y la sangre de su sangre. Igual que yo había arriesgado a Munchkin.

Me volví hacia él.

—Hazlo.

Vaciló por espacio de un latido, y luego cerró los ojos.

—Sí, señor.

La imagen empezó a pasar más rápido por el holovisor.

Una hora más tarde, el rastro desaparecía de nuevo frente a un acantilado.

—No veo nada —dijo Ari—. Si hubiera una puerta, tendría que haber líneas rectas. Algo que no aparece en la naturaleza.

—No. Las puertas de las babosas son circulares, con paneles curvos. Como el iris de una cámara fotográfica.

Ari movió las manos y la imagen del holovisor empezó a bambolearse, mientas Jeeb trepaba por el farallón. El operador abrió las manos e hizo gesto de empujar. En el holovisor, yo veía desde el punto de vista de Jeeb. Estaba colgado a unos quince metros del suelo, tanteando la roca con los miembros delanteros en busca de juntas.

Sobre nuestras cabezas empezaron a moverse los guijarros del tejado. El viento de la tarde anunciaba el temporal nocturno que acabaría con la búsqueda de Jeeb y con todas nuestras vidas.

Ari abrió los ojos y exhaló violentamente.

—Nada. No digo que no haya nada ahí. Pero no somos capaces de encontrarlo.

Antes de que Jeeb pudiera moverse de nuevo, el horizonte empezó a dar vueltas en el holovisor.

Señalé con el dedo.

—¡Ahí! ¡Está ahí!

El agujero fue creciendo a medida que se expandían los pétalos del portal. Jeeb estaba colgando de uno de los paneles de la puerta mientras esta se abría. Debía de tener unos tres metros de grosor.

El holo se apagó. Miré a Ari.

—Jeeb solo corta el contacto cuando cree que ha sido detectado. Han detectado sus infrarrojos.

—¿Ha llamado a su puerta?

—Ahora probará los sensores pasivos y tratará de colarse por esa puerta.

El rostro de Ari estaba lívido y yo sabía por qué. Jeeb era casi indestructible. Pero no podía abrirse paso a través de una compuerta de tres metros de grosor o desde debajo de miles de metros de roca sólida. Las babosas no volverían a abrir esa puerta. Si Jeeb entraba, la mitad de Ari quedaría aprisionada de por vida. Y si las babosas cogían a Jeeb y lo desmantelaban, Ari sentiría como si lo estuvieran torturando en el potro. No, Jeeb explotaría y se convertiría en fragmentos del tamaño de nabos suecos si lo intentaban, y se llevaría un buen puñado de babosas consigo. Para Ari, sería como presenciar su propio suicidio.

El teniente Negativo miró su ordenador de pulsera. Los segundos pasaban.

De repente me di cuenta.

—¡Jeeb no puede trasmitir desde debajo de la montaña! —le susurré a Ari, una precaución, ya que las babosas no podían oírnos.

Ari cerró los ojos y me indicó con un gesto que esperara.

El holovisor parpadeó y volvió a encenderse.

—No le pasa nada. —Ari también susurraba—. Ahora está trasmitiendo en frecuencia ULF. Lo que quiere decir que tiene que estar en contacto con la roca para enviar señales a través de ella. La visión pasiva nocturna funciona. Puede que sospechen que está allí con ellos, pero nunca lo encontrarán.

La cueva era tan sinuosa como el pasillo que yo había recorrido en el proyectil de las babosas, pero mayor. Más adelante se ensanchaba y se transformaba en una cueva lo bastante grande como para tragarse el lago Erie.

Ari levantó los brazos y Jeeb avanzó por el techo curvo. Bajo él, a lo largo de las paredes de la cámara, unas máquinas orgánicas bulbosas y palpitantes escupían babosas como si fueran hogazas de pan verde. Cerca del centro de la cámara, las criaturas acabadas, ya con la armadura puesta rodeaban una glándula esférica de treinta metros de alto, como peregrinos musulmanes en torno a la K'aaba.

—Bingo —susurró Howard Hibble.

Miré mi ordenador de pulsera. La Esperanza ya debería estar dentro del alcance. Un cabo asomó la cabeza en la habitación.

—¡Tenemos babosas fuera, señor! Algunas grietas en las cuevas

deben habérsenos pasado. Han derribado la antena de radio.

Por muchas desventajas que tuviera la inteligencia colectiva de las babosas, la lentitud en aprender no era una de ellas. Se había dado cuenta de lo que pretendíamos. Se había dado cuenta de que Jeeb se había cargado su tapadera, aunque no pudiera atraparlo. Se había comunicado con las babosas que quedaban dentro de nuestro perímetro y estas habían atacado la única cosa sin la que no podíamos vivir, la antena de comunicaciones. Si no contactábamos con la Esperanza en esta pasada, caería la noche y se acabaría la partida.

Ari me miraba fijamente. Jeeb solo podría escapar si el bombardeo de la Esperanza abriera algún hueco en el nido de las babosas y le permitiera salir. Jeeb podía sobrevivir a cualquier cosa salvo un impacto nuclear directo, pero no podía excavar una mierda.

Antes de que yo pudiera decir nada, Ari echó mano de un rifle y salió como una exhalación por la trinchera.

Yo corrí tras él.

En el exterior, Ari ya había derribado a tres babosas. Había otras dos agazapadas tras las rocas; el mástil de la antena estaba tirado tras ellas. Estaban perdidas, pero si llegábamos tarde sería el fin y Ari lo sabía. Cargó contra las babosas disparando y llegó hasta ellas antes de que la última le metiera un disparo a bocajarro en el pecho. Yo llegué corriendo y disparé a la babosa herida. De hecho, le vacié el cargador encima. Pero todo había terminado.

Me quedé de pié allí, jadeando.

—¿Señor? —Un soldado que me había seguido me tocó el codo.

Me di la vuelta y el soldado señaló a Ari con una inclinación de cabeza. Había un médico arrodillado junto a él, conectándole el dispositivo de diagnóstico.

—¿Jason?

Yo también me arrodillé y abrí la chaqueta ensangrentada de Ari con dos dedos. La bala de la babosa había penetrado por una juntura entre las placas de blindaje, y se había movido como un hurón por su interior.

La herida de Munchkin, por muy horrible que fuera, había sido un golpe de suerte. Dentro de la chaqueta de Ari, los pulmones, el hígado, las arterias, todas esas milagrosas complejidades humanas,

habían quedado reducidas a un amasijo de carne picada. Tragué saliva y reprimí las náuseas.

El aliento le silbaba entre los labios, manchados de baba rosada.

—¿Te import…?

—Relájate. —Le apoyé la mano en la frente.

—No hay tiempo. —Negó con la cabeza.

Miré al médico. Este asintió levemente con la cabeza mientras sacaba un inyectable de morfina.

Ari lo apartó con la mano. El esfuerzo de moverla hizo que le lloraran los ojos. O quizá fuera otra cosa.

—Tengo que irme rápido. Jeeb siente lo que yo siento. —Ari reunió fuerzas para seguir hablando—. Ahora está solo, Jason. No lo entiende. Es un huérfano, como tú.

El médico lo miraba con expresión neutra, creyendo que deliraba.

—¿Cuidarás de él? —me pidió Ari.

—Por supuesto. Siempre.

Y con esas palabras, adopté un huérfano de acero y plástico.

Ari se relajó y se dejó caer sobre la dura roca. Vi cerrarse sus ojos a través de mis propias lágrimas.

Detrás de mí, las tropas izaban el mástil.

Cuando llegué a la radio, ya recibíamos la voz de Metzger entre la estática.

—¿Jason?

—Al habla Wander. Cambio.

—¿Qué pasa ahí abajo?

—Demasiado. Necesitamos todo lo que tengas. Y quiero decir todo, en las coordenadas que el TOT os está trasmitiendo ahora.

—Jason…

Incluso radiotransmitido desde órbita, pude oírlo en la voz de Metzger.

—¿Qué?

—No tenemos nada. La red informática se ha colapsado.

—Arréglala.

—¡Lo estamos intentando! Para la próxima órbita.

—¡No habrá una próxima órbita! —Le conté lo que pasaba.

—Esas coordenadas están al otro lado de Ganímedes —dijo él. Silencio—. ¿Jason? ¿Cómo está ella?

—Viva. Herida, pero viva.

—¿Crees que ese sitio es el premio gordo?

—Ari lo creía lo suficiente como para morir por ello. —No había tiempo para tener tacto—. Munchkin está embarazada.

Más silencio.

—Muy bien, yo me ocuparé de todo. Adiós, Jason.

Habíamos pasado una vida juntos. En aquel momento, supe exactamente lo que quería decir.

Solté el micrófono, salí al crepúsculo de Ganímedes y miré al cielo. La Esperanza apareció desde debajo del horizonte, a ciento cincuenta mil kilómetros de altura, un punto plateado recortado contra el disco rojo de Júpiter. Unas chispas salieron de ella y descendieron hacia nosotros. Cápsulas salvavidas. La tripulación de la Esperanza la abandonaba, siguiendo las órdenes de Metzger.

Solo un piloto en todo el mundo podía pilotar la Esperanza sin ayuda, sin ordenadores, tumbado bocabajo en la cúpula de navegación mientras el horizonte de Ganímedes se extendía ante él. Solo un piloto en todo el mundo podía efectuar los cálculos y corregir la trayectoria para hacer que su casco de kilómetro y medio de largo cayera sobre el nido de las babosas en media órbita.

Metzger decidió poner fin a su matrimonio en el mismo sitio donde había empezado, en la cúpula de cristal techada de estrellas.

Ahora la Esperanza llevaba una cola de llamas rojizas mientras atravesaba el cielo para penetrar en la atmósfera. Cuando llegara al nido de las babosas, en el hemisferio opuesto de Ganímedes, sería una masa incandescente con una cola de fuego de longitud kilométrica.

Desapareció tras el horizonte. Contuve el aliento.

Primero llegó el destello, cegador incluso a medio mundo de distancia. Me arrojé al suelo cuando la onda expansiva, y luego los movimientos sísmicos, sacudieron Ganímedes.

La historia diría que Metzger murió para salvar a la raza humana. La historia mentiría. Metzger se sacrificó para dar a su esposa, a su hijo nonato y a los que quedábamos en esta roca una oportunidad de sobrevivir.

A la mañana siguiente, Jeeb envió imágenes al holovisor durante su errático regreso. La gente de electrónica dijo que la explosión lo había liberado, pero había dañado sus circuitos. Yo creo que era

pena.

El impacto de la Esperanza desgarró el tejido mismo de Ganímedes. La lava y el agua líquida empezaron a fluir en una masa interminable de fuego y vapor por el otro hemisferio. El otro hemisferio de un mundo que las babosas ya no controlaban. El vulcanismo dotó al cielo de una luminosidad rojiza, mientras los setecientos supervivientes nos preparábamos para una larga y fría ocupación.

Reestablecimos contacto por radio con la Tierra y recibimos sus felicitaciones. Los políticos notificaron que un mundo agradecido me había concedido la Medalla de Honor del Congreso. Pedí que se la entregaran a la madre de Walter Lorenzen.

Aquella misma tarde, antes de que llegaran los temporales nocturnos, Howard Hibble y yo escalamos un picacho que había sobre el puesto de mando y recorrimos el campo de batalla con la mirada.

Howard se apretó el brazo vendado contra el costado.

—Al final, la maquinaria no ha tenido importancia. Unos soldados que podían elegir entre vivir o morir por otros se han enfrentado a soldados perfectos que morían sin pensar. Deberíamos haber perdido. Pero hemos ganado.

Debajo de nosotros, los cadáveres de las babosas teñían de negro la llanura y la montaña.

Allí también yacían nueve mil niños que habían viajado cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros y habían convertido Ganímedes en su orfanato para siempre. Las naves de desembarco que había guiado Pooh Hart alfombraban la parte baja del escarpe, e imaginé que desde donde estaba podía ver su tumba.

—¿Hemos ganado? —Sacudí la cabeza—. Wellington derrotó a Napoleón en Waterloo. Dijo que no hay nada tan melancólico como una batalla perdida, salvo una batalla ganada.

Me senté sobra la fría roca de Ganímedes, apoyé los codos en las rodillas y lloré.

37

Paso la mano por el tembloroso marco del ojo de buey mientras la nueva nave se sitúa en órbita sincrónica sobre la Base Ganímedes de las Naciones Unidas. La vibración de la nave forma parte de mí en tal medida que solo la noto cuando tengo tiempo de pensar, como ahora.

Las naves de clase Metzger son todo lo que no fue la Esperanza. Más allá del ojo de buey, a intervalos de quince kilómetros, orbitan los otros cuatro cruceros de la clase Metzger. Sincronizados con nosotros, brillan plateados contra el negro aterciopelado del espacio. Las barcazas de transporte de treinta metros de largo corretean entre los cruceros como hormigas alrededor de troncos. Solo los tanques de antimateria de las nuevas naves son tan grandes como toda la sección de carga de la Esperanza.

Los nuevos cruceros tienen mejor gravedad. Eso significa duchas de verdad en vez de años lavándose con esponjas. Sus laboratorios agrícolas tienen cultivos hidropónicos de fruta y vegetales para la soldadesca, no solo vodka de bañera. Y quizá lo mejor de todo, el motor interplanetario de antimateria de las Metz las lleva de aquí a la Tierra en la mitad de tiempo que antes. Después de décadas de abandono, la guerra nos hizo saltar por encima de la fisión, la fusión y el plasma para llegar directamente a la antimateria. Metzger se sentiría orgulloso de la clase de naves que llevan su nombre.

Al mirar abajo desde el ojo de buey, pueden verse franjas verdes en Ganímedes, incluso desde la órbita. Los flujos de lava y de agua líquida desatados por el impacto de la Esperanza continúan incluso ahora. Hace eones, los impactos de meteoros hicieron lo mismo en Calixto, el satélite hermano de Ganímedes. Pero con ese flujo se liberó calor de las profundidades de Ganímedes. La evaporación liberó oxígeno a la atmósfera. La concentración de este gas alcanzó la mitad de la tasa terrestre el año pasado, y sube anualmente. Y el calor ha aumentado la temperatura de la superficie lo suficiente

como para que los magos de los laboratorios agrícolas hayan empezado a cultivar cosas allá abajo. Hasta ahora solo líquenes primitivos.

Así, además de muerte y destrucción, la guerra trajo vida a Ganímedes. La guerra obligó al hombre a ir más allá de la Luna y a encaminarse ahora a las estrellas, donde posiblemente habríamos tardado siglos en aventurarnos. Por muy horribles que hayan sido las razones, los hechos están ahí.

Doy un paso atrás y miro mi espacioso camarote. El rango tiene sus privilegios. Como comandante en jefe de la división embarcada, tengo un árbol. No es más que un enebro bonsái de treinta centímetros de alto, pero es verde, está vivo y es todo mío.

Una pelota de fútbol con seis patas está acostada junto a mi enebro. El camarote no es para mí solo. Lo comparto con Jeeb. Sus circuitos de combate se frieron cuando escapó de la madriguera de las babosas. Cuando la serie J quedó obsoleta, lo retiraron del servicio, le extrajeron los explosivos de autodestrucción y dejaron que lo comprara a precio de chatarra. Las máquinas no tienen personalidad, por supuesto. Pero veo a Ari en él todos los días.

Me siento a mi escritorio y leo la pantalla. Leí mucho durante los años que tardó en llegar el auxilio a Ganímedes. Lo bastante para ganarme la licenciatura en estudios militares y validar mi ascenso de campo. El curso a más larga distancia de la historia de la humanidad, completado a la vez que seguía la dieta más aburrida posible. Las raciones pensadas para un contingente de diez mil hombres nos alimentaron a los setecientos supervivientes, pero cuando llegó nuestro rescate, nos alegramos mucho de ver melocotones.

Luego me devolvieron al rango de subteniente, a pesar del curso por correspondencia. El porqué y qué pasó entonces son historias para otro momento.

La batalla de Ganímedes fue una victoria milagrosa. Nunca nos lo parecerá a quienes dejamos hermanos y hermanas bajo las frías rocas de Ganímedes, pero a pesar de todo fue milagrosa.

Pooh Hart duerme bajo esas piedras. Siempre la visito el día de su cumpleaños. Siempre le llevo rosas blancas. Siempre lloro.

Pooh recibió, a título póstumo, la Medalla de Honor del Congreso y la Cruz al Mérito de Aviación. En total, trescientos siete

soldados recibieron las más altas condecoraciones de sus respectivas naciones, incluidos Ari Klein y Nathan Cobb. Una vez dije a Walter Lorenzen que las medallas reconocían los errores de los ejércitos. Puede que sea así, pero ello no reduce el valor y el sacrificio de quienes se las ganan.

La primera batalla de Ganímedes no detuvo la matanza. No fue el fin de la guerra contra las babosas. Ni siquiera fue el principio del fin. Pero, como dijo hace un siglo el primer ministro británico Churchill, fue el fin del principio.

Incluso los motores de antimateria necesitarían siglos para llevarnos a los mundos avanzadilla de las babosas. Cómo robamos la Tecnología de Inserción en el Tejido Temporal de las babosas es otra historia. Igual que el uso que hicimos de la TITT para encontrar el mundo natal de las babosas y para equipar a la clase Metzger con TITT para poder hacerles una visita.

Después de la acción, los analistas llegaron a descubrir que las babosas hibernan. Sacamos con vida algunas de ellas de las grietas de las cuevas que habíamos sellado con epoxídico.

Los criptozoólogos y los psicólogos de inteligencia tuvieron poca suerte interrogando a los primeros prisioneros de guerra, a pesar de contar con Howard Hibble para hacer las preguntas. Llevamos años trabajando para descubrir qué motiva a las babosas, para conseguir la paz, lograr que esto pare. La paz es lo que queremos todos los hombres y mujeres de este ejército.

Si las babosas no quieren hacerla, bueno, la venganza es bastante jodida.

Mi sargento mayor de división da unos golpecitos en el marco de la puerta y luego asoma la cabeza.

—Señor, la especialista de cuarta que deseaba ver está fuera.

Otro de los privilegios del rango es que puedes seleccionar tu personal. Tiré de los hilos y conseguí que me enviaran un sargento mayor desde la Tierra a bordo del Metz. Es el mejor de las fuerzas armadas. No hay otro igual. Sin él, esta división no valdría un pedo de rata.

—Estoy listo, sargento mayor Ord.

—Se presenta la especialista Trent.

Hace un saludo tan rígido que le tiemblan los dedos. Las rayas de planchado de su uniforme podrían cortarme los dedos.

Sonrío. Somos la mejor unidad en la historia militar. Estoy siendo objetivo, aunque sea mi propia división.

—Siéntese, especialista.

Se sienta. Es la cargadora de M-60 más guapa que he visto nunca.

—¿Me ha mandado llamar el general?

Pero no la más tímida.

—Su sargento de pelotón me ha dicho que es usted la más problemática de toda la compañía. Le ha propinado una paliza a un compañero de escuadra.

—A un hombre, señor.

Parece orgullosa.

—¡A otro soldado!

Hunde los hombros.

—¿Me está diciendo el general que se van a presentar cargos? Porque quiero quedarme. Lo necesito. He perdido a mi familia…

—He leído su historial. Su sargento de pelotón también me ha dicho que usted es potencialmente el mejor soldado que ha entrenado nunca. Tiene estudios universitarios. ¿Disfruta siendo cargadora?

Aprieta los labios, abre la boca, y la cierra. Por fin habla.

—Preferiría ser artillera. Dicen que soy demasiado pequeña para manejar el arma. Pero no les importa que cargue con la munición.

Sonrío.

—Mi artillera era más bajita que usted, pero nunca he visto manejar mejor una ametralladora.

Abre mucho los ojos.

—Sabía que el general había sido ascendido por méritos de combate. ¿Pero de especialista de cuarta a general?

Asiento.

—No le recomiendo ese plan de carrera. ¿Querría hacer un trato la especialista?

—¿Señor?

—No se presentarán cargos.

Se incorpora en la silla, pero entorna los ojos.

—¿Qué tengo que hacer, señor?

—Volverá mañana a la Tierra en el Powell y acudirá a la academia de oficiales con mi recomendación personal.

—¿La academia de oficiales?

Se queda boquiabierta y se le olvida decir «señor».

—Y —saco dos cajas del cajón de mi escritorio— entregará personalmente estos paquetes a las direcciones indicadas, con recuerdos de mi parte.

—¿Señor? Me gustaría saber qué son.

—Con la dirección de un general en el remite, los de la pm no le pondrán ningún problema. Pero no es nada secreto. Son regalos, rocas de Ganímedes convertidas en pisapapeles. Entregará una al juez titular de menores de Denver. Cuente con que pasará una hora visitándolo. También es de la infantería.

Asiente y se pone la primera caja en el regazo.

—¿Y la otra?

—Es para mi ahijado. Su madre fue mi artillera.

Ahora Munchkin vive en las estribaciones de las Rocosas, no muy lejos de Camp Hale. Después de Ganímedes, prefiere el frío al calor de Egipto. Con su pensión y la de Metzger, cría a Jason Uday Metzger, el primer humano concebido y nacido fuera de la Tierra. Dicen que es un chaval… diferente.

Los ojos de mi visitante brillan al recoger la segunda caja.

—Vaya con Dios, especialista.

Se levanta y yo le devuelvo el saludo.

—¡Señor!

Da una media vuelta notablemente enérgica. Antes de llegar a la escotilla susurra:

—Gracias, general.

Sale por la escotilla sin oírme susurrar:

—No, gracias a ti.

No le digo que si las cosas van como yo espero, nunca volverá aquí. Al menos no como soldado de infantería. Con suerte, acabaremos con esta guerra antes de que ella o cualquier otro chiquillo tengan que luchar.

Ord se desliza por la escotilla antes de que esta se cierre tras ella, con una holocaja en la mano.

—Pensé que quizá le gustaría ver esto, señor.

Es un holograma de las antiguas dependencias de la compañía en Indiantown Gap. Junto al barracón del comedor hay un árbol solitario cubierto de hojas verdes. El cielo de fondo brilla con un azul pálido, muy parecido al de antes de la guerra.

—Esta primavera están floreciendo árboles por toda la Tierra, general. La primera vez desde que empezó la guerra.

Voy hasta el ojo de buey y miro al espacio. Me quedo en silencio de pie con los pies separados y las manos unidas a la espalda. En Protocolo y Ceremonia se denomina a esta postura posición de «descanso». Por primera vez después de mucho tiempo, así es como me siento.

Puede que algún día vuelva a ver los árboles. Por ahora, me basta con saber que están ahí.

ROBERT BUETTNER (7 de julio de 1947, Manhattan, New York) es un autor estadounidense de novelas de ciencia ficción militar. Es un ex oficial de inteligencia militar, miembro de la Fundación Nacional de Ciencias en Paleontología, y ha publicado en el campo de la ley de recursos naturales. Ha escrito cinco volúmenes de la serie Jason Wander, tres volúmenes de la serie Orphan's Legacy, la novela independiente «The Golden Gate», numerosos cuentos y novelas, y el epílogo de una antología de cuentos del difunto Robert Heinlein. Buettner actualmente vive en Georgia, EE. UU.